Rudyard Kipling

El hándicap de la vida

Que son los relatos de mi propia gente

El ojo sin párpado - 28

Título original: *Life's Handicap*

Rudyard Kipling, 1989

Traducción: Ana Poljak

Diseño de cubierta: Vendedor de azúcar de cebada, de Auguste Léon (Delhi, 1914)

Editor digital: GONZALEZ

Digitalización: Ignotus

ePub base r1.2

Me crucé con cien hombres en el camino a Delhi

y todos ellos eran mis hermanos.

Proverbio nativo

A

E.K.R. de R.K.

1887-89

C.M.G.

PREFACIO

EN India septentrional se alzaba un monasterio conocido bajo el nombre de Chubára de Dhunni Bhagat. Nadie recordaba quién ni qué había sido Dhunni Bhagat. Ese hombre había vivido su vida, había hecho algún dinero y lo había gastado todo, como cualquier buen hindú ha de hacer, en una obra piadosa: el Chubára. Estaba lleno de celdas de ladrillo, pintadas con amenas figuras de dioses, reyes y elefantes; allí los sacerdotes cansados podían sentarse a meditar sobre el fin último de las cosas; sus caminos también eran de ladrillo, y los pies descalzos de miles de personas los habían convertido en arroyuelos. Macizos de mangos brotaban de entre las grietas del suelo; grandes higueras de Bengala sombreaban la polea del pozo, que chirriaba durante todo el día, y un ejército de loros se perseguía entre los árboles. Cuervos y ardillas eran mansos en aquel lugar, porque sabían que ningún sacerdote los tocaría jamás.

Los mendigos errantes, los vendedores de amuletos y los vagabundos sagrados de cien millas a la redonda solían hacer del Chubára su lugar de reunión y descanso. Musulmanes, sijs e hindúes se mezclaban por igual bajo los árboles. Eran hombres viejos, y cuando un hombre ha llegado al umbral de la Noche, todos los credos del mundo le resultan una maravilla de semejanza y ausencia de color.

Gobinda, el tuerto, me contó esto. Era un hombre santo que vivía en una isla, en medio del río, y daba de comer a los peces migajas de pan dos veces al día. En la estación de las inundaciones, cuando los cadáveres hinchados varaban en las playas de la isla, Gobinda se ocupaba de que fuesen piadosamente quemados, por el honor de la humanidad, y pensando en sus propias relaciones futuras con Dios. Pero cuando dos tercios de la isla fueron arrasados por una riada, Gobinda cruzó el río hasta el Chubára de Dhunni Bhagat, junto con su recipiente de latón y la cuerda para hundirlo en el pozo en torno al cuello, su muleta corta tachonada con clavos de latón, su jergón enrollado, su gran pipa, su paraguas y su sombrero cónico, en el que se mecían unas plumas de pavo real. Se arropó en su colcha de remiendos, hecha de todos los colores y materiales del mundo, se sentó en un rincón soleado

del muy tranquilo Chubára y, con el brazo apoyado en su muleta de agarraderas pequeñas, aguardó la muerte. La gente le llevaba comida y ramilletes de caléndulas y él, a cambio, les daba su bendición. Estaba casi ciego y su cara se veía surcada, agrietada, arrugada más allá de lo creíble, porque había vivido su tiempo, que era el anterior a aquel en que los ingleses estuvieron a menos de quinientas millas del Chubára de Dhunni Bhagat.

Cuando llegamos a conocernos bien el uno al otro, Gobinda me contaba cuentos con una voz que recordaba el fragor de la artillería pesada sobre un puente de madera. Sus relatos eran reales, pero ni uno solo de veinte hubiese podido ser publicado en un libro inglés, porque los ingleses no piensan como los nativos. Los ingleses se recrean en asuntos que un nativo dejaría de lado hasta una ocasión adecuada; y en lo que ellos no pensarían dos veces, un nativo se recreará hasta una ocasión adecuada: de modo que el nativo y el inglés se miran uno a otro sin esperanzas a través de océanos de incomprensión.

—¿Cuál es —me dijo Gobinda un domingo por la tarde— tu honorable trabajo y cuáles son los medios por los que te ganas el pan cotidiano?

—Soy un *kerani* —dije—, un hombre que escribe con una pluma sobre un papel, aunque no al servicio del Gobierno.

—¿Y qué escribes, entonces? —dijo Gobinda—. Acércate, por favor, porque no puedo ver tu rostro y se va la luz.

—Escribo sobre todo aquello que está al alcance de mi entendimiento y también sobre muchas cosas que no lo están. Pero en especial escribo acerca de la Vida y de la Muerte, de hombres y mujeres, del Amor y del Destino, de acuerdo con la medida de mis habilidades, poniendo el relato en boca de una, dos o más personas. Después, con el favor de Dios, los cuentos se venden y aumenta mi dinero en lo necesario para mantenerme vivo.

—Pues incluso así —dijo Gobinda—, ese trabajo es el de un cuentista de mercado, aunque él habla directamente a hombres y mujeres y no escribe nada. Sólo cuando el cuento ha

despertado expectación y las calamidades están a punto de precipitarse sobre los virtuosos, se detiene de pronto y pide que le paguen para continuar su relato. ¿Ocurre lo mismo en tu trabajo, hijo mío?

—He oído que sucede algo así cuando se trata de un cuento muy largo, que se vende como un pepino, en trozos pequeños.

—Ah, en tiempos yo fui un famoso cuentista, cuando mendigaba en la carretera que va de Koshin a Etra, antes de mi última peregrinación a Orissa. He narrado muchas historias y oído muchas más en las posadas, por la noche, cuando estábamos contentos después de la marcha. En el fondo de mi corazón sé que los adultos no son más que chiquillos en cuestión de cuentos, y el cuento más antiguo es el más preciado.

—Así es entre tu gente —dije yo—. Pero los nuestros quieren relatos nuevos y, cuando ya están escritos, se ponen en pie y declaran que esos cuentos estarían mejor hechos de tal y cual manera y ponen en duda la veracidad o la inventiva de la historia.

—¡Qué locura ésa! —dijo Gobinda alzando su mano nudosa —. Una historia que se cuenta es verdadera mientras dure el relato. Y en cuanto a eso de que habláis de los cuentos… Tú sabes que Bilas Kan, que era el príncipe de los narradores, dijo a alguien que se burlaba de él en la gran posada de la carretera de Jhelum: «Continúa, hermano, termina lo que yo he empezado» y el que se había burlado continuó con el relato pero, como no tenía voz ni talento para narrar, llegó a un punto muerto y los peregrinos que cenaban le hicieron comer insultos y golpes por partes iguales aquella noche.

—Sí, pero los nuestros, cuando ha habido dinero por medio, están en su derecho, como podemos protestar al zapatero si se nos rompen los zapatos. Si alguna vez escribo un libro, tú verás y juzgarás.

—Y el loro le dijo al árbol que caía: «¡Espera, hermano, que traeré un rodrigón!» —dijo Gobinda, con una sonrisa desconsolada—. Dios me ha dado ochenta años, y puede que

algunos más. No puedo esperar sino el día que se me otorga y aun eso es un favor en estas circunstancias. Date prisa.

—¿Cuál es la mejor forma de poner manos a la obra —pregunté—, oh, máximo artesano de entre los que ensartan perlas con su habla?

—¿Cómo voy a saberlo? Sin embargo —lo pensó por un momento—, ¿cómo no voy a saberlo? Dios ha hecho muchas mentes, pero hay un único corazón en el mundo, ya sea entre tu gente o entre la mía. Todos son niños en materia de cuentos.

—Pero nadie es tan terrible como los pequeños, si un hombre usa mal una palabra o si, en una segunda versión, cambia las cosas, por poco que sea.

—Ah, también yo he narrado cuentos a los niños, pero has de hacer esto —sus ojos cansados se pasearon por las pinturas coloridas de las paredes, por la cúpula azul y roja, por las llamas de las poinsetias que lucían más allá—. Háblales primero de las cosas que tú hayas visto y que también ellos hayan visto. Así su conocimiento remediará tus errores. Háblales de lo que tú solo hayas visto; después, de lo que hayas oído y, siendo como son niños, cuéntales de batallas y de reyes, de caballos y demonios, de elefantes y de ángeles, pero no dejes de hablarles del amor y de cosas similares. Toda la tierra está llena de relatos para aquel que escucha y no aleja al pobre de su puerta. El pobre es el mejor de los cuentistas, porque cada noche debe apoyar su oído en la tierra.

Después de esta conversación, creció en mi mente la idea y Gobinda me apremiaba con sus preguntas sobre la salud de mi libro.

Tiempo después, cuando hacía ya meses que no nos veíamos, en momentos en que estaba a punto de partir hacia tierras lejanas, fui a decir adiós a Gobinda.

—Esta es la despedida, porque he de emprender un largo viaje —le dije.

—También yo. Y más largo que el tuyo. ¿Pero qué ha pasado con el libro? —me dijo.

—Nacerá a su debido tiempo, si así está decidido.

—Me gustaría poder verlo —dijo el anciano, acurrucándose bajo su manta—. Pero no podrá ser. Moriré dentro de tres días, por la noche, poco antes del amanecer. El término de mis días se ha cumplido.

En nueve de cada diez casos, un nativo no se equivoca en cuanto al día de su muerte. En ese aspecto, tiene la previsión de los animales.

—De modo que partirás en paz y es una buena noticia, porque tú has dicho que la vida no te brinda deleite.

—Sin embargo, es una pena que nuestro libro no haya nacido. ¿Cómo sé que en él estará mi nombre?

—Porque prometo que en la presentación del libro, antes que ninguna otra cosa, se escribirá: «Gobinda, *sadku*, de la isla en mitad del río y a la espera de Dios en el Chubára de Dhunni Bhagat, fue el primero en hablar de este libro» —le dije.

—«Y dio consejo, el consejo de un anciano. Gobinda, hijo de Gobinda de la aldea de Chumi en el *tehsil* de Karaon, del distrito de Mooltan». ¿También estará escrito eso?

—También estará escrito eso.

—¿Y el libro atravesará el Agua negra hasta llegar a las casas de tu gente, y todos los sahibs sabrán de mí, que tengo ochenta años?

—Todos los que lean el libro lo sabrán. No puedo prometer nada respecto de los demás.

—Esta noticia es buena. Llama a todos los que se hallan en el monasterio y se la daré.

Acudieron todos, faquires, *sadhus, sunnyasis*, *byragis, nihangs* y *mullahs*, sacerdotes de todos los credos, vestidos con toda clase de harapos, y Gobinda, apoyado en su muleta, les habló, y todos estaban llenos de evidente envidia, y un anciano de pelo blanco pidió a Gobinda que pensara en su fin último, en lugar de hacerlo en una reputación transitoria en boca de extranjeros. Entonces Gobinda me dio su bendición y yo partí.

Estos cuentos han sido recogidos en todos los lugares y entre toda clase de personas: sacerdotes del Chubára, Ala Yar el

escultor, Jiwun Singh el carpintero, pasajeros sin nombre de vapores y de trenes de todo el mundo, de mujeres que hilan junto a la puerta de sus casas a la luz del crepúsculo, oficiales y caballeros hoy muertos y enterrados y, unos pocos —si bien los mejores— que me narró mi padre. La mayor parte de ellos han sido publicados en revistas y periódicos, con cuyos editores me siento en deuda; pero algunos son nuevos a este lado del océano, y algunos no habían visto antes la luz.

Las narraciones más notables son, por supuesto, aquellas que no están aquí, por razones obvias.

LA ENCARNACIÓN DE KRISHNA MULVANEY

Adelante, mis campeones,

hoy hacia la iglesia cabalgamos,

quien no tenga caballo,

ahora mismo ha de robarlo.

Respeto, hombres, recordad,

es la casa de Dios.

Tú, Conrad, la nave has de atravesar

y whisky nos escanciarás.

La cabalgada de Hans Breitmann hacia la iglesia

HABÍA una vez, muy lejos de Inglaterra, tres hombres que se querían tanto que ningún hombre ni ninguna mujer podía interponerse entre ellos. No sería posible decir que eran refinados, ni de los que pueden pasar más allá del felpudo de las casas de personas decentes, porque, precisamente, eran soldados rasos del Ejército de Su Majestad, y los soldados rasos de nuestro servicio tienen poco tiempo para ilustrarse. Su deber consiste en mantenerse a sí mismos y a su equipo limpios, sin mancha, abstenerse de borracheras más frecuentes de lo necesario, obedecer a sus superiores y rogar por que haya una guerra. Con todo eso cumplían mis amigos, y por propia iniciativa agregaban alguna riña que no estaba contemplada en las ordenanzas militares. Su destino los llevó a servir en India, que no es un país dorado, aunque los poetas hayan cantado lo contrario. En esa tierra los hombres mueren muy pronto y los que viven sufren muchas y raras desgracias. No creo que mis amigos se interesaran en exceso por los aspectos sociales o políticos de Oriente. Intervinieron en una guerra no poco importante en la frontera norte, en otra en nuestros límites occidentales y en una tercera en Alta Birmania. Entonces su regimiento se acantonó para reclutar nuevos efectivos y la monotonía ilimitada del acantonamiento fue lo que les tocó en suerte. Llevaban a cabo sus ejercicios mañana y tarde en el mismo polvoriento patio de revistas. Vagaron, arriba y abajo,

por el mismo tramo de carretera blanca polvorienta, acudieron a la misma iglesia y a la misma taberna, y durmieron, en el mismo pajar encalado de una barraca, durante dos largos años. Uno de ellos era Mulvaney, el primero en el oficio, que había servido en distintos regimientos desde Bermudas hasta Halifax, viejo en la guerra, lleno de cicatrices, temerario, listo y, en sus horas piadosas, un soldado sin igual. A él fue en busca de ayuda y consuelo un hombre de Yorkshire, seis pies y medio de estatura, movimientos lentos, pasos pesados, nacido en los llanos, criado en los valles y educado, sobre todo, entre los carros de los transportistas, detrás de la estación de York. Su apellido era Learoyd y su principal virtud, una paciencia sin límites que le ayudaba a ganar las peleas. Cómo fue que Ortheris —algo así como un foxterrier de un *cockney*— llegó a ser miembro del trío es un misterio que todavía hoy no puedo explicar.

—Siempre seremos tres —solía decir Mulvaney—. Y por la tumba del Señor que, mientras dure nuestro servicio, seguiremos siendo tres. Es como debe ser.

No deseaban más compañía que la propia, y nada bueno le esperaba a cualquier hombre del regimiento que intentara pelear con ellos. Un enfrentamiento físico estaba fuera de lugar ante Mulvaney y el de Yorkshire; y un ataque a Ortheris significaba la respuesta combinada de los otros dos, algo que ni siquiera cinco hombres hubiesen aceptado tener entre manos. De modo que medraron, compartiendo sus tragos, su tabaco y su dinero, la buena suerte y la mala, la guerra y la posibilidad de morir, la vida y la posibilidad de ser felices, desde Calicut, en la India del sur, hasta Peshawar, en la del norte.

No fueron méritos propios sino la buena fortuna lo que me llevó a ser admitido hasta cierto punto en su amistad por los tres: con franqueza por parte de Mulvaney, desde un principio; con adustez y renuencia por Learoyd y con sospechas por Ortheris, que sostenía que ningún hombre que no estuviese en el Ejército podía fraternizar con un casaca roja.

—Cada oveja con su pareja —decía—. Yo soy un maldito soldao y él es un maldito paisano. No es lo natural, y no hay

más[1].

Pero había más. Se ablandaron poco a poco y en el ablandamiento me contaron de sus vidas y aventuras más de lo que yo pudiera llegar a escribir.

Sin entrar en detalles, este relato comienza con la Sed Lamentable que estuvo en la raíz de las Primeras Causas. Nunca hubo semejante sed, así me lo explicó Mulvaney. Ellos reaccionaron contra su virtud compulsiva, pero el esfuerzo alcanzó el éxito sólo en el caso de Ortheris. Él, que tantos talentos poseía, marchó hacia las carreteras y robó un perro de un «paisano», *videlicet* alguien, no sabía quién, que no estaba en el Ejército. Pues bien, aquel paisano hacía poco que había emparentado por matrimonio con el coronel del regimiento y en el cuartel se generó el alboroto menos previsible del mundo para Ortheris y, por fin, se vio forzado, para que no se produjesen males mayores, a disponer por un precio ridiculamente poco provechoso del más prometedor de los cachorros de terrier que jamás hubiese jerarquizado el extremo de una cadena. El dinero obtenido apenas bastó para un breve desacato que lo llevó al cuarto de la guardia. Sin embargo, salió con no más que una reprimenda severa y unas pocas horas de ejercicios como castigo. No por nada había adquirido la reputación de ser «el mejor soldado que viste y calza» en el regimiento. Mulvaney había enseñado a sus compañeros, como primer artículo de su credo, el aseo personal y la eficiencia.

—Un hombre sucio —solía decir con su especial forma de hablar— va a dá en la trena porque le tiemblan las rodillas y le montan consejo ’e guerra porque le falta un par de calcetines, pero un hombre limpio, tan limpio que sea un adorno pa’ sus compañeros, un hombre que lleve los botone como de oro, que tenga una chaqueta tiesa como la cera y que en el equipo no haya dejao pasá una mancha, *ese* hombre puede, si esiste la razón, hacé lo que quiera y bebé como un demonio. Eso es lo bueno de ir decente.

Cierto día estábamos sentados a la sombra de un barranco, lejos del cuartel, donde en época de lluvias corría un arroyo. Detrás nuestro se alzaba una selva de malezas en la que se

supone que habitan chacales, pavos reales, zorros grises de las provincias del noroeste y a veces algún tigre de India central, que se haya extraviado. Al frente teníamos el cuartel, resplandeciendo, blanco, bajo el resplandor del sol, y a cada lado corría la ancha carretera que llevaba a Delhi.

Aquella maleza me sugirió cuánta era la sabiduría de Mulvaney al tomarse un permiso de un día para salir de caza. El pavo es un ave sagrada en toda la India y el que mate a uno corre el peligro de ser atacado por los campesinos que le vean; pero en una ocasión anterior en que Mulvaney había salido, se había arreglado para volver, sin ofender en nada las susceptibilidades locales, con el bello plumaje de seis pavos reales, que había vendido muy bien. Es decir que parecía posible…

—¿Pero de dónde sale esto de tené que largarme sin un trago? El suelo no es más que polvo bajo los pié y parece que te se mete en la garganta pa' matarte —se lamentaba Mulvaney, mirándome con aire de reproche—. Y un pavo reá no es un pájaro al que se pueda cogé la cola, a menos que corras. ¿Quién puede corré con agua, con ná má que agua de la selva?

Ortheris había considerado el problema con todas sus proyecciones. Habló mientras masticaba el cañón de su pipa, con aire meditativo:

—*Adelante, vuelve cubierto de gloria*

Al regio hogar de Clusium:

Y cuelga ante los templos condenaos

Los condenaos escudos romanos.

Será mejor que vayas. No es probable que te pegues un tiro, siquiera mientras haiga la posibÜidá de bebida. Yo y Learoyd nos quedaremos en casita, a cuidar de la tienda, no sea cosa que vaya a pasar algo. Pero tú te vas, con tu escopeta, y te coges a esos pavos reales o lo que fuese. Me parece que te darán un día de permiso zumbando. Así que, ¡arrea!, te lo dan y te traes esos pavos reales o lo que fuese.

—Jock —dijo Mulvaney, volviéndose hacia Learoyd, que estaba semidormido a la sombra del terraplén. Learoyd se

levantó sin prisa.

—Vale, Mulvaney, ve —dijo.

Y Mulvaney se marchó, maldiciendo a sus compañeros con enjundia irlandesa y con pertinencia cuartelera.

—Tomar nota —dijo cuando, obtenido su permiso, apareció con sus ropas de campaña y la única escopeta de caza del regimiento en la mano—, tomar nota, Jock y tú, Orth'ris, que no me marcho por mi propia voluntá, que me voy por daros gusto a vosotros. No me fío yo de lo que salga de esta cosa permiscua de ir detrás de los pavos reales en una comarca desolá; y bien me sé yo que me voy a quedar tirao por ahí y que me voy a morir de sé. ¡Ay, que tenga que ir a cazar pavos reales pa' vosotro, tíos holgazanes… y que los labriego me echen mano! ¡Aj!

Agitó su manaza y se marchó.

A la hora del crepúsculo, mucho antes del momento fijado, regresó con las manos vacías y sucio de pies a cabeza.

—¿Los pavos? —inquirió Ortheris desde su cómodo lugar de descanso, encima de la mesa de la barraca, donde fumaba con las piernas cruzadas, en tanto que Learoyd dormía profundamente sobre un banco.

—Jock —dijo Mulvaney sin responder, mientras sacudía al compañero dormido—, Jock, ¿puedes peleá? ¿Quieres peleá?

Con mucha lentitud el significado de las palabras se introdujo en la cabeza del hombre, que se había incorporado a medias. Comprendió…, pero… ¿qué podían querer decir esas cosas? Mulvaney lo sacudía con salvajismo. Entre tanto los hombres que estaban en la barraca aullaban de deleite. Por fin había guerra en la confederación: guerra y ruptura de pactos.

La etiqueta del cuartel es rigurosa. A un desafío directo ha de seguir una respuesta directa. Esto es más fuerte que los lazos de una amistad probada. Una vez más Mulvaney repitió la pregunta. Learoyd respondió con el único medio que estaba a su alcance, y con tanta velocidad que el irlandés apenas tuvo tiempo para esquivar el golpe. Las risas suscitadas se incrementaron. Learoyd miraba perplejo a su amigo, que

estaba tan perplejo como él. Ortheris bajó de la mesa porque su mundo se desplomaba.

—Ven fuera —dijo Mulvaney y, mientras los ocupantes de la barraca se preparaban a seguirlos muy alegres, se volvió para anunciarles, furioso—: esta noche no habrá pelea, a menos que alguno de vosotros piense en ayudá. Si alguien quiere, que venga.

Nadie se movió. Los tres fueron hacia la luz de la luna y Learoyd no dejaba de manosear los botones de la guerrera. El patio de ejercicios estaba desierto, con la excepción de los chacales que se escurrían. El impulso de Mulvaney los llevó bastante lejos antes que Learoyd intentara volverse para seguir con la discusión.

—No te muevas. Yo tengo la culpa por empezar las cosas por la mitá, Jock. Tendría que haber llegao con una esplicación, pero Jock, hermano, ¿tú piensas, por tu vida, que estás preparao para la mejor pelea que jamás haya habido, mejor que pelearte conmigo? Piénsatelo ante de contestarme.

Más confuso que nunca, Learoyd dio dos o tres vueltas, se tanteó un brazo, pateó el suelo y dijo:

—Estoy preparao.

Tenía costumbre de pelear ciegamente por orden de una mente superior.

Se sentaron todos. Los hombres observaban desde lejos y Mulvaney se desembrolló en palabras altisonantes.

—Según vuestro plan de tontos, salí al desierto sin caminos, más allá de los cuarteles. Y ahí me topé con un hindú piadoso que iba en una carreta de bueyes. Me figuré que estaría encantao de llevarme un trecho, así que salté a la carreta…

—Eres un marrano gandul —masticó las palabras Ortheris, que hubiese hecho otro tanto en una situación parecida.

—Era el mejor de los comportamientos. El negro aquel siguió andando millas y millas, hasta el ferrocarril nuevo que están costruyendo detrás del río Tavi. «Esta carreta es para la basura», me dice de vez en cuando, con miedo, como pa' echarme. «Yo soy basura», le digo, «y de la más sequita que

hayas llevao jamás en tu carreta. Tira pa'lante, hijo mío, y que la gloria sea contigo». Y me eché a dormir y no hice caso de ná hasta que él se subió al terraplén de la vía, donde los culis amontonaban barro. Habrá cosa de unos dos mil culis en esa vía, ya os acordaréis. De repente, suena una campana y todos ellos salen corriendo hacia el tingladillo de la paga. «¿Dónde está el blanco que está a cargo?», le digo al condutor de mi carreta. «Bajo el tinglao», me dice, «ocupao con lo de la rifa». «¿Con qué?», le digo. «Con lo de la rifa», me dice. «Tú llevas boleto. El coge dinero. Tú ganas nada». «¡Ya!», le digo, «eso es lo que un hombre superior y cultivao llama una rifa, pobrecito de mí, criatura de las tiniebla y el pecao. Llévame adonde la rifa esa, aunque a saber lo que el diablo está haciendo tan lejos de su mundo, que es el mercadillo de caridá de las Navidade, con la mujé del coronel sonriendo detrás de la mesa del té». O sea que fui al cobertizo y me encontré con que era el día de paga de los culis. Las nóminas estaban sobre una mesa, delante de un hombre que parecía un toro, fuerte, guapo y colorao, como de siete pies de alto, cuatro de ancho y tres de espesor, y unos puño que parecían sacos de trigo. Le estaba pagando a los culis como está mandao, pero a cada hombre le preguntaba si se animaba con la rifa ese mes, y cada uno le decía «Sí», desde luego. Y entonces él les quitaba de la paga lo que había que quitarles. Cuando ya todos habían sido pagaos, llenó una lata vieja de cigarro con unas papeletas y las repartió entre los culis. Nadie se mostraba muy contento con el numerito, y no es estraño. Un hombre que estaba cerca de mí coge una papeleta negra y grita: «Me ha tocao». «Muy bien hecho», le digo. El culi va y se acerca al hombre fuerte, colorao, guapo, que levanta una tela y deja ver la silla de manos más lujosa, lustrá, esmaltá y engalaná que yo haya visto nunca.

—¡Silla de manos! Tú es que eres un bruto. Eso es un palanquín. ¿No te das cuenta de lo que es un palanquín cuando lo ves? —dijo Ortheris con gran desprecio.

—Si quiero decir silla de mano, es silla de mano, chiquillo —continuó el irlandés—. Era una silla superior, toda tapizá de seda rosa y con cortinas roja de seda. «Aquí está», dice el hombre colorao. «Aquí está», dice el culi y suelta una

sonrisilla. «¿A ti te vale de algo?», le dice el colorao. «No», le dice el culi. «Me gustaría regalársela». «Me da mucho gusto acetarla», le dice el colorao y entonces tóos los culis soltaron unos gritos que parecían ser de contento y se volvieron a cavar, dejándome solo en el cobertizo. El colorao me vio y se le puso azul la cara encima de su cuello gordo y fuerte. «¿Qué buscas aquí?», me dice. «Aquí estoy, de pie, y nada má», le digo, «a menos que haya algo de lo que tú jamás has tenido, que son modales, ladrón de rifas», porque no iba yo a dejá que alguien se metiera con el Servicio. «Fuera de aquí», me dice, «yo estoy al mando de este setor de la obra». «Y yo estoy al mando de mí mismo», le digo, «y se me hace que me voy a quedar un rato. ¿Organizas muchas rifas por estos lugares?». «¿Y a ti qué te importa?», me dice. «Náa», le digo, «pero a ti, mucho, porque se me da que sacas el cincuenta por ciento de tus ingresos de esa silla de manos. ¿Siempre la rifas así?», le digo, y entonces me fui a hacerle preguntas a un culi. Chico, ese hombre se llama Dearsley y ha estao rifando la silla esa de mano, todos los meses, como cosa de nueve meses. Tóos los culis de esa sección compran un boleto, que si no él los echa, una vez al mes, el día de la paga. El culi al que le toca se la devuelve, porque es muy grande pa' llevársela y él despediría al que quisiese venderla. Ese Dearsley está haciéndose de fortuna, como Roscio, con esa rifa injusta. ¡Piensa en la vergüenza que es para los pobrecillos culis que el Ejército de la India tiene que proteger y alimentar en su seno! ¡Dos mil culis estafaos una vez al mes!

—Mal rayo parta a esos culis. ¿Te has traído la silla, guapo? —dijo Learoyd.

—Aguarda. Cuando ya había descubierto esta increíble y magnífica estafa que hace el tío ese, Dearsley, convoqué un consejo de guerra; él no paraba de citarme para una pelea, con un lenguaje oprobioso. Esa silla de mano jamás perteneció por derecho a ningún capataz de culis. Te digo que es una silla de rey o de reina. Está llena de oro y seda y tóo tipo de chismes. Chico, no seré yo quien se ponga a deshacer los males, que ya estoy viejo pa' eso, pero, vaya, que ése la ha tenido nueve meses y no se atreverá a hacer problemas si se la quitan. A cinco millas, o tal vez seis…

Hubo una pausa prolongada y los chacales aullaron de contento. Learoyd desnudó uno de sus brazos y lo examinó a la luz de la luna. Después asintió con la cabeza, en parte para sí mismo y en parte para sus amigos. Ortheris se agitaba en su emoción contenida.

—Ya había pensao yo que vosotros veríais lo razonable que es esto —decía Mulvaney—. Si hasta me arriesgué a decírselo al hombre. Él esperaba un ataque frontal direto: infantería, caballería, artillería, y para náa, porque yo no tenía con qué transportar la máquina. «No pienso discutir con usté hoy», le digo, «pero más alante, *mister* Dearsley, estafador de rifas, hablaremos de este asunto largamente. No es buena política la de robarle al negro lo que tanto le ha costao ganar, y por la información que me han dao (que era lo que me había dicho el hombre de la carreta), usté viene prerpetrando lo mismo desde hace nueve meses. Pero yo soy un hombre justo», le digo, «y dejando a un lao la presunción de que el tal asiento, con su punta de oro, no haya sido comprao con honestidá», y ahí se puso verde, así que me di cuenta de que tóo eso era más cierto que mencionable, «no ha sío comprao con honestidá, tengo buena voluntá pa' pasar de esta felonía por las ganancias del mes».

—¡Toma ya! —exclamaron Learoyd y Ortheris.

—Ese tío, Dearsley, le pide demasiao al destino —continuó Mulvaney, meneando la cabeza con solemnidad—. Ni en todo el infierno encontraría una palabra que fuese bastante pa' sabé cómo estaba yo en ese momento. ¡Me trató de ladrón, de verdá! ¡A mí, que le estaba salvando de seguir por el mal camino sin hacerle ojeciones, cuando pa' un hombre de conciencia una ojeción puede cambiarle la direción de la vida! «No seré yo quien discuta», le digo, «lo que usté es o no es, *mister* Dearsley, pero por mi alma que le voy a quitar esa tentación que tiene usté en esa silla de manos». «Tendrás que pelear conmigo pa' llevártela», me dice, «porque me sé muy bien que no te atreverás a informar a nadie». «Pues habrá pelea», le digo, «pero no en el día de la fecha, porque yo estoy débil por falta de alimento». «Tú eres un viejo sinvergüenza», me dice, mirándome de arriba a abajo, «buena pelea será la que tengamos. Ahora come y bebe y despué sigue tu camino».

Y en eso me dio un poco de cecina y whisky —muy bueno— y hablamos de esto y de aquello tóo el rato. «Me sabe mal ahora», le digo, limpiándome la boca, «tener que confiscar esa pieza del mobiliario, pero lo justo es justo». «Todavía no la tienes», me dice, «está la pelea por medio». «Sí que está», le digo, «y será una buena pelea. Tendrá lo mejó de lo mejó de mi regimiento por la comida que ha dao en el día de hoy». O sea que me vine a toda marcha a por vosotros. A callar los dos. La cosa es así. Mañana iremos los tres y él tendrá que escoger entre yo y Jock. Jock engaña en esto de pelear, porque es demasiao gordo a primera vista y se mueve despacio. Yo soy puro músculo a primera vista y me muevo rápido. Según mis cálculos, el Dearsley ese no me va a elegir a mí, o sea que yo y Orth'ris veremos una pelea limpia. Oye, Jock, te digo que será una pelea grande, con todo lo que hay que tener, su nata y su guinda. Despué del asunto, los tres tendremos que aplicarnos a fondo —aunque Jock se habrá hecho mucho daño— para llevarnos esa silla de mano.

—Palanquín —intervino Ortheris.

—Pues como se llame, pero tenemos que tenerla. Es la única cosa de las que se venden a nuestro alcance que podemos conseguir tan barato. Porque, ¿qué es una pelea, después de tóo? El tío le ha robao al negro, una deshonestidá. Nosotros le robamos a él con honestidá, y eso porque me ha dao whisky.

—¿Pero qué vamos a hacer con la condená mercancía cuando la tengamos? Esos palanquines son grandes como una casa y muy difíciles de vender, como lo decía McCleary cuando se robó la caseta del centinela en el Curragh.

—¿Quién es el que va a pelear? —dijo Learoyd y Ortheris cedió.

Los tres regresaron a la barraca sin decir palabra. El argumento final de Mulvaney remachó la cuestión. El palanquín constituía una propiedad vendible y que podía obtenerse de la más sencilla y menos incómoda de las formas. En última instancia, podía convertirse en cerveza. Mulvaney era grande.

A la tarde siguiente una procesión de tres se formó y desapareció entre las malezas en dirección a la nueva línea de ferrocarril. Sólo Learoyd avanzaba sin cuidado, porque Mulvaney se sumergía en las profundidades oscuras del porvenir, y el pequeño Ortheris temía lo desconocido. Lo que ocurrió en él aislado cobertizo de las pagas, junto al terraplén semiconstruido, no lo saben más que unos pocos cientos de culis y su relato es confuso, más o menos así:

—Estábamos trabajando. Llegaron tres hombres de casaca roja. Vieron al sahib… al sahib Dearsley. Empezaron los discursos, el que más habló fue el más pequeño de los casacas rojas. El sahib Dearsley también dijo su discurso, y usó muchas palabras muy 1 fuertes. Cuando terminó la conversación, se marcharon juntos hacia un lugar abierto y allí el hombre gordo de los casacas rojas peleó con el sahib Dearsley, según la costumbre de los hombres blancos: con las manos, sin dar voces, sin tirarle del pelo al sahib Dearsley ni una sola vez. Los que no teníamos miedo observamos todo nada más que durante el tiempo que un hombre necesita para cocinar la comida del mediodía. El hombre pequeño de casaca roja se había hecho dueño del reloj del sahib Dearsley. No, no robó ese reloj. Lo sostuvo en sus manos y en determinados momentos daba una voz y los dos dejaban el combate, que era como el combate de los toros jóvenes en primavera. Pronto ambos hombres estuvieron rojos, pero el sahib Dearsley estaba más rojo que el otro. Al ver esto, y temerosos por su vida —porque nosotros le amamos profundamente—, unos cincuenta de nosotros mostramos nuestra intención de arrojarnos contra los casacas rojas. Pero uno de los hombres, de pelo muy negro y que de ninguna manera ha de confundirse con el pequeño, ni con el hombre gordo que peleaba, ese hombre, lo aseguramos, se arrojó contra nosotros y del total cogió a unos diez o cincuenta con los dos brazos e hizo que nuestras cabezas golpearan unas con otras, de modo que nuestros hígados se volvieron agua, y salimos corriendo. No es bueno entremeterse en las peleas de los hombres blancos. Después de eso el sahib Dearsley cayó y ya no se levantó, y aquellos hombres saltaron sobre su tripa y le despojaron de todo su dinero, intentaron pegar fuego al cobertizo de las pagas y se marcharon. ¿Es verdad que el sahib Dearsley no ha denunciado estas cosas

después que fueron llevadas a cabo? Nosotros quedamos sin sentido por el miedo y ya no recordamos nada. No había ningún palanquín cerca del cobertizo de las pagas. ¿Qué sabemos nosotros de palanquines? ¿Es verdad que el sahib Dearsley no ha vuelto a su puesto, a causa de su enfermedad, en diez días? Es culpa de esos malos hombres de casacas rojas, que tendrían que ser castigados con severidad, porque el sahib Dearsley es a la vez nuestro padre y nuestra madre, y nosotros le amamos muchísimo. Pero, si el sahib Dearsley ya no vuelve a su puesto, diremos la verdad. Había un palanquín, para cuyo mantenimiento nos veíamos forzados a pagar las nueve décimas partes de nuestro salario mensual. Además de embaucarnos así, el sahib Dearsley nos permitía jurarle obediencia ante el palanquín. ¿Qué podíamos hacer? Eramos pobres. Nos arrebataba la mitad de nuestro salario. ¿El Gobierno nos devolverá esos dineros? Esos tres hombres de las casacas rojas cargaron el palanquín sobre los hombros y se marcharon. Todo el dinero que el sahib Dearsley | nos había quitado estaba en los cojines de ese palanquín. Por lo tanto, ellos lo robaron. Allí había miles de rupias: todo dinero nuestro. Era nuestra caja; para llenarla, entregamos de buena gana al sahib Dearsley las tres séptimas partes de nuestro salario mensual. ¿Por qué el hombre blanco fija en nosotros una mi-ljj rada de desagrado? Ante Dios declaramos que había un palanquín y que ahora no lo hay; y si envían a la policía aquí para investigar, sólo podremos decir que jamás hubo palanquín alguno. ¿Cómo podía haber un palanquín junto a estas obras? Nosotros somos pobres y no sabemos nada.

Esta es la versión más simple del relato más simple del asalto contra Dearsley. La recibí de los labios de los culis. El propio Dearsley no se hallaba en condiciones de decir nada y Mulvaney mantuvo un silencio macizo, roto tan sólo para relamerse los labios de vez 1 en cuando. Había asistido a una pelea tan estupenda que había perdido incluso la capacidad del habla. Respeté su reserva hasta que, tres días después de los sucesos, descubrí en un establo en desuso de mi propiedad un palanquín de esplendor impúdico, evidentemente la litera de una reina en tiempos idos. La vara de la que colgaba entre los hombros de los portadores estaba decorada con *papier-macbé* pintado de Cachemira. Los apoyahombros eran de seda

amarilla. Los paneles de la litera propiamente dicha ardían —laca sobre cedro— con los amores de todos los dioses y diosas del panteón hindú. Las puertas corredizas de cedro estaban adornadas con cierres de esmalte translúcido de Jaipur y se deslizaban sobre raíles entorchados de plata. Los cojines eran de brocado de seda de Delhi y las cortinillas, que alguna vez impidieron ver cualquier chispa de la belleza del palacio del rey, estaban rígidas de bordados de oro. Un examen cuidadoso reveló que toda la tapicería estaba raída y descolorida en todas partes, por el tiempo y el uso, pero aun así era lo bastante espléndido como para merecer hallarse estacionado ante los umbrales de un harén real. No le encontré más defecto que el de estar en mi establo. Después, cuando intentaba levantarlo por la vara cubierta de plata, me eché a reír. El camino desde el cobertizo de Dearsley hasta el cuartel era estrecho y nada liso; recorrido por tres portadores de palanquines poco experimentados, uno de los cuales tenía sus buenos golpes en la cabeza, tuvo que haber sido una senda de tormento. Aun así, no reconocí a los tres mosqueteros el derecho a convertirme en un «perista» de lo robado.

—Le estoy pidiendo que me guarde el mueble —dijo Mulvaney cuando le induje a considerar el tema—. Eso no es robo. Dearsley nos dijo que podíamos quedarnos con él si peleábamos. Jock peleó y, verá, señor, cuando la fiesta estaba en lo mejor y Jock sangraba como un cerdo acuchillao y el pequeño Orth'ris chillaba saltando en una pierna y echándole bocaos al reloj de Dearsley, yo hubiese dao mi plaza pa' que usted viera un asalto. El hombre eligió a Jock, como yo sospeché que haría, y Jock engaña. En nueve asalto estaban igualaos, y en el décimo… Bueno, en cuanto al palanquín. No hay ningún problema, o no lo hubiésemos llevao allí. Usté comprenderá que la Reina —¡Dios la bendiga!— no admite que un soldao raso se guarde los elefantes, palanquines y esos chismes en el cuartel. Después de bajarlo del cobertizo de Dearsley a través de aquella maleza cruel que casi le cuesta el corazón a Orth'ris, lo dejamos un rato en el barranco, y un puerco espín ladrón, una civeta y un chacal se metieron a dormir adentro, como lo vimos a la mañana. Y yo le pregunto a usté, señor, un palanquín elegante, digno de una princesa, ¿es el lugar natural pa' que estén todos los bichos del cuartel? Lo

llevamos a su casa, cuando cayó el sol, y lo pusimo en su establo. No permita que le remuerda la conciencia. Piense en esos hombres de allá, del cobertizo, contentos, mirándolo a Dearsley con la cabeza envuelta en una tualla, y seguros de que se pueden llevar la paga de cada mes sin que les quiten náa por las rifas. Indiretamente, señor, usté ha salvao de un hijo de una ave rapaz sin principios a tóos los campesinos de un pueblo muy grande. Y además, ¿piensa que voy a dejar que esa silla se nos pudra entre las manos? No seré yo quien lo haga. No se ve en el mercao una joya pura como ésa tóos los días. No hay un rey en cuarenta millas a la redonda —y abarcó con la mano el horizonte polvoriento—, no hay uno solo que no se alegrase de comprarla. Un día de éstos, yo mismo, cuando me sobre tiempo, me la llevaré por ese camino y dispondré de ella.

—¿Cómo? —le dije, porque sabía que ese hombre era capaz de cualquier cosa.

—Me meteré dentro, por supuesto, y con el ojo alerta por las cortinillas. Cuando vea a un hombre del tipo de los nativos, me bajaré, tóo tímido, y le diré: «¿Comprar palanquín, tú, cola negra?». Aunque primero voy a tener que contratar a cuatro hombre, pa' que me lleven, y eso es imposible hasta el prósimo día de paga.

Es bastante curioso que Learoyd, que había luchado por el premio y que al vencer había obtenido el mayor de los placeres que la vida le brindaba, al mismo tiempo estuviese dispuesto a desvalorizarlo, en tanto que Ortheris decía sin reparos que lo mejor era hacerlo pedazos. Dearsley, argüía, podía ser un hombre de muchos recursos, capaz, a pesar de sus magníficas cualidades de luchador, de poner en marcha la maquinaria de la justicia civil, algo aborrecible para el soldado. En cualquier caso, para ellos, la diversión había llegado y se había disipado; estaba cercano el día de pago, cuando habría cerveza para todos. ¿Para qué querían, pues, conservar el palanquín pintado?

—Tú eres un tirador de primera y un perfecto chiquirritín —dijo Mulvaney—. Pero nunca has tenío ningún seso. Así que yo tengo que estar en vela por las noche, planeando y

inventando pa' los tres. Orth'ris, hijo mío, no se trata de unos poquitos galones de cerveza, no, ni de veinte: son cubas, tinas y barriles lo que hay en esa siya de mano. De quién era, qué era y cómo llegó hasta aquí, no lo sabemos; pero lo que yo me sé muy bien es que tú y yo y Jock, con su pulgar dislocao, vamos a conseguir una fortuna con esto. Déjame solo, déjame pensar.

Entretanto, el palanquín permaneció en mi cuadra, cuya llave estaba en poder de Mulvaney.

Llegó el día de la paga, y con él, la cerveza. De acuerdo con la experiencia, no cabía figurarse que Mulvaney, seco por cuatro semanas de sequía, se abstuviera de excesos. A la mañana siguiente él y el palanquín habían desaparecido. Tuvo la precaución de obtener un permiso de tres días «para ver a un amigo del ferrocarril», y el coronel, sabedor de que la erupción de la temporada estaba cercana y con la esperanza de que su potencia se desvaneciese más allá de los límites de su jurisdicción, de buen grado le otorgó todo lo que el hombre pedía. En este episodio se detenía el relato de Mulvaney, tal como se registró en el comedor del cuartel.

Ortheris no lo llevó mucho más adelante.

—No, que él no estaba borracho —decía el hombrecillo, con lealtad—, que apenas si el alcohol le había dao una vuelta por dentro, pero cogió y llenó tóo el condenao palanquín de botellas antes de partir. Salió y contrató seis hombres pa' que le llevaran y yo tuve que ayudarle a meterse dentro de su lecho nucial, porque no atendió razones. Y allá se marchó, de camisa y pantalón, soltando juramentos terribles, carretera abajo, con las piernas que le bailaban afuera.

—Sí —le dije—, ¿pero hacia dónde?

—Sí que es buena la pregunta. Dijo que se iba a vender el palanquín, pero por lo que vi cuando le ayudé a meterse dentro, se me figura que se fue al terraplén nuevo, pa' burlarse de Dearsley. En cuanto Jock termine la guardia, iré a ver si está bien, no Mulvaney, sino el otro hombre. ¡Por tóos los santos, me da pena del que quiera ayudar a Terence a salir del palanquín cuando se haya emborrachao bien!

—No le ocurrirá nada —dije.

—Claro que no. La cosa es qué hará por el camino. Matar a Dearsley, creo que no. No tendría que haberse marchao sin Jock o sin mí.

Con el refuerzo de Learoyd, Ortheris salió en busca del capataz de la cuadrilla de culis. La cabeza de Dearsley todavía estaba adornada de toallas. Mulvaney, sobrio o borracho, no hubiera pegado a un hombre en esas condiciones, y Dearsley negaba con indignación que él fuese capaz de aprovecharse del valentón ebrio.

—Ya hice mi eleción entre vosotros dos —explicó a Learoyd — y os llevasteis mi palanquín, no antes que yo le sacara bastante provecho. ¿Para qué hacer daño cuando ya estaba todo arreglao? Vuestro hombre *vino* aquí, borracho como una cuba, y venía para reírse de mí, sacó la cabeza entre las cortinillas y me llamó peón crucificao. Yo le emborraché un poco más y lo mandé a paseo. Pero ni siquiera le toqué.

A todo esto, Learoyd, que era lento para captar las trazas de la sinceridad, sólo respondió:

—Si a Mulvaney le pasa algo por tu culpa, te agarraré, con trapos o sin trapos en la cabeza, y te retorceré el cuello, hombre. Hasta más ver.

La embajada se marchó, y Dearsley, el apaleado, se rió solo esa noche, mientras cenaba.

Transcurrieron tres días, un cuarto y un quinto. Estaba a punto de cumplirse una semana y Mulvaney no volvía. Él, su palanquín regio y sus seis asistentes se habían desvanecido en el aire. Un soldado muy fuerte y bastante borracho, con los pies asomados por los laterales de la litera de una princesa reinante, no es algo que vaya por las carreteras sin que surjan comentarios. Sin embargo, ningún hombre de la comarca había visto semejante maravilla. Estaba y no estaba; y Learoyd sugirió la inmediata aniquilación de Dearsley como sacrificio al fantasma del compañero. Ortheris insistió en que todo iba bien y, a la luz de experiencias pasadas, sus esperanzas parecían razonables.

—Cuando Mulvaney coge el camino —decía—, es capaz de ir muy lejos, sobre tóo si está tan borracho como lo está ahora. Pero lo que no me sabe bien es que no se haiga oído que haiga desplumao a algunos negros de por ahí. Eso no tiene buen color. A estas *mi* alturas ha de habérsele ido la borrachera, a menos que haiga asaltao un banco y entonces… ¿Por qué no vuelve? No tendría que haberse marchao sin nosotros.

Hasta el corazón de Ortheris se desalentó al final del séptimo día, porque la mitad del regimiento estaba fuera, barriendo la comarca, y Learoyd se había visto forzado a pelear con dos hombres que abiertamente sugirieran que Mulvaney había desertado. Para hacerle justicia, el coronel se echó a reír ante esa idea, aun cuando le fuese presentada por su muy fiable asistente.

—Mulvaney pensaría en desertar tanto como usted —dijo el coronel—. No, o bien ha tenido algún problema con los campesinos (y no es probable que sea así, porque él sería capaz de salir, con estratagemas, del mismo Infierno), o bien está ocupado en asuntos personales urgentes, alguna diablura de la que oiremos hablar en el comedor, después que la historia haya dado la vuelta á las barracas. Lo peor del caso es que tendré que imponerle veintiocho días de confinamiento, por lo menos, por haberse ausentado sin permiso, justamente cuando más lo necesitaba aquí para poner en marcha al nuevo contingente de reclutas. Jamás he visto a un hombre que pudiera pulir a los soldados jóvenes tan pronto como Mulvaney. ¿Cómo lo hará?

—Con lisonjas y con la hebilla del cinturón, señor —dijo el asistente—. Vale por dos suboficiales cuando de reclutas irlandeses se trata, y parece que los muchachos de Londres lo adoran. Lo peor de eso es que si va al calabozo, no podremos sujetar ni controlar a los otros dos hasta que él salga. Creo que Ortheris habla de motín en esas ocasiones, y sé que la sola presencia de Learoyd lamentándose por Mulvaney disipa toda la alegría en su barraca. Los sargentos me dicen que no permite que ningún hombre ría cuando él se siente desdichado. Son una panda rara.

—Sin embargo, ojalá tuviese algunos más como ellos. Me gusta un regimiento disciplinado, pero esos jóvenes inútiles, de cara pálida, mirada huidiza, hipócritas, que llegan de la base, a veces me preocupan con su virtud repulsiva. Parece que no tienen empuje para otra cosa que no sea jugar a las cartas y merodear por las casas de los casados. Creo que perdonaría a ese viejo pillo de inmediato, si regresara con cualquier clase de explicación que yo pudiese dar por aceptable.

—No creo que vaya a ser muy difícil, señor —dijo el asistente —. Las explicaciones de Mulvaney son sólo un punto menos prodigiosas que sus proezas. Cuentan que cuando estaba en el Black Tyrone, antes de venir a nuestro regimiento, lo descubrieron en la ribera del Liffey tratando de vender el caballo del coronel a un traficante de Donegal, argumentando que era un perfecto caballo de silla para una señora. Shackbolt mandaba el Tyrone en esos tiempos.

—A Shackbolt le habrá dado una apoplejía de sólo pensar en sus caballos de guerra rampantes descritos de ese modo. Tenía costumbre de comprar unos demonios salvajes y los domaba según su teoría favorita: la de matarlos de hambre. ¿Qué decía Mulvaney?

—Que era miembro de la Sociedad preventiva de la crueldad con los animales y que estaba ansioso por «vender al pobrecito animal a quien le diera con qué llenarse la tripa». Shackbolt se reía, pero me figuro que por eso nos mandó a Mulvaney.

—Ojalá volviera —dijo el coronel—, porque me cae bien y creo que yo le caigo bien a él.

Esa noche, para alentar nuestros ánimos, Learoyd, Ortheris y yo fuimos a cazar con humo un puerco espín. Iban con nosotros todos los perros, pero ni siquiera sus ladridos —y comenzaron a discutir los fallos de los puerco espines aun antes de abandonar el acantonamiento fueron capaces de quitarnos nuestras ideas de la cabeza. Una luna grande, baja, transformaba en plata las espigas de las hierbas, y hacía que las matas raquíticas de espinos y los tarayes ásperos pareciesen un tropel de demonios. El olor del sol no había dejado la tierra, y unas brisas suaves, vagabundas, soplaban hacia el sur entre

las rosas de los jardines, trayéndonos una fragancia de flores secas y agua. Una vez preparada nuestra hoguera, y bien apostados los perros para aguardar la salida del puerco espín, trepamos hasta la cima de un altozano erosionado por las lluvias y echamos una mirada a las malezas que se abrían en veredas señaladas por el ganado, blanqueadas por la hierba y punteadas por las manchas de las charcas que se poblarían de agachadizas durante el invierno.

—Esto —dijo Ortheris, con un suspiro, mientras contemplaba la desolación desgreñada del paisaje—, esto es sanguinario. Esto es de un sanguinario fuera de lo normal. Una especie de país chalao. Como una parrilla que se apaga con el sol —se protegió los ojos de la luz lunar—. Y hay un loco que baila en medio de tóo. Hace bien. Yo bailaría también, si no estuviese tan deprimido.

A la luz de la luna danzaba un espectro, un robusto y andrajoso espíritu del yermo, que batía sus alas a lo lejos. Se había alzado de la tierra; se acercaba hacia nosotros y su silueta sufría cambios incesantes. La toga, mantel o vestido de noche, fuera lo que fuese lo que aquella criatura llevaba, adquiría cientos de formas. De pronto, se detuvo en un alto cercano y agitó piernas y brazos en el viento.

—¡Oh, ese espantapájaros se ha vuelto loco! —dijo Ortheris —. Me parece que si se acerca, tendremos que ir a la greña con él.

Learoyd se incorporó entre el polvo como un toro que se sacude los flancos después de haberse revolcado. Y así como muge un toro, así él, después de un breve minuto de observación, gritó hacia las estrellas:

—¡MULVAANEY! ¡MULVAANEY! ¡Aquí!

¡Oh, entonces fue cuando todos nosotros gritamos y la figura se hundió en un bajío, hasta que con un crujido de hierbas quebradas, el extraviado se aproximó a la luz de la hoguera y desapareció, de la cintura para abajo, en un oleaje de perros jubilosos! Después Learoyd y Ortheris saludaron, bajo y falsete al unísono, tragando ambos el nudo de sus gargantas.

—¡Condenao loco! —le decían, mientras le soltaban unos buenos golpes con los puños.

—¡Con cuidao! —respondió él, mientras echaba un brazo enorme en tomo a cada uno—. Debo haceros saber que soy un dios, pa’ que me tratéis como a tal…, aunque por cierto que me figuro que tendré que ir al calabozo como un soldao raso.

La última parte de la frase deshizo las sospechas que había suscitado la primera. Cualquiera habría llevado razón si lo hubiese mirado como a un loco. Iba con la cabeza descubierta y descalzo, y la camisa y los pantalones se le caían a pedazos. Pero llevaba un atavío magnífico —una capa gigante que lo cubría desde el cuello a los talones—, de seda rosa pálido, totalmente labrada con el más primoroso de los bordados hecho por manos muertas mucho tiempo atrás, en el que se narraban los amores de las divinidades hindúes. Las figuras monstmosas entraban y salían de la luz del fuego a medida que él se acomodaba los pliegues alrededor del cuerpo.

Ortheris tocó, respetuoso, la prenda durante un momento, en tanto que yo procuraba recordar dónde la había visto antes. Entonces el hombrecito chilló:

—¿Qué *has hecho* con el palanquín? ¡Si llevas la tapicería!

—Pues sí —respondió el irlandés—, y por esa misma razón el bordao me está arrancando el pellejo. He pasao cuatro días dentro de esta colcha suntuosa. Hijo mío, he empezao a entender por qué el negro es un inútil. Sin mis botines y con los pantalones rotos como las medias calás de las pierna de una chica en un baile, me empiezo a sentí como un negro: lleno de miedo y timidez. Darme una pipa y os lo contaré.

Encendió una pipa, abrazó de nuevo a sus dos amigos y los meció en medio de un estallido de risas.

—Mulvaney —dijo Ortheris con severidad—, no es tiempo de risas. Jock y yo hemos tenío por tu culpa más preocupaciones que las que tú vales. Te has ausentao sin permiso y por eso te van a arrestar, y has vuelto vestío que es un asco y muy incorretamente con la tapicería del condenao palanquín. Y te ríes de eso. Y *nosotros*, tóo el tiempo pensando que estabas muerto.

—Chicos —dijo el reo, que seguía meciéndolos con suavidad —, cuando haya soltao mi cuento podéis llorar si queréis, y aquí el chiquitín de Orth'ris puede sacarme lo de adentro pa' fuera. Hecho está, y a escuchar. Mis proezas han sío estupendas: mi suerte ha sido la bendita suerte del Ejército Británico, y no hay ná mejor que eso. Me fui ya borracho y bebiendo en el palanquín, y he vuelto como un dios color de rosa. ¿Alguno de vosotro fuisteis a ver a Dearsley cuando se me acabó el permiso? Él está en el fondo del asunto.

—Ya me parecía a mí —murmuró Learoyd—. Mañana le parto la cara encima de la cabeza.

—No lo harás. Dearsley es una joya de hombre. Despué que Ortheris me puso en el palanquín y los seis portadores fueron gruñendo carretera abajo, se me ocurrió burlarme de Dearsley por lo de la pelea, o sea que les dije: «¡Al terraplén!», y una vez allí, como estaba más que cargao, saqué la cabeza del aparato aquel y cambié unos cumplios con Dearsley. Tengo que haberle insultao a fondo, porque cuando me pongo de esa forma la fuerza de la lengua me supera. Apenas si recuerdo haberle dicho que la boca se le abría al revés, como la de una raya, lo que era verdá, después que Learoyd se la trabajó; y me acuerdo muy bien que no se lo tomó como una ofensa y que me convidó con un buen trago de cerveza. La cerveza fue la clave, porque me arrastré hasta dentro del palanquín, y me pisé la oreja derecha con el pie izquierdo y me dormí como un muerto. No estaba yo ni a medias despierto cuando empezó un ruido horrible en mi cabesa: rugíos, cascabeleos, martilleos, como no había oído jamás. «¡Madre de la Misericordia!», pienso, «¡la concertina que voy a tener en los hombros cuando me despierte!». Y me acurruco pa' dormir antes que aquello se me meta dentro. Chicos: ¡aquel ruido no era la bebida, era el traqueteo del tren!

Siguió una pausa imponente.

—Pues sí, me había metió en un tren, me había metió con palanquín y tóo, con seis asesinos negros, que eran los de su más atroz confianza de entre sus culis, en el suelo de un vagón de mercancías y rodábamos y marchábamos pa' Benarés. Doy gracias por no haberme despertao entonces y haberme

presentao yo mismo a los culis. Como os iba diciendo, dormí la mayor parte de un día y de una noche. Pero recordar que ese tío, Dearsley, me había empaquetao en uno de sus trenes de carga a Benarés, todo pa' que me pasara del permiso y me encerraran.

La explicación era eminentemente racional. Benarés está al menos a diez horas de tren de los cuarteles y nada en el mundo podría haber salvado a Mulvaney de ser arrestado por desertor si él se hubiese aparecido allí con los ropajes de sus orgías. Dearsley no se había olvidado de vengarse. Learoyd, echándose apenas hacia atrás, comenzó a colocar golpes suaves en partes seleccionadas del cuerpo de Mulvaney. Sus pensamientos estaban lejos, en el terraplén, y urdían algo malo contra Dearsley. Mulvaney continuó:

—Cuando estuve despierto del tóo, el palanquín estaba estacionao en una calle, me figuré, porque podía oír a gente que andaba y charlaba. Pero bien que sabía que yo estaba lejos de aquí. Hay un olor especial en los cuarteles, un olor de tierra seca y hornos de ladrillos, mezclao con el soplo de estiércol de caballos. Aquel lugar olía a caléndulas y aguas estancás, y había algo vivo que se acercó a respirar fuerte con sus morros por la abertura de la ventanilla. «Estoy en un pueblo», pensé pa' mí mismo, «y el búfalo del lugar ha venío a investigar el palanquín». Pero a pesar de tóo no tenía ganas de moverme. Cuando estés en tierra extraña, sólo tienes que quedarte quieto, y la buena suerte del Ejército Británico te llevará a buen puerto. Esto es un epigrama. Lo he inventao yo.

»Después un montón de diablos que cuchicheaban rodeó el palanquín. «Levantarlo», decía un hombre. «¿Pero quién nos pagará?», decía otro. «El ministro de la maharaní, por supuesto», dijo el hombre. «¡Ajá!», me dije pa' mis adentros, «soy una reina por mi propio derecho, con un ministro que paga mis gastos. Seré un emperaor, si me quedo quieto el tiempo necesario, pero esto no es un pueblo». Me quedé sin moverme, pero con el ojo derecho pegao a una hendí ja de la cortinilla, y vi que toda la calle estaba llena de palanquines y caballos y de unos cuantos sacerdotes desnudos, cubiertos de polvos amarillos y colas de tigres. Pero puedo asegurarte, Orth'ris, y a ti también, Learoyd, que de tóos los palanquines

el nuestro era el más imperial y magnífico. Un palanquín significa en tóo el mundo una señora nativa, salvo cuando a un soldao de la Reina se le ha ocurrió dar un paseo. «¡Mujeres y sacerdotes!», me dije. «El hijo de tu padre esta vez se encuentra en el banco de la iglesia que le toca, Terence. Ya vendrán los acontecimientos». Seis demonios negros vestidos de seda rosa alzaron el palanquín y, ¡ay!, los sacudones y el balanceo me pusieron malo. Despué estábamos atascaos entre los palanquines —no eran más de cincuenta— y nos arañábamos y golpeábamos como las barcazas de patatas de Queenstown cuando la corriente es fuerte. Podía oír a las mujeres que soltaban risitas y chillidos en sus palanquines, pero el mío era un carruaje real. Le abrían el paso y, por Dios, mis hombres vestidos de rosa iban gritando: «¡Paso a la maharaní de Gokral-Seetarun!». ¿Usté tiene noticia de esa dama, señor?

—Sí —le dije—. Es una vieja y muy apreciadá reina de los Estados centrales indios, y se dice que muy gorda. ¿Cómo podría haber ido ella a Benarés sin que toda la ciudad reconociera su palanquín?

—Es la tontería de siempre del negro. Vieron un palanquín solitario y abandonao, y lo bonito que era, después que los hombres de Dearsley lo dejaran y se marcharan, y le pusieron el mejor nombre que se les ocurrió. Y estuvo muy bien. Porque hemos de decir que la vieja señora estaba viajando *incog*…, como yo. Me alegra saber que es gorda. Yo no soy un peso ligero y mis hombres estaban con unas ansias de muerte por dejarme debajo de un gran arco que tenía la ornamentación más pormiscua que yo haya visto de tallas y reheves deshonestos. ¡Ay, Dios! Si me ruboricé…, como una…, como una maharaní.

—El templo de Prithi-Devi —murmuré, recordando los horrores monstruosos de aquel arco esculpido de Benarés.

—¡Bonitos demonios pellejos, con perdón de su presencia, señor! Ahí lo único bonito era yo. Tóo estaba oscuro a medias y cuando los culis se marcharon, cerraron una gran puerta negra a nuestras espaldas, y media compañía de sacerdotes gordos y amarillos empezaron a empujar los palanquines hacia

un lugar más oscuro todavía, una especie de sala llena de pilares, dioses, incienso y toda clase de cosas de ésas. El portal me desconcertó porque yo comprendía que tendría que avanzar pa’ salir, ya que me habían cortao la retirada. Por la misma razón, un sacerdote es un mal porteador de palanquines. ¡Por Dios! Casi me ponen lo de abajo pa’ arriba cuando arrastraban el palanquín hacia el templo. Pues bien, adentro, la disposición de las fuerzas era la siguiente: la maharaní de Gokral-Seetarun —que era yo— por favor de la Providencia estaba en el flanco izquierdo más apartao detrás de la sombra de un pilar tallao con cabezas de elefantes. Los demás palanquines estaban en un semicírculo muy grande enfrentao a la más grandísima, gordísima y asombrosísima diosa que yo haya soñao jamás. Su cabeza se alzaba hasta las negruras que había por encima nuestro y sus pies sobresalían a la luz de un fuego escaso, de grasa fundía, que un sacerdote alimentaba de lo que iba sacando de un plato. Entonces, un hombre empezó a cantar y a tocar algo en la oscuridá y era una canción rara. Se me erizaron los pelos de la nuca. Entonces todas las puertas de los palanquines se deslizaron y las mujeres salieron en montón. Allí vi lo que jamás volveré a ver. Era más glorioso que las transformaciones de una pantomima, porque iban de rosa, de azul, de plata, de rojo, de verde hierba, con diamantes, con esmeraldas y grandes rubíes coloraos todo por encima de ellas. Pero eso era la menor parte de la gloria. Ay, chicos, eran más bellas que cualquier belleza del cielo; ¡ay!, sus piececitos desnudos eran más bonitos que las blancas mano de la mujer de un conde, y tenían unas bocas como botón de rosa y unos ojos más grandes y más oscuros que los ojos de cualquier mujer viva que yo haya visto. Os podéis reír, pero estoy diciendo la verdá. Nunca he visto cosa igual y jamás la volveré a ver.

—Si se piensa que, con toda probabilidad, usted estaba viendo a las esposas e hijas de la mayoría de los reyes de la India, lo más probable es que no vuelva a verla —dije, porque en mí se abría paso la idea de que Mulvaney se había tropezado con una gran Plegaria de las Reinas en Benarés.

—Nunca volveré a verla —dijo él, con pena—. Esa visión no la tiene dos veces un hombre. Me daba vergüenza mirar. Un

sacerdote gordo golpeó a mi puerta. No creí que tuviese la insoliencia de molestar a la maharaní de Gokral-Seetarun, así que me estuve quieto. «La vaca vieja duerme», le dijo a otro. «Deja que duerma», dijo el otro. «¡Pasará mucho tiempo antes que tenga un ternero!». Antes que ése hablara, tendría que haber recordao que aquello por lo que toda mujer reza en la India —y a decir verdá, también en Inglaterra— es por tener hijos. Así que me dio más pena de estar allí porque, como sabéis, soy hombre sin hijos.

Permaneció en silencio por un momento, pensando en su niño, muerto muchos años atrás.

—Rezaron y de los fuegos de grasa surgieron llamaradas y el incienso lo puso tóo de color azul, y entre eso y los fuegos, las mujeres estaban radiantes, centelleantes. Tocaban las rodillas de la diosa, gritaban, saltaban de un lado a otro y esa música-de-un-mundo-sin-final-amén las iba volviendo locas. ¡Madre del Cielo! ¡Cómo gritaban y con qué desprecio se sonreía, por encima de sus cabezas, aquella diosa vieja! El efecto del alcohol se me iba rápido y yo estaba pensando, tan rápido como podía hacer pasar los pensamientos por la cabeza, en la manera de salir de allí y en toas esas tonterías. Las mujeres se balanceaban en hileras, los diamantes de sus cinturones tintineaban y se les caían las lágrimas entre las manos y las luces eran más débiles y menos brillantes. Entonces hubo un resplandor, como un rayo desde el techo y eso me hizo ver el interior del palanquín y en la punta, donde estaban mis pies, destacaba mi propia imagen viva trabajada en la tapicería. Era este hombre.

Buscó entre los pliegues de su capa rosa, metió la mano dentro de uno de ellos y acercó a la luz del fuego una imagen bordada, de un pie de ancho, del gran dios Krishna, representado tocando la flauta. La mandíbula fuerte, la mirada fija y el mostacho negro azulado de la divinidad presentaban un parecido lejano con Mulvaney.

—El relámpago se apagó en un abrir y cerrar de ojos, pero entonces lo vi tóo bien claro. Me figuro que yo también estaba loco. Deslicé la portezuela y me escurrí hacia la sombra del pilar de las cabezas de elefante, me subí los pantalones hasta la

rodilla, me quité las botas y ejecuté una apropiación general de toda la tapicería rosa del palanquín. Gracias sean dadas que se abría como el vestido de una mujer cuando lo pisas en el baile de sargentos, y apareció también una botella. Cogí la botella y al minuto estaba tras la sombra del pilar, con la tela rosa echá por encima con mucha gracia, mientras la música tronaba como si fuese de atabales, y una corriente fría me pasaba por las piernas desnudas. Por esta mano que lo ha hecho, que yo era Krishna el flautista, ese dios del que habla e] capellán del regimiento. Debo de haber tenío una pinta muy dulce. Yo sabía que tenía los ojos grandes y la cara blanca como la cera y, a lo peor, podía haber pareció una fantasma. Pero me tomaron por el dios vivo. La música se acabó y las mujeres estaban mudas como muertas y yo encogí mis piernas como un pastor en un lavabo de loza, para hacer la danza del fantasma con los pies, como lo he hecho en el teatro del regimiento tantas veces y así atravesé el templo delante de la diosa, tocando en la botella de cerveza.

—¿Qué tocabas? —preguntó Ortheris, el hombre práctico.

—¿Yo? ¡Oh! —Mulvaney se puso en pie de un salto, ajustando la acción a la palabra, y deslizándose con aire grave ante nuestros ojos, como una divinidad desaprovechada pero imponente en aquella penumbra—. Canté:

Dime sólo

que serás la señora Brallaghan.

Di que sí,

mi encantadora Judy Callagban.

No me reconocía mi propia voz cuando cantaba. Y, mira, era una pena ver a las mujeres. Las pobrecillas estaban echadas con la cara contra el suelo. Cuando pasé junto a la última, pude ver que sus deditos no dejaban de moverse, como si quisiese tocarme el pie.

Así que le pasé la cola de esta capa rosa por la cabeza, pa' concederle el honor y me escurrí entre la oscuridá al otro lao del templo y fui a dar en los brazos de un sacerdote gordo y grande. Lo único que yo quería era largarme. Así que le cogí

su cuello gordo y le quité las ganas de hablar. «¡Fuera!», le digo, «¿por dónde, gordo pagano?». «¡Oh!», me dice. «Hombre», le digo, «hombre blanco, soldao, un vulgar soldao. En el nombre de tóos los diablos, ¿dónde está la puerta trasera?». Las mujeres del templo todavía estaban echadas de cara en el suelo y un sacerdote joven extendía sus brazos por encima de las cabezas de ellas. «Por aquí», me dijo mi amigo el gordo, agachándose por detrás de un dios-toro y hundiéndose en un pasillo. Entonces me figuré que había sentao la reputación milagrosa del templo pa' los prósimos cincuenta años. «Más despacio», le dije, y le tendí las manos guiñándole un ojo. Ese ladrón viejo me sonrió como un padre. Le agarré por la nuca, no fuese cosa de que soltara una cuchillada sin darme yo cuenta, y le hice subir y bajar por el pasillo dos veces pa' que reuniese tóo su entendimiento. «Tranquilo», me dice en inglés. «Ahora sí que hablas como es debió», le digo. «¿Qué me darás por usar ese palanquín tan elegante que no tengo tiempo de llevarme?». «Nada», me dice. «¿Ah, sí?», le digo. «Tienes que darme pa' el billete del tren. Estoy lejos de mi casa y te he hecho un gran servicio». Chicos, qué grande es ser sacerdote. El viejo ni se molestó en ir hasta un banco. Como os lo demostraré de imediato, revolvió entre sus ropas y empezó a sacar billetes de diez rupias, *mohurs* viejos de oro y rupias que me puso en la mano hasta que no pude coger ya más.

—¡Mientes! —dijo Ortheris—. Tú estás loco o has cogío una insolación. Un nativo no te da una moneda como no se la arranques. No va con su naturaleza.

—Entonces mi mentira y mi insolación están escondías allí, bajo ese montón de tierra y hierba —replicó Mulvaney impávido, señalando los matorrales con la cabeza—. Y allí hay bastante más al natural de lo que tus piernecitas flacas te hayan traío jamás, Orth'ris, hijo mío. Cuatrocientas y treinta y cuatro rupias, según mis cuentas, y *además* un gran collar bien gordo de oro, que le saqué como recuerdo, es lo que nos toca de este negocio.

—¿Y te lo dio por amor? —dijo Ortheris.

—Estábamos solos en aquel pasillo. Tal vez yo haya sío un poquitín esigente, pero pensar en lo mucho que hice por el bien de ese templo y por la felicidá prolongada de esas mujeres. Les he cobrao barato. Más habría traído si lo hubiese podido encontrar. Al final le puse al viejo del revés, pero ya le había ordeñao tóo. Entonces abrió una puerta que daba a otro pasillo y me encontré hasta las rodillas en el agua de río de Benarés, que huele bastante mal. Por casualidá había ido a parar al lugar de los crematorios, que es contagioso hasta para un cadáver que se esté quemando. Eso era en la mitá de la noche, porque había estao cuatro horas en el templo. Había una multitú de botes amarraos, así que me metí en uno y crucé el río. Después atravesé la región pa' volver, descansando de día.

—¿Cómo lo ha logrado? —dije.

—¿Cómo logró sir Frederick Roberts llegar de Cabul a Candahar? Se puso en marcha y jamás habló de lo cerca que había estao de desmoronarse. Por eso él es lo que es. Y ahora —Mulvaney soltó un bostezo portentoso—, ahora iré y me entregaré por haber estao ausente sin permiso. Son veintiocho días y las reprimendas del coronel en la sala de guardia, pase lo que pase. Pero sale a cuenta.

—Mulvaney —dije con voz suave—, si presentara algún tipo de excusa que el coronel pudiese aceptar de alguna manera, tengo la idea de que no le tocará nada más que la reprimenda. Han llegado los nuevos reclutas y…

—Ni una palabra más, señor. ¿Escusas son lo que el viejo quiere? No es mi estilo, pero las tendrá. Le diré que estuve metido en operaciones financieras relacionadas con una iglesia —y agitando su capa marchó en dirección al cuartel y al calabozo, cantando a voz en cuello:

Enviaron una columna de cabos,

Y me metieron en el calabozo

Por conduta impropia de un soldao.

Y cuando ya se había perdido entre la bruma lunar, pudimos oír el estribillo:

¡Ah! ¡Que repique el tambor,

que redoblen los platillos, mientras marchamos,

muchachos!

porque aunque en esta campaña

no habrá whisky ni champaña,

mantendremos el espíritu

con una buena canción!

De inmediato se entregó a un guardia lleno de júbilo y casi al borde de las lágrimas, y fue muy festejado por sus camaradas. Pero dijo al coronel que había pillado una fuerte insolación y que había estado inconsciente durante horas sin cuento sobre el jergón de un aldeano; entré risas y buena voluntad se quitó importancia al tema, de modo que al día siguiente Mulvaney pudo enseñar a los nuevos reclutas de qué forma habían de «Temer a Dios, Honrar a la Reina, Disparar con precisión y Mantenerse Limpios».

LA CONQUISTA DE DINAH SHADD

¿Qué pensaba la mujer del coronel?

Nadie lo supo jamás.

Alguien lo preguntó a la mujer del sargento

Y ella dijo la verdad.

Cuando des con hombres en tal situación,

Que como bolos caen verás.

Y es que Judy O'Grady y la mujer del coronel

Hermanas son, bajo la piel.

Balada de cuartel

TODO el día había ido pisando los talones de un ejército perseguidor, empeñado en una de las más bonitas batallas que jamás se hayan sostenido en unas maniobras de campaña. Treinta mil soldados, gracias a la sabiduría del Gobierno de India, habían sido soltados en unos pocos miles de millas cuadradas de campo para practicar en la paz lo que jamás intentarían en tiempo de guerra. Por consiguiente, la caballería cargaba al trote contra la infantería impertérrita. La infantería capturaba a la artillería mediante ataques frontales disciplinados de columnas de a cuatro y la infantería montada llevaba sus escaramuzas hasta las ruedas de un tren blindado que transportaba armas tan mortales como un Armstrong de veinticinco libras, dos Nordenfeldt y unas pocas docenas de voluntarios, todo ello apiñado en una plancha de caldera de treinta y ocho pulgadas. No obstante, aquél era un campamento muy parecido a uno real. Las operaciones no se suspendieron a la puesta del sol, nadie conocía la zona, nadie se preocupaba por los hombres ni por los caballos. Hubo una exploración continua de la caballería y un trabajo casi continuo y forzado sobre terreno áspero. El ejército del sur había conseguido al fin romper el centro del ejército del norte y se volcaba por la brecha, a toda marcha, para tomar una ciudad de importancia estratégica. Su frente se extendía en forma de un abanico cuyas varillas estuviesen representadas

por los regimientos alineados a lo largo del trayecto que llevaba, hacia retaguardia, a las columnas de transporte de la división, con todos los trastos que arrastra tras de sí la tropa en movimiento. A su derecha, el flanco izquierdo quebrantado del ejército del norte huía en masa, hostigado por la caballería sureña y machacado por la artillería, hasta que ambos cuerpos se vieron mucho más allá de los límites de su último apoyo. Entonces los huyentes se sentaron a descansar, en tanto que el alborozado general de la fuerza perseguidora telegrafió que tenía todo bajo control y observación.

Infortunadamente, no observó que, a tres millas por su flanco derecho, una columna de la caballería norteña en retirada, con un destacamento de gurkas y soldados británicos, había girado en redondo tan rápido como se lo permitía la luz escasa, para cortar toda la retaguardia del ejército del sur, para romper, por así decirlo, todas las varillas del abanico en su punto convergente, cayendo sobre el transporte, la reserva de munición y los suministros de artillería. Sus instrucciones eran penetrar, evitando a los pocos exploradores que pudiesen no haberse visto arrastrados por la persecución, y crear la agitación suficiente para inculcar en el ejército del sur la sensatez de guardar sus flancos y retaguardia antes de tomar ciudades. Fue una maniobra estupenda, llevada a cabo con limpieza.

En la segunda división del ejército sureño, tuvimos la primera indicación del ataque en el crepúsculo, cuando la artillería estaba atascada entre arenas profundas, la mayor parte de la escolta procuraba ayudarla a salir y el grueso de la infantería había continuado en su avance. Un arca de Noé de elefantes, camellos y el zoo mixto de un tren indio de transporte hervían y chillaban detrás de los cañones, cuando apareció, como surgida desde ningún sitio especial, la infantería británica representada por tres compañías, que se arrojaron a la cabeza de los caballos que arrastraban los cañones e hicieron que todo se detuviese entre juramentos y vítores.

—¿Qué tal ha estado eso, compromisario? —dijo el mayor que comandaba el ataque y, con una sola voz, conductores y artilleros respondieron «¡Hurra!» mientras el coronel de artillería contestaba farfullando.

—Todos sus exploradores cargan contra el grueso de nuestro ejército —dijo el mayor—. Sus flancos están desprotegidos en una extensión de dos millas. Greo que hemos roto la retaguardia de esta división. Y escuche… ¡Allí van los gurkas!

Una descarga débil llegó desde la retaguardia, a más de una milla de distancia, y fue saludada por aullidos gozosos. Los gurkas, que tendrían que haberse mantenido lejos de la segunda división, habían tropezado con sus últimas filas en la oscuridad, pero se retiraron dándose prisa por llegar a la siguiente línea de ataque, que se tendía, casi paralela a nosotros, a cinco o seis millas.

Sin saber qué hacer, se desvió y agitó nuestra columna: tres baterías, la reserva de municiones de la división, el equipo y una sección del hospital y del cuerpo de camilleros. El general, con disgusto, prometió que se presentaría como «aniquilado» ante el compromisario más cercano y, tras encomendar su caballería y cualquiera otra al cuidado especial de Eblis, se afanó por tomar contacto con el resto de la división.

—Esta noche vivaquearemos aquí —dijo el mayor—, tengo la impresión de que los gurkas serán capturados. Puede que nos ordenen volver a formar. Descansen hasta que el transporte se aleje.

Una mano cogió las bridas de mi caballo y lo apartó del polvo asfixiante; una mano más grande me sacó diestramente de la silla y dos de las mayores manos del mundo me recibieron mientras me deslizaba. Es agradable el lote que toca al enviado especial que cae en manos como las de los soldados rasos Mulvaney, Ortheris y Learoyd.

—Esto está muy bien —dijo el irlandés con calma—. Pensamos que lo encontraríamos por aquí. ¿Algo suyo en el trasporte? Orth’ris lo hará salir.

Ortheris «lo hizo salir», de debajo del cofre que llevaba un elefante, bajo la forma de un sirviente y un animal, ambos cargados de socorros medicinales. Los ojos del hombrecillo chispearon.

—Si la brutal y licenciosa soldadesca de estas comarcas le echara el ojo a esas cosas —dijo Mulvaney, llevando a cabo

una investigación experta—, se lo lievaría tóo. Se han alimentao de limaduras de fierro y galletas pa' perros en estos días, pero la gloria no compensa el dolor de tripa. Gracias sean dadas de que estamos aquí nosotros pa' protegerle, señor. Cerveza, salchichas, pan (y tierno, que eso es una rareza), sopa en latas, whisky según parece por el olor y, ¡pollos! ¡Madre de Moisés, pero si usté coge el campo como un tendero de ultramarinos! Esto es de escándalo.

—Aquí viene un oficiá —dijo Ortheris con un tono significativo—. Cuando el sargento ha dejao de beber, el soldao raso puede limpiar el jarro.

Metí varias cosas en la mochila de Mulvaney antes que la mano del mayor cayese sobre mi hombro y él dijera con terneza:

—Requisado para el servicio de la Reina. Wolseley se equivocó con los enviados especiales: son los mejores amigos del soldado. Venga esta noche y coma lo que haya con nosotros.

Así fue que entre carcajadas y gritos, mis muy apreciadas provisiones se desvanecieron para reaparecer más tarde en la mesa del rancho, que era una tela impermeable tendida sobre el suelo. La columna volante había tomado en ella las raciones de tres días y había pocas cosas más desagradables que las raciones del Gobierno…, especialmente cuando el Gobierno está experimentando con juguetes alemanes. El *Erbswurst*, la carne enlatada de excelente gusto a lata, las verduras deshidratadas y la carne seca pueden ser nutritivos, pero lo que Thomas Atkins necesita es algo de peso en su interior. El mayor, con la asistencia de sus compañeros oficiales, compró cabras para la tropa, con lo que el experimento no se concretó. Mucho antes que hubiera regresado el grupo de faenas enviado en busca de leña, los hombres se habían acomodado junto a sus sacos, habían aparecido jarros y teteras desde los alrededores y se mecían sobre los fuegos, en tanto que cabritos y verduras deshidratadas se cocían juntos; de todas partes surgía un tintineo gozoso de platos de latón, pedidos excesivos de «un poquitín más de guarnición y esa puntita allí, de

hígado», y ráfaga tras ráfaga de bromas tan puntiagudas como una bayoneta y tan delicadas como la culata de un fusil.

—Los chicos están de buen ánimo —dijo el mayor—. Dentro de nada empezarán a cantar. En fin, una noche como ésta es buena para que se sientan felices.

Sobre nuestras cabezas ardían las maravillosas estrellas indias, que no están todas esparcidas en un único plano, sino que, conservando una perspectiva ordenada, arrastran a los ojos por la negrura de terciopelo del vacío hasta las puertas enrejadas del propio cielo. La tierra era una sombra gris más irreal que el firmamento. Podíamos oír su respiración suave en los silencios que separaban los aullidos de los chacales, el movimiento del viento en los tarayes y el refunfuñar intermitente del fuego de fusilería, varias leguas a la izquierda. Una mujer nativa de alguna invisible choza cercana comenzó a cantar, el tren correo tronó a su paso hacia Delhi y un cuervo que se aprestaba a dormir graznó apenas. Entonces hubo un silencio de descanso en torno a las hogueras, y la respiración apacible de la tierra atestada se hizo cargo del relato.

Los hombres, satisfechos, buscaron el tabaco y la canción, y sus oficiales con ellos. Muy feliz se considera el subalterno que suscita la aprobación de los críticos musicales de su regimiento, y recibe alabanzas que lo definen como uno de los bailarines de pasos elaborados. Junto a él, como junto al que juega al criquet con inteligencia, estará Thomas Atkins en los momentos difíciles, cuando dejaría avanzar solo a un oficial mejor. Los sepulcros en ruinas de santos musulmanes olvidados oyeron la balada de *La ciudad de Agrá, La batería del búfalo, Marchando hacia Kabul, El largo, largo día indio, El lugar en que murió el culi Punkah* y aquel coro rotundo que anuncia:

Osadía juvenil,

el fuego de la hombría,

firme mano y ojo aquilino

ha de adquirir quien aspira

a observar cómo es la muerte

de todo un jabalí gris.

Hoy, de todos aquellos ladrones joviales que se apropiaron de mis provisiones y se acomodaron y divirtieron alrededor de la tela impermeable ya no queda ninguno. Se han marchado hacia campamentos que no son de maniobras y hacia batallas sin compromisarios. Birmania, Sudán y la frontera —fiebre y pelea— se los llevaron cuando les llegó la hora.

Marché casi sin rumbo hacia las hogueras de los hombres en busca de Mulvaney, al que hallé untándose estratégicamente los pies junto al fuego. No hay nada de especial encanto en el espectáculo de un soldado que se ocupa en ese menester después de un largo día de marcha, pero cuando reflexionas acerca de la exacta proporción de «poderío, majestad, dominio y pujanza» del Imperio Británico que se yergue sobre esos pies, té tomas cierto interés por el procedimiento.

—Tengo una ampolla, ¡mal haya!, en el talón —dijo Mulvaney —. No la puedo tocar. Reviéntamela, chiquirritín.

Ortheris sacó su costurero, alivió el mal con una aguja, atacó a Mulvaney con la misma arma y de inmediato fue arrojado al fuego.

—Me he partido lo mejor de mi pecho por ti, tonta criatura del destrozo —dijo Mulvaney, sentándose con las piernas cruzadas para seguir atendiendo sus pies; después, al reparar en mí—: ¡oh, aquí está usté, señor! Bienvenío, acomódese en el lugar de ese tío saqueador. Jock, tenlo encima de las cenizas un rato.

Pero Ortheris se escurrió y se marchó, mientras yo tomaba posesión del agujero que él había preparado para cubrir después con su capote. Learoyd, al otro lado de la hoguera, sonreía afable y al cabo de un minuto dormía un sueño profundo.

—Aquí, la cumbre de las cortesías pa' usté —dijo Mulvaney, encendiendo su pipa con una ramita en llamas—. Pero Jock se ha comío la mitá de una lata de sardinas suyas de un bocao, y creo que también se comió la lata. ¿Qué se cuenta de bueno, señor, y cómo ha sido que usté estaba del lao perdedor hoy, cuando le caturamos?

—El ejército del sur está ganando en todo el frente —le dije.

—O sea que ese frente es la cuerda del verdugo, perdonando lo presente. Mañana se enterará de que nos retiramos para asercarnos antes de traerles problemas y eso es lo que hace una mujer. Por ese mismo motivo, seremos atacaos antes del amanecer, y sería mejor que no se quitase las botas. ¿Cómo lo sé? Por la luz de la razón pura. Aquí somos tres compañías más metías que nunca en el flanco enemigo y una muchedumbre de soldaos de caballería que braman, destrozan y chillan y que han avanzao lo necesario pa' romperles el avispero. Claro está que el enemigo nos perseguirá, tal vez con unas brigadas, y entonces tendremos que huir. Tome nota de mis palabras. Soy de la opinión de Polonio cuando decía: «No pelees con todo el que se te cruce por el puro gusto de pelear, pero si lo haces, pártele las narices primero y todas las veces que puedas». Tendríamos que haber avanzao pa' ayudar a los gurkas.

—¿Pero tú qué sabes de Polonio? —pregunté. Ese era un nuevo aspecto de la personalidad de Mulvaney.

—Tóo lo que escribió Shakespeare y bastante más, que gritaba el público —dijo el hombre de guerra, en tanto se ataba con cuidado los cordones de sus botas—. ¿Nunca le he hablao del teatro de Silver en Dublín, cuando yo era más joven que ahora y un patrocinador del drama? El viejo Silver jamás pagaba a un actor o a una actriz lo que correspondía y en consecuencia sus compañías podían plegar a último momento. Entonces los chicos pedían a gritos que les diera un papel y muy a menudo el viejo Silver les hacía pagar por la broma. De verdá que he visto un Hamle interpretao con un ojo a la generala nuevo y una reina más llena que una cornucopia. Me acuerdo que una vez ese Hogin que se alistó en los Black Tyrone y murió en Suráfrica convenció al viejo Silver de que le diese el papel de Hamle, en lugar de dármelo a mí, que en aquellos tiempos tenía mucha afición por la retórica. Desde luego que fui a la galería y empecé a llenar el foso con los sombreros de los demás y pasé el rato charlando con Hogin, que se paseaba por Dinamárca como un mulo desjarretao con un manto a la espalda. «Hamle», le digo, «tienes un agujero en el talón. Súbete los calcetines, Hamle», le digo. «Hamle, Hamle, por el

amor de la decencia, tira esa calavera y súbete los calcetines». Too el teatro le empezó a gritar eso. Se paró en la mitá de su monólogo. «Puede que se me caigan los calcetines, puede que no», dise él, atornillando sus ojos en la galería, porque sabía muy bien quién era yo. «¡Pero después de esta representación, te juro por mí y por el Fantasma que te sacaré las tripas, Terence, junto con tus rebuznos de borrico!». Y así es como llegué a saber de Hamle. ¡Aaay! ¡Qué tiempos, qué tiempos! ¿Usté ha hecho alguna vez alguna maldá sin fin por la que después no haiga tenío que pagar nada en la vida, señor?

—Jamás sin tener que pagarla —le dije.

—¡Así son las cosas! Y tóo es así, si te pones a pensarlo, pero es igual a caballo que de a pie. Un. dolor de cabeza si bebes, un dolor de tripa si comes demasiao y un ataque al corazón pa' reventarlo tóo. De verdá, que el bruto sólo sufre un cólico y es el que tiene suerte.

Dejó caer la cabeza y fijó los ojos en el fuego, mientras se atusaba el bigote sin cesar. Desde el extremo más lejano del campamento la voz de Corbet-Nolan, el alférez más antiguo de la compañía B, se elevó en una antigua y muy apreciada canción romántica, en tanto que los hombres tarareaban la melodía a modo de acompañamiento.

Sopló el frío viento norte

Y enfermó desde ese instante

La pequeña Kathleen mía,

Mi pequeña y dulce Kathleen,

¡Kathleen, mi Kathleen O'Moore!

Hubo cuarenta y cinco oes en la palabra final: aun a esa distancia se cortaba el suave acento sureño irlandés con una pala.

—Todo lo que tomamos hay que pagar, pero el precio es de una alta crueldá —murmuró Mulvaney cuando el coro calló.

—¿Tienes algún problema? —dije con suavidad, porque sabía que Mulvaney era hombre de tristezas inextinguibles.

—Escuche —dijo él—. Usté sabe qué soy yo ahora. *Yo* sé lo que quería ser al principio de mi servicio. Se lo he contao varias veces y lo que no se lo he dicho yo se lo ha dicho Dinah Shadd. ¿Y qué soy yo? Oh, María, madre de los cielos, un viejo borrachín, un soldao bruto, irresponsable, que ha visto los cambios del regimiento desde el coronel hasta el tambor y no dos ni tres veces, ¡docenas de veces! ¡Ay, docenas! ¡Y yo sin estar más cerca que al principio de otener un ascenso! ¿Y yo vivo y me mantengo lejos del calabozo no porque tenga buena conduta, sino por la bondá' de algún oficial tan joven como para ser mi hijo? ¿Acaso no lo sé? ¿Acaso no puedo decir que cuando me disculpan durante la revista, aunque me tambalee lleno de alcohol y listo pa' caerme de una pieza, como lo vería hasta un niño de teta, es porque «¡oh, no es más que el viejo Mulvaney!»? Y cuando en la guardia me sueltan gracias a algún miquillo de la lengua, a una respuesta rápida y a la bondá del viejo, ¿es que me largo y vuelvo junto a Dinah Shadd sonriendo, procurando llevarlo tóo como una broma? ¡Yo no! Eso es un infierno pa' mí, y un infierno mudo. Y la prósima vez que esté igual, volveré a ser igual de malo. Buenos motivos tiene el regimiento pa' conocerme como el mejor soldao que hay en él. Mejores los tengo yo pa' conocerme a mí mismo como el peor de los hombres. No valgo más que pa' enseñar a los nuevos reclutas lo que yo mismo jamás aprenderé. Y estoy seguro, como si lo hubiese oído, que un minuto despué que esos muchachos de ojos de rosa se han apartao de mis «Ahora cuidao» y «Oye, chico, Jim», estoy seguro de que el sargento me muestra como una advertencia de lo que no hay que hacer. Así que, como dicen en la instrucción de los fusileros, les enseño bajo fuego direto y cruzao. Que Dios tenga piedá de mí, porque he pasao por muchas cosas.

—Echate a dormir —le dije, incapaz de brindarle alivio o consejo—. Tú eres el mejor hombre del regimiento y, junto con Ortheris, el mayor tonto. Échate y espera hasta que seamos atacados. ¿Con qué cuerpo lo harán? ¿El de artillería, tal vez?

—Eso de enrollar y darle vuelta a la conversación úselo con los caballeros y las damas, aunque sea pa' bien. Usté no supo

decir náa pa’ ayudarme y tampoco supo por qué soy lo que soy.

—Comienza por el principio y continúa hasta el fin —le dije con magnificencia—. Pero antes atiza un poco el fuego.

Le alcancé la bayoneta de Ortheris para que la usara como atizador.

—Esto demuestra lo poco que sabemos de lo que hacemos —dijo Mulvaney, mientras dejaba a un lado la bayoneta—. El fuego le quita tóo el vigor al acero y puede que la prósima vez que nuestro chiquirritín esté peleando por su vida, se le rompa el punzón, así que usté le habrá matao, sólo por querer mantenerse caliente. Eso es un truco de reclutas. Páseme esa vara pa’ limpiarla, señó.

Me encogí avergonzado y después de una pausa la voz de Mulvaney comenzó.

—¿Alguna vez le he contao cómo fue que Dinah Shadd se convirtió en mi mujer?

Disimulé la ansiedad quemante que había experimentado durante unos meses, desde el día en que Dinah Shadd, la fuerte, paciente e infinitamente tierna, por su propio gusto y libre voluntad, lavara una camisa para mí en una tierra yerma donde no se lavaba la ropa.

—No recuerdo —le dije con indiferencia—. ¿Fue antes o después que cortejaras a Annie Bragin sin conseguir nada?

La historia de Annie Bragin está escrita en otro lugar. Es uno de los episodios menos respetables en la carrera variopinta de Mulvaney.

—Antes, antes, mucho antes fue ese asunto de Annie Bragin y el fantasma del cabo. No hubo mujer peor para mí que Dinah cuando me casé con ella. Siempre hay un momento pa’ todas las cosas y yo sé cómo hay que mantenerlo tóo en su sitio, salvo la bebida, que me mantiene en este lugar, sin esperanza de llegar a ser algo distinto.

—Comienza por el comienzo —insistí—. Mrs. Mulvaney me dijo que te casaste con ella cuando estabas acantonado en los barracones de Krab Bokhar.

—Que es un pozo negro —dijo Mulvaney, piadoso—. Dijo la verdá, Dinah dijo la verdá. Fue así. Y hablando del tema, ¿usté alguna vez se ha enamorao, señó?

Guardé el silencio de los malditos. Mulvaney prosiguió:

—Bien, he de pensar que no. *Yo* sí. En los tiempos de mi juventú, como se lo he contao más de una vez, yo era un hombre que les llenaba el ojo y les deleitaba el alma a las mujeres. Nunca un hombre fue odiao como lo fui yo. Nunca un hombre fue amao como yo…, ¡no, no a medio día de partir al frente! En los primeros cinco años de mi servicio, cuando yo era lo que daría ahora mi alma por ser, tomaba tóo lo que estaba a mi alcance y lo digería, que es más de lo que la mayoría de los hombre pueden decir. Consumí bebidas y no me hicieron daño. Por la bóveda de los cielos, podía jugar con cuatro mujeres a la vez, y evitar que cualquiera de ellas averiguase algo de las otras tres, y tóo el tiempo con una sonrisa como una caléndula en mitá de la floración. Dick Coulhan, de la batería que vendrá por nosotros esta noche, no podía guiar su tiro mejor de lo que lo hacía yo, ¡y eso que el mío era el peor! Y así vivía yo y era feliz hasta despué de aquel asunto con Annie Bragin…, que me dio calabazas con tanta frescura como una fresquera y me enseñó cuál era mi lugar en la cabeza de una mujer honesta. No fue una píldora dulce de tragar.

»Después de eso, me harté por un tiempo y me entregué al trabajo del regimiento; presumía de que iba a estudiar para sargento y que veinte minutos despué sería mayor. Pero, más allá de mi ambición, había un vacío en mi alma, y mi propia opinión de mí mismo no podía llenarlo. Y me dije a mí mismo: «Terence, eres un gran hombre y el mejor dispuesto del regimiento. Adelante, consigue un ascenso». Y me dije pa' mis adentros: «¿Pa' qué?». Y me dije a mí mismo: «¡Por la gloria que representa!». Y me dije pa' mis adentros: «¿Eso va a llenarte esos dos brazos fuertes que tienes, Terence?». «Vete al diablo», me dije a mí mismo. «Ve a donde están los casaos», me dije pa' mis adentros. «Es igual», me dije a mí mismo y me quedé pensando en eso. ¿Alguna vez ha sentido algo así, señor?

Resoplé con suavidad, sabedor de que si Mulvaney no era interrumpido proseguiría el relato. Las hogueras alzaban su crepitar hasta las estrellas, a la vez que los cantantes rivales de las compañías competían entre sí.

—Pues yo sentía eso y lo pasaba muy mal. Una vez, como era un tonto, fui adonde estaban los casaos, pa' hablá con nuestro viejo portaestandarte Shadd, más que pa' ningún trato con las mujeres. En esos tiempos yo era cabo; después fui degradao, pero entonces era cabo. Me hice tomar una foto pa' tener una prueba del caso. «¿Quiere tomar una taza de té con nosotro?», me dijo Shadd. «Con mucho gusto», le dije yo, «aunque el té no es una diversión pa' mí». «Pa' ti sería mejor que lo fuese», dijo la vieja madre Shadd, y ella sí que tenía que saberlo, porque Shadd, al final de su servicio, bebía hasta reventar cada noche.

»Así que me quité los guantes —estaban llenos de blanco de España, así que se paraban solos— y cogí una silla, mientras miraba los adornos de porcelana y las cosillas que había en el cuartel de los Shadd. Eran cosas de hombre, nada de equipo de campaña, hoy aquí y mañana han desapareció. «Usté está muy bien en este lugar, sargento», le digo. «Mi mujer es la que lo ha puesto, muchacho», me dice, señalando con el cañón de la pipa a la vieja madre Shadd y ella le soltó un capón en la calva por el cumplido. «Eso sinifica que quieres dinero», dijo la mujer.

»Y entonces…, y entonces, cuando había que echar el agua en la tetera, apareció Dinah…, mi Dinah… Llevaba las mangas enrolladas hasta el codo y el pelo como una gloria brillándole sobre la frente, los ojos azules y grandes debajo, titilando como estrellas en una noche helá y con el paso de sus dos pies más ligero que los papeles que sacamos de la papelera del coronel que está en la sala de guardia. Como no era más que una niña se puso roja al vermé y yo me retorcí el mostacho y me puse a mirar un cuadro que había en la paré. Nunca hay que demostrar a una mujer que uno sería capaz ni siquiera de castañetear los dedos por ella, y por Dios que vendrá gimiendo a limpiarte las botas.

—Me figuro que por eso seguiste a Annie Bragin hasta que todos los de la barraca de casados se rieron de ti —dije, recordando aquel irreverente galanteo y rechazando mi disfraz de somnolencia.

—Estoy esponiendo la teoría general del ataque —dijo Mulvaney, acercando su bota al fuego que moría—. Si usté lee el *Libro de bolsillo del soldao*, cosa que no hace ningún soldao, verá que hay esepciones. Cuando Dinah cruzó la puerta (y fue como si también se hubiese acabao la luz del sol), «Madre del cielo, sargento», le digo, «¿pero es su hija?». «Así lo he creído estos dieciocho años», dice el viejo Shadd, con los ojos chispeantes, «pero Mrs. Shadd tiene su propia opinión, como todas las mujeres». «Esta vez es la misma que la tuya, de milagro», dijo la madre Shadd. «¿Y por qué, en nombre de la fortuna, jamás la he visto antes?», le digo. «Porque tú no has hecho más que dar volteretas con las mujeres casadas en los últimos tres años. Ella no era más que una niña hasta el año pasao y se ha disparao con la primavera», me dice la vieja madre Shadd. «Ya no daré volteretas con las casadas», le digo. «¿Estás seguro?» me dise la vieja Shadd, mirándome de lao, como una gallina mira al halcón cuando los polluelos están en libertá. «Póngame a prueba y lo verá», le digo. Entonces me puse los guantes, terminé de beberme mi té y salí de la casa tan tieso como en un desfile de gala, porque sabía que los ojos de Dinah Shadd estaban fijos en mi espalda desde la ventana de la cocina. De verdá que esa fue la única vez que hubiese querido ser soldao de caballería por el gusto de hacer sonar las espuelas.

»Salí a caminar pa' pensar y estuve pensando un rato, pero tóo iba a parar en esa chiquilla con su vestido azul de lunares, con sus ojos azules y sus chispillas. Entonses me aparté de la cantina pa' ir a cada rato a las barracas de los casaos, o por allí cerca, por si me encontraba con Dinah. ¿Que si la encontré? Oh, tiempos pasaos, ojalá no me la hubiese cruzao: con un nudo en la garganta tan grande como mi mochila y con el corasón trabajando como una fragua de un herrero una mañana de sábado. Tóo fue «Buenos días tenga usté, Miss Dinah» y «Buenos días a usté, cabo», una semana o dos, y al diablo si

pude adelantar algo, por el respeto que le teniá a esa niña, a la que hubiese podido quebrar con el índice y el pulgar.

En ese momento solté una risita mientras recordaba la figura gigantesca de Dinah Shadd cuando me había dado mi camisa.

—Ya puede reírse —gruñó Mulvaney—, pero estoy diciendo la verdá y usté es el que se equivoca. Dinah era una chica que parecía tener la autoridá de la Duquesa de Clonmel en aqueyos días. Mano florida, pie como si fuera calzao de lujo, y los ojos de una mañana viva tenía ella, que todavía hoy es mi mujer…, la querida Dinah, que nunca habrá otra más que Dinah Shadd pa’ mí.

»Después de tres semanas de idas y venidas, sin avanzar como no fuese por los ojos, un muchacho tambor se me rió en la cara cuando lo amenacé con la hebilla del cinturón por alborotar en todas partes. «No soy yo el único que se sale de las barracas», me dice. Le cogí del cogote —en esos días mi corazón colgaba de un hilo, ya me entiende usté— y «Echalo afuera», le digo, «o no te quedará un solo hueso sin romper». «Hable con Dempsey», me dice aullando. «¿Qué Dempsey?», le digo, «tú, sucio diablillo». «El de los dragones Bobtail», me dice. «Lo han visto acompañarla a su casa desde la casa de la tía, desde el barrio de los civiles, cuatro veces en estos quince días». «Chico», lé digo dejándole caer, «tu lengua es más fuerte que tu cuerpo. Vete a tu puesto. Siento haberte regañao».

»Allí me fui a buscar a Dempsey por los cuatro puntos cardinale. Me volvía loco de pensar que con tóos mis aires con las mujeres podía haber sido burlao por uno de caballería, un tonto cara de palangana, que no valía ni pa’ llevar un baúl. Al fin le encontré en nuestras líneas —los Bobtail estaban acampaos junto a nosotros— y sí que era un hijo de muía seboso, pesao, con sus grandes espuelas de latón y el peto encima del epigastrio y tóo. Pero no se le movió ni un pelo.

»—Una palabra, Dempsey —le digo—. Usté ha acompañao a Dinah Shadd cuatro veces la quincena pasada.

»—¿Y eso qué le importa a usté? —me dice—. Voy a acompañarla cuarenta veces más, y otras cuarenta si quiero,

cabo interino de infantería, que tienes los pies como palas, destripaterrones.

»Antes que pudiese protegerme ya me había dao con su puño enguantao en la cara y me quedé tendió en el suelo.

»—¿Te basta eso? —me dise soplándose los nudillos delante de tóos, como si fuese un oficial de los Scots Grey.

»—Me basta —le digo—. Por tu propio bien, hombre, quítate las espuelas y la guerrera y desenguántate. Esto es el comienzo de la obertura. ¡Preparao!

»Aguantó tóo lo que pudo, pero no se había quitao la guerrera y sus hombros no tenían libertá. Yo peleaba por Dinah Shadd y por el corte de mi mejilla. ¿Qué esperanza tenía ante mí? «¡Ponte de pie!», le decía cada vez que él empezaba a medir el suelo, a cubrirse mucho y apartarse más. «Esto no es la escuela de equitación», le digo. «Hombre, ponte de pie y déjame darte». Pero cuando vi que sólo iba a dar vueltas alrededor, le cogí del pecho con la izquierda y del cinturón con la derecha y le hice girar a la derecha, cabeza abajo, golpeándole con la nariz hasta que se le escapó tóo el aire y se cayó al suelo. «¡De pie!», le digo, «o te hundiré la cabeza en el pecho a patadas», y también hubiera hecho eso, porque estaba loco de la rabia.

»—Mi clavícula está rota —me dice—. Ayúdame a llegar al campamento. Nunca más la acompañaré —así que le acompañé.

—¿Y tenía rota la clavícula? —pregunté, porque me figuraba que sólo Learoyd podía dar con limpieza ese golpe terrible.

—Se había caído sobre su hombro izquierdo. Así fue. Al día siguiente la noticia corría por ambos campamentos, y cuando me topé con Dinah Shadd (yo llevaba una mejilla como el muestrario del sastre del regimiento), no hubo «Buenos días, cabo» ni nada de eso. «¿Qué le he hecho yo, Miss Shadd», le digo, muy valiente, plantándome delante de ella, «pa' que no me dé los buenos días?».

»—Casi ha matao al brioso jinete Dempsey —me dice, mientras se le llenaban de lágrimas los ojitos azules.

»—Puede —le digo—. ¿Era amigo suyo? Porque sé que la ha acompañao cuatro veces en quince días.

»—Sí —me dice, pero los labios se le torcían en un puchero —. ¿Y eso qué le importa a usté? —me dice.

»—Pregúnteselo a Dempsey —le digo, haciendo como que me voy.

»—¿O sea que ha peleao por mí, hombre estúpido? —me dice, aunque ya lo sabía desde un principio.

»—¿Por quién si no? —le digo y doy un paso al frente.

»—No valía la pena —me dice, estrujando su mandil.

»—Eso lo tengo que decir yo —le digo—. ¿Lo digo?

»—Sí —me dice con un susurro de santa y entonces le di mi esplicación y ella me dijo lo que un hombre que es hombre y muchas mujeres que son mujeres oyen una vez en la vida.

»—¿Pero qué ha sido lo que te ha hecho llorar al principio, cielo? —le digo.

»—Tu…, tu mejilla ensangrentada —me dice, escondiendo su cabecita en mi fajín (ese día yo estaba de guardia) y llorando como un ángel apenao.

»Un hombre puede tomar esas cosas de dos maneras. Yo me las tomé como mejor me parecía y ahí le di el primer beso. ¡Madre de la inocencia! Pero la besé en la punta de la nariz y debajo de los ojos; una chica que deja que se le caiga encima un beso como ése, nunca antes ha sido besada. Tome nota de eso, señor. Entonces nos fuimos cogidos de la mano hasta donde la madre Shadd, como dos chiquillos, y ella dijo que no estaba mal y el viejo Shadd asintió detrás de su pipa y Dinah corrió a esconderse en su cuarto. Ese día me pareció que caminaba entre nubes. Toda la tierra era demasiao pequeña pa' mí. Por Dios, hubiera podido arrancar el sol del cielo para usarlo como un ascua en mi pipa, tan grande me sentía. Pero, en cambio, fui a dar instrución a los reclutas y empecé por el avance de tóo el batallón, cuando tendría que haberles puesto a marcha lenta. ¡Ay! ¡Ese día! ¡Ese día!

Hubo una pausa larga.

—¿Y qué pasó? —le dije:

—Se estropeó tóo —dijo Mulvaney con un suspiro tremendo —. Y sé que tóo ha sido por mi propia estupidez. Esa noche me tomé más o menos la mitá de tres pintas, que no es lo bastante pa' moverle ni un pelo a un hombre que esté en sus cabales. Pero yo estaba más que medio borracho de alegría y aquella cerveza fue como whisky pa' mí. No puedo decir cómo sucedió, pero *como* yo no pensaba en nada que no fuese Dinah, *como* no me había quitado sus brazos blancos de alrededor de mi cuello ni siquiera cinco minutos, *como* el aliento de sus besos no se había ido de mi boca, tuve que pasar por donde los casaos cuando volvía al cuartel y tuve que quedarme hablando con esa chica que parecía una vaquilla pelirroja de Mullingar, Judy Sheehy, la hija de la madre Sheehy, la mujer de Nick Sheehy, el sargento de la cantina. ¡Que la maldición negra de Shielygh caiga sobre toda la descendencia que hoy tenga él sobre la tierra!

»—¿Por qué va con la cabeza tan alta, cabo? —me dice Judy —. Entre y tome una taza de té —dice, plantada en la puerta. Como soy un tonto del que no hay que fiarse, y no pensaba en otra cosa que no fuese el té, entré.

»—Madre está en la cantina —dice Judy, arreglándose ese pelo suyo que parecía hecho de víboras rojas y mirándome de lao con sus enormes ojos verdes de gato—. ¿Le importa, cabo?

»—Puedo soportarlo —le digo, porque la vieja madre Sheehy no era mi predileta y su hija tampoco. Judy buscó los cacharros del té, los puso sobre la mesa y se me acercó mucho mientras los acomodaba. Yo me hacía a un lao, pensando en Dinah.

»—¿Le tiene miedo a una chica que está sola? —dice Judy.

»—No —le digo—. ¿Por qué he de tenerlo?

»—De eso se ocupan las chicas —dice Judy, arrastrando su silla hasta donde estaba la mía.

»—Pues ocupémonos de otra cosa —le digo, y pensando que había sido un poquitín descortés, le digo—: el té no está lo

bastante dulce pa' mi gusto. Ponga su dedito en la taza, Judy, eso lo convertirá en nétar.

»—¿Qué es nétar? —dice ella.

»—Algo muy dulce —le digo, y por mi vida pecadora que no pude dejar de mirarla de soslayo, como solía mirar yo a una mujer.

»—Miren al cabo —me dice—. Usté es un galanteador.

»—Por mi alma que no lo soy —le digo.

»—Entonces usté es un hombre guapo y cruel y eso es peor —me dice, soltando unos suspiros tremendos y mirándome de lao.

»—Usté sabrá lo que dice —le digo.

»—Sería mejó pa' mí que no lo supiera —me dice.

»—Mucho es lo que podríamos decir cada uno —le digo sin pensar.

»—Pues diga usté su parte, Terence, cielo —me dice—, porque, ¡ay, Dios mío!, pienso que he dicho demasiao o demasiao poco pa' ser una chica honesta —y me echó los brazos al cuello y me besó.

»—Después de esto ya no hay nada que decir —le digo, devolviéndole el beso… ¡Oh que tío idiota que fui, con la cabeza resonándome con Dinah Shadd! ¿Cómo puede ser, señor, que cuando un hombre está fascinao por una mujer sea capaz de volverse loco por otra? Pasa igual con las armas de fuego. Un día tóos los tiros se te van al aire o dan en el talú, y al día siguiente, apuntes arriba o abajo, mucho o poco, no puedes dejar de dar en la diana diez veces seguidas.

—Eso sólo le sucede al hombre que tiene mucha experiencia. Lo hace sin pensar —repliqué.

—Gracias por el cumplido, señor, puede que sea así. Pero no estoy muy seguro de que lo haya dicho como cumplido. Escúcheme. Me quedé sentao con Judy en las rodillas, oyendo cómo me decía toda clase de tonterías y contestándole con nada más que un «sí» o un «no», cuando hubiese hecho mejor en meter la lengua entre los dientes. ¡Y no hacía una hora que

había dejao a Dinah! En qué estaba pensando, no sabría decirlo. De repente, silenciosa como un gato, se apareció la vieja Sheehy, borracha como una cuba. Tenía el pelo colorao de la hija, pero con calvas, y en su cara perversa y vieja, tan claro como a la luz de un relámpago, yo veía lo que sería Judy al cabo de veinte años. Me quise poner de pie, pero Judy no se movió.

»—Terence se me ha declarao, madre —dice ella y un sudor frío me brotó por tóo el cuerpo. La vieja Sheehy se sentó junto a la pila de tazas y empezó a jugar con ellas. «Pues sí que sois una buena pareja», dice con la lengua pastosa. «Porque él es el mayor golfo que jamás haya gastao las botas que da la Reina y…».

»—Me marcho, Judy —le digo—. No tendría que decirle bobadas a su madre. Métala en la cama, mujer.

»—¡Bobadas! —dice la vieja, alzando las orejas como si fuese un gato y agarrándose del borde de la mesa—. Esto será la mayor bobada de las boberías, tejón sonriente, si es una bobada. Vete de aquí, tú. Yo me voy a la cama.

»Salí corriendo hacia la oscuridá, con la cabeza confusa y el corazón enfermo, pero tuve la sensatez suficiente como pa' comprender que era yo el que lo había organizao tóo. «Esto es por pasar el tiempo con una bruja», me dije. «Lo que haya dicho o no haya dicho no importa. Judy y su madre ya me tienen por comprometió y Dinah me pondrá de patitas en la calle y me lo merezco. Voy a emborracharme», me dije, «y a olvidarlo tóo, porque ya se ve que no soy de los que se casan».

»De camino hacia la cantina me topé con Lascelles, el sargento portaestandarte de la compañía E, un hombre duro, muy duro, con una mujer que era un tormento. «Tienes una cara que pareces un ahogao», me dice, «y yo diría que estás por hacerte con una peor. Vuélvete». «Déjeme pasar», le digo. «¡He tirao mi suerte a la paré con mi propia mano!». «Pero ésta no es la forma de recuperarla», me dice. «Venga, echa afuera lo que sea, muchacho». Y le dije de qué se trataba.

»Se chupó el labio inferior. «Te han atrapao», me dice. «Ju Sheehy hará lo que sea por tener el nombre de un hombre

junto al suyo tan pronto como pueda. Y tú que te creías que la tenías fascinada…, ésa es la vanidá natural de la bestia. Terence, tú eres un gran tonto de nacimiento, pero no lo bastante malo como pa' casarte en esa compañía. Si has dicho algo, y según lo que me cuentas seguro que lo has hecho —o no has abierto la boca, que sería peor—, trágatelo tóo; miente como el padre de la mentira, pero quítate de encima este lío y a Judy. ¿No voy a saber yo lo que es casarse con una mujer que es la viva imagen de Judy cuando era joven? Ahora que me estoy haciendo viejo, he aprendido a ser paciente, pero tú, Terence, le pondrías la mano encima a Judy y la matarías en un año. No te importe que Dinah te rechace, te lo has merecido; no te importe que tóo el regimiento se ría de ti tóo el día. Quítate de encima a Judy y a su madre. No te pueden arrastrar hasta la iglesia, pero si lo hacen, te habrán arrastrao al infierno. Vuelve al campamento y acuéstate», me dice. Y después, por encima del hombro: «*Tienes* que poder con ellas».

»Al día siguiente fui a ver a Dinah, pero no tenía empuje mientras andaba. Sabía que pronto vendrían los problemas, sin que yo les echara tina manita, y eso me daba un miedo atroz.

»Oí que Judy me llamaba, pero tiré rezto pa' la casa de los Shadd y Dinah estuvo a punto de darme un beso, pero yo la detuve.

»—Cuando te lo haya dicho tóo, cielo —le digo—, me podrás besar si quieres, aunque dudo que eso sea tan fácil entonces.

»Apenas si había empezao a darle forma a la esplicación cuando Judy y su madre llegaron a la puerta. Creo que había un porche, pero no recuerdo.

»—¿Por qué no pasan? —dijo Dinah, educada y gentilj aunque las Shadd no mantenían trato con los Sheehy. La vieja Shadd alzó los ojos y fue la primera en ver cuál era el problema, porque Dinah era su hija.

»—Tengo prisa hoy —dice Judy, tan fresca como el latón—, sólo he venido a por Terence, mi prometió. Me estrada encontrarle aquí al día siguiente del compromiso.

»Dinah me miró como si la hubiese pegao y yo le respondí directamente.

»—Anoche en casa de los Sheehy han habió muchas tonterías, y Judy sigue con la broma, cariño —le digo.

»—¿En casa de los Sheehy? —me dice Dinah muy lentamente y Judy la interrumpió con un:

»—Estuvo allí de nueve a diez, Dinah Shadd, y más de la mitá de ese tiempo yo estuve sentada en sus rodillas, Dinah Shadd. Puedes mirarme de arriba a abajo tóo lo que quieras, pero no dejarás de ver que Terence es mi prometió. Terence, cariño, es hora de que vayamos a casa.

»Dinah Shadd no le dijo ni una palabra a Judy.

»—Te marchaste a las ocho y media —me dice—, y nunca hubiese pensao que me dejabas por Judy, con o sin promesas. ¡Vuelve con ella, ya que a ti tiene que ir a buscarte una chica! Hemos terminao —me dise y corre a su cuarto, con su madre detrás. Así que me quedé solo con aquellas dos mujeres, y en libertá para espresar mis sentimientos.

»—Judy Sheehy —le digo—, si tú me pones tonto a la luz de las velas, no lo harás durante el día. Jamás te he dao palabra ni nada.

»—¡Mientes! —dice la vieja Sheehy—. ¡Ojalá te ahogues allí donde estás! —se había pasao con la bebida.

»—Aunque me ahogara aquí mismo, no cambiaría de idea —le digo—. Vete a tu casa, Judy. Me da vergüenza ver a una chica decente como tú arrastrando a su madre, sin sombrero, en público, para hacer este recao. Escúchame y tómatelo como una respuesta. Ayer le di palabra a Dinah Shadd y, pa' mi desdicha, estuve contigo anoche hablando bobadas, pero nada más. Tú has querido cazarme con eso. No me cazarás por nada del mundo. ¿De acuerdo?

»Judy se puso de un rojo subido.

»—Te deseo la alegría del perjuro —me dice, haciendo una reverencia—. Has perdió a una mujé que se hubiese gastao las manos hasta los huesos por darte gusto y, mira, Terence, tú no estabas atrapao… —Lascelles tenía que haberle hablao bien

claro—. Yo soy como Dinah, por supuesto. Has perdido a una tonta que jamás te volverá a mirar y has perdido lo que jamás tuviste: la honestidá corriente. Si a tus hombres los manejas igual que a tus asuntos de amor, no me estraña que digan que eres el peor cabo de la compañía. Vamos, madre —dijo.

»¡Pero la vieja no movió ni un pie!

»—¿Te quedas en eso? —me dice, estudiándome por debajo de sus cejas grises y espesas.

»—Sí que lo hago —le digo—, aunque Dinah me echase veinte veces. No quiero nada de usté ni de los suyos —le digo —. Llévese a su hija, mujer desvergonzada.

»—¿Desvergonzada yo? —me dice, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y qué eres tú, mentiroso, intrigante, flojo, hijo pecador de un cantinero? ¿Que *yo* soy desvergonzada? ¿Quién nos ha avergonzao a mí y a mi niña, que hemos tenido que salir a mendigar por todo el cuartel y a la luz del día la palabra rota de un hombre? ¡Que tengas el doble de vergüenza que yo, Terence Mulvaney, ya que te crees tan fuerte! ¡Por María y todos los santos, por la sangre y el agua, y por todas las penas que ha habido en el mundo desde su principio, que caiga sobre ti y los tuyos la peste negra, de modo que nunca te veas libre de dolor, por causa de otros, cuando no sea por la tuya! ¡Que se te desangre el corazón en el pecho gota a gota mientras se rían tus amigos viéndote sangrar! ¿Tú te crees fuerte? ¡Que tu fuerza sea para ti una maldición que te ponga en manos del demonio contra tu propia voluntá! ¿Que eres listo? ¡Ojalá tus ojos vean claro cada paso que des por el camino oscuro hasta que las cenizas calientes del infierno los cieguen! ¡Que la sed seca y furiosa que hay en mis huesos viejos se apodere de ti pa’ que jamás puedas dejar pasar una botella llena ni un vaso vacío! Que Dios te conserve la luz del entendimiento, encanto de muchacho, pa’ que nunca puedas olvidar lo que has querido ser, cuando te revuelques en un estercolero. ¡Ojalá veas lo mejor y te tengas que quedar con lo peor mientras haya aliento en tu cuerpo y que mueras pronto en tierra extraña, descubriendo que te llega la muerte y sin ser capaz de mover ni una mano ni un pie!

»Oí que unos pies se movían en el cuarto de atrás y entonces la mano de Dinah Shadd se posó sobre la mía, como un pétalo de rosa en una carretera enfangá.

»—La mitá de eso tomaré pa' mí —le dice—, y más también, si pudiese. Váyase a su casa, mujer charlatana, váyase a su casa y confiésese.

»—¡Vámonos! ¡Vámonos! —dice Judy, tirando del chal de su madre—. No ha sido culpa de Terence. ¡Por el amor de la Virgen, deja de hablar!

»—¡Y tú! —dice la vieja Sheehy, dándose la vuelta pa' enfrentarse con Dinah—. ¿Tomarás la mitá de la carga de ese hombre? Mantente apartá de él, Dinah Shadd, antes que te hunda también a ti, que quieres ser la mujé de un sargento de intendencia dentro de cinco años. Miras muy alto, chica. Tú *fregarás* para un sargento de intendencias cuando a alguno le apetezca darte esa faena por caridá. Pero al final serás la mujer de un soldao raso y conocerás todas las penas de la mujer de un soldao raso y no tendrás más que una alegría, que se alejará de ti como la marea inquieta se aparta de la roca. Conocerás el dolor de la preñez, pero nunca tendrás la alegría de dar el pecho y depositarás en tierra profana a un niño sin que un sacerdote esté allí pa' decir una oración por él y pensarás en ese niño cada día de tu vida. Piénsatelo bien, Dinah Shadd, porque jamás tendrás otro aunque reces hasta que te sangren las rodillas. Las madres que tengan hijos se burlarán de ti a tus espaldas cuando estés torciendo la ropa en la pila. Sabrás lo que es ayudar a un marido borracho a llegar a casa y ver cómo lo arrestan. ¿Cómo le resultará tóo eso a Dinah Shadd, que no quiere que la vean hablando con mi hija? Tendrás que hablar con alguien peor que Judy antes que tóo haya terminao. Las mujeres de los sargentos te mirarán desde arriba con desdén, hija de sargento, y tendrás que disimular con una cara sonriente aunque se te esté partiendo el corazón. Apártate de él, Dinah Shadd, porque le he echao la maldición negra de Shielygh y él con sus propios labios la pondrá en prática.

»La vieja se echó hacia adelante, cabeza abajo, y empezó a soltar espuma por la boca. Dinah Shadd corrió a buscar agua y Judy arrastró a su madre al porche, hasta que la hizo sentar.

»—Soy vieja y desdichá —dijo, temblando y llorando—, y por eso hablo más de la cuenta.

»—Cuando pueda andar, lárguese —le dijo la vieja Shadd—. Esta casa no es lugar pa' las personas como usté, que maldicen a mi hija.

»—¡Ay! —dijo la mujer—. Las palabras duras no rompen huesos y Dinah Shadd tendrá el amor de su marío hasta que mis huesos sean trigo verde. Judy, cariño, no recuerdo pa* qué vine aquí. ¿Nos puede prestar un poquito de té, Mrs. Shadd?

»Pero Judy se la llevó a rastras y llorando como si se le fuese a romper el corazón, y Dinah Shadd y yo, a los diez minutos, nos habíamos olvidao de tóo.

—¿Y cómo es que ahora te acuerdas? —le dije.

—¿Cómo podría olvidarlo? Cada palabra que esa vieja malvada dijo se hizo verdá después en mi vida y yo hubiese soportao tóo, tóo, menos lo que pasó al nacer mi pequeño Shadd. Eso fue durante un desplazamiento, tres meses después que el regimiento hubiese pasao por el cólera. Estábamos entre Umballa y Kalka y yo iba en un piquete de guardia. Cuando terminé mi guardia, las mujeres me mostraron al niño, que se puso de lao y se murió mientras yo le miraba. Le enterramos junto a la carretera; como el padre Víctor venía atrás, a un día de marcha, con el equipo pesao, el capitán de la compañía leyó una oración. Y desde entonces he sío un hombre sin hijos, y tóo lo que la vieja Sheehy nos dijo a mí y a Dinah Shadd. ¿Usté qué piensa, señó?

Yo pensé muchas cosas, pero me pareció mejor tender mi mano para estrechar la de Mulvaney. La demostración estuvo a punto de costarme el uso de tres dedos. Sea lo que sea lo que sepa acerca de sus debilidades, Mulvaney desconoce su fuerza por completo.

—¿Pero qué piensa usté? —repitió mientras yo estiraba mis dedos machacados.

Mi respuesta fue ahogada por los chillidos y el tumulto que llegaban desde la hoguera contigua, donde los hombres gritaban llamando: «¡Orth'ris!», «¡Soldao Orth'ris!», «¡Señor

Or-the-ris!», «¡Hijo mío!», «Capitán Orth'ris», «Mariscal de campo Orth'ris», «¡Stanley, cantante de tres al cuarto, vuelve aquí, a tu compañía!». Y el *cockney*, que había deleitado a otra audiencia con cuentos complejos y rabelesianos, tuvo que sentarse de nuevo entre sus admiradores por causas de fuerza mayor.

—Me habéis puesto la camisa perdida de arrugas —dijo—, y no volveré a cantá delante de este maldito auditorio.

Learoyd, despertado por la vocería, se desperezó, se arrastró a espaldas de Ortheris y se lo echó a los hombros.

—¡Canta, condenao colibrí! —dijo y Ortheris, marcando el ritmo en el cráneo de Learoyd, con esa voz ronca que caracteriza a la Ratcliffe Highway, se despachó con esta canción:

Mi chica adiós me dijo,

a mí, un chico de Londres;

una quincena bebido

paseé yo antes de perderme.

La Reina me dio un chelín,

para defender su imperio

que está más allá del mar.

Pero entonces el Gobierno

una trampa me tendió

de fiebre y enfermedad

en las tierras de la India.

Coro

¡Ey! A las chicas no atiendas,

ni te des a la cerveza.

Porque un joven tonto fui,

hoy, por eso, estoy aquí.

Disparé contra un afgano,
y el muy tonto respondió:
mi cabeza agujereada
de la acción me separó.
Apunté frente a un birmano,
con su dah resplandeciente,
el proyectil no salió,
con la bayoneta rota,
un buen susto me llevé.

Coro

¡Ey! No ataques a un afgano,
si no estás en la trinchera.
No persigas a un birmano
sin algún amigo cerca.
Con galones ya de cabo,
me bañé en los estampidos,
bebiendo con un amigo.
La noche acabó en chirona.
Cuando me dieron al fin
los galones de sargento,
el coronel dijo: «¡No!
Terminarás arrestado».
La misma noche siguiente,
así fue como ocurrió.

Coro

¡Ey! Tú no quieras ser cabo

si tu mente no está en claro.

Porque un joven tonto fui,

hoy, por eso, estoy aquí.

He gustado el sabor de las armas,

en barracas, cuartel y chirona,

y perdí la cabeza en el viaje

entre bebida y mujer.

Llegué a lo más hondo del servicio,

y sé que ya estoy acabado:

desde el principio mi peor amigo,

¡sangre de un ratón era yo mismo!

Coro

¡Ey! A las chicas no atiendas,

ni te des a la cerveza.

Porque un joven tonto fui,

hoy, por eso, estoy aquí.

—Vaya, escucha al chiquirritín cantando y gritando como si jamás hubiese pasao por ningún problema. ¿Te acuerdas de cuando se puso loco de añoranza? —dijo Mulvaney, recordando una época inolvidable en la que Ortheris atravesó las aguas profundas de la aflicción y se comportó de un modo abominable—. Pero lo que dice es la amarga verdá. ¡Ay, sí!

Desde el principio mi peor amigo,

¡sangre de un ratón era yo mismo!

Cuando desperté, vi a Mulvaney —el rocío nocturno le perlaba el mostacho— apoyado en su fusil mientras montaba guardia, solitario como Prometeo en su roca, con no sé qué buitres royéndole el hígado.

GREENHOW HILL

Ella no quiso atender
a la voz queda de Amor;
peso frío es hoy su mano
entre los dedos de rosa.
No se volvió ni escuchaba
porque, mirando a otro lado,
su camino ella seguía.
Mas cuando la Muerte pálida,
sin facciones, pura mueca,
alzó su huesuda diestra
y llamándola tendió
sus coronas de ciprés,
en pos de ella se marchó,
y Amor quedó desolado:
recordaba aquel rechazo
que obtuvieran sus palabras
y con tristeza observaba
cómo un único susurro
de la Muerte la atrapaba.

Rivales

—*¡OHÉ! ¡Ahmed Din! ¡Shafiz Ullah, ahoo!* ¿Bahadur Khan, dónde estás? Salid de las tiendas, como lo he hecho yo y luchad contra el inglés. ¡No matéis a vuestra propia gente! ¡Venid conmigo!

El desertor de un cuerpo de ejército compuesto de nativos se arrastraba en tomo al campamento, disparando de cuando en cuando y llamando a gritos a sus antiguos camaradas. Confundido por la lluvia y la oscuridad, fue a dar al ala inglesa

del acantonamiento y con sus aullidos y sus disparos molestaba a los hombres. Durante todo el día se habían ocupado en la construcción de caminos y estaban cansados.

Ortheris dormía a los pies de Learoyd.

—¿Qué pasa? —dijo con lengua pastosa.

Learoyd roncaba y un proyectil Snider se metió en la tienda rompiendo la lona. Los hombres soltaron toda clase de juramentos.

—Es ese condenao desertor de los aurangabadi —dijo Ortheris —. Que alguno se levante y le diga que se ha equivocao de tienda.

—Duerme, chiquirritín —dijo Mulvaney, que se cocía al vapor junto a la puerta—. No puedo levantarme a que me dé esplicaciones. Lo que cae afuera son chuzos.

—No es que no puedas, maldita sea. Es porque no quieres ir, maldita sea, grandullón, gandul, piojoso, perezoso pordiosero. ¡Oye cómo aúlla!

—¿Pa' qué discutir? ¡Métele una bala dentro a ese cerdo! ¡Que nos deje dormir! —dijo otra voz.

Un suboficial soltó un grito iracundo y un centinela empapado gimió en la oscuridad:

—No valdría de nada, señor. No le veo. Está oculto en algún sitio colina abajo.

Ortheris salió de los pliegues de su manta.

—¿Intento cogerle, señor? —dijo.

—No —fue la respuesta—. Acuéstate. No quiero que todo el campamento esté disparando a todas horas. Dile que se vaya a tirar contra sus amigos.

Ortheris se lo pensó por un instante. Después, pasando la cabeza por debajo de la lona de la tienda, gritó como un conductor de autobús cuando debe subir mucha gente:

—¡Arriba! ¡Todos arriba!

Los hombres se echaron a reír y las risas fueron llevadas por el viento hasta el desertor, quien, al oír que se había equivocado de lugar, se marchó a dar fastidio a su regimiento, a media milla de distancia. Fue recibido con disparos; los aurangabadi estaban enfadados con él porque había deshonrado su estandarte.

—Así está bien —dijo Ortheris, retirando su cabeza al oír el hipar de los Snider a distancia—. Que Dios me perdone, pero ese hombre no se merece vivir: mira que estropearme el sueño de belleza de esta forma.

—Pues mañana vaya a pegarle un tiro —dijo el suboficial, incautamente—. Ahora, silencio en las tiendas. A dormir, señores.

Ortheris se tumbó con un leve suspiro de felicidad, y al cabo de dos minutos no se oía más sonido que el de la lluvia sobre la lona y el del ronquido tremendo y elemental de Learoyd.

El campamento se extendía sobre una loma desnuda del Himalaya, y hacía una semana que aguardaba una columna volante para establecer conexión. Los merodeos nocturnos del desertor y sus amigos se habían convertido en un problema.

Por la mañana los hombres se secaron al calor del sol y limpiaron sus pertrechos sucios. El regimiento nativo tenía que hacerse cargo de su turno de trabajo en la carretera, mientras el Oíd Regiment libraba.

—Buscaré un sitio para pegarle un tiro a ese hombre —dijo Ortheris cuando hubo terminado de limpiar su fusil—. Todas las tardes sube por el río alrededor de las cinco. Si vamos a escondernos en la colina del norte un rato, esta tarde lo cazaremos.

—Tú eres un mosquito sediento de sangre —dijo Mulvaney, echando nubes azules al aire—. Pero me figuro que debo ir contigo. ¿Dónde está Jock?

—Se ha ido con los *Mixed Pickles*, porque se piensa que es un condenao campeón de tiro —dijo Ortheris con desdén.

Los *Mixed Pickles* eran un destacamento de tiradores elegidos, por lo común dedicados a limpiar los contrafuertes de las

sierras cuando el enemigo se mostraba demasiado impertinente. Eso enseñaba a los oficiales jóvenes el modo de tratar a los hombres y no hacía demasiado daño a los contrincantes. Mulvaney y Ortheris salieron a paso tranquilo del campamento y se adelantaron a los aurangabadi que iban camino de su trabajo en la carretera.

—Tendréis que sudar hoy —dijo Ortheris con gracia—. Cazaremos a vuestro hombre. ¿Anoche, por casualidad, no le habrá puesto fuera de combate ninguno de vosotros?

—No. El cerdo se marchó burlándose de nosotros. Yo le disparé —dijo un soldado—. Es uno de mis primos y *yo* debería haber limpiado nuestro honor. Pero os deseo buena suerte.

Avanzaron con precaución hasta la sierra del norte, Ortheris iba a la cabeza porque, como él explicaba, «es un espetáculo prolongao y yo tengo que montarlo». La suya era una devoción casi apasionada por su fusil al que, según datos que circulaban en el cuartel, se suponía que besaba cada noche antes de acostarse. Despreciaba las cargas y las escaramuzas y, cuando resultaban inevitables, se colaba entre Mulvaney y Learoyd pidiéndoles que pelearan por su piel tanto como por la de ellos mismos. Ellos jamás le fallaron. Ortheris trotaba, rastreando como un sabueso que sigue una huella discontinua, a través del bosque de la sierra del norte. Al fin estuvo satisfecho y se tumbó en una ladera suave, cubierta de agujas de pino que dominaba un sector amplio del curso del río y otra ladera marrón y desnuda más allá del agua. Los árboles brindaban una sombra aromática, en la que un cuerpo del ejército hubiese podido esconderse de la luz violenta del sol.

—Esto es el estremo del bosque —dijo Ortheris—. Tiene que subir por el río, pa' mantenerse a cubierto. Nos quedaremos aquí. No hay tanto condenao polvo.

Hundió la nariz en un macizo de violetas blancas inoloras. Nadie se había acercado para contar a esas plantas que su estación ya había pasado hacía mucho tiempo, de modo que ellas habían florecido alborozadas bajo la penumbra de los pinos.

—¡Esto sí que está bueno! —dijo con sensualidad—. ¡Qué buen lugar pa' un tiro hasta allí enfrente! ¿Cuánto te parece que hay, Mulvaney?

—Setecientas. Tal vez un poquitín menos, porque el aire está muy limpio.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! sonó una descarga de fusilería al otro lado de la sierra del norte.

—Condenaos *Mixed Pickles*, que van disparándole a nada. Van a asustar a toda la comarca.

—Prueba a disparar allí en medio —dijo Mulvaney, el hombre de los mil ardides—. Hay una piedra roja por donde seguro tendrá que pasar. ¡Rápido!

Ortheris graduó la mira a seiscientas yardas y disparo. El proyectil levantó una plumilla de polvo junto a una mata de gencianas, en la base de la piedra.

—¡No está mal! —dijo Ortheris, mientras hacía saltar la regla de la mira—. Tú pon tu mira como la mía, o un poco más baja. Siempre disparas alto. Pero recuerda, el primer tiro es pa' mí. ¡Ay Dios, qué tarde tan bonita!

El fragor de los disparos aumentaba y se oía la marcha de hombres en el bosque. Los dos se mantuvieron muy callados, porque sabían que el soldado británico es desesperadamente proclive a disparar contra cualquier cosa que sé mueva o haga ruido. Entonces apareció Learoyd, con la delantera de su casaca agujereada por una bala, con aire de estar avergonzado de sí mismo. Cayó sobre las agujas de pino, resoplando.

—Ha sido uno de los condenaos chapuceros de los *Pickles* —dijo, tocando el desgarrón—. Disparaba contra el flanco derecho, aunque sabía que yo estaba allí. Si supiera quién fue, le arrancaría el pellejo. ¡Mirad cómo me ha dejao la guerrera!

—Así es como puedes fiarte de un tirador. Entrénalo pa' darle a una mosca que esté quieta a setecientas y él se echa a disparar contra cualquier cosa que vea u oiga a una milla. Has hecho bien al apartarte de esa panda de tiradores ornamentales, Jock. Quédate aquí.

—¡Tirar al condenao viento y a las condenás copas de los árboles! —dijo Ortheris, con una sonrisita—. Ya te enseñaré yo cómo se tira, dentro de un rato.

Se revolcaron entre las agujas de los pinos y el sol los calentaba en donde estuviesen. Los *Mixed Pickles* dejaron de disparar, regresaron al campamento y entregaron el bosque a unos pocos monos asustados. El agua del río elevó su murmullo en el silencio y habló de tonterías con las piedras. De cuando en cuando el estallido seco de una carga explosiva decía que los aurangabadi tenían dificultades en la construcción de la carretera. Los hombres sonrieron mientras escuchaban y se mantuvieron en silencio, sumergidos en ese ocio tibio. De pronto, entre las caladas a su pipa, Learoyd dijo:

—Qué raro…, lo del que va por allí…, lo de desertar y todo.

—Bastante más raro va a quedar cuando yo haya terminao con él —dijo Ortheris. Hablaban en voz muy baja, a causa de la quietud del bosque y del deseo de matar que se cernía, pesado, sobre ellos.

—No dudo de que tenga sus motivos pa' desertar, pero, por mi vida, muchas menos dudas tengo de que tóos los hombres piensen que hay buenos motivos pa' matarlo —dijo Mulvaney.

—Tal vez haya una mujer metida en todo esto. Los hombres hacen mucho más que mucho por una mujer.

—Ellas hacen que la mayoría nos alistemos. No tienen ningún derecho a hacernos desertar.

—Ah, hacen que nos alistemos, o lo hacen los padres de ellas —dijo Learoyd en voz baja, con el casco puesto sobre los ojos.

Las cejas de Ortheris se fruncieron en un gesto salvaje. Estaba observando el valle.

—Si es por una chica, mataré a ese hombre dos veces, y la segunda por ser un idiota. De pronto resulta que te has vuelto un maldito sentimental. ¿Piensas en la última vez que te escapaste por un pelo?

—No, chico. Sólo pensaba en lo que ha pasao.

—Y lo que ha pasao, criatura pesada de calamidá, es que tú muges como un ternero lejos de los pastos y sugieres unas disculpas injustas pa' el hombre que Stanley va a matar. Tendrás que esperar otra hora, chiquirritín. Echalo afuera, Jock, suelta unos bramidos melodiosos a la luna. Se necesita un temblor de la tierra o que te pase rozando una bala pa' sacarte algo. ¡Echa un discurso, Don Juan! ¡Los amooores de Lotharius Learoyd! Stanley, ten puesto tu ojo militar y certero en el valle.

—Es como esa cresta de allí —dijo Learoyd, mirando las desnudas estribaciones finales del Himalaya que le traían el recuerdo de los brezales de su Yorkhire. Hablaba para sí mismo, más que para sus compañeros—. ¡Ay! —dijo—. El brezal de Rumbold domina el pueblo de Skipton y Greenhow Hill domina Pately Brig. Me figuro que nunca habréis oído hablar de Greenhow Hill, pero esa parte desnuda, allí enfrente, con que tuviese un camino blanco con sus revueltas, sería igual, extrañamente igual. Brezales, brezales y brezales, ni un solo árbol pa' guarecerse y casas grises con techos de lajas, las ave frías con sus gritos y los cernícalos que vuelan de aquí pa' allá como estos milanos. ¡Y qué frío! Un viento que corta f como un cuchillo. A la gente de Greenhow Hill la reconoces porque tiene las mejillas y la punta de la nariz de color rojo, como una manzana, y los ojos azules, que parecen cabezas de alfiler por el viento. La mayoría son mineros, cavan las laderas de la montaña buscando plomo, siguen la pista de las vetas como si fuesen ratas de campo. Allí el trabajo de minería es el más duro que he visto. Llegas hasta un molinete de madera que chilla como la roldana de un pozo y te bajan con un pedazo de cuerda, mientras con una mano procuras evitar golpearte contra las paredes y con la otra aguantas una vela dentro de una bola de arcilla y con la otra te agarras a la cuerda.

—O sea que tienes tres manos —dijo Mulvaney—. Ha de ser bueno el clima en esa comarca.

Learoyd no hizo caso.

—Entonces llegabas a un plano desde el que tenías que arrastrarte sobre las manos y las rodillas por un pasaje lleno de

recovecos de una milla de largo, y así salías a una cueva tan grande como la casa consistorial de Leeds, donde una máquina bombea el agua de otros lugares de trabajo más hondos todavía. Es una tierra extraña, sin hablar de las minas, porque la montaña está llena de esas cavernas naturales y los ríos y los regatos se hunden en las que allí llaman pozas, pa' volver a aparecer a millas de distancia.

—¿Qué hacías tú por allí? —dijo Ortheris.

—Yo era un jovencito entonces y casi siempre me ocupaba de los caballos, llevaba el mineral de carbón y de plomo, pero en los tiempos que digo conducía las vagonetas del pozo mayor. Yo no era natural de esa tierra. Había ido por una pequeña diferencia que tuve en casa, y al principio me metí con una cuadrilla muy dura. Una noche habíamos estao bebiendo y yo tomé más de lo que podía, o tal vez la cerveza no fuera muy buena, aunque en aquellos días por Dios que no había cerveza mala —alzó los brazos por detrás de la cabeza y cogió un manojo de violetas blancas—. No —dijo—, jamás he visto cerveza que yo no pudiese beber, tabaco que no pudiese fumar ni chica a la que no pudiese besar. En fin, lo cierto es que debimos darnos una carrera hasta la casa, tóos juntos. Yo perdí de vista a los demás y cuando trepaba por una de esas cercas de piedras sueltas me vine abajo, dentro de una zanja, con piedras y tóo y me rompí un brazo. No creáis que me enteré muy bien del asunto, porque me golpeé en la nuca al caer y me quedé medio idiota. Cuando me volvió el sentido ya era la mañana, y yo estaba tumbao en el sofá de la casa de Jesse Roantree y Liza Roantree estaba sentada allí, cosiendo. Me dolía tóo y tenía la boca como una calera. Me dio de beber de un jarro de porcelana con unas letras doradas que ponían «Recuerdo de Leeds» y que tantas veces vería después. «Tienes que quedarte echao hasta que venga el dotor Warbottom, porque tienes roto el brazo y padre le ha mandao a buscar con un chico. El te encontró cuando salía pa' trabajar y te cargó en las espaldas pa' traerte», me dijo ella. «¡Vaya!», dije yo y cerré los ojos, porque me daba vergüenza de mí mismo. «Padre se ha ido a trabajar hace tres horas y me dijo que les iba a decir que pusieran a otro pa' conducir las vagonetas». El reloj con su tictac y una abeja que entró en la

casa resonaban en mi cabeza como las muelas de un molino. Ella me dio otro sorbo de agua y me ahuecó la almohada. «Mira, tú eres demasiao joven pa' emborracharte y esas cosas; no volverás a hacerlo, ¿verdá?». «No», le dije «no lo haré si tú paras ese ruido de las muelas del molino».

—¡Sí que es bueno eso de que te cuide una mujer cuando estás enfermo! —dijo Mulvaney—. Te saldría a cuenta aun por veinte cabezas rotas.

Ortheris volvió a escrutar con preocupación el valle. Nunca en su vida había sido cuidado por una mujer.

—Y entonces llegó el dotor Warbottom, a cabayo y Jesse Roantree con él. Era un dotor muy instruido, pero hablaba con la gente pobre como si fuese uno de ellos. «¿En qué has andao?», canturreó. «¿Partiéndote la cabezota?». Y me miró por todas partes. «Nada roto. Lo único que hay es que el golpe te ha puesto un poco más tonto que de costumbre y ya es decir». Siguió así, llamándome con todos los nombres que le parecía, pero me apañó el brazo, ayudao por Jesse, lo mejor que pudo. «Tendrás que dejar que este zoquete se quede por aquí un tiempo, Jesse», le dice cuando ya me había vendao y hecho tomar una dosis de medicina; «tú y Liza tendréis que atenderle, aunque apenas si merece la pena; vas a perder el trabajo», dice, «y estarás en el Club de enfermos por un par de meses o más. ¿No te parece una tontería?».

—¿Pero dónde ha habido un joven, de cualquier clase, que no haya sido un tonto? Me gustaría saberlo —dijo Mulvaney—. Mira, sin duda la tontería es el único camino seguro hacia la sabiduría; lo sé porque lo he recorrió.

—¡Sabiduría! —dijo Ortheris sonriendo irónico mientras exploraba a sus camaradas con el mentón alzado en un gesto arrogante—. Sois unos condenaos salomones vosotros dos, ¿no es verdá?

Learoyd prosiguió hablando con calma, con esa mirada fija del buey que está rumiando.

—Así fue como conocí a Liza Roantree. Hay unas canciones que ella solía cantar, ¡ay, siempre estaba cantando!, que me hacen recordar a Greenhow Hill, tan claro como ese monte que

está allí enfrente. Me enseñó a cantar el bajo y yo iba a la iglesia con ellos, porque Jesse y ella dirigían los cantos; el viejo tocaba el violín. Era un tío raro el viejo Jesse, se volvía loco por la música y me hizo prometer que aprendería a tocar el violín grande cuando se curase mi brazo. Él tenía uno, que estaba en un estuche muy grande, junto al calendario, pero Willie Satterthwaite, que lo tocaba en la capilla, se había vuelto sordo como una tapia y eso era terrible para Jesse, porque tenía que darle en la cabeza con el arco pa' que dejase de tocar cuando debía.

»Pero había un punto negro en tóo eso y un hombre de chaqueta negra fue quien lo trajo. Cuando el predicador de la iglesia metodista primitiva iba a Greenhow, se hospedaba en casa de Jesse Roantree y la emprendió conmigo desde el principio. Parece que yo era un alma que tenía que ser salvada y él se empeñó en conseguirlo. Al mismo tiempo me comían los celos porque él estaba dispuesto a salvar el alma de Liza Roantree también, y yo le pudiera haber matao más de una vez. Así siguieron las cosas hasta el día en que yo esploté y pedí prestao un dinero a Liza pa' una copa. Cuatro días después regresé, con el rabo entre las piernas, nada más que pa' volver a ver a Liza. Pero Jesse estaba en la casa, con el predicador, el reverendo Amos Barraclough. Liza no dijo ná, pero se puso un poco roja, aunque siempre tenía la cara blanca. Y Jesse me dice, procurando ser lo más cortés posible: «Mira, chico, las cosas están así; tú tienes que elegir: no quiero que cruce mi puerta uno que se dé a la bebida y le pida prestao a mi hija pa' beber. Cállate, Liza», le dijo, cuando ella quiso decir que me había dao el dinero con gusto y que estaba segura de que yo se lo iba a devolver. Entonces el reverendo se entromete, al ver que Jesse estaba perdiendo los nervios, y entre los dos me sueltan una buena reprimenda. Pero Liza, que miraba y no hablaba, fue la que hizo más que las lenguas de ellos y de ese modo me convertí.

—¡Qué! —gritó Mulvaney. Después, autocontrolándose, dijo en voz baja—: ¡déjalo estar! ¡Déjalo estar! Seguro que la Virgen bendita es la madre de toda religión y de la mayoría de las mujeres; también hay mucha piedá en una chica, si los

hombres la dejan en paz. Hasta yo mismo me convertiría en esas circunstancias.

—Pues mira —prosiguió Learoyd entre rubores—, yo iba en serio.

Ortheris rió tan fuerte como osó hacerlo, considerando el asunto que, al mismo tiempo, tenía entre manos.

—Ah, Ortheris, ya puedes reírte, pero tú no has conocido al predicador Barraclough, un pequeñajo de cara blanca, con una voz que hubiese seducido hasta a un pájaro en una mata, y con un modo de engatusar a las personas, que les hacía pensar que nunca habían tenido antes un hombre vivo por amigo. Tú no le has visto jamás y…, y…, tú jamás has visto a Liza Roantree, nunca has visto a Liza Roantree… Fue cosa de Liza, tanto como del predicador y de su padre, tóos ellos estaban de acuerdo, y yo estaba muy avergonzao de mí, así que me convertí en eso que llamaban una persona nueva. Y cuando pienso en el tema, es difícil creer que ese tío que iba a los oficios y a las clases en la iglesia era yo. Pero nunca tuve nada que decir por mí mismo, aunque había bastantes gritos, y el viejo Sammy Strother, que estaba casi a la muerte y medio partido por el reúma, cantaba a gritos: «¡Alegría! ¡Alegría!», y decía que era mejor ir al cielo en un cesto de carbón que al infierno en carroza. Y ponía su pobrecita garra vieja en mi hombro y me decía: «¿No lo sientes tóo eso? ¿No lo sientes?». A veces yo pensaba que sí, y después que no, no sé por qué sería.

—Por la eterna naturaleza humana —dijo Mulvaney—. Además, dudo que tú estuvieses hecho pa’ los metodistas primitivos. Si acaso, ellos son un cuerpo nuevo. Yo estoy por la Antigua Iglesia, que es la madre de todas. Ah, y también el padre. Me gusta porque va muy bien con el regimiento. Ya puedo morirme en Honolulú, en Nueva Zembra o en Cabo Cayena que, muera donde muera y siendo lo que soy, si hay un sacerdote a mano, me iré con las mismas ceremonias y las mismas palabras y la misma unción con que partiría si el Papa en persona hubiese bajao del tejao de San Pedro pa’ despedirme. No hay ná alto ni bajo, llano ni profundo, ni lo uno ni lo otro pa’ ella y eso es lo que me gusta. Pero mira, no

es una Iglesia pa’ un hombre débil, porque le quita el cuerpo y el alma, si él no tiene una faena propia que hacer. Me acuerdo de cuando murió mi padre, que estuvo tres meses pa’ llegar a la tumba; por Dios que él hubiese vendido el techo que nos cobijaba por ahorrarse diez minutos de purgatorio. Y sí que hizo tóo lo que pudo. Por eso digo que hace falta un hombre fuerte pa’ tratar con la Antigua Iglesia, y por eso verás que son tantas las mujeres que acuden a ella. Parece un acertijo, sí.

—¿De qué vale preocuparse por esas cosas? —dijo Ortheris—. Ya os vais a enterar y antes de quererlo, si acaso —hizo saltar el cartucho de la recámara a la palma de su mano—. Aquí está mi capellán —dijo e hizo que el proyectil de cabeza mortífera se inclinara, como una marioneta—. Le va a enseñar al hombre tóo lo que hay qué saber sobre qué es qué y cuál es la verdá, después de tóo, antes que se ponga el sol. ¿Pero qué pasó después de aquello, Jock?

—Había una sola cosa que les hacía vacilar y por la que casi me cierran la puerta en la cara y era mi perro Blast[2], el único que se salvó de una camada de cachorros que voló por el aire cuando un barril de dinamita esplotó en la cabaña del encargao de suministros. El nombre del perro les gustaba tan poco como lo que el animal hacía, que era pelearse con cuanto perro se le cruzaba; era un perro especial, con manchas negras y rosadas en el morro, le faltaba una oreja y estaba cojo de una pata, porque había salido despedido a cosa de media milla, dentro de una cesta y atravesando un techo de hierro.

»Me decían que tenía que quitármelo de encima, porque era un ser mundano y bajo, y que si iba a dejar que me arrojaran del cielo por un perro. «No», les decía yo, «si las puertas no son lo bastante amplias pa’ los dos, nos quedaremos fuera, porque no vamos a separarnos». El predicador salió en defensa de Blast, porque el perro le había gustao desde el principio —y confieso que por ese motivo llegó a gustarme el predicador—, y no quería que le cambiaran el nombre por el de Bless, como pretendían algunos. O sea que los dos nos convertimos en miembros habituales de la congregación. Pero es difícil pa’ un chico de mi talla romper con el mundo, la carne y el demonio, tóo de una vez. Pero yo me mantuve bastante tiempo, aunque los muchachos que solían reunirse en un extremo del pueblo, y

se sentaban en el puente pa’ pasarse el domingo escupiendo en el arroyo, me gritaban: «Caballero Learoyd, ¿cuándo piensa predicar? Queremos oírle». «Calla, no se ha puesto el alzacuellos esta mañana», respondía otro y yo tenía que cerrar muy fuerte los puños en el fondo de los bolsillos de mi chaqueta dominguera y decir pa’ mis adentros: «Si fuese lunes y yo no fuese un metodista primitivo, buena azotaina os esperaba». Eso era lo más difícil de tóo: saber que podía pelear y que no debía pelear.

Gruñidos de simpatía de Mulvaney.

—O sea que con los cantos, la prática y las clases, y lo del violín grande, que tenía que coger entre las rodillas, me pasaba bastante tiempo en casa de Jesse Roantree. Pero por muy a menudo que fuese, el predicador me ganaba en lo de ir a cada rato y tanto el viejo como la chica estaban contentos de verle por allí. El hombre vivía en Pately Brig, que no era un lugar que estuviese a la puerta, pero él iba. Él iba a pesar de tóo. Ese hombre me gustaba tanto o más que cualquier otro que conociera, en cierto sentido y, en otro, le odiaba con tóo mi corazón, y nos mirábamos como el gato y el ratón, pero muy educaos, que yo me portaba lo mejor que sabía y él era tan gentil y abierto que yo estaba obligao a ser gentil con él. Habría sido una buena compañía, como pocos, si la mitá del tiempo no me hubiesen dao ganas de retorcerle su cogote listo y flaco. Cada vez más a menudo, cuando se marchaba de la casa de Jesse, yo le acompañaba un rato en el camino.

—¿Pa’ ir con él hasta su casa? —dijo Ortheris.

—Sí. Así es como despedimos a los amigos en Yorkshire. Yo era uno de esos amigos que no te dejan volver y él tampoco quería que yo me volviese, así que íbamos andando juntos hasta Pately y entonces él me acompañaba a mí de regreso y nos daban las dos de la mañana acompañándonos uno a otro de aquí pa’ ayá, como un condenao par de péndulos, de la montaña al valle, hasta mucho después que se hubiese apagao la luz en la ventana de Liza, que los dos mirábamos pretendiendo que mirábamos la luna.

—¡Ah! —interrumpió Mulvaney—. No tenías ninguna oportunidá frente a ese cantor de salmos vagabundo. Nueve de

cada diez veces, ño miran más que la planta y el garbo, en lugar de mirar al hombre y sólo después ven que han metió la pata…, las mujeres.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Learoyd, sonrojándose bajo el tono bronceado y las pecas de sus mejillas—. Yo era el primero para Liza, y cualquiera hubiese dicho que con eso bastaba. Pero el pastor era una especie de tío de paso firme, y Jesse estaba de su parte y todas las mujeres de la congregación le repetían a Liza que cómo podía querer entenderse con un pelagatos gandul como yo, que no era digno de respeto y siempre iba con un perro peleón detrás. Había estao muy bien que quisiese ayudarme y salvar mi alma, pero tenía que cuidarse de no hacerse daño a sí misma. Se dice que los ricos son engreídos y remilgaos, pero pa' un orgullo de hierro en lo de la respetabilidá, no hay como la gente pobre que va mucho a la iglesia. Fríos como el viento de Greenhow Hill, ¡ay!, y más fríos aún, que jamás han de cambiar. Ahora que lo pienso, una de las cosas más extrañas que he conocido es que no toleraban la idea del servicio militar. Hay un montón de guerras en la Biblia y en el ejército hay muchos metodistas, pero si escuchas hablar a la gente que va a los oficios, pensarás que de un lao de la puerta te alistas y del otro te cuelgas. Cuando se reúnen sólo hablan de peleas. Cuando Sammy Strother se quedaba sin palabras en sus plegarias, exclamaba: «¡La espada del Señor y la de Gedeón!». Tóos hablaban de vestir la armadura completa de la rectitú y luchar la guerra justa de la fe. Y después, aparte de eso, organizaron una reunión para rezar por un muchacho que quería alistarse y casi le dejan sordo, hasta que él cogió su sombrero y se marchó corriendo. En la escuela dominical contaban relatos de chicos malos que habían recibido palizas y regaños por robar nidos de pájaros en domingo y hacer novillos los días de clase, y de cómo se daban a las riñas, las peleas de perros, las carreras de liebres, la bebida hasta que, como si fuese un epitafio en una lápida, a alguno le condenaban en toda la extensión de los brezales y entonces tenía que ir a alistarse como soldao, y tóos respiraban con alivio y ponían los ojos pa' arriba, como una gallina borracha.

—¿Por qué? —dijo Mulvaney, a la vez que hacía estallar su mano contra el muslo—. En el nombre de Dios, ¿por qué tiene que ser así? Yo también he visto eso mismo. Estafan, roban, mienten, calumian y cincuenta cosas cincuenta veces peores, pero lo último y lo peor, a su juicio, es servir a Viky con honestidá. Es como la conversación de los niños: ven las cosas al revés.

—¡Valientes y estupendas peleas de como-se-llame sostendrían si no nos ocupásemos de que tuviesen un lugar tranquilo pa' hacerlas! ¡Y qué luchas las de ellos! Como gatos en los tejados. Se citan uno a otro. Daría un mes de mi paga pa' lograr que alguno de esos tíos de hombros anchos que están en Londres suden un día haciendo carreteras y pasen una noche de lluvia. Después organizarían un buen escándalo, el mismo que se dice que montamos nosotros. Antes de ahora me han echao a mí de una miserable taberna de Lambeth, llena de cocheros mugrientos —dijo Ortheris con un juramento.

—Quizá estuvieses borracho —dijo Mulvaney, apaciguador.

—Peor todavía. Los cocheros estaban borrachos y *yo* llevaba el uniforme de la Reina.

—Yo no había pensao en particular en ser soldao en esos tiempos —dijo Learoyd, que aún mantenía la mirada fija en la ladera desnuda erguida frente a ellos—, pero esa clase de conversaciones me lo metió en la cabeza. Eran tan buenos que se pasaron al otro lao. Pero yo me mantuve firme por amor a Liza, sobre todo porque ella me estaba enseñando la parte del bajo de un *orotorio* que Jesse estaba ensayando. Ella cantaba como un mirlo y practicamos todas las noches durante cosa de unos tres meses.

—Yo sé lo que es un *orotorio* —dijo Ortheris con vivacidad—. Es una especie de canturreo de capellanes, con palabras de la Biblia y coros de mucho alboroto.

—La mayoría de los vecinos de Greenhow Hill tocaba un instrumento u otro y tóos cantaban, o sea que les podías oír a millas de distancia y estaban tan contentos del ruido que metían que no les parecía necesario que nadie los escuchase. El predicador cantaba la segunda alta cuando no, tocaba la

flauta y a mí, como no había ido muy lejos con lo del violín grande, me sentaron junto a Willie Satteirthwaite otra vez, para que le tocara el codo cuando tuviese que entrar. El viejo Jesse estaba contento, si un hombre puede estarlo, porque era el diretor, primer violín y solista de canto, y marcaba los tiempos con el arco, aunque a veces golpeaba en la mesa y decía: «Ahora parad tóos, me toca a mí». Entonces se volvía, sudando de gusto, pa' cantar los solos de tenor. Pero en los coros era donde estaba superior, moviendo la cabeza, agitando los brazos como un molino de viento y cantando hasta que se quedaba sin aire. Jesse era un cantante como pocos.

»Pues veréis, yo no les interesaba demasiado a ellos, como no fuese a Liza Roantree, y me sobraba el tiempo, sentao en silencio, en las reuniones, en los ensayos del *orotorio* pa' oír lo que decían. Aunque al principio me pareció raro, me pareció más raro aún después, cuando me dediqué del tóo a eso y pude estudiar lo que quería decir.

»Después que se cantó el *orotorio*, Liza, que siempre había sido débil, se puso muy mala. Muchas veces yo hacía caminar al caballo del dotor Warbottom arriba y abajo mientras él estaba dentro, donde no me era permitido entrar, aunque yo me moría por verla.

»—Se pondrá bien dentro de nada, muchacho, dentro de nada —solía decirme—. Tienes que tener paciencia.

»Después me decían que si no hacía ruido podía entrar. El reverendo Amos Barraclough acostumbraba a leer pa' ella, que estaba en la cama apoyada en los almohadones. Entonces se mejoró un poco y me dejaron que la llevase hasta un sillón y, cuando vino el calor, volvió a estar bien, como antes. El predicador, yo y Blast estuvimos mucho tiempo juntos en aquellos días y, en cierto sentido, fuimos muy buenos compañeros. Pero más de una vez me hubiera gustao darle un puñetazo, y con ganas. Recuerdo que un día él dijo que le apetecía penetrar en las entrañas de la tierra y ver cómo había edificao el Señor los cimientos de las montañas eternas. Ese hombre era una de esas personas que tienen el don de decir bien las cosas. Se le caían de la punta de su lengua inteligente, como le pasa aquí a Mulvaney, que habría sido un predicador

estupendo si le hubiese dedicao un poco de interés. Le presté un traje de minero que casi enterraba al pobre hombre, y su cara blanca entre el cuello de la chaqueta y el ala del sombrero parecía la cara de un duende; se acurrucó en el fondo de una vagoneta; yo conducía el tren que por una pendiente llevaba hasta el pozo en que trabajaba la máquina, donde sacaban el mineral y lo cargaban en las vagonetas que bajaban por sí mismas: yo no tenía más que frenar y después poner los caballos al trote. Mientras duró la luz del día fuimos buenos amigos, pero cuando oscureció y en el agujero la luz del día parecía una lámpara en el estremo de la calle, me convertí en un malvao. Mi religión desaparecía cada vez que yo volvía a mirarle y recordaba que se interponía entre Liza y yo. Se decía que ellos iban a casarse en cuanto ella estuviese mejor y yo no había lograo que ella me dijese que sí o que no. Él empezó a cantar un himno con su voz aguda y yo le salí con un coro que era tóo tacos y juramentos contra mis caballos y entonces me di cuenta de cuánto le odiaba. El hombre era pequeñajo, yo le podía empujar con una mano por el agujero de Garstang Copper, un lugar en que el torrente se deslizaba por el borde de una roca y caía, con un suspiro, dentro de un pozo que ninguna cuerda de Greenhow había podido sondear.

Una vez más Learoyd arrancó unas inocentes violetas.

—¡Ah! Podría ver las entrañas de la tierra y ninguna otra cosa más. Podría llevarle una milla o dos por la galería y dejarle allí con su lámpara apagáa, pa' que cantase aleluya sin que nadie le oyera y le dijese amén. Iba a llevarle abajo, por una escalera, hasta la galería en que trabajaba Jesse Roantree, ¿y por que no podría resbalar en la escalera, a la vez que yo le pisaba los dedos hasta que se soltara y entonces le mandaba abajo con un golpe de mi talón? Si bajaba por la escalera delante de él, podría cogerle y tirarle por encima de mi cabeza pa' que se estrellara abajo, en el pozo, después de romperse los huesos en cada travesaño, como le pasó a Bill Appleton una vez que estaba borracho y no tenía ni un hueso sano cuando llegó al fondo. Ni siquiera una maldita pierna pa' irse de Pately. Ni un brazo pa' rodear la cintura de Liza Roantree. Nunca jamás…, nunca jamás.

Sus labios gruesos se encogieron sobre los dientes amarillos y esa cara enrojecida no resultaba grata para mirar. Mulvaney mostró su simpatía con la cabeza y Ortheris, estimulado por la pasión de su compañero, se llevó el fusil al hombro y buscó en la montaña su presa, mascullando procacidades acerca de un gorrión, un grifó y una granizada. Lá voz del río proporcionó la charla de fondo necesaria hasta que Learoyd prosiguió su relato.

—Pero no es tan fácil matar a un hombre como ése. Cuando entregué los caballos al muchacho que me reemplazaba y estaba enseñándole al predicador los lugares de trabajo, gritándole al oído entre el ruido de los motores, comprendí que él no tenía miedo a nada y cuando la luz de la lámpara me hizo ver sus ojos negros, sentí que me estaba dominando. Yo no era mejor que Blast, que, atado con una cadena corta, gruñía pa' sus adentros mientras un perro extraño pasaba sin correr peligro.

»«Eres un cobarde y un tonto», me dije; y en mi cabeza luché contra él hasta que, cuando llegamos al agujero de Garstang Copper, agarré al predicador y lo alcé por encima de mi cabeza y lo sostuve sobre la parte más negra. «Ahora, chico», le digo, «ha de ser uno de nosotros, tú o yo, por Liza Roantree. ¿Qué pasa? ¿No temes por tu vida?», le digo, porque estaba entre mis brazos como un saco. «No, temo por ti, mi pobrecito muchacho, que no sabes nada», me dice. Lo bajé y lo puse en el borde; el torrente corría más silencioso y ya no había zumbidos en mi cabeza, como cuando la abeja entró por la ventana de la casa de Jesse. «¿Qué quieres decir?», le digo.

»«Muchas veces he pensao que tú tenías que saberlo», me dice, «pero me resultaba difícil decírtelo». Liza Roantree no es pa' ninguno de los dos, ni pa' nadie de esta tierra. El dotor Warbottom dice, y él la conoce bien y también conoció a su madre, que ella está debilitándose y que ya no vivirá ni siquiera seis meses. Hace mucho que él lo sabe. ¡Tranquilo, John! ¡Tranquilo! —Y aquel hombrecillo débil me empujó hacia atrás, me sentó a su lado y me habló de tóo con tranquilidá y calma, mientras yo le daba vueltas a unas velas en la mano, contándolas una y otra vez a la vez que le escuchaba. Una buena parte de lo que decía era una prédica

normal, pero hubo una cantidá de palabras que me hicieron pensar que él era más hombre de lo que yo había pensao, hasta que me sentí tan dolido por él como por mí mismo.

»Seis velas teníamos y nos arrastramos y trepamos tóo ese día mientras nos duraron y yo me dije: «A Liza Roantree no le quedan ni seis meses de vida». Y cuando salimos otra vez a la luz del día, parecíamos hombres muertos y Blast nos siguió sin mover siquiera el rabo. Cuando volví a ver a Liza, ella me miró un minuto y dice: «¿Quién te lo ha dicho? Porque ya veo que lo sabes», y trató de sonreír mientras me daba un beso, y yo me derrumbé.

»Ya comprenderéis que yo era un jovencito en aquellos tiempos y no había visto nada de la vida, y menos aún de la muerte, que siempre nos está esperando. Ella me dijo que el dotor Warbottom decía que el aire de Greenhow era demasiao duro y que iba a irse a Bradford, a casa de David, el hermano de Jesse, que trabajaba en un molino, y que yo tenía que seguir siendo un hombre y un buen cristiano y que ella rezaría por mí. Pues bien, se marcharon y el predicador a fines de ese mismo año fue trasladao a otro distrito, como lo llaman ellos, y yo me quedé solo en Greenhow Hill.

»Procuré, y lo procuré con empeño, quedarme en la iglesia, pero nada era igual ya. No tenía la voz de Liza pa' seguirla cuando cantaba, ni sus ojos brillaban entre las cabezas. En las clases me decían que yo debía de tener alguna esperiencia que contar y yo no podía decir ni una palabra por mí mismo.

»Blast y yo estábamos bastante aplastaos y puede que no nos portáramos muy bien, porque nos dejaron de lao y hasta se preguntaban cómo había podido ser que nos hubiesen admitió en su círculo. No sé deciros cómo hicimos pa' pasar esa temporada, pero en invierno me despedí del trabajo y fui a Bradford. El viejo Jesse estaba a la puerta de la casa, en una calle larga de casas pequeñas. Había pedido a los niños que se apartaran de allí, porque estaban haciendo ruido con sus zuecos en la calzada y ella dormía.

»—¿Eres tú? —me dice—: No puedes verla. No la despertaría por un inútil como tú. Está desmejorándose con rapidez y tiene que morir en paz. Tú nunca valdrás pa' nada en el mundo y,

mientras vivas, jamás serás capaz de tocar el violín grande. ¡Vete, muchacho, vete! —y me cerró la puerta en las narices con suavidad.

»Jesse nunca fue mi amo, pero me pareció que llevaba razón y me fui al pueblo, en busca del sargento encargao de la leva. Las charlas de la gente de la iglesia volvieron a zumbarme en la cabeza. Yo quería marcharme y ése era el camino normal para las personas como yo. Me alisté sin más, acepté el chelín de la Viuda[3] y me pusieron un montón de galones en el sombrero.

»Pero al día siguiente me encontré otra vez en la puerta de David Roantree y Jesse sale a abrirme y me dice:

»—Has vuelto con los colores del demonio revoloteando alrededor…, tus verdaderos colores, como siempre te lo he dicho.

»Pero *yo* le rogué y supliqué que me dejase verla sólo pa' decirle adiós, hasta que una mujer avisó desde la escalera:

»—Ella dice que suba John Learoyd.

»El viejo se hace a un lao como un rayo y me pone la mano en el brazo, con mucha suavidá.

»—Pero no debes hacer ruido, John —me dice—, porque está muy caída y débil. Tú siempre has sido un buen chico.

»Sus ojos estaban vivos y llenos de luz, y tenía el pelo espeso desparramao sobre los almohadones, pero tenía las mejillas descarnás, tan descarnás que podían meterle miedo hasta a un hombre fuerte.

»—No, padre —dice—, no debes decir que son los colores del diablo. Esos galones son bonitos —y tendió las manos hacia el sombrero y los acomodó tóos, como lo hacen las mujeres—. Pues sí que son bonitos —dice—. Ah, me hubiese gustao verte con tu guerrera roja, John, porque tú siempre has sido mi chico…, mi verdadero chico, no hubo otro.

»Alzó sus brazos que se entrelazaron alrededor de mi cuello en un abrazo suave, pa' aflojarse de inmediato, y ella pareció que se desmayaba.

»—Ahora debes irte, muchacho —dice Jesse y yo cogí mi sombrero y bajé.

»El sargento que hacía la leva me esperaba en la esquina de la taberna.

»—¿Ya has visto a tu novia? —me dice.

»—Sí, ya la he visto —le digo.

»—Bien, ahora tomaremos una copa y tú harás tóo lo que puedas pa' olvidarla —me dice, porque era uno de esos tíos listos y dispuestos.

»—¡Ay, sargento! —le digo—. ¡Olvidarla! —y desde entonces estoy olvidándola.

Tiró el ramo marchito de violetas blancas mientras hablaba. Ortheris, de pronto, se irguió sobre sus rodillas, con el fusil al hombro, y escrutó la parte opuesta del valle, bajo la luz clara de la tarde. Su mentón se adhirió a la culata y hubo un estremecimiento en los músculos de su mejilla derecha mientras apuntaba; el soldado raso Stanley Ortheris se ocupaba de sus asuntos. Una mancha blanca se arrastró aguas arriba por el torrente.

—¿Veis a ese tipo?… Le he dao.

A setecientas yardas, y a doscientas ladera abajo, el desertor de los aurangabadi se echó hacia delante, hizo caer una piedra roja y permaneció inmóvil, con la cara en medio de una mata de gencianas azules, en tanto que un gran cuervo volaba desde el pinar para hacer su investigación.

—Ese ha sido un buen disparo, chiquirritín —dijo Mulvaney.

Learoyd, pensativo, observó cómo se disipaba el humo.

—Quizá hubiese una chica en la vida de él también —dijo.

Ortheris no contestó. Estaba mirando hacia el otro lado del valle, con la sonrisa de un artista que contempla su obra acabada.

EL HOMBRE QUE F UE

Sumida en sombra la Tierra,
se sentó a nuestra mesa.
Lo que vino a decir dijo
y partió, tras encender,
en los corazones, fuego.
Lleva cuenta en la culata,
marca en ella la venganza,
así Dios el ajuste haga
por los muertos camaradas.
Balada

QUE quede claro que el ruso es una persona encantadora hasta que se mete la camisa dentro del pantalón. Como oriental, es encantador. Sólo cuando se empeña en ser tratado como el más oriental de los pueblos occidentales, en lugar de serlo como el más occidental de los orientales, se convierte en una anomalía racial muy difícil de manejar. El huésped nunca sabe qué rasgo de su naturaleza se mostrará de inmediato.

Dirkovitch era un ruso —un ruso entre los rusos— que al parecer se ganaba el pan sirviendo al zar como oficial de un regimiento de cosacos, y como corresponsal de un periódico ruso cuyo nombre jamás fue dos veces el mismo. Era un oriental guapo y joven, aficionado a vagar por comarcas no exploradas de la tierra, y llegó a India desde ningún sitio en particular. Al menos no había hombre viviente que pudiese afirmar si había arribado desde Balkh, Badakshan, Chitral, Beluchistán o Nepal, o desde algún otro punto. El Gobierno de India, que se hallaba en una disposición de afabilidad poco usual, dio órdenes de que se le dispensara un trato cortés y se le mostrara todo lo que había que ver. De modo que anduvo a la deriva, hablando mal inglés y peor francés, de una ciudad a otra, hasta que se encontró con los Húsares Blancos de Su Majestad en la ciudad de Peshawar, que se yergue en ese desfiladero estrecho que los hombres llaman el paso de

Khyber. Sin duda era un oficial y había sido condecorado, según la costumbre de los rusos, con pequeñas cruces esmaltadas, gustaba de hablar y (aunque eso no se relaciona para nada con sus méritos) había sido abandonado como empresa —o barril— insondable por el esfuerzo de los Black Tyrone, que de uno en uno o en forma colectiva, con whisky caliente y miel, con ponche de coñac y mezclas de licores de toda clase, habían pugnado dentro de la máxima hospitalidad para emborracharlo. Y cuando los Black Tyrone, que son exclusivamente irlandeses, fallan en su intento de perturbar la paz mental de un extranjero, ese extranjero es, por cierto, un hombre superior.

Los Húsares Blancos eran tan concienzudos para elegir su vino como para cargar contra el enemigo. Todo lo que tenían, incluido cierto coñac extraordinario, fue puesto a la disposición absoluta de Dirkovitch y él disfrutó enormemente: incluso más que entre los Black Tyrone.

Pero en todo momento el ruso siguió conservando su penoso carácter de europeo. Los Húsares Blancos eran «mis queridos amigos verdaderos», «gloriosos compañeros de armas» e «inseparables hermanos». Se pasaba horas parloteando sobre el futuro glorioso que esperaba a los ejércitos aliados de Inglaterra y Rusia cuando sus corazones y sus patrias se uniesen y comenzase la gran misión de civilizar Asia. Aquello era poco convincente, porque Asia no ha de ser civilizada de acuerdo con los métodos de Occidente. Hay mucha Asia y es muy antigua. No puedes reformar a, una dama de muchos amantes, y Asia ha sido una enamorada insaciable en tiempos idos: nunca asistirá a la escuela dominical ni aprenderá a votar, como no sea con espadas en lugar de papeletas.

Dirkovitch sabía esto tan bien como cualquier otro, pero le sentaba hablar como un enviado especial y mostrarse lo más genial que podía. De cuando en cuando ofrecía una pequeña, muy pequeña, información acerca de su centuria de cosacos, al parecer abandonada a sus propias fuerzas en algún punto de la retaguardia del más allá. Ese hombre se había ocupado de faenas rudas en Asia Central, y había visto bastantes más batallas cuerpo a cuerpo que la mayoría de sus coetáneos. Pero tenía el cuidado de no presumir nunca de su superioridad, y en

toda ocasión ponía más cuidado aún en encomiar el buen porte, el entrenamiento, el uniforme y la organización de los Húsares Blancos de Su Majestad. Y sin duda era un regimiento digno de admiración. Cuando lady Durgan, viuda del difunto sir John Durgan, llegó a la guarnición, y cuando al cabo de corto tiempo recibió propuestas de matrimonio de todos y cada uno de los hombres de servicio, expuso con gran limpieza el sentimiento público, al explicar que todos eran tan galantes que, a menos que pudiese con traer matrimonio con todos, incluidos el coronel y algunos mayores ya casados, no pensaba contentarse con un único húsar. Por todo ello, la boda fue con un hombrecillo de un regimiento de fusileros, ya que la dama era contradictoria por naturaleza; los Húsares Blancos estaban dispuestos a llevar crespones de luto en sus mangas, pero transigieron en asistir a la boda en pleno y formados a lo largo del pasillo, a modo de reproche indecible. Ella les había dado calabazas a todos, desde el capitán Basset-Holmer, el más viejo del regimiento, hasta el pequeño Mildred, el subalterno más joven, que le hubiese significado cuatro mil por año y un título.

Los únicos que no compartían la consideración general hacia los Húsares Blancos eran unos pocos miles de caballeros de extracción judía que vivían al otro lado de la frontera, y respondían a la denominación de patanes. Cierta vez se habían encontrado de forma oficial con el regimiento y durante algo menos de veinte minutos, pero la entrevista, que se vio complicada con muchas bajas, los había dejado llenos de prejuicios. Hasta habían llamado a los Húsares Blancos engendros del diablo e hijos de personas que sería perfectamente imposible frecuentar en cualquier sociedad decente. A pesar de eso, no habían logrado que su aversión les impidiese llenar los bolsillos. El regimiento contaba con unas carabinas, magníficas carabinas Martini-Henri, capaces de disparar un proyectil hasta un campamento enemigo situado a mil yardas y más manejables que un fusil largo. Por tanto, eran armas codiciadas en toda la frontera y, dado que la demanda inevitablemente alimenta la oferta, eran mercadas, aun a riesgo de perder la integridad y hasta la vida, por su peso exacto en plata acuñada: siete libras y media de rupias al peso, o dieciséis libras esterlinas, cambiando la rupia al par. Las

carabinas eran robadas por la noche por ladrones de cabelleras rizadas, que se arrastraban sobre sus vientres bajo las narices de los centinelas; se desvanecían de modo misterioso de los armeros cerrados con llave y en las épocas de calor, cuando todas las puertas y ventanas del cuartel estaban abiertas, esas armas desaparecían como bocanadas de su propio humo. La gente de la frontera las quería para sus venganzas y eventualidades familiares. Pero cuando mayores resultaron los robos fue en las largas noches frías del invierno de India septentrional. El tráfico del asesinato estaba más activo en las montañas durante esa estación y los precios subían. Las guardias del regimiento fueron duplicadas en principio y más tarde triplicadas. Al soldado de caballería poco le importa perder un arma —el Gobierno debe hacerse cargo—, pero le sienta muy mal perder el sueño. El regimiento se fue poniendo muy airado, y uno de los ladrones de armas lleva en su persona, hasta hoy, las señales visibles de esa ira. El incidente detuvo los robos por un tiempo, las guardias fueron reducidas en consecuencia y el regimiento se entregó a la práctica del polo con resultados imprevistos, porque ganó por dos tantos a uno a ese terrible equipo de polo que era el Lushkar Light Horse que, sin embargo, poseía cuatro caballos por cada jugador para un encuentro de una hora corta, además de un oficial nativo que jugaba, como una llama radiante, en todo el campo.

Se organizó una cena para celebrar el acontecimiento. El equipo de Lushkar asistió y también Dirkovitch que, con el uniforme de gala completo de oficial cosaco, tan amplio como un traje de noche, fue presentado a los Lushkar, a quienes miró y admiró. Eran hombres más ligeros que los húsares y se movían con ese ritmo que es la condición peculiar de la Fuerza Fronteriza del Punjab y de los cuerpos irregulares de caballería. Como todo en la vida militar, eso ha de ser aprendido pero, a diferencia de muchas cosas, nunca se olvida y perdura en el cuerpo hasta la muerte.

El gran comedor de los Húsares Blancos, con su techo de vigas de madera, era algo digno del recuerdo. Toda la vajilla estaba dispuesta sobre la larga mesa —la misma mesa que había sostenido los cuerpos de cinco oficiales después de una

batalla olvidada mucho, mucho tiempo atrás—, las banderas sucias y desgarradas estaban en la pared opuesta a la puerta de entrada, muchos ramos de rosas de invierno lucían entre los candelabros de plata y los retratos de prominentes oficiales difuntos observaban a sus sucesores desde sus puestos entre las cabezas de un *sambhur*, un *nilghai*, un *markhor* y del orgullo del comedor: los dos sonrientes leopardos de las nieves que habían costado a Basset-Holmer un permiso de cuatro meses, que él hubiera podido pasar en Inglaterra, en lugar de hacerlo de camino al Tibet, arriesgando su vida, cada día, en barrancos, aludes de nieve y laderas cubiertas de hierba.

Los sirvientes, con sus ropas inmaculadas de muselina blanca y los penachos de sus regimientos en el centro de sus turbantes, aguardaban a espaldas de sus amos, que lucían galas de escarlata y oro, los Húsares Blancos; de marfil y plata, los Lushkar Light Horse.

El uniforme verde opaco de Dirkovitch era la única mancha oscura en la mesa, pero sus grandes ojos de ónice lucían como una compensación. El ruso fraternizaba, efusivo, con el capitán del equipo Lushkar, quien se preguntaba de cuántos cosacos de Dirkovitch podrían dar cuenta, en un combate de igual a igual, sus paisanos morenos y delgados, aunque fuertes. Pero no se habla de esas cosas en público.

La conversación subía y subía de tono y la banda del regimiento tocaba entre un plato y otro, como es costumbre inmemorial, hasta que todas las lenguas, callaron un momento cuando se levantaron los manteles y se oyó el primer brindis obligado, cuando un oficial se puso de pie y dijo: «Por el señor vicegobernador, por la Reina», y el pequeño Mildred, desde un extremo de la mesa respondió: «Por la Reina, a quien Dios bendiga», y resonaron las grandes espuelas cuando esos hombres grandes se pusieron de pie para beber por la Reina, con cuya paga, se suponía sin motivo, obtenían lo necesario para atender sus gastos de supervivencia. El sacramento del rancho nunca pierde lozanía y nunca deja de poner un nudo en la garganta del que lo oye, esté en la mar o en tierra. Dirkovitch se puso de pie con sus «gloriosos hermanos», pero no comprendió. Nadie que no sea un oficial puede decir lo que significa el brindis, y la mayoría tiene más sentimiento que

comprensión. Tras el breve silencio que sigue a esa ceremonia, entró el oficial nativo que había jugado para el equipo Lushkar. No podía, por supuesto, comer con los demás, pero se hizo presente a los postres, con sus seis pies de talla, con su turbante azul y plata en la cabeza y con sus grandes, negras botas en los pies. La concurrencia se puso de pie, gozosa, en el momento en que él tendía el pomo de su sable en prenda de fidelidad para que el coronel de los Húsares Blancos lo tocase; el hombre se sentó en una silla vacía entre gritos de «¡*Rung ho*, Hira Singh!» (cuya traducción es: «adelante, gana»). «¿Te he hecho daño en la rodilla, amigo?». «Sahib Ressaidar, ¿qué diablos te hizo jugar con ese cerdo pateador parecido a un poni en los últimos diez minutos?». «¡*Shabash*, sahib Ressaidar!». Entonces se oyó la voz del coronel: «¡A la salud de Ressaidar Hira Singh!».

Después que das voces se hubieron disipado, Hira Singh se puso en pie para responder, porque era el menor de una casa real, el hijo del hijo de un rey, y sabía lo que era debido en tales ocasiones. Así habló en su lengua nativa:

—Sahib coronel y oficiales de este regimiento: mucho es el honor que me habéis dispensado. Recordaré esto. Hemos bajado desde muy lejos a jugar con vosotros. Pero hemos sido vencidos —(«No ha sido culpa tuya, sahib Ressaidar. Jugamos en nuestro propio campo, ya lo sabes. Vuestros ponis estaban cansados por el viaje en tren. ¡No te disculpes!»)—. Por tanto quizá regresemos si así nos lo ordenan —(«¡Bien! ¡Bien! ¡Bien, eso es! ¡Bravo! ¡Chist!»)—. Entonces volveremos a jugar —(«Me alegro de haberte conocido»)—, hasta que no queden pies sobre nuestros ponis. Esto en cuanto al deporte —dejó caer la mano sobre el puño de la espada y su mirada vagó hasta Dirkovitch, que se había echado atrás en su silla—. Pero si por voluntad de Dios se suscitara algún otro juego que no fuese el del polo, entonces tened por seguro, sahib coronel y oficiales, que lo jugaremos hombro con hombro aunque *ellos* —otra vez su mirada buscó a Dirkovitch—, aunque *ellos*, decía, tengan cincuenta ponis frente a un único caballo nuestro —y con un profundo *¡Rung ho!* que resonó como un golpe de culata sobre las losas del suelo, tomó asiento entre vasos que se alzaban.

Dirkovitch, que se había dedicado con calma al coñac —ese terrible coñac antes mencionado—, no comprendió, ni la traducción expurgada que se le ofreció podía darle a conocer el tema. Sin duda el de Hira Singh fué el discurso de la noche y la algarabía hubiese podido continuar hasta el amanecer de no haber sido quebrantada por el ruido de un disparo que sonó fuera y que hizo que todos los hombres tocaran su indefenso costado izquierdo. Después se oyó un forcejeo y un grito de dolor.

—¡Otro robo de carabinas! —dijo el ayudante, mientras se hundía de nuevo en su silla—. Esto es lo que se saca de reducir las guardias. Espero que los centinelas le hayan matado.

Pasos de hombres armados resonaron sobre las losas de la galería: parecía que arrastraban algo.

—¿Por qué no le meten en el calabozo hasta la mañana? —dijo el coronel irritado—. Averigüe si le han hecho daño, sargento.

El sargento de intendencia se precipitó hacia las sombras y regresó con dos soldados y un cabo, todos ellos muy perplejos.

—Sorprendimos a un hombre robando carabinas, señor —dijo el cabo—. Al menos se arrastraba hacia las barracas, señor; ya había sorteado a los centinelas del camino principal y el centinela dice, señor…

El vacilante montón de harapos sostenido por los tres hombres gimió. Nunca se había visto un afgano tan menesteroso y mezquino. Iba sin turbante, sin calzado, cubierto de suciedad y medio muerto por el maltrato. Hira Singh tuvo un leve sobresalto al oír aquellos sonidos de dolor del hombre. Dirkovitch tomó otra copa de coñac.

—*¿Qué* dice el centinela? —dijo el coronel.

—Dice que éste habla inglés, señor —dijo el cabo.

—¡Y por eso le habéis traído al comedor en lugar de entregárselo al sargento! Así hablara todas las lenguas pentecostales no tendría por qué…

Una vez más el manojo de harapos gimió y murmuró. El pequeño Mildred se había levantado de su sitio para inspeccionar; de pronto dio un salto atrás como si le hubiesen disparado.

—Quizá lo mejor sería despedir a estos hombres, señor —dijo al coronel, porque era un subalterno que gozaba de muchos privilegios. Mientras hablaba había puesto sus brazos en tomo al horror cubierto de andrajos y lo dejaba caer sobre una silla. Puede que no se haya explicado que la pequeñez de Mildred consistía en que su complexión estaba acorde con su talla de seis pies y cuatro pulgadas. El cabo, al ver que un oficial se mostraba dispuesto a velar por el prisionero y que la mirada del coronel echaba chispas, no demoró en marcharse con sus hombres. Los comensales habían quedado a solas con el ladrón de carabinas, quien dejó caer su frente sobre la mesa y se echó a llorar con amargura, sin esperanza ni consuelo, tal como lloran los niños pequeños.

Hira Singh se puso en pie de un salto.

—Sahib coronel —dijo—, este hombre no es afgano, porque ésos lloran *¡Ai! ¡Ai!* Tampoco es indostano, porque ésos lloran *¡Oh! ¡Ho!* Este llora como los blancos, que dicen *¡OH! ¡OH!*

—¿Cómo diablos sabes tú eso, Hira Singh? —dijo el capitán del equipo Lushkar.

—¡Oídle! —dijo Hira Singh simplemente, señalando la figura encogida que lloraba como si jamás fuese a dejar de hacerlo.

—Ha dicho «¡Dios mío!» —dijo el pequeño Mildred—. Yo lo he oído.

El coronel y los presentes miraron al hombre en silencio. Es algo horrible oír llorar a un hombre. Una mujer puede sollozar apoyando la emisión de aire en el velo del paladar, o en los labios, o en cualquier otro punto, pero un hombre tiene que llorar apoyando en el diafragma, y eso le hace pedazos.

—¡Pobre diablo! —dijo el coronel, tosiendo con fuerza—. Tendríamos que enviarle al hospital. Le han maltratado.

Pero he aquí que el ayudante amaba a sus carabinas. Eran para él como sus nietos, en tanto que sus hombres ocupaban el

primer puesto. Gruñó, pues, con rebeldía:

—Puedo comprender que un afgano robe, porque está hecho para eso. Pero no puedo comprender que llore. Eso empeora el asunto.

El coñac tenía que haber afectado a Dirkovitch, porque estaba echado hacia atrás en su silla, con la mirada fija en el cielo raso. No había nada especial en el cielo raso, excepto una sombra en forma de gran ataúd negro. Por alguna peculiaridad de la construcción del comedor, esa sombra aparecía siempre que se encendían las velas. Jamás había perturbado la digestión de los Húsares Blancos. En realidad, estaban bastante orgullosos de ella.

—¿Irá a llorar toda la noche? —dijo el coronel—. ¿O se supone que nos quedaremos junto al huésped de Mildred hasta que se encuentre mejor?

El hombre de la silla echó atrás su cabeza y miró a los circunstantes.

—¡Oh, Dios mío! —dijo y todos los que estaban en torno a la mesa se pusieron de pie. Entonces el capitán de los Lushkar llevó a cabo una proeza por la que tendrían que haberle concedido la Cruz de Victoria: fue un distinguido vencedor en la pugna contra una curiosidad abrumadora. Reunió a su equipo con una mirada, tal como una anfitriona reúne a las damas en el momento oportuno, y deteniéndose apenas junto a la silla del coronel para decirle:

—Esto no es asunto *nuestro*, señor —se llevó a los suyos hacia la galería y los jardines. Hira Singh fue el último en marcharse y miró a Dirkovitch. Pero Dirkovitch se había transladado a su propio paraíso del coñac. Sus labios se movían en silencio y él analizaba el ataúd del cielo raso.

—Blanco, íntegramente blanco —dijo Basset-Holmer, el ayudante—. ¡Qué renegado fatal tiene que ser! ¿De dónde habrá salido?

El coronel sacudió con suavidad el brazo del hombre y preguntó:

—¿Quién es usted?

No hubo respuesta. El hombre observó el comedor y sonrió en la cara del coronel. El pequeño Mildred, que siempre se portaba más como mujer que como hombre, hasta oír la marcha *Boot and saddle*, repitió la pregunta con un tono que hubiese arrancado confidencias a un géiser. El hombre sólo sonrió. Dirkovitch, al otro extremo de la mesa, se deslizó sin ruido de la silla al suelo. Ningún hijo de Adán en este actual mundo imperfecto puede mezclar el champán de los Húsares con el coñac de los Húsares en proporción de cinco y ocho copas de cada uno sin recordar el abismo que ha cavado y sin bajar a él. La banda empezó a tocar una melodía con la que los Húsares Blancos, desde la fecha de su formación, habían terminado todas sus reuniones. Podían llegar a ver disuelto su cuerpo antes que abandonar aquella pieza: es una parte de su sistema. El hombre se enderezó en su silla y tamborileó sobre la mesa con sus dedos.

—No veo motivos para que debamos entretener a los lunáticos —dijo el coronel—. Llame a un guardia y que le lleven al calabozo. Mañana atenderemos este asunto. Pero antes dele una copa de vino.

El pequeño Mildred llenó una copa de jerez con coñac y se la tendió al hombre, que bebió mientras la música crecía en fuerza; él, a su vez, se enderezó más aún. Entonces tendió sus manos, que casi parecían garras, hacia una pieza de la vajilla que tenía delante y la palpó con amor. Esa pieza escondía un secreto, bajo la forma de un resorte que convertía aquel candelero de siete brazos, tres a cada lado de uno central, en una especie de candelabro en forma de rueda con sus rayos. El hombre encontró el resorte, lo accionó y dejó oír una risa débil. Se levantó de su silla y observó un cuadro colgado de la pared, después se dirigió a otro cuadro, mientras los presentes le miraban sin decir palabra. Al llegar a la chimenea, sacudió la cabeza y pareció angustiado. Una pieza de la vajilla que representaba a un húsar montado y con su uniforme de gala captó su mirada. La señaló y después señaló la chimenea, con una interrogación en los ojos.

—¿Qué sucede? ¡Oh! ¿Qué sucede? —dijo el pequeño Mildred. Después, tal como una madre hablaría a un niño—: es un caballo. Sí, un caballo.

Muy lenta, llegó la respuesta, en un tono espeso, desapasionado y gutural:

—Sí, ya… lo he visto. Pero… ¿dónde está *el* caballo?

Se podía oír el latido de los corazones de los circunstantes mientras los hombres se apartaban para dejar paso al extraño en sus movimientos. Ya no se pensaba en llamar a la guardia.

Otra vez habló el hombre, muy lentamente:

—¿Dónde está *nuestro* caballo?

No existe más que un único caballo en el regimiento de los Húsares Blancos y su retrato está colgado fuera, junto a la puerta del comedor. Es el caballo picazo del tambor, el rey de la banda del regimiento, que sirvió al cuerpo durante treinta y siete años y por fin fue sacrificado porque era viejo. La mitad de los oficiales fue a quitar el cuadro de su lugar para ponerlo en las manos del hombre. Él lo colocó sobre la chimenea, golpeándolo en el borde al ir a apoyarlo encima con sus manos temblonas, y retrocedió hasta la mesa para dejarse caer en la silla de Mildred. Entonces todos los hombres se dijeron cosas como: «El caballo del tambor no estaba colgado sobre la chimenea desde el 67». «¿Cómo lo sabe?». «Mildred, háblale otra vez». «¿Qué piensa hacer, coronel?». «Oh, callad y dadle al pobre diablo un poco de tiempo para que se tranquilice». «Eso no es posible. El hombre está loco».

El pequeño Mildred se acercó al coronel y le habló ál oído.

—¡Tengan la bondad de tomar asiento, por favor, caballeros! —dijo, y todos se sentaron; sólo el asiento de Dirkovitch, junto al del pequeño Mildred, estaba vacío, y el mismo pequeño Mildred se había sentado en el lugar de Hira Singh. El sargento de intendencia, atónito, llenó las copas en medio de un silencio de muerte. Una vez más el coronel se puso de pie, pero le temblaba la mano y el oporto se derramó sobre la mesa, mientras él miraba de frente al hombre sentado en la silla del pequeño Mildred y decía, con voz ronca:

—Por el señor vicegobernador, por la Reina.

Hubo una pausa breve, pero el hombre saltó en pie y respondió sin vacilar:

—¡Por la Reina, a quien Dios bendiga! —y tras vaciarla partió el fuste de la fina copa entre sus dedos.

Mucho, mucho tiempo atrás, cuando la Emperatriz de la India era una mujer joven y no existían ideales poco limpios en el país, en algunos cuerpos se impuso la costumbre de brindar por la Reina en copas rotas, para gran contento de los abastecedores de cristalería. Hoy la costumbre ha muerto porque no hay nada por lo que pueda romperse nada, como no sea, una que otra vez, la palabra de algún Gobierno, y ésa ya ha sido rota.

—Esto lo explica —dijo el coronel, perplejo—. No es un sargento. ¿Qué demonios es?

Toda la reunión se hizo eco de la frase y la salva de preguntas hubiese asustado a cualquiera. No resultaba extraño que el intruso harapiento y sucio sólo fuese capaz de sonreír y menear la cabeza.

De debajo de la mesa, tranquilo y sonriente, apareció Dirkovitch, que había sido despertado de su sopor reconstituyente por los pies que chocaban con su cuerpo. Se incorporó junto a aquel hombre que cayó al suelo aullando. Era horrible ver que aquella escena se producía inmediatamente después de la de orgullo y gloria del brindis, que había devuelto la lucidez al hombre.

Dirkovitch no hizo ningún ademán de levantarlo, pero el pequeño Mildred lo puso en pie al instante. No está bien que un caballero que puede responder a un brindis por la Reina esté a los pies de un suboficial de cosacos.

El gesto precipitado desgarró la parte superior de los harapos de aquella ruina casi hasta su cintura y se vio su cuerpo sembrado de cicatrices secas y negras. Una sola arma en el mundo, que no es ni la vara ni el látigo, puede hacer cortes en líneas paralelas. Dirkovitch vio las marcas y sus pupilas se dilataron. También cambió su rostro. Dijo algo que sonaba parecido a *Shto ve takete* y el hombre, con tono servil, respondió: *Chetyre*.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron todos a la vez.

—Su número. Es el número cuatro, ya sabéis —Dirkovitch hablaba con voz apagada.

—¿Qué tiene que ver un oficial de la Reina con tan ilustre número? —dijo el coronel y un gruñido inquietante recorrió la mesa.

—¿Cómo podría yo saberlo? —dijo el afable oriental con una sonrisa dulce—. Él es un…, ¿cómo se dice?, un evadido…, un fugitivo de allá —señaló con la cabeza hacia las sombras de la noche.

—Háblele si le responde, háblele con gentileza —dijo el pequeño Mildred, ayudando al hombre a sentarse en una silla.

A todos pareció muy inconveniente que Dirkovitch tomase sus sorbos de coñac mientras hablaba en un ronroneo y chisporroteo ruso al pobre hombre que respondía apenas y con evidente temor. Pero en vista de que Dirkovitch parecía comprender, nadie dijo una palabra. Todos tenían la respiración entrecortada y se inclinaban hacia delante durante las pausas prolongadas de la conversación. En la próxima oportunidad en que estuviesen Ubres de deberes inminentes, los Húsares Blancos se hacían el propósito de ir todos juntos a San Petersburgo para estudiar ruso.

—No sabe cuántos años hace —dijo Dirkovitch a los presentes —, pero asegura que fue hace mucho tiempo, durante una guerra. Creo que hubo un accidente. Dice que pertenecía a este glorioso e ilustre regimiento en esa guerra.

—¡Las listas! ¡Las listas! ¡Holmer, trae las listas! —dijo el pequeño Mildred y el ayudante se precipitó, con la cabeza descubierta, hacia la oficina en que se guardaban las listas de revista del regimiento. Volvió a tiempo para oír que Dirkovitch concluía:

—Por lo tanto, mis queridos amigos, siento muchísimo tener que decir que se produjo un accidente que hubiera tenido remedio si él se hubiese disculpado ante nuestro coronel, al que había insultado.

Entonces se oyó otro gruñido que el coronel procuró acallar. Los hombres no estaban de humor, en ese instante, para

sopesar insultos a coroneles rusos.

—No recuerda, pero creo que hubo un accidente y por eso no entró en el intercambio de prisioneros, sino que fue enviado a otro lugar, ¿cómo se dice…?,

al campo. *De modo que*, dice, vino aquí. No sabe cómo vino aquí. ¿Eh? Estuvo en Chepany —el hombre entendió la palabra, asintió y se echó a temblar—, en Zhigansk, en Irkutsk. No puedo comprender cómo escapó. También dice que estuvo en los bosques durante muchos años, pero ha olvidado cuántos… Eso y muchas cosas más. Hubo un accidente, debido a que no le pidió disculpas a nuestro coronel. ¡Ah!

En lugar de hacerse eco del suspiro de pesadumbre de Dirkovitch, es triste dejar constancia de que los Húsares Blancos exhibieron con vivacidad un deleite no cristiano y otras emociones, apenas refrenados por su sentido de la hospitalidad. Holmer arrojó sobre la mesa las arrugadas y amarillentas listas de revista del regimiento y los hombres se arrojaron a su vez sobre ellas.

—¡Calma! Cincuenta y seis, cincuenta y cinco, cincuenta y cuatro —decía Holmer—. Aquí está: «Teniente Austin Limmason. *Desaparecido*». Eso fue antes de Sebastopol. ¡Qué vergüenza infernal! Insultó a uno de sus coroneles y fue embarcado en secreto. Treinta años de su vida borrados.

—Pero jamás pidió disculpas. Dijo que prefería condenarse —corearon los oficiales.

—¡Pobre chico! Supongo que después no tuvo ocasión. ¿Cómo ha venido a dar aquí? —preguntó el coronel.

El montón de harapos sucios de la silla no dio ninguna respuesta.

—¿Sabe quién es usted?

Aquella cosa dejó oír una risa débil.

—¿Sabe que usted es Limmason, el teniente Limmason de los Húsares Blancos?

Rápida como un disparo llegó la respuesta, en un tono de ligera sorpresa:

—Sí, soy Limmason, por supuesto.

La luz se apagó en sus ojos y el hombre se desmoronó, a la vez que observaba con terror cada movimiento de Dirkovitch. Una huida desde Siberia puede fijar unos pocos hechos elementales, pero al parecer no lleva a la continuidad del pensamiento. El hombre no podía explicar de qué modo, como una paloma mensajera, había hallado el camino hasta su antiguo regimiento. De lo que había sufrido o visto no sabía nada. Se encogía ante Dirkovitch tan instintivamente como había oprimido el resorte del candelero, buscado el cuadro del caballo del tambor y respondido al brindis por la Reina. El resto era un vacío que sólo en parte la temida lengua rusa podía llenar. Con la cabeza caída sobre el pecho, de pronto soltaba una risita y de pronto se agazapaba.

El demonio que vivía en el coñac indujo a Dirkovitch, en ese momento tan inoportuno, a soltar un discurso. Se puso de pie, tambaleándose un tanto, se cogió al borde de la mesa mientras sus ojos brillaban como ópalos y empezó:

—Gloriosos camaradas soldados, verdaderos y hospitalarios amigos: se trató de un accidente, y deplorable…, muy deplorable —en ese punto sonrió con dulzura a todos—. Pero vosotros pensaréis en esta pequeña, pequeñísima cosa. ¿Sería tan pequeña? ¡El Zar! ¡Puf! Hago abofetear…, hago castañetear mis dedos por él. ¿Creo en él? ¡No! Pero en los eslavos que nada hemos hecho, en *ésos* sí que creo. Setenta…, ay, cuántos…, millones de personas que nada han hecho, ni una sola cosa. ¡Puf! Napoleón fue un episodio —golpeó la mesa con su mano—. Escuchad, pueblos antiguos, nosotros no hemos hecho nada en el mundo…, hasta aquí. Toda nuestra obra está por hacer y será hecha, pueblos antiguos. ¡Apartaos! —agitó la mano con gesto imperioso y señaló al hombre—. Ya lo veis. No es agradable de ver. Fue sólo un pequeño, ¡ay, muy pequeño!, accidente que nadie recordó. ¡Ahora es *eso*! Otro tanto seréis vosotros, soldados hermanos y valientes, otro tanto seréis vosotros. Pero vosotros jamás regresaréis. Todos vosotros iréis adonde él ha ido o —señaló la sombra en forma

de ataúd del cielo raso y murmuró—: setenta millones… Apartaos, vosotros, pueblos antiguos —antes de caer dormido.

—Encantador y directo —dijo el pequeño Mildred—. ¿Qué sentido tiene enfadarse? Vamos a poner cómodo a este pobre diablo.

Pero eso fue algo que de pronto y con prisa se fue de las manos amistosas de los Húsares Blancos. El teniente había vuelto sólo para marcharse al cabo de tres días, cuando el lamento de la marcha fúnebre y el desfilar de los escuadrones comunicaron a la guarnición intrigada —que no advirtió ningún puesto vacío en la mesa— que un oficial del regimiento había renunciado a su recién recuperado rango.

Y Dirkovitch, imperturbable, obsequioso y siempre jovial, también se marchó en el tren nocturno. El pequeño Mildred y otro hombre le acompañaron, porque era un huésped de la compañía y aun en el caso de que se hubiese atrevido a pegar al coronel con la mano abierta, la ley del regimiento no permitía ninguna fisura en la hospitalidad.

—Adiós, Dirkovitch, buen viaje —dijo el pequeño Mildred.

—*Au revoir* —dijo el ruso.

—¡Vaya! Creíamos que te ibas a tu tierra.

—Sí, pero volveré. Mis queridos amigos, ¿está cerrada esa carretera? —apuntó hacia donde brillaba la estrella polar sobre el paso de Khyber.

—¡Por Júpiter! Lo había olvidado. Por supuesto. Encantado de haberte conocido, amigo, vuelve cuando gustes. ¿Llevas todo lo necesario? ¿Puros, hielo, sábanas y mantas? Estupendo. Bien, *au revoir*, Dirkovitch.

—Vaya —dijo el otro hombre cuando las luces de cola del tren se empequeñecieron—. ¡De todos los perfectos…!

El pequeño Mildred no contestó, pero se puso a mirar la estrella polar mientras tarareaba una canción de un espectáculo musical que habían visto en Simia y que había encantado a los Húsares Blancos. La letra decía:

Señor Barbazul, le pido perdón,

siento causarle tamaño dolor.
Pero yo le aseguro que a su vuelta
tendrá montada una tremenda juerga.

EL CABEZA DE DI STRITO

Hay un condenado más
dentro, en la cárcel central,
detrás del muro de adobe;
y en la zona de frontera
el ladrón es uno menos:
y así la paz de la Reina,
mis muy queridos amigos,
sobre las cosas impera,
y así la paz de la Reina
sobre las cosas impera.
Sobrellevamos la culpa
y la vergüenza del jefe,
pues quitamos nuestra mano
de la tierra sometida
y así la paz de la Reina,
mis muy queridos amigos,
sobre las cosas impera.
El mandato de Shindand

I

EL Indo había crecido sin previo aviso. La noche anterior era un bajo que se podía vadear; a la siguiente, cinco millas de agua turbia y airada separaban una orilla firme de otra que se deshacía, y el río seguía creciendo bajo la luna. Lina litera llevada por seis hombres barbudos, todos poco habituados a esa faena, se detuvo sobre la arena blanca que dibujaba una planicie más blanca aún.

—Es la voluntad de Dios —dijeron—. No nos atreveríamos a cruzar esta noche ni siquiera en una barca. Encendamos el fuego y preparemos la comida. Somos hombres cansados.

Miraron hacia la litera, inquisitivos. Dentro, yacía el delegado del gobierno del distrito de Kot-Kumharsen, moribundo de fiebre. Le habían llevado a campo traviesa seis guerreros de un clan fronterizo, que él se había ganado por el camino de una rectitud moderada, cuando se desmoronó al pie de aquellas montañas poco hospitalarias. Y Tallantire, su asistente, cabalgaba con ellos, con el corazón tan pesado como pesados estaban sus ojos por la pena y la falta de sueño. Había servido al enfermo durante tres años y había aprendido a amarle como aprenden a amar —o a odiar— los hombres unidos en la maraña de las tareas duras. Desmontó para separar las cortinas de la litera y echar una mirada dentro.

—Orde… Orde, amigo, ¿me oyes? Tenemos que esperar hasta que baje el río, mala suerte.

—Te oigo —respondió un murmullo seco—. Esperar hasta que baje el río. Pensaba que podríamos llegar al campamento antes del amanecer. Polly lo sabe, vendrá a buscarme.

Uno de los porteadores miraba hacia el otro lado del río y advirtió el débil titilar de una luz muy lejana. Susurró a Tallantire:

—Allí están las luces de su campamento, y su mujer. Cruzarán por la mañana, tienen buenas barcas. ¿Vivirá hasta entonces?

Tallantire negó con la cabeza. Yardley-Orde estaba a las puertas de la muerte. ¿Para qué atormentar su alma con esperanzas de un encuentro que no se podría producir? El río se tragaba las orillas, demolía las crestas de arena y gruñía, hambriento aún. Los porteadores buscaron algún combustible en las tierras baldías: espinos secos y restos de los campamentos que se habían establecido junto al cauce. Sus espadas sonaban mientras ellos se movían con suavidad en medio de la bruma de la luz lunar y el caballo de Tallantire tosió para explicar que le hubiese apetecido tener una manta.

—También yo tengo frío —dijo la voz desde la litera—. Creo que esto es el fin. ¡Pobre Polly!

Tallan tire le acomodó las mantas; Khoda Dad Khan, al ver eso, se quitó su pesado abrigo de piel de borrego y lo echó sobre la pila.

—Me calentaré junto al fuego —dijo.

Entonces Tallantire tomó entre sus brazos el cuerpo enflaquecido de su jefe y lo estrechó contra su pecho. Tal vez, si pudiera mantenerlo bien abrigado, Orde viviría para volver a ver a su mujer. ¡Si la ciega Providencia hiciera que el río bajase tres pies!

—Así me encuentro mejor —dijo Orde con voz débil—. Siento ser una molestia, pero hay…, ¿hay algo para beber?

Le dieron leche con whisky y Tallantire sintió cierta tibieza contra su pecho. Orde comenzó a susurrar algo.

—No me importa morir —dijo—. Me apena dejar a Polly y el distrito. Gracias a Dios no tenemos niños. Dick, tú sabes que estoy hundido, terriblemente hundido, por las deudas de mis primeros cinco años de servicio. La pensión no es alta, pero bastará para ella. Tiene a su madre en Inglaterra. Lo difícil será llegar hasta allá. Y…, y…, ya sabes, al no ser la mujer de un soldado…

—Le conseguiremos el pasaje, por supuesto —dijo Tallantire con calma.

—No es bonito pensar en pasar el sombrero pero ¡Dios mío!, cuántos hombres yacen aquí y, me acuerdo, tuvieron que hacer lo mismo. Morten está muerto y era de mi edad. Shaughnessy ha muerto y tenía hijos. Recuerdo que solía leernos las cartas que le enviaban desde el colegio: ¡qué pesado nos parecía! Evans ha muerto: ¡Kot-Kumharsen lo mató! Ricketts de Myndonie ha muerto y yo también voy a morir. «El hombre nacido de mujer es pequeñas y pocas patatas en las montañas». Eso me recuerda, Dick, que los cuatro pueblos Khusru Kheyl de nuestra frontera quieren un tercio de la remesa esta primavera. Es justo, las cosechas son malas. Asegúrate de que lo reciban y habla con Ferris acerca del canal. Me gustaría haber vivido para verlo terminado, significa mucho para los pueblos del norte del Indo; pero Ferris es un hombre apático, despiértale. Tú te encargarás del distrito hasta que llegue mi

sucesor. Quisiera que te hiciesen un nombramiento permanente. Tú conoces el paño. Sin embargo, me figuro que será Bullows. Es un buen hombre, pero demasiado débil para la labor de la frontera, y no entiende a los sacerdotes. El sacerdote ciego de Jagai tendrá que ser vigilado. Lo verás todo en mis papeles, en la caja del uniforme, creo. Llama a los hombres de Khusru Kheyl, será mi última audiencia pública. ¡Khoda Dad Khan!

El jefe de los hombres de un salto se puso junto a la litera, seguido de sus compañeros.

—Hombres, estoy muriendo —dijo Orde con rapidez, en lengua indígena— y pronto dejará de haber un sahib Orde que tire de vuestras colas para que no robéis ganado.

—¡Dios no permita semejante cosa! —exclamó el coro de bajos—. El sahib no morirá.

—Sí que lo hará, y así ha de saber si quien decía la verdad era Mahoma o Moisés. Pero vosotros debéis ser hombres buenos cuando yo ya no esté aquí. Aquellos que viváis en nuestras fronteras tendréis que seguir pagando los impuestos con toda calma, como hasta ahora. Ya he dicho qué pueblos deben ser bien tratados este año. Aquellos que viváis en las montañas no debéis robar ganado, ni quemar pajares, ni prestar oído a la voz de los sacerdotes que, al no conocer la fuerza del Gobierno, podrían llevaros a guerras insensatas, por las que vosotros seguramente moriríais y vuestras cosechas serían comidas por extraños. Tampoco debéis asaltar ninguna caravana y tenéis que dejar vuestras armas en el puesto de policía cuando vengáis, tal como ha sido vuestra costumbre y mi orden. El sahib Tallantire estará con vosotros, pero no sé quién ocupará mi lugar. Os hablo ahora con la verdad, pues ya casi estoy muerto, hijos míos…, porque aunque seáis hombres fuertes sois unos niños.

—Y tú eres nuestro padre y nuestra madre —interrumpió Khoda Dad Khan, tras soltar un juramento—. ¿Qué haremos ahora que ya no habrá nadie que hable por nosotros o que nos enseñe a obrar con sabiduría?

—Está el sahib Tallantire; acudid a él, que conoce vuestra lengua y vuestro corazón. Mantened tranquilos a los jóvenes, escuchad a los ancianos y obedeced. Khoda Dad Khan, toma mi anillo. El reloj y la cadena son para tu hermano. Guarda estas cosas como recuerdo mío y yo hablaré con el Dios que haya de encontrar y le diré que los Khusru Kheyl son buena gente. Tenéis mi venia para marcharos.

Khoda Dad Khan, con el anillo en el dedo, se ahogó en un sollozo audible al escuchar la muy conocida fórmula que ponía fin a una entrevista. Su hermano se volvió para mirar hacia la otra margen del río. Rompía el alba y una mancha blanquecina se mostraba en la plata opaca de la corriente.

—Allí viene ella —dijo el hombre en un susurro—. ¿Podrá vivir dos horas más? —y sacó de su cinturón el recién adquirido reloj y miró el cuadrante sin entender, tal como había visto que hacían los ingleses.

A lo largo de dos horas la vela hinchada viró, subió y bajó por el río, mientras Tallantire seguía estrechando en sus brazos a Orde y Khoda Dad Khan le frotaba los pies. Volvió a hablar, de cuando en cuando, del distrito y de su mujer pero, a medida que se aproximaba el fin, con mayor frecuencia de ella. Todos esperaban que no supiese que, en esos precisos instantes, ella estaba arriesgando su vida en una barca nativa absurda para llegar a su lado. Pero la terrible presciencia de los moribundos les engañó. Orde, echándose hacia adelante con esfuerzo, miró a través de las cortinas y vio cuán cerca se hallaba la vela.

—Es Polly —dijo simplemente, aunque su boca se retorcía de dolor—. Polly y…, la broma pesada más siniestra que jamás se le haya gastado a un hombre. Dick…, tú tendrás… que… explicarle.

Una hora más tarde, Tallantire recibió sobre la orilla a una mujer vestida con un traje de montar de zaraza y una pamela que le preguntó a gritos por su marido —su niño y su amado—, mientras Khoda Dad Khan se arrojaba boca abajo en la arena y se cubría los ojos.

II

La simplicidad misma de la idea constituía su encanto. ¿Qué podía ser más fácil que ganar una reputación de estadista de gran previsión, de originalidad y, sobre todo, de deferencia ante los deseos de la gente, nombrando a un hijo del país para gobernar ese país? Doscientos millones de amantes y agradecidos súbditos bajo el dominio de Su Majestad alabarían el acontecimiento y su alabanza perduraría por siempre. Sin embargo, él se sentía indiferente a la alabanza o a la crítica, como correspondía al Más Grande de Todos los Virreyes. Su administración se basaba en los principios y los principios han de ser respetados en tiempo y a destiempo. Su pluma y su lengua habían creado la Nueva India, rebosante de posibilidades —estentórea, insistente, una nación entre las naciones— todo por su propia obra. Por tanto, el Más Grande de Todos los Virreyes avanzó un paso más y con él pidió consejo a quienes le ayudarían a nombrar el sucesor de Yardley-Orde. Había un caballero y miembro de la administración bengalí que había obtenido su plaza y un título universitario, por añadidura, en competición abierta con los hijos de los ingleses. Era hombre culto y de mundo y, si el informe decía la verdad, había dirigido con sensatez y, sobre todo, con buena disposición un distrito densamente poblado de Bengala suroriental. Había ido a Inglaterra y encantado a muchas tertulias. Su nombre, si él Virrey recordaba bien, era Mr. Grish Chunder Dé, M. A. En resumen, ¿tenía alguien alguna objeción al nombramiento, siempre por principio, de un hombre del país para gobernar ese país? El distrito de Bengala suroriental podía pasar, con ventaja según había averiguado, a un funcionario civil más joven de la misma nacionalidad que Mr. G. C. Dé (quien había escrito un artículo de notable grado de inteligencia sobre el valor político de la simpatía en la administración); y Mr. G. C. Dé podía ser transferido al norte, a Kot-Kumharsen. El Virrey, por principio, era contrario a interferir en los nombramientos que dependían de los gobiernos provinciales. Deseaba que se comprendiese que él tan sólo recomendaba y aconsejaba en esta instancia. En lo concerniente al mero tema de la raza, Mr. Grish Chunder Dé era más inglés que un inglés y, no obstante, poseía esa simpatía peculiar y esa perspicacia que los mejores de la mejor

administración del mundo sólo pueden obtener al final de su carrera.

Los reyes adustos y de negras barbas sentados en el Consejo de India se dividieron en la ocasión, con el resultado inevitable de llevar al Más Grande de Todos los Virreyes al borde de un ataque de histeria y a una obstinación confusa, tan patética como la de un niño.

—El principio es bastante acertado —dijo, con una mirada de sus ojos cansados, el cabeza de las Provincias Rojas, donde se hallaba Kot-Kumharsen, porque también él tenía sus teorías—. La única dificultad es…

—Ajústele los tornillos a los oficiales del distrito. Sume a Dé un par de delegados del Gobierno vigorosos a cada lado; otorgúele el mejor ayudante de la provincia; llene a la gente de temor de Dios con anticipación y si algo funciona mal, diga que los colegas no han colaborado con Dé. Las consecuencias de estos maravillosos experimentos, por último, acaban recayendo sobre el delegado del distrito —dijo el Caballero de la Espada Desenvainada, con una brutalidad tan manifiesta que hizo que el Cabeza de las Provincias Rojas se estremeciese. Y sobre un acuerdo tácito de esta naturaleza se cumplió el traslado, tan discretamente como fue posible, por diversas razones.

Es triste pensar que lo que en India pasa por ser la opinión pública no advirtió, en general, la sabiduría del nombramiento hecho por el Virrey. Tampoco hubo ausencia de órganos mercenarios, con toda evidencia al servicio de una burocracia tiránica, que hicieron más que sugerir que Su Excelencia era un tonto, un soñador de imposibles, un doctrinario y, lo peor de todo, un hombre que jugaba con las vidas de los hombres. *The Viceroy's Excellence Gazette*, publicado en Calcuta, se vio en figurillas para agradecer a «Nuestro amado Virrey, una vez más, su gloriosa vindicación de las potencialidades de las naciones bengalíes para cumplir con amplias tareas ejecutivas y administrativas en regiones que estén fuera de nuestro ámbito. No abrigamos duda alguna acerca de que nuestro excelente conciudadano, Mr. Grish Chunder Dé, *Esq.*, M. A., mantendrá muy alto el prestigio de los bengalíes, por encima

de las intrigas sombrías y de las estrategias que se puedan organizar para dañar su fama y destruir sus perspectivas entre los orgullosos civiles, algunos de los cuales ahora tendrán que servir a un nativo despreciado y estar, además, a sus órdenes. ¿Qué tal les resultará eso, señores? Rogamos a nuestro amado Virrey que continúe manteniéndose por encima de los prejuicios raciales y los del color, y que permita que la flor de esta que ahora es *nuestra* administración reciba todas las pagas y ayudas otorgadas a sus hermanos de mayor fortuna».

III

—¿Cuándo se va a incorporar a su cargo este hombre? Ahora mismo estoy solo y me figuro que bajo sus órdenes seguiré igual.

—¿Te hubiese gustado que te trasladaran? —dijo Bullows con vivacidad; después, poniendo una mano sobre el hombro de Tallantire—: estamos en el mismo barco, no nos abandones. Aunque, ¿por qué demonios has de quedarte si puedes obtener otro cargo?

—Era el de Orde —dijo Tallantire con sencillez.

—Pues ahora es de Dé. Es el más bengalí de los bengalíes, atiborrado de códigos y jurisprudencia, un hombre magnífico en materia de rutina y trabajo burocrático, además de tener una conversación agradable. Como es natural, siempre lo han mantenido en su distrito natal, donde vivían todas sus hermanas, primas y tías, por no sé dónde al sur de Dacca. No hizo más que convertir el lugar en una pequeña y agradable reserva familiar, permitió a sus subordinados que hiciesen lo que querían y dejó que todos tuviesen alguna oportunidad con las rupias. Por consiguiente, allá abajo es inmensamente popular.

—No tengo nada que ver con eso. ¿Cómo diablos explicaré en el distrito que van a ser gobernados por un bengalí? ¿Supones —supone el Gobierno, quiero decir— que los Khusru Kheyl se quedarán tranquilos y sentados cuando lo sepan? ¿Qué dirán los jefes musulmanes de las aldeas? ¿Cómo trabajará a sus órdenes *la policía*, compuesta por sijs muzbíes y patanes?

Nosotros no podríamos decir nada aunque el Gobierno nombrase a un barrendero, pero mi gente tendrá mucho que decir, ya lo sabes. ¡Es una muestra de locura cruel!

—Mi querido muchacho, sé todo eso y más. Lo he explicado y me han dicho que estaba mostrando «un prejuicio culpable y pueril». ¡Por Júpiter, si los Khusru Kheyl no muestran algo más que eso, yo no conozco la frontera! Hay grandes probabilidades de que se te incendie el distrito entre las manos, y yo tendré que dejar mi trabajo para ayudarte a sortear el peligro. No tengo que pedirte que apoyes al bengalí de todas las formas posibles. Lo harás por tu propio bien.

—Por el de Orde. No puedo decir que a mí me interese un comino, personalmente.

—No seas tonto. Sabe Dios que es bastante lastimoso, y el Gobierno lo sabrá más adelante, pero eso no es motivo para que te enfurruñes. *Tú* debes tratar de gobernar el distrito; *tú* debes interponerte entre él y la mayor cantidad posible de afrentas; *tú* debes mostrarle los cabos; *tú* debes pacificar a los Khusru Kheyl y convendrá que adviertas a Curbar, el policía, que tal vez surjan problemas. Yo estoy al otro extremo del telégrafo y siempre preparado para jugarme mi reputación con tal de mantener el distrito en calma. Tú, desde luego, perderás la tuya. Si tú mantienes todo en orden y a él no le pegan de verdad con un palo cuando salga a hacer sus inspecciones, los méritos serán para él. Si algo funciona mal, te dirán que tú no le has brindado un apoyo leal.

—Sé lo que tengo que hacer —dijo Tallan tire, preocupado— y lo haré. Pero es duro.

—El trabajo está en nuestras manos; los hechos, en las de Alá, como solía decir Orde cuando se veía más presionado que de costumbre —y Bullows se marchó en su caballo.

Que dos caballeros de la Administración bengalí de Su Majestad tuviesen que discutir a un tercero, también integrante de esa administración, que por otra parte era hombre culto y afable, parece extraño y afligente. No obstante, escuchen ustedes la charla inculta del *mullah* ciego de Jagai, el sacerdote de los Khusru Kheyl, sentado en una roca que domina la

frontera. Cinco años antes, un proyectil disparado al azar por una batería había arrojado tierra a la cara del *mullah*, lo que originó un ataque de los ghazis contra media docena de bayonetas británicas. Así fue como quedó ciego, y no odió menos a los ingleses por el pequeño accidente. Yardley-Orde conocía su punto débil y muchas veces se había reído de él por eso.

—Perros sois vosotros —decía el *mullah* ciego a los hombres de la tribu que le escuchaban en torno a la hoguera—. ¡Perros apaleados! Porque escuchasteis al sahib Orde, le llamasteis padre y os comportasteis como sus hijos, el Gobierno británico ha dado muestras de cuánto os considera. El sahib Orde ha muerto, ya lo sabéis.

—¡Ay, ay, ay! —dijo media docena de voces.

—Él era un hombre. Ahora, en lugar de él, ¿quién creéis que viene? Un bengalí de Bengala, un sureño que come pescado.

—¡Eso es mentira! —dijo Khoda Dad Khan—. Si no fuese por la pequeñez de que seas sacerdote, te haría tragar la culata de mi fusil.

—¡Ajá! ¿Eres tú, adulón de los ingleses? Ve mañana al otro lado de la frontera para saludar al sucesor del sahib Orde y te descalzarás ante la tienda de un bengalí y tu mano entregará tu presente a la mano negra de un bengalí. Lo sé, y en mis tiempos juveniles, si un hombre joven hablaba de mal modo a un *mullah* que conoce las puertas del cielo y del infierno, no se le hacía tragar la culata de un fusil. ¡No!

El *mullah* ciego odiaba a Khoda Dad Khan con un odio afgano: ambos se disputaban el mando de la tribu, pero el segundo era temido por sus atributos físicos, así como el otro lo era por los espirituales. Khoda Dad Khan miró el anillo de Orde y gruñó:

—Iré mañana porque no soy un viejo tonto que predica la guerra contra los ingleses. Si el Gobierno, tocado de locura, ha hecho eso, entonces…

—Entonces —graznó el *mullah*—, ¿reunirás a los jóvenes y atacarás en los cuatro pueblos de la frontera?

—O te retuerzo el pescuezo, cuervo negro de Jehannum, por ser portador de malas nuevas.

Khoda Dad Khan aceitó sus largos rizos con mucho cuidado, se ciñó su mejor cinturón de Bokhara, un turbante nuevo y unas bonitas babuchas verdes y, acompañado por unos pocos amigos, bajó de las montañas para visitar al nuevo delegado del Gobierno en Kot-Kumharsen. También llevó un tributo: cuatro o cinco *mohures* de oro, inestimables, de los tiempos de Akbar, dentro de un pañuelo blanco. El delegado del Gobierno los tocaría y devolvería. La breve ceremonia solía ser un símbolo de que, en el campo de la influencia personal de Khoda Dad Khan, los Khusru Kheyl serían buenos chicos… hasta la próxima vez: en especial si ocurría que a Khoda Dad Khan le cayese bien el nuevo delegado del Gobierno. Durante el consulado de Yardley-Orde, la visita concluía con una cena fastuosa, quizá con licores prohibidos, y sin duda con magníficos relatos y mucha camaradería. Entonces Khoda Dad Khan volvía a su tierra entre aires de jactancia, afirmando solemne que el sahib Orde era un príncipe y el sahib Tallantire otro, y que todo el que hiciese una incursión por el territorio británico sería desollado vivo. En esta ocasión se encontró con que las tiendas del delegado del Gobierno tenían el mismo aspecto de siempre. Como se consideraba un privilegiado, franqueó la puerta abierta para encontrarse con un bengalí afable, corpulento, vestido a la inglesa, ocupado ante una escribanía. Poco versado en la influencia enaltecedora de la educación, y sin que le importasen nada los títulos universitarios, Khoda Dad Khan no tardó en clasificar al hombre como un *bahu* —el amanuense nativo del delegado del Gobierno—, un animal detestado y despreciado.

—¡Eh! —dijo con jovialidad—. ¿Dónde está tu amo, *babujee*?

—Soy el delegado del Gobierno —dijo el caballero en inglés.

Como él sobrevaloraba los efectos de los títulos universitarios, miró fijamente a Khoda Dad Khan a la cara. Pero si desde la más tierna infancia te han habituado a mirar de frente batallas, asesinatos y muertes repentinas, si la sangre derramada te afecta tanto como si fuese pintura roja y, por encima de todo, si has creído con firmeza que el bengalí es el siervo de todos

los indostanos y que todos los indostanos son muy inferiores a tu propio yo, vasto y vigoroso, puedes tolerar, por muy poco educado que estés, una buena cantidad de miradas. Incluso puedes llegar a mirar desde arriba a un graduado de alguna facultad de Oxford, si sabes que ha nacido en un burdel, de una estirpe criada en un burdel, y que es tan temeroso del dolor físico como algunos lo son del pecado; en especial si la madre de tu oponente le ha aterrado de niño, a la hora de dormir, con cuentos horribles de demonios que viven en Afganistán y leyendas lúgubres del Norte negro. Detrás de las gafas de oro, los ojos buscaron el suelo. Khoda Dad Khan se rió entre dientes y salió para encontrarse a poca distancia con Tallantire.

—Aquí están —dijo con grosería, arrojando ante él las monedas—, tócalas y devuélvelas. Esto responde por *mi* buen comportamiento. Pero dime, sahib, ¿se ha vuelto loco el Gobierno para enviarnos a este perro negro bengalí? ¿Qué quiere decir esto?

—Es una orden —dijo Tallantire: él se había esperado algo así —. Es un s-sahib muy inteligente.

—¡Ese un sahib! Ese es un *kala admi*, un hombre negro, indigno de correr junto a la grupa del burro de un alfarero. Todos los pueblos del mundo han saqueado Bengala. Así está escrito. ¿Sabes dónde vamos nosotros, los del Norte, cuando queremos mujeres o rapiña? A Bengala: ¿a qué otro lugar? ¿Qué chiquillada es ésa de llamarle sahib? ¡Y además, después del sahib Orde! De verdad que el *mullah* ciego llevaba razón.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Tallantire, inquieto. Desconfiaba de ese viejo de ojos muertos y lengua mortífera.

—Vaya, por el juramento que hice al sahib Orde cuando le vi morir juntó al río, ahora te lo diré. En primer lugar, ¿es verdad que los ingleses han puesto el talón de un bengalí encima de su propio cuello y que ya no hay más poderío inglés en la tierra?

—Yo estoy aquí —dijo Tallantire—, y sirvo a la Maharaní de Inglaterra.

—El *mullah* dijo lo contrario y agregó que porque nosotros amábamos al sahib Orde el Gobierno nos mandaba un cerdo

para demostrarnos que somos perros, que hasta ahora hemos estado bajo una mano fuerte. También ha dicho que se estaban llevando los soldados blancos, que vendrían más indostanos y que todo estaba cambiando.

Esto es lo peor de un manejo irreflexivo de un país muy grande. Lo que parece tan aceptable en Calcuta, tan justo en Bombay, tan inexpugnable en Madrás, es mal entendido por el Norte y cambia por completo sus características en las riberas del Indo. Khoda Dad Khan explicó tan claramente como le fue posible que, aunque él mismo se proponía ser bueno, en realidad no podía responder por los miembros más temerarios de su tribu bajo el mando del *mullah* ciego. Podrían crear problemas o no, pero sin duda no tenían intención alguna de obedecer al nuevo delegado del Gobierno. ¿Estaba bien seguro Tallantire de que, en caso de producirse una serie de ataques fronterizos, las fuerzas del distrito podrían responder con rapidez?

—Dile al *mullah* que si sigue hablando tonterías —dijo Tallantire con sequedad—, llevará a sus hombres a una muerte segura y a su tribu a sufrir asedio, multas por infracción de la ley y a obtener dinero a costa de sus vidas. ¿Pero por qué hablo con quien ya no tiene peso en los consejos de la tribu?

Khoda Dad Khan se tragó ese insulto. Se había enterado de lo que tanto había querido saber, y regresó a sus montañas para recibir la enhorabuena sarcástica del *mullah*, cuya lengua, encarnizándose alrededor de las hogueras, resultaba ser la llama más mortal que alimentara estiércol alguno.

IV

Tengan ustedes la gentileza de examinar ahora, por un momento, el desconocido distrito de Kot-Kumharsen. Cortado longitudinalmente por el Indo, se extiende al pie de la cadena montañosa de Khusru, una muralla de tierra inútil y de rocas desmoronadas. Tenía setenta millas de largo por cincuenta de ancho, sustentaba una población de algo menos de doscientas mil personas y pagaba impuestos por cuarenta mil libras al año sobre una superficie que era, en algo más de la mitad, un

yermo total. Los labriegos no eran gente cortés, los mineros que explotaban la sal eran menos corteses aún y los criadores de ganado menos corteses que todos los demás. Un puesto de policía en el extremo derecho y un pequeño fuerte de adobe en el izquierdo evitaban todo el contrabando de sal y el abigeato que la influencia de los civiles no podía reprimir; en el extremo inferior derecho se alzaba Jumala, el centro de operaciones del distrito, un nudo lamentable de cobertizos que, por mero chiste, eran alquilados como casas, a pesar de su hedor a fiebre de frontera, de sus goteras cuando llovía y de ser unos hornos en el verano.

Hacia ese lugar viajaba Grish Chunder Dé, para hacerse cargo allí, formalmente, del distrito. Pero las nuevas acerca de su arribo habían llegado antes. Los bengalíes eran tan escasos como los perros de lanas entre los sencillos fronterizos que se partían la cabeza, uno a otro, con sus largas espadas y rezaban, imparciales, tanto en los santuarios hindúes como en los musulmanes. Se apiñaron para verle, señalándole y comparándole o bien con una búfalo lechera preñada o bien con un caballo decrépito, según lo que les sugiriese su capacidad metafórica limitada. Rieron ante su guardia de policía y quisieron saber durante cuánto tiempo los corpulentos sijs iban a mandar a los monos bengalíes. Preguntaron si él había traído consigo a sus mujeres y le hicieron una advertencia explícita de que no tocara a las de ellos. Sucedió además que una vieja llena de arrugas, junto a la carretera, a su paso, se golpeó los pechos descarnados mientras gritaba:

—He amamantado a seis que podrían haberse comido a seis mil como *él*. ¡El Gobierno les mandó matar y convirtió a Esto en rey!

A lo que un viejo robusto, que arreglaba arados, tocado con un turbante azul, gritó:

—¡Ten esperanzas, madre! Puede que él todavía siga el camino de tus vagabundos.

Y los niños, esos pequeños hongos marrones, le miraron con curiosidad. A menudo atraía a los niños vagar por la tienda del sahib Orde, donde se podían ganar monedas de cobre con un

simple deseo, y relatos tan auténticos de los que ni siquiera sus madres conocían más de la primera parte. ¡No! Ese hombre gordo y negro no podía decirles cómo había hecho Pir Prith para arrancarles los colmillos a diez diablos; ni cómo había sido posible que las grandes rocas se alinearan todas en la cima de las montañas de Khusru, y qué ocurría si al atardecer, por la puerta del pueblo, gritabas al lobo gris «Badl Khas ha muerto». Entre tanto, Grish Chunder Dé hablaba atolondradamente y mucho con Tallan tire, tal como lo hacen aquellos que son «más ingleses que los ingleses», acerca de Oxford y de «la tierra», con abundante y curioso conocimiento literario de las cenas en que se celebraban los incidentes de las regatas, de los partidos de criquet, de las cacerías y de otros deportes impíos de los extraños.

—Debemos mantener sujetos a estos hombres —dijo una o dos veces, intranquilo—, mantenerles bien sujetos y llevarles con la rienda corta. De nada vale, sabe usted, ser flojo en el distrito.

Y un momento después, Tallantire oyó que Debendra Nath Dé, quien llevado por su sentimiento fraterno había seguido la suerte de su pariente y esperaba la sombra de su protección como mediador, susurraba en bengalí:

—Mejor es el pescado seco en Dacca que las espadas desnudas en Delhi. Hermano mío, estos hombres son demonios, como dijo nuestra madre. ¡Y tú siempre tendrás que viajar a caballo!

Aquella noche se celebró una audiencia pública en un pueblo decadente y pequeño a treinta millas de Jumala, en la que el nuevo delegado del Gobierno, en respuesta a los saludos de sus subordinados nativos, pronunció un discurso. Era un discurso cuidadosamente pensado, que hubiese resultado de gran valor a no ser porque su tercera frase comenzó con tres inocentes palabras: «*Hamara hookum hai*», «por orden mía». Entonces resonó una risa, límpida y sonora, en el fondo de la tienda, donde estaban sentados unos pocos propietarios de tierras de la frontera, y la risa creció, mezclándose con el desprecio, y la cara cenceña y punzante de Debendra Nath Dé

se puso pálida y Grish Chunder, volviéndose hacia Tallantire, habló:

—*Usted…* usted ha preparado esto.

En aquel momento se oyó el ruido de un galope y de inmediato entró Curbar, el superintendente de policía del distrito, sudoroso y cubierto de polvo. El Estado le había arrojado a un rincón de la provincia durante diecisiete años tediosos, para que evitara el contrabando de sal y esperase un ascenso que nunca había llegado. Había olvidado cómo tenía que mantener limpio su uniforme blanco, calzaba unas espuelas herrumbradas sobre unos zapatos de charol y cubría su cabeza con un casco o con un turbante. Agriado, viejo, corroído por los calores y los fríos, esperaba a tener el derecho de una pensión suficiente como para no morir de hambre.

—Tallantire —dijo, sin tomar en cuenta a Grish Chunder Dé —, vamos fuera. Quiero hablar contigo —y salieron—. Se trata de lo siguiente —prosiguió Curbar—: los Khusru Kheyl han atacado y herido a media docena de culis en el terraplén del nuevo canal de Ferris, mataron a un par de hombres y se llevaron a una mujer. Yo no te molestaría por esto, porque Ferris y Hugonin, mi asistente, van tras ellos con diez policías montados. Pero me figuro que esto sólo es el principio. Se ven sus hogueras en el alto de Hassan Ardeb y a menos que nos demos mucha prisa, muy pronto arderá toda nuestra frontera. Sin duda atacarán las cuatro aldeas Khusru de nuestro lado del confín: hace años que hay animosidad entre ellos y tú sabes que el *mullah* ciego ha estado predicando una guerra santa desde que Orde nos dejó. ¿Qué piensas?

—¡Maldición! —dijo Tallantire, pensativo—. Han empezado pronto. Bien, creo que será mejor que yo vaya a Fort Ziar y traiga todos los hombres que pueda para distribuirlos por las aldeas de la zona baja, si no es demasiado tarde. Tommy Dodd está al mando en Fort Ziar, creo. Ferris y Hugonin tendrán que dar una lección a los ladrones del canal y… No, no podemos poner al jefe de policía a vigilar ostentosamente la Tesorería. Tú vuelve al canal. Telegrafiaré a Bullows para que vaya a Jumala con una fuerte guardia de policía y se quede dentro de

la Tesorería. No tocarán el lugar, pero hay que guardar las apariencias.

—Yo… yo… yo insisto en que me expliquen qué significa todo esto —dijo la voz del delegado del Gobierno, que había seguido a ambos interlocutores.

—¡Oh! —dijo Curbar que, por ser policía, era incapaz de comprender que quince años de estudios pudiesen, por dogma, convertir al bengalí en británico—. Ha habido luchas en la frontera y muchos hombres han muerto. Habrá otra lucha y montones de hombres morirán.

—¿Por qué?

—Porque los muchos millones de habitantes de este distrito no le aprueban, exactamente, y piensan que bajo su benigno mandato lo pasarán en grande. Se me ocurre que lo mejor sería que usted tomase decisiones. Como usted sabe, yo debo cumplir sus órdenes. ¿Qué recomienda?

—Yo… yo pongo a todos ustedes por testigos de que todavía no me he hecho cargo del distrito —tartamudeó el delegado del Gobierno y no en un tono de lo «más inglés».

—Ah, ya me parecía. Bien, como iba diciendo, Tallantire, tu plan es sensato. Llévalo adelante. ¿Quieres una escolta?

—No, sólo un buen caballo. ¿Qué tal si telegrafiamos al cuartel general?

—Me figuro, por el color de sus mejillas, que tu superior enviará algunos telegramas estupendos antes que termine la noche. Deja que lo haga y tendremos la mitad de las tropas de la provincia subiendo a ver qué pasa por aquí. Bien, echa a correr y cuídate: los Khusru Kheyl te acuchillan desde abajo hacia arriba, recuérdalo. ¡Eh!, Mir Khan, dale al sahib Tallantire el mejor de los caballos y ordena que cinco hombres vayan a Jumala con el sahib Bahadur, delegado del Gobierno. Corre mucha prisa.

Mucha era la que corría, y no mejoró las cosas en nada el que Debendra Nath Dé se colgara de la brida de un policía y le exigiera que le dijese cuál era el camino más corto, el más corto de todos, a Jumala. Pues bien, la originalidad es fatal

para el bengalí. Debendra Nath tendría que haberse quedado junto a su hermano, que con decisión viajó hacia Jumala por ferrocarril, dando gracias, a dioses por completo desconocidos para la más católica de las universidades, de no haberse hecho cargo del distrito y de tener todavía la posibilidad —¡feliz recurso de una raza fértil!— de enfermar.

Y lamento decir que cuando llegó a destino, dos policías, no faltos de un ingenio rudo, que se habían consultado mientras subían y bajaban sobre sus sillas, prepararon un entretenimiento para su provecho. Consistía en que, primero uno y después el otro, entraban en la habitación del delegado con detalles prodigiosos de la guerra, de la reunión de tribus sedientas de sangre y endemoniadas y de los incendios de pueblos. Era casi tan bueno, dijeron esos picaros, como cabalgar con Curbar detrás de afganos evasivos. Cada mentira mantenía al oyente atareado durante media hora con unos telegramas que ni el saqueo de Delhi hubiese podido justificar. A cualquier autoridad que pudiese mover una bayoneta o transferir a un hombre aterrado, apelaba Grish Chunder Dé por telégrafo. Se hallaba solo, sus asistentes habían huido y, en verdad, él no se había hecho cargo del distrito. De haber sido despachados los telegramas muchas cosas hubieran ocurrido, pero dado que el único telegrafista de Jumala se había ido a dormir y el jefe de estación, después de echar una mirada a la terrible pila de papel, descubrió que las ordenanzas del ferrocarril prohibían despachar mensajes imperiales, los policías Ram Singh y Nihal Singh se vieron obligados a convertir la pila en una almohada y con ella durmieron muy confortablemente.

Tallantire clavó sus espuelas en un brioso semental picazo con ojos de porcelana azul, y se aprestó para el viaje de cuarenta millas hasta Fort Ziar. Conocía el distrito a ciegas, de modo que no perdió tiempo buscando atajos, sino que a través de los más ricos pasturajes se dirigió hacia el vado en que Orde había muerto y había sido enterrado. El terreno polvoriento apagaba el ruido de los cascos de su caballo, la luna arrojaba su sombra, un duende incansable, ante él y el rocío denso le calaba hasta la piel. Altozanos, matas que rozaban la panza dél caballo, caminos de tierra donde las hojas ásperas de los

tarayes le azotaban la frente, ilimitadas planicies llenas de espinos y salpicadas de ganado soñoliento, un yermo y otro altozano quedaban atrás a su carrera, y el caballo picazo avanzaba con esfuerzo a través de las arenas profundas del vado del Indo. Tallantire no tuvo conciencia de ningún pensamiento definido hasta que la proa del tardo ferry tocó tierra en la orilla opuesta y su caballo se encabritó bufando ante la piedra blanca de la tumba de Orde. Entonces se descubrió y gritó como para que el muerto pudiese oírle:

—¡Ya han atacado, amigo! Deséame buena suerte.

En medio del frío del alba estaba martillando con el estribo a las puertas de Fort Ziar, donde se suponía que cincuenta sables de ese regimiento desmoronado, los Belooch Beshaklis, guardaban los intereses de Su Majestad a lo largo de unos cientos de millas de frontera. Ese fuerte específico estaba al mando de un subalterno que, nacido en la rancia familia de los Deroulett, respondía, como es natural, al nombre de Tommy Dodd. Tallantire le encontró cubierto con un abrigo de piel de borrego, temblando de fiebre como un álamo, y tratando de leer la lista de inválidos del boticario nativo.

—De modo que has venido tú también —dijo el hombre—. Mira, aquí todos estamos enfermos y no creo que haya caballos para treinta hombres, pero estamos muy, muy ansiosos e interesados por hacerlo. Espera, ¿te parece que esto es una trampa o una mentira? —arrojó un trozo de papel hacia Tallantire, sobre el que con esfuerzo se veía escrito, en un gurmukhi casi incomprensible: «No podemos sujetar a los potros. Se alimentarán después que se ponga la luna en las cuatro aldeas de la frontera y han de salir del paso de Jagai mañana por la noche». Y en inglés: «Tu amigo sincero».

—¡Qué buen hombre! —dijo Tallantire—. Esto es obra de Khoda Dad Khan, lo sé. Es la única frase en inglés que ha podido aprender de memoria y está muy orgulloso por eso. ¡Juega contra el *mullah* ciego en su propio beneficio, es un rufián y un traidor!

—No sé nada de la política de los Khusru Kheyl, pero si te satisface a ti, también a mí. Esto lo echaron dentro por encima de la puerta principal, y pensé que teníamos que recobrar las

fuerzas e ir a ver qué está pasando. ¡Oh, pero tenemos fiebre, de verdad! ¿Crees que va a ser algo grave? —dijo Tommy Dodd.

Tallantire hizo en pocas palabras un resumen del caso y Tommy Dodd alternó silbidos y temblores de fiebre. Ese día se dedicó a la estrategia, el arte de la guerra, y a vivificar a los inválidos, hasta que al atardecer estuvieron aprestados cuarenta y dos hombres flacos, agotados, desaliñados a los que Tommy Dodd inspeccionó con orgullo y arengó así:

—¡Hombres! Si morís, iréis al infierno. Por lo tanto, esforzaos por manteneros con vida. Pero si vais al infierno, aquello no será más caluroso que esto, y no está dicho que allí vayamos a sufrir fiebres. Por consiguiente, no temáis a la muerte. ¡De uno en fondo! —los hombres sonrieron y se pusieron en marcha.

V

Mucho tiempo ha de pasar antes que los Khusru Kheyl olviden su ataque nocturno contra las aldeas de las tierras bajas. El *mullah* les había prometido una victoria fácil y pillaje ilimitado; pero, atención, que de la misma tierra surgieron soldados de la Reina, armados y capaces de apuñalar, acuchillar y cabalgar bajo las estrellas, de modo que nadie sabía hacia dónde volverse, y todos temían tener que vérselas con un ejército entero y huyeron hacia las montañas. Entre el pánico de esa huida, se vio caer a muchos hombres bajo un cuchillo afgano que se hundía de abajo hacia arriba, y a muchos más bajo el fuego de las carabinas de largo alcance. Después se elevó un lamento de traición y cuando llegaron arribaba sus tierras bien protegidas, junto con unos cuarenta muertos y sesenta heridos, habían dejado en las llanuras bajas toda su confianza en el *mullah* ciego. Clamaron, juraron y argumentaron en torno a las hogueras; las mujeres gimieron por las pérdidas y el *mullah* chilló maldiciones contra los que habían vuelto.

Entonces, Khoda Dad Khan, elocuente y sin mostrar fatiga, porque él no había tomado parte en la lucha, se puso en pie para sacar partido de la ocasión. Señaló que la tribu debía cada

minucia de su actual desdicha al *mullah* ciego, quien había mentido en cada uno de los detalles posibles y les había instado a caer en una trampa. Sin duda era un insulto que un bengalí, hijo de un bengalí, tuviese la pretensión de administrar la frontera, pero ese hecho —como había dado a entender el *mullah*— no auguraba un tiempo total de desenfreno y robo, y la inexplicable locura de los ingleses no les había quitado ni un ápice de su autoridad para defender sus linderos. Por el contrario, la tribu, confundida, superada en sus tácticas, en el momento justo en que sus reservas de comida eran menores, tendría que verse impedida de cualquier trato con los indostanos hasta que hubiesen enviado rehenes como garantía de buen comportamiento, además de pagar la multa por los disturbios y la expiación de la sangre, treinta y seis libras inglesas por la cabeza de cada aldeano que hubiesen acuchillado.

—Y vosotros sabéis que esos perros de las tierras bajas jurarán que hemos matado docenas. ¿Será el *múllalo* quien pague las multas o tendremos que vender nuestras armas? —un gruñido sordo recorrió las hogueras—. Pues bien, ya que todo esto es obra del *mullah*, y en vista de que no hemos ganado nada más que promesas de un paraíso, mi corazón me dice que nosotros, los de Khusru Kheyl, no tenemos un santuario donde orar. Estamos débiles, así que, ¿cómo podremos atrevernos a pasar la frontera de Madar Kheyl, según la costumbre, para arrodillarnos ante la tumba de Pir Sajji? Los hombres de Madar caerán sobre nosotros, y con derecho. Pero nuestro *mullah* es un hombre santo. Ha ayudado a dos docenas de los nuestros a entrar esta noche en el paraíso. Dejad que acompañe a su rebaño, y sobre su cuerpo edificaremos una bóveda de losas azules de Mooltan y encenderemos lámparas a sus pies todos los viernes por la noche. Será un santo, tendremos un santuario y allí nuestras mujeres alzarán su plegaria para tener semilla fresca que rellene las grietas de nuestras cuentas de guerra. ¿Qué pensáis?

Risas ahogadas y siniestras siguieron a la sugerencia, y a las risas siguió el siseo suave de los cuchillos al ser desenvainados. Era una excelente idea y satisfacía un anhelo antiguo de la tribu. El *mullah* se puso en pie de un salto,

fulminante la mirada de sus ojos marchitos, impetrando las maldiciones de Dios y Mahoma para la tribu. Entonces comenzó la cacería del hombre ciego en torno a las hogueras y entre ellas, cacería que el poeta tribal, Khuruk Shah, ha cantado en versos que no morirán.

Los hombres le hacían cosquillas en las axilas con la punta de sus cuchillos. Él saltaba hacia un lado, para sentir que una hoja fría le rozaba la nuca o que el cañón de un fusil le acariciaba las barbas. Llamó a gritos a sus partidarios para que le ayudasen, pero la mayoría había muerto en los llanos, porque Khoda Dad Khan se había tomado algunas molestias para que sus muertes se concretasen. Los hombres le describieron las glorias del santuario que construirían y los niños, entre palmas, gritaban: «¡Corre, *mullah*, corre! ¡No hay nadie a tus espaldas!». Por fin, cuando el juego los tuvo aburridos, el hermano de Khoda Dad Khan le hundió un cuchillo entre las costillas.

—Por lo tanto —dijo Khoda Dad Khan con una simplicidad encantadora—, ¡ahora yo soy el jefe de los Khusru Kheyl!

Ningún hombre objetó y todos se fueron a dormir, fatigados y doloridos.

En la llanura, Tommy Dodd disertaba sobre las bellezas de una carga nocturna de caballería y Tallantire, inclinado sobre su silla, jadeaba, histérico, porque de su muñeca pendía una espada de la que chorreaba la sangre de los Khusru Kheyl, la tribu que Orde había dominado tan bien. Cuando un soldado de la casta rajput le hizo ver que la oreja derecha del picazo había sido cortada al ras por algún golpe ciego de su inhábil jinete, Tallantire se desmoronó, entre risas y sollozos, hasta que Tommy Dodd hizo que desmontara para descansar.

—Hemos de esperar hasta el amanecer —dijo él—. He telegrafiado al coronel justo antes de partir, pidiéndole que enviara una brigada de los Beshakli a nuestro encuentro. Pero se pondrá furioso conmigo por monopolizar la diversión. Esa gente de las montañas no nos volverá a traer problemas.

—Entonces diles a los Beshakli que vayan a ver qué ha pasado con Curbar en el canal. Debemos patrullar toda la línea de la

frontera. Tommy, ¿estás completamente seguro de que… de que eso… de que eso sólo era la oreja del picazo?

—Oh, completamente —dijo Tommy—. Estuviste a punto de cortarle la cabeza. *Yo* te vi cuando entramos en la pelea. Duerme, amigo.

El mediodía trajo dos escuadrones de Beshakli y un corro de furiosos oficiales camaradas, que exigían consejo de guerra para Tommy Dodd por haberles «estropeado la fiesta», y un galope a campo traviesa hacia las obras del canal, donde Ferris, Curbar y Hugonin arengaban a los aterrorizados culis acerca de la atrocidad que representaba el abandonar un buen trabajo y una paga alta, sólo porque media docena de sus compañeros hubiesen sido acuchillados. El hecho de ver una tropa de Beshakli restauró la confianza tambaleante y la parte de los Khusru Kheyl capturados por la policía tuvo el gusto de ver que el terraplén del canal hervía de vida como siempre, mientras que tantos de sus hombres como habían buscado refugio en cursos de agua y barrancos eran obligados a salir por las tropas. Hacia el atardecer comenzó la patrulla despiadada de la frontera, a cargo de policía y ejército, muy semejante al continuo cabalgar de los vaqueros alrededor del ganado inquieto.

—Bien —dijo Khoda Dad Khan a sus pares, señalando la línea de hogueras que centelleaban abajo—, ya podéis ver hasta dónde cambia el viejo orden. Tras su caballería vendrán los pequeños cañones desmontables, esos que pueden llevar hasta la cima de las montañas y, por lo que sé, hasta las nubes cuando nosotros lleguemos a la cima. Si el consejo de la tribu lo ve bien, iré en busca del sahib Tallantire, que me aprecia, y veré si puedo impedir al menos el bloqueo. ¿Hablo en nombre de la tribu?

—Sí, habla por la tribu, en nombre de Dios. ¡Cómo brillan esos fuegos malditos! ¿El inglés ha llamado a la caballería por telégrafo…, o es obra del bengalí?

Cuando Khoda Dad Khan bajaba la montaña sufrió una demora a causa de una entrevista con un apurado hombre de su tribu, lo que le hizo volver deprisa en busca de algo que olvidara tras de sí. Después se entregó a los dos soldados que

habían perseguido a su amigo y pidió que le sirvieran de escolta hasta la presencia del sahib Tallantire, por entonces en Jumala junto a Bullows. La frontera estaba en calma y el tiempo de las razones por escrito había llegado.

—¡Gracias al Cielo! —dijo Bullows—. Al menos los problemas llegaron todos a una. Por supuesto que no es posible poner por escrito las razones, pero toda India comprenderá. Y es mejor tener una insurrección abrupta y breve que cinco años de administración impotente entronizada en la frontera. Es menos caro. Grish Chunder Dé ha dicho que estaba enfermo y ha sido transferido a su propia *provincia, sin ninguna clase* de reprimenda. Se ha mantenido firme en que no se había hecho cargo del distrito.

—Desde luego —dijo Tallantire con amargura—. Bien, ¿qué se supone que he hecho mal?

—Oh, te dirán que te has excedido en todas tus atribuciones y que tendrías que haber enviado informes, escritos y notificaciones durante tres semanas, hasta que los Khusru Kheyl hubiesen podido bajar en un alud. Pero no creo que las autoridades se atrevan a quejarse demasiado. Han recibido su lección. ¿Conoces la versión de Curbar sobre este asunto? No puede escribir un informe, pero puede decir la verdad.

—¿De qué vale la verdad? Lo mejor sería que rompiese el informe. Estoy harto y acongojado por todo esto. Era tan absolutamente innecesario, excepto por lo de habernos librado de ese *babu*.

Con toda desenvoltura se presentó Khoda Dad Khan, con un saco de forraje, lleno, en la mano y los soldados a sus espaldas.

—¡Que nunca os abrume la fatiga! —dijo con ufanía—. Bien, sahíbs, ha sido una buena pelea y la madre de Naim Shah está en deuda contigo, sahib Tallantire. Un golpe limpio, me han dicho, que le atravesó la mandíbula y el abrigo hasta la clavícula. ¡Buen golpe! Pero hablaré en nombre de la tribu. Ha habido una falta…, una falta grande. Tú sabes que yo y los míos, sahib Tallantire, mantuvimos el juramento que hicimos al sahib Orde sobre la ribera del Indo.

—Como un afgano guarda su cuchillo: con buen filo por un lado y romo por el otro —dijo Tallantire.

—Lo mejor para dar una cuchillada, pues. Pero estoy diciendo la verdad de Dios. Sólo el *mullah* ciego empujó a los jóvenes con la punta de su lengua, y dijo que ya no había más ley en la frontera porque habían enviado un bengalí y que no era necesario que tuviésemos ya temor de los ingleses. Así fue como bajaron para vengar ese insulto y entregarse al pillaje. Tú ya sabes lo que sucedió y cuánto he ayudado yo. Ahora cinco docenas de los nuestros están muertos o heridos, todos nos sentimos avergonzados y dolidos y no queremos que haya más guerra. Por otra parte, para que nos atendáis mejor, le hemos cortado la cabeza al *mullah* ciego, cuyos consejos perversos nos llevaron a la locura. He traído esto como prueba —y dejó caer la cabeza al suelo—. Ya no creará más problemas, porque *yo* soy el jefe ahora, y por lo tanto me siento en el lugar más elevado en todas las reuniones. No obstante, esta cabeza tiene una contrapartida. Eso fue otra falta. Uno de los hombres se topó con esa bestia negra bengalí, que fue quien originó el problema, vagando a caballo y sollozando. Al pensar en que ese hombre había ocasionado la pérdida de mucha vida valiosa, Alia Dad Khan, al que si vosotros lo pedís mañana fusilaré, le cortó la cabeza, y yo la traigo para disculpar vuestra vergüenza, de modo que la podáis enterrar. Mirad, nadie se ha quedado con las gafas, aunque son de oro.

Lentamente rodó hasta los pies de Tallantire la cabeza de un caballero bengalí, de pelo corto, ojos y boca abiertos: la cabeza del Terror encarnado. Bullows se inclinó.

—Otro rescate de sangre y muy caro, Khoda Dad Khan, porque ésta es la cabeza de Debendra Nath, el hermano de ese hombre. El *babu* está a salvo hace tiempo. Todos los tontos, excepto los Khusru Kheyl, lo saben.

—Vaya, no me gusta la carroña. Para mí, carne fresca. Esa cosa iba al pie de nuestras montañas preguntando por el camino a Jumala, y Alia Dad Khan le indicó la carretera hacia Jehannum porque, como has dicho, no es más que un tonto.

Ahora hay que ver lo que nos hará el Gobierno. Con respecto al bloqueo…

—¿Quién eres tú, vendedor de carne de perro —tronó Tallantire—, para hablar de términos y tratados? ¡Vuelve allá, a las montañas, ve y espera allí, aunque te mueras de hambre, hasta que el Gobierno se complazca en convocar a tu pueblo para el castigo…, que sois unos niños y unos tontos! Contad vuestros muertos y manteneos tranquilos. ¡Tened la certeza de que el Gobierno os enviará un *hombre*!

—Sí —respondió Khoda Dad Khan—, porque también nosotros somos hombres —y mirando a Tallantire a los ojos, agregó—: ¡y por Dios, sahib, que tú seas ese hombre!

SIN BENDICIÓN ECLESIÁSTICA

Antes de mi primavera
tuve riqueza de otoño;
antes que el tiempo llegara,
lució su grano mi campo,
brindó el año sus secretos
a mi insistente requiebro.
Hoy, forzada, desflorada,
cada estación yace enferma
entre las sombras del medro
que va hasta la decadencia.
Yo vi la puesta del sol
cuando otros vieron el día,
yo, que en exceso conozco
eso que ignorar debía.
Aguas amargas

I

—PERO, ¿y si fuera una niña?

—Señor de la vida, no puede ser. He orado tantas noches, y con tanta frecuencia he enviado presentes al santuario del Sheikh Badl, que sé que Dios nos dará un hijo: un hombrecito que crecerá y se convertirá en un hombre. Piensa en ello y siente contento. Mi madre será su madre hasta que yo pueda llevarle conmigo otra vez y el *mullah* de la mezquita de Pattan hará su horóscopo, ¡quiera Dios enviarle en una hora auspiciosa!, y entonces tú nunca te cansarás de mí, que soy tu esclava.

—¿Desde cuándo eres tú una esclava, reina mía?

—Desde el comienzo…, hasta que se me otorgó esta bendición. ¿Cómo podía estar segura de tu amor cuando no ignoraba que había sido comprada con plata?

—No, eso era la dote. La pagué a tu madre.

—Y ella la ha enterrado y está sentada encima todo el día, como una gallina. ¡De qué dote me hablas! He sido comprada como si hubiese sido una bailarina de Lucknow en lugar de ser una niña.

—¿Estás dolida por la venta?

—Estuve dolida, pero hoy soy feliz. ¿Ya nunca dejarás de amarme…? Contesta, rey mío.

—Nunca…, nunca. Jamás.

—¿Ni aunque te quieran las *mem-log*, las mujeres blancas de tu casta? Recuerda que las he visto paseándose por la noche y son muy claras.

—Yo he visto bolas de fuego a centenares. Después vi la luna y… entonces ya no vi más bolas de fuego.

Amira batió palmas y rió.

—Bien dicho —dijo y después, mientras asumía un aire de gran señorío—: es suficiente. Tienes mi autorización para marcharte…, si quieres.

El hombre no se movió. Estaba sentado en un lecho bajo de laca roja, en una habitación amueblada tan sólo con una alfombra azul y blanca, algunos tapices y una colección muy completa de cojines nativos. A sus pies se hallaba sentada una mujer de dieciséis años, que era el mundo todo, a sus ojos. De acuerdo con todas las normas y leyes ella tendría que haber sido algo distinto, porque él era inglés y ella, la hija de un musulmán, traída hacía dos años de la Casa de su madre quien, al verse sin dinero, hubiera vendido a Amira, a pesar de sus gritos, al mismo Príncipe de las Tinieblas, si el precio hubiese sido bastante alto.

Fue un contrato que se selló con el corazón ligero pero, aun antes que la niña llegara a florecer, logró llenar la mayor parte de la vida de John Holden. Para ella, y para la ajada bruja de

su madre, él había alquilado una pequeña casa que dominaba la gran ciudad de rojas murallas para encontrarse —cuando las caléndulas brotaron junto al pozo del patio, y Amira se hubo establecido de acuerdo con su propia idea de la comodidad, y su madre dejó de gruñir por lo poco adecuado de la cocina, o por la distancia que la separaba del mercado, y por los asuntos de las labores domésticas en general— con que esa casa era un hogar para él. Cualquiera podía entrar en su bungalow de soltero de día o de noche, y la vida que allí hacía no tenía encanto. En la casa de la ciudad sólo sus pies podían atravesar el patio exterior hacia las habitaciones de las mujeres, y cuando el gran portal de madera quedaba cerrado a sus espaldas, él era el rey en su propio territorio y Amira era su reina. A ese reino iba a sumarse una tercera persona cuya llegada Holden se sintió inclinado a tomar a mal. Interfería su felicidad perfecta. Trastornaba la paz ordenada de una casa que era la suya propia. Pero Amira estaba llena de deleite ante el mero pensamiento de esa llegada y su madre no mucho menos. El amor de un hombre, y en particular de un hombre blanco, en el mejor de los casos era algo variable pero, argüían las dos mujeres, podía ser sujeto por las manos de un bebé.

—Entonces —decía siempre Amira—, entonces él ya no se ocupará de las *mem-log* blancas. Las odio a todas…, las odio a todas.

—Él volverá a su gente en su momento —decía la madre—, pero gracias a la bendición de Dios ese momento aún está lejano.

Holden estaba sentado, en silencio, sobre el lecho pensando en el futuro y sus pensamientos no eran gratos. Las desventajas de una doble vida son múltiples. El Gobierno, con singular solicitud, le había pedido que cambiara su lugar de trabajo durante una quincena, para ir en misión especial a sustituir a un hombre que se hallaba cuidando de una esposa enferma. La notificación verbal del traslado fue acompañada por una observación simpática acerca de que Holden debía considerarse a sí mismo afortunado por ser soltero y libre. Él había ido a darle la noticia a Amira.

—No es bueno —dijo ella con lentitud—, pero no es del todo malo. Aquí está mi madre y yo no sufriré ningún daño…, a menos que muera de pura felicidad. Ve a tu trabajo y no tengas pensamientos importunos. Cuando se cumpla el plazo creo…, no, estoy segura. Y… y entonces *lo* pondré en tus brazos y tú me amarás para siempre. Te irás en el tren de medianoche, ¿verdad? Ahora márchate y no permitas que tu corazón se enturbie por mi causa. ¿Pero no demorarás tu regreso? No te quedes en el camino para hablar con las descaradas *mem-log*. Vuelve a mí de inmediato, vida mía.

Cuando abandonó el patio para ir en busca de su caballo, atado a un pilar del portal, Holden habló con el viejo guardián canoso que vigilaba la casa y le pidió que, cuando se produjesen ciertas circunstancias, le enviara el telegrama que ya le entregaba escrito por él mismo. Era todo lo que podía hacerse y, con la sensación de un hombre que asiste a su propio funeral, Holden se marchó en el tren correo de la noche hacia su exilio. A cada hora del día sintió el temor de que llegara el telegrama y a cada hora de la noche pintó ante sí la muerte de Amira. En consecuencia, su trabajo para el Estado no fue de primera calidad, ni su actitud para con los colegas fue la más amigable. La quincena terminó sin señales de su casa y, desgarrado por sus ansiedades, Holden regresó para ser deglutido durante dos horas preciosas por una cena en el club, donde oyó, tal como un hombre oye al desvanecerse, unas voces que le hablaban de la forma execrable en que había llevado a cabo las tareas del otro hombre, y del modo en que se había congraciado con todos sus compañeros. Entonces galopó en medio de la noche con el corazón en la boca. En el primer momento no hubo respuesta a sus golpes en el portal y ya había hecho girar al caballo para entrar por la fuerza, cuando apareció Pir Khan con una linterna y le sostuvo el estribo.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Holden.

—La noticia no ha de salir de mi boca, protector de los pobres, pero… —tendió una mano temblorosa, como correspondía al portador de buenas nuevas que merece una recompensa.

Holden atravesó el patio deprisa. Una luz brillaba en el cuarto de arriba. Su caballo relinchó junto al portal, y él oyó un llanto agudo y diminuto que hizo que su sangre se le arremolinara en la garganta. Era una voz nueva, pero no probaba que Amira estuviese viva.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó desde la estrecha escalera de ladrillos.

Se oyó un grito de felicidad de Amira y después la voz de la madre, trémula por los años y el orgullo:

—Aquí estamos dos mujeres y… el… hombre… tu… hijo.

En el umbral del cuarto Holden tropezó con una daga, que fuera puesta allí para apartar la mala suerte, y rompió su empuñadura con su talón impaciente.

—¡Dios es grande! —arrulló Amira en la penumbra—. ¡Tú has tomado sus desdichas sobre tu cabeza!

—Oh, sí, ¿pero cómo estás tú, vida de mi vida? Mujer, ¿cómo está ella?

—Ha olvidado sus sufrimientos por la dicha del niño que ha nacido. No le ha pasado nada malo, pero no hables en voz alta —dijo la madre.

—Sólo era necesaria tu presencia para que me pusiese buena —dijo Amira—. Rey mío, has estado mucho tiempo fuera. ¿Qué regalos me has traído? ¡Ah, ah! Yo soy quien ha traído regalos esta vez. Mira, mi vida, mira. ¿Alguna vez has visto un niño igual? No, estoy demasiado débil aún para alzarlo en mis brazos.

—Descansa, pues, y no hables. Aquí estoy, *bachari* (mujercita).

—Has dicho bien, porque ahora existe un lazo y una atadura (*peecbaree*) entre nosotros que nada será capaz de romper. Mira, ¿puedes ver con esta luz? No tiene mancha ni defecto. Nunca ha habido un niño como éste. *¡Ya illah!* Será un pandit…, no, un soldado de la caballería de la Reina. ¿Y tú, vida mía, me amas como siempre, aunque esté débil, enferma y cansada? Dime la verdad.

—Sí. Te amo como antes, con toda mi alma. Quédate echada, perla mía, y descansa.

—No te marches. Siéntate a mi lado, aquí…, así. Madre, el señor de esta casa necesita un cojín. Tráelo —hubo un movimiento casi imperceptible hecho por la nueva vida que reposaba en el hueco del brazo de Amira—. ¡Ajó! —dijo ella, con un tono quebrado por el amor—. El niño es un campeón desde que nació. Me patea el costado con golpes potentes. ¡Jamás ha habido un niño como éste! Y es nuestro, para nosotros: tuyo y mío. Pon tu mano sobre su cabeza, pero con cuidado, porque es muy pequeñín y los hombres son torpes para todo esto.

Con gran precaución Holden tocó con la punta de sus dedos la cabeza aterciopelada.

—Está dentro de la fe —dijo Amira—, porque durante las vigilias le susurré la llamada a la oración y la profesión de fe en sus oídos. Es una gran maravilla que haya nacido en viernes, como yo. Ten cuidado con él, mi vida, aunque ya casi puede cogerte con sus manos.

Holden descubrió una manecita inerme que se cerraba débil en torno a su dedo. Y aquel roce corrió a través de su cuerpo y se aposentó en su corazón. Hasta ese instante sus pensamientos habían sido sólo para Amira. Comenzó a comprender que había alguien más en el mundo, pero no podía sentir que era un verdadero hijo con un alma. Se sentó a pensar y Amira se adormiló.

—Vete, sahib —susurró la madre—. No es bueno que te encuentre aquí al despertar. Debe descansar.

—Me marcho —dijo Holden, obediente—. Aquí tienes unas rupias. Asegúrate de que mi *baba* se ponga fuerte y tenga todo lo que necesite.

El tintineo de la plata despertó a Amira.

—Soy su madre, no una mercenaria —dijo con voz débil—. ¿Le he de cuidar más o menos por dinero? Madre, devuélveselo. Le he dado un hijo a mi señor.

El sopor profundo de la debilidad cayó sobre ella casi antes que terminara la frase. Holden bajó al patio sin hacer ruido, con el corazón sereno. Pir Khan, el viejo velador, reía encantado.

—Ahora está completa esta casa —dijo y sin más palabras puso en manos de Holden el puño de un sable usado muchos años antes, cuando él, Pir Khan, sirviera a la Reina en la policía. El balido de una cabra atada llegó desde el brocal del pozo.

—Hay dos —dijo Pir Khan—, dos de las mejores cabras. Yo las compré y han costado mucho dinero: como no hay fiesta por el nacimiento, su carne será toda para mí. Espere a que dejen de mordisquear las caléndulas.

—¿Y para qué? —dijo Holden, perplejo.

—Para el sacrificio del nacimiento, ¿para qué si no? De lo contrario, el niño sin defensa ante el destino podría morir. El protector de los pobres sabe cuáles son las palabras convenientes para decir.

Holden las había aprendido un día, sin pensar que alguna vez tuviera que decirlas de verdad. El contacto de la empuñadura fría del sable con su mano de pronto se convirtió en el roce apremiante del niño que estaba arriba —el niño que era su propio hijo— y el temor a la pérdida le invadió.

—¡Sacrifícalas! —dijo Pir Khan—. Nunca ha venido al mundo una vida por la que no se hubiese de pagar. Mira, las cabras han alzado sus cabezas. ¡Ahora! ¡Una estocada a fondo!

Casi sin saber lo que hacía, Holden dio dos estocadas mientras murmuraba la oración musulmana que dice: «Todopoderoso: a cambio de éste, mi hijo, ofrezco vida por vida, sangre por sangre, cabeza por cabeza, hueso por hueso, pelo por pelo, piel por piel». El caballo que esperaba bufó y piafó junto a la estaca al oler la sangre fresca que había salpicado las botas de montar de Holden.

—¡Buen sablazo! —dijo Pir Khan mientras limpiaba el arma —. Contigo se ha perdido un buen soldado. Ve con el corazón tranquilo, hijo del cielo. Soy tu siervo y el siervo de tu hijo.

Que la presencia viva mil años y… ¿la carne de las cabras es toda para mí? —Pir Khan se enriqueció por el valor de un mes de salario.

Holden se acomodó en la silla y cabalgó hacia el humo, flotante y bajo, de la leña que se quemaba en la noche. Estaba lleno de una alegría desbordante, alternada con una vasta y vaga ternura sin objeto definido, que le hacía jadear mientras se inclinaba sobre el pescuezo de su caballo inquieto. «Nunca en mi vida he sentido algo así», pensó. «Iré al club para reponerme».

Empezaba una partida de billar y el salón estaba lleno de hombres. Holden entró, deseoso de luz y de la compañía de sus amigos, cantando a voz en cuello:

Un día, mientras pasaba

por Baltimore,

a una dama conocí.

—¿De veras? —dijo el secretario del club desde su rincón—. ¿Te dijo esa dama que tus botas están empapadas? ¡Dios del cielo, hombre, pero si es sangre!

—¡Bobadas! —dijo Holden, a la vez que cogía su taco de la taquera—. ¿Puedo entrar? Es rocío. He cabalgado entre plantas altas. ¡De verdad que tengo las botas hechas una lástima!

Y si es una niña, llevará una alianza.

Si es un chico, servirá a su rey,

con su puñal, su gorra y la guerrera azul,

paseará por la cubierta…

—Amarillo sobre azul…; el próximo jugador, verde —decía con voz monótona el apuntador.

—*Paseará por la cubierta*… ¿La verde es para mí, apuntador…? *Paseará por la cubierta*… ¡Eh! No ha estado mal ese tiro… *¡Como su padre solía hacer!*

—No creo que tengas nada como para gritar tanto —dijo un joven civil, celoso y agrio—. El Gobierno no está exactamente

complacido con tu trabajo en el puesto de Sanders.

—¿Eso quiere decir que habrá una reprimenda del cuartel general? —dijo Holden con una sonrisa distraída—. Creo que puedo soportarlo.

La conversación versó sobre el tema siempre fresco del trabajo de cada uno, y aplacó a Holden hasta que se hizo la hora de volver a su oscuro bungalow vacío, donde su mayordomo le recibió como si conociera todos sus asuntos. Holden estuvo despierto la mayor parte de la noche y sus ensueños fueron gratos.

II

—¿Qué edad tiene ahora?

—*¡Ya illah!* ¡Una pregunta de hombre! Apenas si tiene seis semanas y esta noche iré a la azotea de la casa contigo, mi vida, para contar las estrellas, porque eso da buena suerte. Y él ha nacido un viernes bajo el signo del sol, y me han dicho que él nos sobrevivirá a ambos y tendrá riquezas. ¿Podemos desear algo mejor, amado?

—No hay nada mejor. Vayamos a la azotea y tú contarás las estrellas, pero sólo unas pocas, porque el cielo está cubierto de nubes.

—Las lluvias del invierno se retrasan y puede que vengan fuera de época. Ven antes que todas las estrellas se escondan. Llevo mis mejores joyas.

—Has olvidado la mejor de todas.

—¡Ay! La nuestra. Él también vendrá. Nunca ha visto el firmamento.

Amira subió la escalera estrecha que llevaba al techo plano. El niño, plácido, sin pestañear, iba en el hueco de su brazo derecho, encantador en sus muselinas orladas de plata, con un pequeño gorro en la cabeza. Amira llevaba todo lo que más preciado le resultaba. El diamante que equivale al lunar occidental, porque intenta llamar la atención sobre la curva de la nariz, el colgante de oro en el medio de la frente, incrustado

de esmeraldas en forma de gota, con sus rubíes imperfectos, el pesado collar de oro batido que se cerraba en torno a su cuello gracias a la flexibilidad del metal puro y las ajorcas de plata, decoradas con arabescos, que descansaban sobre el tobillo bien marcado. Iba vestida de muselina color verde jade, como correspondía a una hija de la Fe y, desde el hombro al codo y del codo a la muñeca, le cubrían el brazo unas pulseras de plata atadas con hilos de seda, brazaletes frágiles de cristal que se deslizaban sobre su muñeca como prueba de la finura de su mano, y algunos otros de oro que no eran parte de sus adornos típicos pero que, al haber sido regalo de Holden y dado que se ajustaban con un ingenioso cierre europeo, le encantaban.

Se sentaron junto al parapeto bajo y blanco del terrado, mientras observaban la ciudad y sus luces.

—Son felices allí abajo —dijo Amira—. Pero no creo que sean tan felices cómo nosotros. Ni creo que las *mem-log* lo sean. ¿Y tú?

—Yo sé que no lo son.

—¿Cómo lo sabes?

—Dan sus niños a niñeras.

—Jamás he visto tal cosa —dijo Amira, suspirando—, ni quisiera verla. ¡Ay! —dejó caer la cabeza sobre el hombro de Holden—. He contado cuarenta estrellas y estoy cansada. Mira al niño, amor de mi vida: él también está contando.

El pequeño observaba con los ojos muy abiertos la oscuridad del firmamento. Amira lo acomodó en los brazos de Holden y el niño se mantuvo en silencio.

—¿Cómo lo llamaremos entre nosotros? —dijo ella—. ¡Mira! ¿Alguna vez te cansas de mirarle? Tiene tus mismos ojos. Pero la boca…

—Es la tuya, cariño. ¿Quién podría saberlo mejor que yo?

—Es una boca tan débil. ¡Oh, tan pequeña! Y aun así está mi corazón entre sus labios. Dámelo ahora. Ha estado mucho tiempo lejos de mí.

—No, déjale; todavía no ha empezado a llorar.

—Cuando llore me lo darás, ¿verdad? ¡Qué hombre tan hombre eres! Cuando llora se me vuelve aún más querido. Pero, mi vida, ¿qué nombre afectuoso le pondremos?

El pequeño cuerpo estaba cerca del corazón de Holden. Era totalmente indefenso y muy suave. Apenas si se atrevía a respirar por miedo a magullarlo. El enjaulado loro verde, que está considerado como una especie de espíritu guardián en la mayoría dé las casas nativas, se movió en su percha y batió un ala adormilada.

—Allí está la respuesta —dijo Holden—. Mian Mittu ha hablado. Será el loro. Cuando pueda hacerlo, hablará con voz fuerte y correrá. Mian Mittu es el loro en tu…, en lengua musulmana, ¿verdad?

—¿Por qué me apartas? —dijo Amira con inquietud—. Pongámosle un nombre inglés, aunque no por entero, porque él es mío.

—Entonces llámale Tota, que es parecido al inglés.

—Ay, Tota. También quiere decir loro. Perdóname, señor mío, por lo que he dicho hace un minuto, pero de verdad que es demasiado pequeño para sobrellevar todo el peso de Mian Mittu como nombre. Será Tota: Tota nuestro y para nosotros. ¿Has oído, tú, pequeñín? Chiquitín, tú eres Tota —tocó la mejilla del niño y él se despertó con un gemido, y fue necesario devolverlo a su madre, que le apaciguó con la bella canción *¡Aré koko, Jaré koko!*, que dice:

¡Eh, cuervo, vete a graznar!

El niño duerme tranquilo,

y las ciruelas silvestres

en la selva crecerán,

sólo a un penique la libra,

baba, un penique la libra.

Tranquilizado muchas veces en cuanto al precio de aquellas ciruelas, Tota se acurrucó para dormir. Los dos bueyes blancos y de buen aspecto masticaban sin prisa, junto al pozo, su ración de la noche; el viejo Pir Khan estaba acuclillado junto

al caballo de Holden, con su sable de policía sobre las rodillas, chupando, somnoliento, un gran narguile que croaba como una rana mugidora en un estanque. La madre de Amira, sentada, hilaba en la galería baja, y la puerta de madera estaba cerrada y atrancada. La *música* de un cortejo de boda llegó hasta el terrado por encima del murmullo suave de la ciudad, y una fila de murciélagos cruzó la cara de la luna, cercana al horizonte.

—He orado —dijo Amira tras una pausa prolongada—, he orado por dos cosas. Primero, que yo muera en tu lugar si se demanda tu muerte y; segundo, que yo muera en lugar del niño. He orado al Profeta y a *Beebee Miriam* (la virgen María). ¿Crees que alguno de los dos me oirá?

—¿Quién no oiría hasta la más ligera de las palabras de unos labios como los tuyos?

—Te he pedido una respuesta directa y tú me respondes con cumplidos. ¿Serán oídas mis súplicas?

—¿Cómo puedo saberlo? Dios es muy bueno.

—De eso no estoy muy segura. Escúchame. Cuando yo muera, o si muere el niño, ¿qué será de ti? Si vives, volverás a las descaradas *mem-log* blancas, porque la casta llama a la casta.

—No siempre.

—Con una mujer, no; en el caso del hombre es distinto. En esta vida tú volverás, más tarde, a tu propia gente. Eso casi lo podré soportar, porque estaré muerta. Pero cuando mueras tú serás llevado a un sitio extraño y a un paraíso que yo no conozco.

—¿Estaré en el paraíso?

—Sin duda, porque, ¿quién querría hacerte daño? Pero nosotros dos, yo y el niño, estaremos en otro lugar y no podremos ir a ti, ni tú podrás venir a nosotros. En los primeros tiempos, antes de nacer el niño, no pensaba en estas cosas, pero ahora pienso en ellas siempre. Es un tema muy duro.

—Será como tenga que ser. No conocemos el mañana, pero conocemos bien el hoy y el amor. Es seguro que ahora somos felices.

—Tan felices que bien estaría que hiciésemos algo por asegurar nuestra felicidad. Tu *Beebee Miriam* debería escucharme, porque también ella es mujer. ¡Pero entonces ella me tendrá envidia! No es decoroso que los hombres adoren a una mujer.

Holden soltó una carcajada ante el pequeño ataque de celos de Amira.

—¿No es decoroso? ¿Por qué no me has impedido que te adore a ti, pues?

—¡Tú un adorador! ¿Y un adorador mío? Mi rey, a pesar de tus dulces palabras, bien sé que soy tu sierva, tu esclava y el polvo que hay bajo tus pies. Y no querría que fuese de otra manera. ¡Mira!

Antes que Holden pudiese evitarlo, ella se inclinó para tocarle los pies; tras incorporarse con una risa breve, Amira estrechó más cerca de su pecho a Tota. De inmediato, casi con salvajismo:

—¿Es verdad que las descaradas *mem-log* blancas viven una vida tres veces más larga que la mía? ¿Es verdad que no se casan antes de ser viejas?

—Se casan como otras…, cuando son mujeres.

—Lo sé, pero se casan a los veinticinco, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—*¡Ya illab!* ¡A los veinticinco! ¿Quién puede haber que por su propia voluntad tome una esposa aun de dieciocho? Es una mujer…, que envejece a cada hora. ¡Veinticinco! Yo seré una vieja a esa edad y… Esas *mem-log* se mantienen jóvenes por siempre. ¡Cuánto las odio!

—¿Qué tienen que ver con nosotros?

—No lo sé. Sólo sé que ahora puede estar viva sobre esta tierra una mujer diez años mayor que yo que puede llegar a ti y llevarse tu amor diez años después que yo sea una mujer vieja, con la cabeza gris, y cuide del hijo de Tota. Es injusto y perverso. Ellas también tendrían que morir.

—Vaya, aunque hables tanto de la edad, tú eres una niña y debes ser llevada en brazos escaleras abajo.

—¡Tota! ¡Ten cuidado con Tota, mi señor! ¡Eres tan bobo como un niño! —Amira protegió a Tota de todo daño junto al hueco de su cuello, y fue llevada escaleras abajo, riendo, en los brazos de Holden, en tanto que Tota abría sus ojos y sonreía como lo hacen los querubines.

Era un niño tranquilo y casi antes que Holden pudiera darse cuenta de que el pequeño estaba en el mundo, se convirtió en un diminuto dios dorado y en el déspota indiscutido de la casa que dominaba la ciudad. Aquellos fueron meses de felicidad absoluta para Holden y Amira, una felicidad apartada del mundo, cerrada tras el portal de madera que custodiaba Pir Khan. Durante el día Holden realizaba sus tareas con una inmensa lástima por aquellos que no eran tan afortunados como él, y con tal simpatía por los niños que asombraba y divertía a muchas madres en las reuniones de la pequeña guarnición. Por la noche volvía junto a Amira; Amira, que abundaba en las proezas de Tota: cómo le había visto dar palmadas y mover los dedos con intención decidida —lo que sin duda era un milagro—, y cómo, después, por su propia iniciativa, el niño se había deslizado de su cama baja hasta el suelo y se había mantenido de pie durante el espacio de tres inspiraciones.

—Y fueron tres inspiraciones largas, porque mi corazón se había paralizado de gusto —dijo Amira.

Más tarde Tota llevó a los animales a sus concilios: los bueyes del pozo, las pequeñas ardillas grises, la mangosta que vivía en un agujero, cerca del pozo, y en especial Mian Mittu, el loro, de cuya cola tiraba haciéndole daño, por lo que Mian Mittu chillaba hasta que llegaban Amira y Holden.

—¡Ah, villano! ¡Hijo de la fuerza! ¡Esto le haces a tu hermano de la azotea! *¡Tobah! ¡Tobah!* ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Pero yo sé un ensalmo para volverle tan sabio como Suleimán y Aflatún (Salomón y Platón). Fíjate —dijo Amira antes de sacar de una bolsa bordada un puñado de almendras—. ¡Fíjate! Contamos siete. ¡En el nombre de Dios!

Puso a Mian Mittu, muy irritado y desgreñado, sobre el techo de su jaula y, tras sentarse entre el niño y el ave, partió y peló una almendra no tan blanca como sus dientes.

—Esto es un ensalmo de verdad, y no te rías. ¡Mira! Le doy al loro una mitad y a Tota la otra.

Mian Mittu, con un pico prudente cogió su parte de los labios de Amira y ella, con un beso, puso la otra en la boca del niño, que la comió despacio, mientras la curiosidad se reflejaba en sus ojos.

—Haré esto cada día durante siete y sin duda este que es nuestro será un orador osado y sabio. Eh, Tota, ¿qué serás tú cuando seas un hombre y yo una vieja de pelo gris? —Tota dobló sus piernas regordetas en pliegues adorables. Podía gatear, pero no pensaba malgastar la energía de su juventud en charla inútil. Quería tirar de la cola de Mian Mittu.

Cuando fue ascendido a la dignidad de un cinturón de plata —que, con un cuadrado mágico grabado sobre plata y colgado de su cuello, conformaba la mayor parte de su vestido—, inició tambaleando un viaje peligroso hacia el jardín de Pir Khan y ofreció al anciano todas sus joyas a cambio de un breve paseo a lomos del caballo de Holden, en vista de que su madre regateaba con unos buhoneros en la galería. Pir Khan dejó caer unas lágrimas y puso aquellos piececitos novatos sobre su cabeza gris como signo de fidelidad, y devolvió al osado aventurero a los brazos de su madre, augurando que Tota sería jefe de hombres antes que le creciera la barba.

Una noche calurosa, mientras se hallaba sentado entre su padre y su madre en la azotea, observando la guerra inacabable de las cometas que remontaban los niños de la ciudad, pidió una cometa propia y que Pir Khan se la remontara, porque tenía miedo de manejar algo que fuese mayor que él; cuando Holden le llamó «señorito», se puso de pie y respondió con lentitud, defendiendo su individualidad recién descubierta: «*Hum'park nahin hai. Hum admi hai*». (No soy un señorito, soy un hombre).

La protesta hizo que Holden se atragantara, y le llevó a pensar muy seriamente en el futuro de Tota. No tendría por qué

haberse tomado la molestia. El deleite de esa vida era demasiado perfecto para durar. De modo que fue disipado como tantas cosas lo son en India: de pronto y sin advertencia previa. El pequeño señor de la casa, como Pir Khan le llamaba, empezó a ponerse triste y se quejó de dolores, él, que nunca antes supiera el significado de la palabra dolor. Amira, enloquecida de terror, le veló una noche; al amanecer del segundo día, la vida le fue arrebatada por los espasmos de la fiebre: la fiebre de otoño. Parecía absolutamente imposible que el niño pudiese morir, y ni Amira ni Holden creyeron en un primer momento en la evidencia del cuerpecito que yacía sobre la cama. Entonces Amira golpeó la cabeza contra la pared, y se hubiera arrojado al pozo del jardín si Holden no se lo hubiese impedido a viva fuerza.

Una única merced le fue otorgada a Holden. Galopó hasta su oficina a plena luz del día y se halló con que le esperaba un correo de volumen inusual, que le exigió concentrar su atención y trabajar duro. Sin embargo, no era consciente de esa gracia de los dioses.

III

El primer impacto de un proyectil no es más que una punzada viva. El cuerpo herido no envía su protesta al alma sino al cabo de diez o quince segundos. Holden tomó conciencia de su dolor lentamente, tal como había tomado conciencia de su felicidad, y con la misma necesidad imperiosa de esconder todo rastro de él. Al principio sólo sintió que había habido una pérdida y que Amira necesitaba consuelo, allí, sentada, con la cabeza sobre las rodillas, temblando mientras Mian Mittu, desde el tejado, llamaba: *¡Tota! ¡Tota! ¡Tota!* Más tarde, su mundo y su vida diaria se alzaron para herirle. Era un insulto que cualquiera de los niños, por la noche, en el kiosco de la banda, estuviese vivo y bulHcioso, en tanto que su propio hijo yacía muerto. Surgía algo más que mero dolor cuando uno de ellos le tocaba, y las anécdotas que narraban los padres amantes de las últimas conquistas de sus hijos le herían en lo más hondo. No podía manifestar su dolor. No tenía ayuda, apoyo ni simpatía; y Amira, al final de cada día de fatiga, le

llevaba a través de un infierno de reproches contra ella misma, reservado para los que han perdido un niño y creen que con un poco, apenas un poco más de atención, podría haberse salvado.

—Quizá —decía Amira— no le atendí lo bastante. ¿Lo hice o no lo hice? El sol, ese día, en el terrado, cuando jugó solo tanto tiempo y yo estaba, ¡ay!, trenzándome el pelo: puede ser que ese sol haya provocado la fiebre. Si le hubiese protegido del sol, tal vez habría vivido. Pero, oh, vida mía, ¡dime que no tengo culpa! Tú sabes que yo le amaba como te amo a ti. ¡Dime que no tengo culpa o moriré… moriré!

—No tienes culpa, ante Dios lo afirmo, ninguna. Estaba escrito, ¿y cómo podíamos salvarle? Lo que tenía que suceder ha sucedido. Olvídalo, amada.

—Era todo mi corazón para mí. ¿Cómo puedo olvidar, cuando mis brazos me dicen cada noche que él no está aquí? ¡Ay! ¡Ay! ¡Oh, Tota, vuelve a mí, vuelve y haz que estemos juntos como antes!

—¡Calma! ¡Calma! Por tu propio bien, y también por el mío, si me amas, descansa.

—Por lo que dices veo que no te importa; ¿y cómo habría de importarte? Los hombres blancos tienen corazones de piedra y almas de hierro. ¡Oh, si me hubiese casado con un hombre de mi propio pueblo, aunque me pegara, y jamás hubiese comido el pan del extraño!

—¿Soy yo un extraño, madre de mi hijo?

—¿Pues qué otra cosa, sahib…? ¡Oh, perdóname, perdóname! La muerte me ha vuelto loca. Tú eres la vida de mi corazón y la luz de mis ojos y el hálito de mi vida y…, siquiera por un instante, te he alejado de mí. Si tú te marcharas, ¿a quién pediría ayuda? No te enfades. Créeme, ha sido el dolor el que ha hablado, no tu esclava.

—Lo sé, lo sé. Los que fuimos tres hoy somos dos, y por eso es mayor la necesidad de que seamos uno.

Estaban sentados en la azotea, como era su costumbre. La noche era una de las tibias de comienzos de primavera, y las luces de los relámpagos bailaban en el horizonte al ritmo

inquieto de los truenos lejanos. Amira se refugió en los brazos de Holden.

—La tierra seca muge como una vaca pidiendo lluvia y yo…, yo tengo miedo. No era así cuando contábamos las estrellas. ¿Pero tú me amas tanto como antes, aunque haya sido arrebatado nuestro lazo? ¡Responde!

—Te amo más, porque un nuevo lazo ha surgido de la pena que hemos soportado juntos, y tú lo sabes.

—Sí, lo sabía —dijo Amira en un susurro inaudible—. Pero es bueno oír que lo dices tú, mi vida, que eres tan fuerte apoyo. Ya no seré una niña, sino una mujer y una ayuda para ti. ¡Escucha! Dame mi sitar y cantaré con valor.

Cogió el sitar incrustado de plata y comenzó una canción sobre el rajá Rasalu, un gran héroe. La mano desfalleció sobre las cuerdas, la melodía, contenida, se apagó y, al sonar una nota baja, se convirtió en la pobre cancioncilla de cuna del cuervo perverso:

Y las ciruelas silvestres

en la selva crecerán,

sólo a un penique la libra,

baba, un…

Entonces llegaron las lágrimas, y la rebelión lastimosa contra el destino, hasta que se durmió, gimiendo apenas en su sueño, con el brazo derecho apartado del cuerpo, como si protegiese algo que no estaba allí. Fue después de esa noche cuando la vida se volvió un poco más fácil para Holden. El dolor perpetuo de la pérdida le llevó a su trabajo y el trabajo le compensó llenándole la mente nueve o diez horas al día. Amira permanecía sola en la casa, y llena de preocupación, pero comenzó a sentirse más feliz cuando hubo comprendido que Holden estaba mejor de ese modo, tal como es costumbre entre las mujeres. Volvieron a acercarse a la felicidad, pero esta vez con cautela.

—Porque le amábamos ha muerto Tota. Los celos de Dios cayeron sobre nosotros —decía Amira—. He colgado una gran jarra negra junto a la ventana para apartar de nosotros el mal

de ojo, y no hemos de dejar oír protestas de deleite, sino que marcharemos con sigilo bajo las estrellas, para que Dios no advierta nuestra existencia. ¿Acaso no digo bien, inútil mío?

Había puesto el acento en la palabra que equivalía a «amado», en prueba de la sinceridad de su empeño. Pero el beso que siguió al nuevo bautismo era algo que cualquier deidad podría haber envidiado. Desde aquel momento en adelante continuaron diciendo: «No es nada, no es nada»; esperaban que todas las Potencias les oyeran.

Las Potencias estaban ocupadas en otras cosas. Habían permitido que treinta millones de personas gozaran de cuatro años de abundancia, gracias a la cual los hombres comieron bien y las cosechas fueron seguras, y la tasa de natalidad crecía año tras año; los distritos calculaban una población puramente agrícola que variaba entre novecientos y dos mil habitantes por milla cuadrada de unas tierras superpobladas; y el diputado por Lower Tooting, que se paseaba por la India de chistera y levita, hablando con enjundia de los beneficios del dominio británico, sugirió como única necesidad el establecimiento de un sistema electoral de adecuada cualificación y una aplicación general del privilegio. Sus sufridos anfitriones sonreían y le daban la bienvenida, y cuando él se detuvo para admirar, con palabras bellas y escogidas, las flores rojo sangre del árbol del *dhak*, que se habían abierto fuera de época como signo de lo que habría de venir, ellos sonrieron más que nunca.

Fue el delegado del Gobierno en Kot-Kumharsen, que se alojó en el club por una noche, quien relató, con ligereza, algo que heló la sangre de Holden cuando entreoyó el final.

—Ya no molestará a nadie jamás. Nunca he visto a un hombre tan asombrado en mi vida. Por Júpiter, creí que iba a plantear una interpelación en el Parlamento por ese tema. A un pasajero que viajaba en el mismo barco, que cenó a su lado, se le declaró el cólera y murió en dieciocho horas. No hay por qué reírse, amigos. El diputado por Lower Tooting está lleno de ira por esto, pero su miedo es aún mayor. Creo que va a sacar su esclarecida persona de la India.

—Yo daría lo que pudiese para que se lo cogiera él. Eso mantendría dentro de su propia parroquia a los que, como él, parecen miembros de la junta parroquial. ¿Pero qué es esto del cólera? Es demasiado pronto para que se produzca algo de esa clase —dijo el encargado de unas salinas improductivas.

—No lo sé —dijo reflexivamente el delegado del Gobierno—. Tenemos langostas. Hay cólera esporádico en todo el norte, al menos lo llamamos esporádico por aquello de la decencia. Los sembrados de primavera apenas han crecido en cinco distritos, y al parecer no hay quien sepa por dónde andan las lluvias. Ya casi estamos en marzo. No quiero asustar a nadie, pero me parece que la naturaleza va a revisar sus cuentas con un gran lápiz rojo este verano.

—¡Justo ahora que quería tomarme mi permiso! —dijo una voz al otro lado del salón.

—No habrá muchos permisos este año, pero sí habrá una buena cantidad de promociones. He venido para persuadir al Gobierno de que ponga mi canal predilecto en la lista de los trabajos contra el hambre. No es bueno lo que nada aporta. Por fin tendré construido ese canal.

—¿Se trata del antiguo programa entonces —dijo Holden—, hambre, fiebre y cólera?

—Oh, no. Sólo escasez en ciertas comarcas y una generalización desacostumbrada de las enfermedades estacionales. Lo verás en todos los informes, si vives hasta el año próximo. Tú eres un chico afortunado. *Tú* no tienes una esposa a la que debas alejar del peligro. Las guarniciones de la montaña tendrán que estar llenas de mujeres este año.

—Me parece que eres proclive a exagerar las habladurías de los mercados —dijo un joven civil que trabajaba en la Secretaría—. He observado…

—Me figuro que lo has hecho —dijo el delegado del Gobierno —, pero tienes que observar muchas cosas más, hijo mío. Mientras tanto, yo quisiera hacerte una observación a ti… —y se lo llevó aparte para hablar de la construcción del canal que era tan preciado para él.

Holden volvió a su bungalow y comenzó a comprender que no estaba solo en el mundo y que también temía por otra persona: el más dulce de los miedos que conoce el alma humana.

Dos meses después, como presagiara el delegado, la naturaleza comenzó a revisar sus cuentas con un lápiz rojo. Por detrás de las siegas de primavera llegó un clamor que pedía pan, y el Gobierno, que había decretado que nadie debía morir de indigencia, envió cereales. Después llegó el cólera desde todos los puntos cardinales. Estalló entre medio millón de peregrinos reunidos en un templo sagrado. Muchos murieron a los pies de su dios; los demás sintieron pánico y huyeron hacia todos los rincones del país, llevando consigo la peste, que se abatió sobre una ciudad amurallada, donde mató a doscientas personas por día. La gente se aglomeraba en los trenes, colgándose de las plataformas, acuclillándose en los techos de los vagones, y el cólera seguía a la muchedumbre, porque en cada estación sacaban a rastras a muertos y moribundos. Morían junto a las carreteras, y los caballos de los ingleses se encabritaban al ver los cadáveres entre la hierba. Las lluvias no llegaron, y la tierra se convertía en hierro para que el hombre no escapara de la muerte ocultándose en ella. Los ingleses enviaron a sus mujeres a las montañas y continuaron con su trabajo, presentándose cuando eran convocados para llenar las brechas de la línea de combate. Holden, enfermo del terror de perder su mayor tesoro en este mundo, había hecho todo lo posible para persuadir a Amira de que debía marcharse con su madre al Himalaya.

—¿Por qué tengo que ir? —preguntó ella una noche, en la azotea.

—Hay peste y la gente se muere: todas las *memlog* blancas se han marchado.

—¿Todas?

—Todas, tal vez con la excepción de alguna cabezota que se ha quedado, corriendo peligro de muerte, para angustiar el corazón de su marido.

—No digas eso. La que se ha quedado es mi hermana, y tú no debes hablar mal de ella, porque también yo seré una cabezota.

Me alegro de que todas las *mem-log* descaradas se hayan marchado.

—¿Hablo con una mujer o con una niña? Ve a las montañas y yo me ocuparé de que vayas como la hija de un rey. Piénsalo, pequeña. En un coche laqueado de rojo, tirado por bueyes, con velos y cortinas, con pavos de latón en la vara y colgaduras rojas. Enviaré a dos asistentes como guardias y…

—¡Calma! Tú eres el niño cuando hablas así. ¿De qué me valdrían todos esos juguetes? *Él* hubiese palmeado a los bueyes y jugado con los adornos. Por su bien, quizá —contigo me he vuelto muy inglesa—; hubiese podido ir. Ahora no lo haré. Deja que huyanlas *mem-log*.

—Sus maridos las mandan, amada mía.

—Bien dicho. ¿Desde cuándo eres mi marido para decirme lo que debo hacer? Sólo te he dado un hijo. Tú eres el único anhelo de mi alma para mí. ¿Cómo podría partir cuando sé que si te pasase algo malo, aunque no fuese mayor que la uña de mi meñique —¿verdad que es pequeña?—, yo lo sabría aunque estuviera en el paraíso? Y aquí, este verano, tú puedes morir, ¡*ai, janee*, morir! Y si estuvieras moribundo podrán pedir a una mujer blanca que te atienda, y ella me robaría al fin tu amor.

—¡Pero el amor no nace en un instante ni en el lecho de muerte!

—¿Qué sabes tú de amor, corazón de piedra? Al menos ella recibiría tu agradecimiento y, por Dios, por el Profeta y por *Beebee Miriam*, la madre de tu Profeta, que no lo soportaré jamás. Mi señor y mi amor, dejemos para siempre esta bobada de hablar de marcharme. Donde tú estés, estoy yo. Es bastante —le puso un brazo alrededor del cuello y una mano sobre la boca.

No hay muchas felicidades tan completas como las que se arrebatan bajo la sombra de la espada. Estaban juntos y reían, sin empacho se decían cada uno de los nombres cariñosos que podían mover la ira de los dioses. La ciudad, a sus pies, estaba encerrada en sus propios tormentos. Llamaradas sulfúricas ardían en las calles; en los templos hindúes, las cúpulas

vociferaban y bramaban, porque en esos días los dioses estaban desatentos. Hubo un servicio en el gran santuario mahometano, y la llamada a la plegaria se elevaba casi sin cesar desde los minaretes. Oían los gemidos que llegaban desde las casas de los muertos y, una vez, el alarido de una madre que había perdido un hijo y lloraba para que volviese. En el amanecer gris veían a los muertos, llevados fuera de las puertas de la ciudad, cada litera acompañada por su propio pequeño grupo de plañideras. Ante aquello, se besaron estremecidos.

Fue una revisión de cuentas roja y pesada, porque la tierra estaba muy enferma, y necesitaba algo de espacio para respirar antes que el torrente de vida fácil volviese a fluir. Los hijos de padres inmaduros y madres no desarrolladas no presentaron resistencia. Estaban amedrentados e inmóviles, aguardando que la espada volviese a la vaina en noviembre, si así estaba escrito. Hubo brechas entre los ingleses, pero fueron cubiertas. La tarea de controlar el reparto de alimentos, de atender los refugios para enfermos, de distribuir medicinas y de brindar las pocas ayudas sanitarias posibles siguió adelante porque así estaba mandado.

Holden había recibido orden de estar preparado para partir en reemplazo del próximo hombre que cayese. Cada día, durante doce horas, no podía ver a Amira, y ella podía morir en tres. Se preguntaba qué terrible dolor hubiese experimentado de no poder verla en tres meses, o de morir ella sin que él la viese. Estaba absolutamente seguro de que su muerte estaba escrita. Tan seguro que, cuando alzó los ojos del telegrama y vio a Pir Khan sin aliento en el umbral, se echó a reír a carcajadas.

—¿Y? —dijo.

—Cuando se oye un grito en la noche y el espíritu palpita en la garganta, ¿quién tiene un hechizo que sea capaz de curar? ¡Ven deprisa, hijo del cielo! Es el cólera negro.

Holden fue a su casa al galope. El firmamento estaba cargado de nubes porque las lluvias, tanto tiempo demoradas, estaban cercanas, y el calor era sofocante. La madre de Amira le esperaba en el patio, sollozando.

—Se muere. Se deja morir. Está casi muerta. ¿Qué he de hacer, sahib?

Amira yacía en la habitación en que había nacido Tota. No dio ninguna señal cuando entró Holden, porque el alma humana es algo muy solitario y, cuando se apresta a marcharse, se oculta a sí misma en una tierra fronteriza cubierta de bruma, a la que los vivos no pueden seguirla. El cólera negro hace su trabajo con calma y sin explicaciones. Amira era arrojada fuera de la vida como si el Ángel de la Muerte hubiese puesto su mano sobre ella. La respiración agitada parecía probar que ella tenía miedo o que sufría, pero ni los ojos ni la boca daban respuesta a los besos de Holden. Nada se podía decir ni hacer. Holden sólo podía esperar y sufrir. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el techo y él oyó los gritos de alegría en la ciudad agostada.

El alma reapareció apenas y los labios se movieron. Holden se inclinó para oír.

—No guardes nada mío —dijo Amira—. No cortes un mechón de mi cabeza. *Ella* te obligaría a quemarlo más adelante. Yo sentiría esa llama. ¡Acércate! ¡Acércate más! Recuerda sólo que he sido tuya y te di un hijo. Aunque te casaras mañana con una mujer blanca, el placer de haber recibido en tus brazos tu primer hijo te ha sido arrebatado para siempre. Recuérdame cuando nazca tu hijo, el que llevará tu nombre ante todos. Doy testimonio…, doy testimonio —los labios formaban las palabras en el oído de Holden— de que no existe más Dios que tú, amado.

Entonces murió. Holden se quedó sentado, y todo pensamiento huyó de él…, hasta que oyó que la madre de Amira alzaba la cortina.

—¿Ha muerto, sahib?

—Ha muerto.

—En tal caso, haré el duelo y después prepararé un inventario de los muebles de esta casa. Porque ha de ser mía. ¿El sahib no pensará ocuparla? Es muy pequeña, tan pequeña, sahib, y yo soy una mujer vieja. Me gustaría tener donde descansar con comodidad.

—Por el amor de Dios, cállate un rato. Vete afuera y laméntate donde yo no pueda oírte.

—Sahib, la enterrarán dentro de cuatro horas.

—Conozco la costumbre. Me marcharé antes que se la lleven. Ese asunto queda en tus manos. Ocúpate de que esa cama sobre la que…, sobre la que yace ella…

—¡Ah, la bonita cama laqueada de rojo! Hace mucho que deseo…

—Que esa cama quede aquí hasta que yo disponga de ella. Todo lo demás que hay en la casa es tuyo. Alquila un carro, llévate todo, vete de aquí, y antes del amanecer que no quede en esta casa salvo lo que te he ordenado respetar.

—Soy una vieja. Quisiera quedarme al menos durante los días de luto, y han empezado las lluvias. ¿Adonde iré?

—¿Qué me importa eso? Mi orden es que has de marcharte. Ló que hay en la casa vale mil rupias y mi asistente te traerá cien rupias esta noche.

—Eso es muy poco. Piensa en el alquiler del carro.

—Será nada si no te marchas, y a toda velocidad. ¡Mujer, sal de aquí y déjame con mi muerta!

La madre se arrastró escaleras abajo y, en su ansiedad por saber cuánto era lo que le quedaba, olvidó su duelo. Holden permaneció junto a Amira, y la lluvia rugía sobre el terrado. No podía pensar de forma conexa por el ruido, aunque lo intentó varias veces. Después, cuatro fantasmas blancos se deslizaron chorreando agua en la habitación, y le observaron a través de sus velos. Eran las que lavaban a los muertos. Holden abandonó la habitación y fue en busca de su caballo. Había llegado en medio de una calma muerta y agobiante, de un polvo que le cubría los tobillos. Encontró que el patio era una charca azotada por la lluvia, viva de ranas; un torrente de agua amarilla corría por debajo del portal, y un viento rugiente estrellaba las flechas de la lluvia, como si fuesen perdigones, contra los muros de adobe. Pir Khan estaba temblando en su pequeña caseta junto al portal, y el caballo piafaba, incómodo, en medio del agua.

—Me han comunicado la orden del sahib —dijo Pir Khan—. Está bien. Esta casa está desolada ahora. También yo me iré, porque mi cara de mono sería un recuerdo de lo que ha sido. Con respecto a la cama, yo la llevaré a tu casa mañana por la mañana. Pero recuerda, sahib, para ti será un cuchillo que se remueva en una herida fresca. Haré un peregrinaje y no llevaré dinero. Me he vuelto gordo bajo la protección de la presencia cuya pena es mi pena. Por última vez te sostengo el estribo.

Tocó el pie de Holden con las dos manos, y el caballo saltó a la calle, donde los bambúes rechinaban, azotando el cielo, y todas las ranas parecían reír. Holden no veía por la lluvia que le tapaba la cara. Se llevó las manos a los ojos y murmuró:

—¡Oh, qué bruto! ¡Eres un verdadero bruto!

La noticia de su desgracia ya estaba en su bungalow. Leyó que se sabía en los ojos del mayordomo, cuando Ahmed Khan le llevó la comida y, por primera y última vez en su vida, puso una mano sobre el hombro de su amo diciendo:

—Come, sahib, come. La carne es buena contra el dolor. Yo también lo he conocido. Además, las sombras vienen y van, sahib, las sombras vienen y van. Aquí tienes huevos al curry.

Holden no pudo comer ni dormir. Los cielos enviaron ocho pulgadas de lluvia esa noche, y dejaron limpia la tierra. Las aguas echaron abajo los muros, rompieron carreteras y pusieron al descubierto las tumbas poco profundas del cementerio musulmán. Durante todo el día siguiente llovió, y Holden, sentado en su casa, consideraba su pena. A la mañana del tercer día recibió un telegrama que tan sólo decía: «Ricketts, Myndonie. Moribundo. Holden sustituto. Inmediato». Entonces pensó que antes de partir quería echar una mirada a la casa en la que había sido amo y señor. Se produjo un claro; la tierra maloliente exhalaba sus vapores.

Observó que las lluvias habían derribado los pilares de barro de la entrada y la pesada puerta de madera que guardara su vida colgaba, con indolencia, de un gozne. Había una hierba de tres pulgadas de altura en el patio; el refugio de Pir Khan estaba vacío y la paja empapada pendía entre las vigas. Una ardilla gris se había apropiado de la galería, como si la casa

hubiese estado deshabitada durante treinta años y no durante tres días. La madre de Amira se había llevado todo, con excepción de alguna alfombra mohosa. El tic-tic de pequeños escorpiones que corrían por el suelo era el único sonido en toda la casa. El cuarto de Amira y el otro, en que Tota había vivido, estaban llenos de moho, y la estrecha escalera que subía al terrado estaba manchada con el barro traído por la lluvia. Holden vio todo aquello y salió para encontrarse en la calle con Durga Dass, el propietario: robusto, afable, vestido de muselina blanca, en una calesa. Estaba inspeccionando su propiedad para ver qué tal habían aguantado los techos ante la fuerza de las primeras lluvias.

—Me han dicho, sahib —dijo—, que ya no conservarás esta casa.

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Tal vez vuelva a alquilarla.

—Entonces la mantendré mientras estés fuera.

Durga Dass permaneció en silencio por unos momentos.

—No debes conservarla, sahib —dijo—. Cuando era joven yo también…, pero hoy soy un miembro del ayuntamiento. ¡Jo! ¡Jo! No. ¿Para qué conservar el nido cuando los pájaros han volado? La haré derribar. Por la madera siempre te dan algo. Será derribada, y el ayuntamiento abrirá una calle por el medio, porque eso es lo que quieren, desde el crematorio hasta la muralla de la ciudad, de modo que no habrá hombre que pueda decir dónde se alzó esta casa.

AL FINAL DEL CALLEJÓN

Rojas son nuestras caras y plomo es el cielo,
de par en par las puertas del infierno,
y sus vientos furiosos están sueltos;
sube el polvo a la faz del firmamento
y bajan las nubes, sudario ardiendo,
peso al subir y duras al posarse.
El alma humana pierde su alimento,
lejos de la pequeñez y el esfuerzo,
dolido el corazón, enfermo el cuerpo,
como polvo de un sudario se echa al vuelo
el alma, que se aparta de su carne,
como el cuerno del cólera, en su estruendo.
Himalayo

CUATRO hombres, cada uno con derecho «a la vida, a la libertad y a la conquista del bienestar», jugaban al *whist* sentados a una mesa. El termómetro señalaba —para ellos— ciento un grados de temperatura. La habitación estaba tan oscurecida que apenas era posible distinguir los puntos de las cartas y las pálidas caras de los jugadores. Un *punkah* viejo, roto, de calicó blanco removía el aire caliente y chirriaba, lúgubre, a cada movimiento. Fuera reinaba la lobreguez de un día londinense de noviembre. No había cielo ni sol ni horizonte: nada que no fuese una calina marrón y púrpura. Era como si la tierra se estuviese muriendo de apoplejía.

De vez en cuando, del suelo se alzaban nubes de polvo rojizo, sin viento ni advertencia, que, como si fueran manteles, se lanzaban sobre las copas de los árboles resecos para bajar después. Entonces un polvo demoníaco y arremolinado se precipitaba por la llanura a lo largo de un par de millas, se quebraba y caía, aun cuando nada había que le impidiese volar, excepto una larga hilera de traviesas de ferrocarril blanqueadas

por el polvo, un racimo de cabañas de adobe, raíles condenados y lonas, y un único bungalow bajo, de cuatro habitaciones, que pertenecía al ingeniero ayudante a cargo de la sección de la línea del estado de Gaudhari, por entonces en construcción.

Los cuatro, desnudos bajo sus pijamas ligerísimos, jugaban al *whist* con mal talante, discutiendo acerca de quién era mano y quién devolvía. No era un *whist* óptimo, pero se habían tomado cierto trabajo para llegar hasta allí. Mottram, del Servicio Indio de Topografía, desde la noche anterior, había cabalgado treinta millas y recorrido en tren otras cien más desde su puesto solitario en el desierto; Lowndes, del Servicio Civil, que llevaba a cabo una tarea especial en el departamento político, había logrado escapar por un instante de las intrigas miserables de un estado nativo empobrecido, cuyo soberano ya adulaba, ya vociferaba para obtener más dinero que el aportado por los lamentables tributos de labriegos exprimidos y criadores de camellos desesperados; Spurstow, el médico del ferrocarril, había dejado que un campamento de culis azotado por el cólera se cuidara por sí mismo durante cuarenta y ocho horas mientras él, una vez más, se unía a los blancos. Hummil, el ingeniero ayudante, era el anfitrión. No se arredraba y recibía a sus amigos cada sábado, si podían acudir. Cuando uno de ellos no lograba llegar, el ingeniero enviaba un telegrama a su última dirección, a fin de saber si el ausente estaba muerto o con vida. Hay muchos lugares en Oriente donde no es bueno ni considerado permitir que tus amistades se pierdan de vista ni aun durante una breve semana.

Los jugadores no tenían conciencia de que existiese un especial afecto mutuo. Discutían en cuanto estaban juntos, pero experimentaban un deseo ardiente de verse, tal como los hombres que no tienen agua desean beber. Eran personas solitarias que conocían el significado terrible de la soledad. Todos tenían menos de treinta años: una edad demasiado temprana para que un hombre posea ese conocimiento.

—*¿Pilsener?* —dijo Spurstow, después de la segunda mano, secándose la frente.

—No queda cerveza, lo siento, y apenas si hay soda para esta noche —dijo Hummil.

—¡Qué organización tan lamentable! —rezongó Spurstow.

—No tiene remedio. He escrito y telegrafiado, pero los trenes todavía no llegan con regularidad. La semana pasada se acabó el hielo, como bien lo sabe Lowndes.

—Me alegra no haber venido. Sin embargo, podría haberte enviado un poco, si lo hubiese sabido. ¡Uf! Hace demasiado calor para estar jugando tan poco científicamente —dijo eso con una expresión de burla salvaje contra Lowndes, que sólo rió. Era difícil agraviarle.

Mottram se apartó de la mesa y echó una mirada por una hendí ja del postigo.

—¡Qué día tan bonito! —dijo.

Sus compañeros bostezaron todos a la vez y se dedicaron a una investigación sin objetivo de todas las posesiones de Hummil: armas, novelas viejas, guarniciones, espuelas y cosas similares. Las habían manoseado docenas de veces antes, pero por cierto que no había nada más que hacer.

—¿Has recibido algo nuevo? —dijo Lowndes.

—La *Gazette of India* de la semana pasada y un recorte de un periódico inglés. Mi padre me lo ha enviado; es bastante divertido.

—Otra vez uno de esos remilgados que se llaman a sí mismos miembros del Parlamento, ¿verdad? —dijo Spurstow que leía los periódicos cuando podía conseguirlos.

—Sí. Escuchad esto. Se refiere a tu zona, Lowndes. El hombre estaba diciendo un discurso a sus votantes y exageró. Aquí hay un ejemplo: «Y afirmo sin vacilaciones que la Administración en India es la reserva, la más preciada de las reservas, de la aristocracia inglesa. ¿Qué obtiene la democracia, qué obtienen las masas, de ese país que, paso a paso, nos hemos anexado de modo fraudulento? Yo respondo: nada, absolutamente nada. Es cultivado por los vástagos de la aristocracia con el ojo puesto tan sólo en sus propios intereses. Ellos se toman buen trabajo para mantener su espléndida escala de ingresos, para evitar o

sofocar cualquier investigación sobre la índole y el comportamiento de sus administraciones, en tanto que ellos mismos obligan al labriego desgraciado a pagar con el sudor de su frente todo el lujo en que se sumergen». —Hummil agitó el recorte por encima de su cabeza.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dijeron sus oyentes.

Entonces Lowndes, meditabundo, dijo:

—Daría…, daría tres meses de mi paga para conseguir que ese caballero pásase un mes conmigo y viera cómo hace las cosas un príncipe nativo libre e independiente. El viejo Timbersides —ése era el apelativo irrespetuoso de un honrado y condecorado príncipe feudal— me ha hecho la vida imposible la semana pasada pidiéndome dinero. ¡Por Júpiter! ¡Su última proeza ha sido enviarme a una de sus mujeres como soborno!

—¡Mejor para ti! ¿Aceptaste? —dijo Mottram.

—No, pero ahora pienso que tendría que haberlo hecho. Era una personita muy guapa, que no paró de contarme cuentos sobre la indigencia horrible que hay entre las mujeres del rey. Esos encantos hace casi un mes que no se compran ningún vestido nuevo, mientras el viejo quiere comprarse una carrindanga nueva en Calcuta, con adornos de plata maciza y faros de plata y chucherías de esa clase. He procurado hacerle entender que ya se ha jugado el desempate con los ingresos de los últimos veinte años y tiene que ir despacio. Es incapaz de comprenderlo.

—Pero tiene las cámaras del tesoro familiar para seguir adelante. Ha de haber por lo menos tres millones en joyas y monedas debajo de su palacio —dijo Hummil.

—¡Encuentra tú a un rey nativo que perturbe su tesoro familiar! Los sacerdotes lo prohíben, como no sea a modo de recurso extremo. El viejo Timbersides ha sumado algo así como un cuarto de millón al depósito a lo largo de su reinado.

—¿De dónde sale la cosa? —dijo Mottram.

—Del pueblo. La situación de la gente bastaría para ponerte enfermo. He visto recaudadores que esperaban a que una camella lechera pariese su cría para llevarse a la madre como

pago por atrasos. ¿Y yo qué puedo hacer? No consigo que los empleados judiciales me entreguen ninguna cuenta; no le arrancoás que una sonrisa tonta al comandante en jefe cuando descubro que los soldados no cobran sus pagas desde hace tres meses, y el viejo Timbersides se echa a llorar cuando le hablo. Se ha dado a la bebida cómo un rey: coñac por whisky y Heidsieck en lugar de soda.

—Lo mismo que toma el Rao de Jubela. Hasta un nativo es incapaz de resistirlo por mucho tiempo —dijo Spurstow—. Se va a morir.

—Y estará bien. Después, me figuro, habrá un consejo de regencia, un tutor del joven príncipe, y se le devolverá su reino con lo acumulado en diez años.

—Con lo cual el joven príncipe, tras haber adquirido todos los vicios de los ingleses, jugará a hacer rebotes en el agua con el dinero, y en dieciocho meses destruirá el trabajo de diez años. Ya he visto esto mismo antes —dijo Spurstow—. Si estuviese en tu lugar, Lowndes, yo manejaría al rey con mano suave. Te odiarán lo bastante en cualquier caso.

—Eso está bien. El hombre que mira de lejos puede hablar de mano suave; pero no puedes limpiar la pocilga con una pluma mojada en agua de rosas. Sé cuáles son mis riesgos, aunque nada ha ocurrido aún. Mi sirviente es un viejo patán y me prepara la comida. Es difícil que quieran sobornarle y yo no acepto comestibles de mis verdaderos amigos, como ellos se denominan a sí mismos. ¡Oh, es un trabajo pesado! Más me gustaría estar contigo, Spurstow. Hay caza cerca de tu campamento.

—¿De veras? Creo que no. Unas quince muertes por día no inducen a un hombre a disparar contra otra cosa que no sea él mismo. Y lo peor es que esos pobres diablos te miran como si debieses salvarles. Sabe Dios que lo he intentado todo. Mi última prueba ha sido empírica, pero le salvó la vida a un viejo. Me lo trajeron aparentemente desahuciado, y le di ginebra con salsa de Worcester y cayena. Se curó con eso, pero no lo recomiendo.

—¿Cuál es el tratamiento, en general? —dijo Hummil.

—Muy sencillo, por cierto. *Clorodine*, un comprimido de opio, *clorodine*, un colapso, nitrato, ladrillos en los pies y a continuación… la pira funeraria. Esto último parece ser lo único que termina con el problema. Se trata del cólera negro, ya sabéis. ¡Pobres diablos! Pero he de reconocer que Bunsee Lal, mi boticario, trabaja como un condenado. He recomendado que le asciendan si sale con vida de esto.

—¿Y qué posibilidades tienes, amigo? —dijo Mottram.

—No lo sé ni me importa demasiado; pero ya he enviado la carta. ¿Cómo te va a ti?

—Sentado ante una mesa en la tienda y escupiendo encima del sextante para enfriarlo —dijo el topógrafo—. Me lavo los ojos para evitar oftalmías, que sin duda me pillaré, y trato de lograr que un ayudante comprenda que un error de cinco grados en un ángulo no es tan pequeño como parece. Estoy completamente solo, ya sabéis, y así estaré hasta que terminen los calores.

—Hummil es un hombre de suerte —dijo Lowndes, echándose en una tumbona—. Tiene un techo de verdad, aunque la lona del techo estaba rasgada, pero aun así era un techo— sobre su cabeza. Ve un tren cada día. Puede comprar cerveza, soda y hielo cuando Dios es clemente. Tiene libros, cuadros —eran recortes del *Graphic*— y la compañía del excelente subcontratista Jevins, además del placer de recibirnos todas las semanas.

Hummil sonrió con una mueca torva.

—Sí, me figuro que soy un hombre de suerte. La de Jevins es mejor.

—¿Cómo? ¿Acaso…?

—Sí. Ha muerto. El lunes pasado.

—¿Se suicidó? —dijo Spurstow con rapidez, señalando la sospecha que estaba en la mente de todos. No había cólera en torno a la sección de Hummil. Hasta la fiebre otorga a un hombre, al menos, una semana de gracia y la muerte repentina por lo común implica el suicidio.

—No enjuicio a ningún hombre con estas temperaturas —dijo Hummil—. Supongo que le afectó el sol, porque la semana pasada, después de marcharos vosotros, se acercó a la galería y me dijo que esa noche pensaba ir a su casa, a ver a su mujer, en Market Street, Liverpool.

»Llamé al boticario para que le examinara y tratamos de acostarle. Al cabo de una hora o dos se restregó los ojos, y dijo que creía que le había dado un ataque y que esperaba no haber dicho nada poco cortés. Jevins tenía mucho interés en mejorar su situación social. Se parecía a Chucks en la forma de hablar.

—¿Y entonces?

—Entonces se fue a su bungalow y empezó a limpiar su rifle. Le dijo al sirviente que iba a cazar por la mañana. Como es natural tocó el gatillo y se disparó una bala en la cabeza… por accidente. El boticario envió un informe a mi jefe y Jevins está enterrado por allí. Te hubiera telegrafiado, Spurstow, si hubiese sido posible que hicieras algo.

—Eres un tipo especial —dijo Mottram—. Si tú mismo hubieses asesinado al hombre, no podrías haber permanecido más callado al respecto.

—¡Dios santo! ¿Qué importa? —dijo Hummil con calma—. Tengo que hacer buena parte de su trabajo de supervisión además del mío. Soy la única persona perjudicada. Jevins está fuera del tema, por puro accidente, desde luego, pero fuera al fin. El boticario iba a escribir una larga perorata sobre el suicidio. Nadie mejor que un *babu* para escribir tonterías interminables cuando se le presenta la ocasión.

—¿Por qué no has permitido que se supiera que fue un suicidio? —dijo Lowndes.

—No había ninguna prueba concluyente. En este país un hombre no tiene muchos privilegios, pero al menos hay que permitirle que haga un manejo torpe de su propio rifle. Además, algún día puede que yo necesite de un hombre que disimule algún accidente mío. Vive y deja vivir. Muere y deja morir.

—Toma un comprimido —dijo Spurstow, que había observado de cerca la cara pálida de Hummil—. Toma un comprimido y no seas borrico. Este tipo de conversación es un simple juego. De todas formas, el suicidio se desentiende de tu trabajo. Si yo fuese Job multiplicado por diez, tendría que estar tan interesado en lo que vaya a ocurrir de inmediato que me quedaría para verlo.

—¡Ah! He perdido esa curiosidad —dijo Hummil.

—¿El hígado te funciona mal? —dijo Lowndes con interés.

—No. No puedo dormir, que es peor.

—¡Por Júpiter que sí! —dijo Mottram—. A mí me ocurre de cuando en cuando, y el ataque tiene que irse por sí solo. ¿Tú qué tomas?

—Nada. ¿Para qué? No he dormido ni siquiera diez minutos desde el viernes por la mañana.

—¡Pobre muchacho! Spurstow, tú deberías ocuparte del asunto —dijo Mottram—. Ahora que lo mencionas, tus ojos están algo irritados e hinchados.

Spurstow, que no había dejado de observar a Hummil, rió con ligereza.

—Ya le arreglaré después. ¿Os parece que hace demasiado calor para salir a cabalgar?

—¿Para ir adonde? —dijo Lowndes, fatigado—. Tendremos que marcharnos a las ocho y ya cabalgaremos lo suficiente entonces. Detesto cabalgar cuando tengo que hacerlo por necesidad. ¡Cielos! ¿Qué se puede hacer por aquí?

—Empezar otra partida de *whist*, cada punto un *chick* (se supone que un *chick* equivale a ocho chelines) y un *mohur* de oro la partida —dijo Spurstow con presteza.

—Poker. La paga de un mes entero para la banca, sin Emites, y cincuenta rupias la apuesta. Alguien estará en la ruina antes que nos marchemos —dijo Lowndes.

—No puedo decir que me dé gusto arruinar a ninguno de los de esta reunión —dijo Mottram—. No es muy estimulante y es una tontería —cruzó el cuarto hacia un viejo, deteriorado y

pequeño piano de campaña, residuo del matrimonio que viviera en tiempos en el bungalow, y lo abrió.

—Hace mucho que no funciona —dijo Hummil—. Los sirvientes lo han hecho pedazos.

El piano estaba, en efecto, desafinado sin esperanzas, pero Mottram se ingenió para que las notas rebeldes llegaran a una especie de acuerdo, y de las teclas desniveladas surgió algo que podía haber sido alguna vez el fantasma de una canción popular de *music-hall*. Los hombres, desde sus tumbonas, se volvieron con evidente interés mientras Mottram aporreaba con entusiasmo cada vez mayor.

—¡Eso está bien! —dijo Lowndes—. ¡Por Júpiter! La última vez que oí esa canción fue en el 79 aproximadamente, justo antes de partir.

—¡Ah! —dijo Spurstow con orgullo—. Yo estaba en nuestra tierra en el 80 —y nombró una canción popular muy conocida por entonces.

Mottram la tocó bastante mal. Lowndes hizo una crítica y sugirió correcciones. Mottram pasó a otra cancioncilla, no de las de *music-hall* e hizo ademán de levantarse.

—Siéntate —dijo Hummil—, no sabía que la música entrara en tu composición. Sigue tocando hasta que no se te ocurra nada más. Haré que afinen el piano para la próxima vez que vengas. Toca algo alegre.

Muy simples en verdad eran las melodías que el arte de Mottram y las limitaciones del piano podían concretar, pero los hombres escuchaban con placer, y en las pausas hablaban todos a la vez de lo que habían visto u oído la última vez que habían estado en su tierra. Una densa tormenta de polvo se alzó fuera y barrió la casa, rugiendo y envolviéndola en una oscuridad asfixiante de medianoche, pero Mottram continuó sin prestar atención, y el tintineo loco llegaba a los oídos de los oyentes por encima del aleteo de la tela rota del techo.

En el silencio posterior a la tormenta, se deslizó desde las más personales canciones escocesas, que tarareaba a medias al tocar, hasta un himno vespertino.

—Domingo —dijo mientras asentía con la cabeza.

—Continúa. No te disculpes —dijo Spurstow.

Hummil se rió larga y estentóreamente.

—Tócalo, sea como sea. Hoy eres todo sorpresas. No sabía que tuvieses tal don de sarcasmo sutil. ¿Cómo es?

Mottram comenzó a tocar la melodía.

—El tiempo, al doble. Así pierdes el matiz de gratitud —dijo Hummil—. Tendría que ser como el tiempo de la *Polka del saltamontes*, así —y comenzó a cantar *prestissimo*:

Mi Dios, gloria a ti esta noche

por todas las bendiciones

de la luz.

—Esto demuestra que sentimos cuán bendecidos somos. ¿Cómo sigue?

Si de noche estoy tendido

en mi lecho, sin dormir,

que mi alma siempre tenga

su potencia puesta en ti,

y ningún sueño maligno

mi descanso turbará…

—¡Más rápido, Mottram!

Ni las fuerzas me molesten

de esa hosca oscuridad!

—¡Bah! ¡Qué viejo hipócrita eres!

—No seas borrico —dijo Lowndes—. Estás en libertad de burlarte de cualquier otra cosa, pero no te metas con ese himno. En mi cabeza se asocia con los recuerdos más sagrados…

—Tardes de verano en el campo, vidrieras, la luz que se desvanece y tú y ella juntando vuestras cabezas sobre el libro de himnos —dijo Mottram.

—Sí, y un abejorro gordo que te daba en el ojo cuando volvíais a casa. El olor del heno y una luna grande como una sombrerera encima del pajar; murciélagos, rosas, leche y mosquitos —dijo Lowndes.

—También madres. Recuerdo a mi madre cantando para hacerme dormir cuando yo era un pequeñín —dijo Spurstow.

La oscuridad había invadido el cuarto. Podían oír cómo se removía Hummil en su silla.

—Por consiguiente —dijo con malhumor—, tú cantas el himno cuando estás a siete brazas de profundidad en el infierno. Es un insulto a la inteligencia de la divinidad pretender que somos algo más que rebeldes torturados.

—Toma *dos* comprimidos —dijo Spurstow—, es un hígado torturado.

—Hummil, el que siempre se muestra plácido, hoy está de mal humor. Lo siento por sus culis, mañana —dijo Lowndes, mientras los sirvientes traían las luces y preparaban la mesa para la cena.

Cuando estaban a punto de ocupar sus puestos ante miserables chuletas de cabra y un pudín ahumado de tapioca, Spurstow aprovechó la ocasión para susurrar a Mottram: «¡Bien hecho, David!».

—Cuida de Saúl, pues —fue la respuesta.

—¿Qué estáis murmurando? —dijo Hummil, suspicaz.

—Sólo decíamos que como anfitrión eres condenadamente pobre. Este pájaro no se puede cortar —respondió Spurstow con una sonrisa dulce—. ¿Tú llamas cena a esto?

—No tiene remedio. ¿O acaso esperas un banquete?

Durante aquella comida, Hummil se aplicó con laboriosidad a insultar de modo directo y agudo a todos sus huéspedes, uno tras otro, y a cada insulto Spurstow daba un puntapié al ofendido por debajo de la mesa, pero no se atrevió a cambiar miradas de inteligencia con ninguno de ellos. La cara de Hummil se veía pálida y contraída, en tanto que sus ojos estaban dilatados de forma poco natural. Ninguno de los

hombres soñó siquiera por un momento en responder a sus salvajes agresiones personales, pero tan pronto como terminó la cena se dieron prisa en partir.

—No os marchéis. Ahora os empezáis a animar, muchachos. Espero no haber dicho nada que os haya molestado. Sois unos demonios de susceptibilidad —después, cambiando la tesitura a una súplica casi abyecta, Hummil agregó—: ¿no iréis a marcharos, verdad?

—En la lengua del bendito Jorrocks, donde ceno, duermo —dijo Spurstow—. Quiero echarles un vistazo a tus culis mañana, si no te importa. ¿Puedes hacerme un lugar para dormir, me figuro?

Los otros argüyeron la urgencia de sus diversas obligaciones del día siguiente y, tras ensillar, partieron juntos, al tiempo que Hummil les rogaba que volvieran el domingo siguiente. Mientras se alejaban al trote, Lowndes abrió su pecho a Mottram.

—… Jamás en mi vida he tenido tantas ganas de patear a un hombre en su propia mesa. Dijo que yo había hecho trampas en el *whist* y me recordó las deudas. ¡A ti te dijo en la cara que eres un mentiroso! No estás tan indignado como deberías.

—Oh, no —dijo Mottram—. ¡Pobre diablo! ¿Alguna vez habías visto al bueno de Hummy comportarse así o de una manera remotamente parecida?

—No es una excusa. Spurstow me pateó las espinillas durante toda la cena, y por eso me controlé. De otro modo hubiese…

—No, no hubieses. Tendrías que haber hecho lo que ha hecho Hummy con respecto a Jevins: no juzgar a un hombre con estos calores. ¡Por Júpiter! El metal de las bridas me quema las manos. Galopemos un poco, y cuidado con las madrigueras de las ratas.

Diez minutos de galope extrajeron de Lowndes una observación sensata cuando se detuvo, sudando por todos los poros:

—Está bien que Spurstow se haya quedado con él esta noche.

—Síí. Buen hombre, Spurstow. Nuestros caminos se separan aquí. Nos veremos otra vez el domingo próximo, si el sol no me destruye.

—Me figuro que sí, a menos que el ministro de finanzas del viejo Timbersides se arregle para envenenarme alguna comida. Buenas noches y… ¡que Dios te bendiga!

—¿Y qué pasa ahora?

—Oh, nada —Lowndes recogió la fusta y al tiempo que con ella rozaba el flanco de la yegua de Mottram, agregó—: tampoco tú eres mal muchacho, eso es todo —y tras esas palabras, su yegua se lanzó al galope durante media milla y a través de la arena.

En el bungalow del ingeniero ayudante, Spurstow y Hummil fumaban juntos la pipa del silencio, observándose uno a otro con mucha atención. La capacidad de dar albergue de un soltero es tan elástica como simple su instalación. Un sirviente se llevó la mesa de la cena, trajo un par de rústicos camastros nativos, hechos de tiras entrelazadas dentro de un ligero marco de madera, puso sobre cada uno una estera de tela fresca de Calcuta, los colocó uno junto a otro, prendió con alfileres dos toallas al *punkah*, para que sus flecos no llegasen a tocar la nariz y la boca de los durmientes y anunció que las camas estaban preparadas.

Los hombres se acostaron, y pidieron a los culis que se ocupaban del *punkah* que, por todas las potencias del infierno, lo mantuviesen en movimiento. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas porque fuera el aire era un horno. Dentro, el ambiente estaba sólo a ciento cuatro grados, tal como lo probaba el termómetro, y pesado, a causa del olor de las lámparas de petróleo mal despabiladas; y ese hedor, sumado al del tabaco del país, los ladrillos de homo y la tierra reseca pone el corazón, del hombre más vigoroso a la altura de sus pies, porque es el olor del Gran Imperio Indio cuando se convierte durante seis meses en una sala de tormento. Spurstow ahuecó las almohadas con habilidad, para estar reclinado y no tendido, con la cabeza a una altura mayor que la de sus pies. No es bueno dormir con una almohada baja en tiempo de calor, si tienes un cuello muy robusto, ya que se

puede pasar de los ronquidos y gorgoteos vivos del sueño natural a la honda somnolencia del golpe de calor.

—Ahueca tus almohadas —dijo el médico, tajante, al ver que Hummil se preparaba a tenderse en posición horizontal.

La luz de la mariposa era tenue, la sombra del *punkah* ondulaba a través de la habitación, y el roce de las toallas y el gemido leve de la cuerda que pasaba por un agujero de la pared la seguían. De pronto el *punkah* flaqueó, casi se detuvo. El sudor caía por la frente de Spurstow. ¿Debía salir a estimular al culi? El ventilador volvió a moverse con un salto brusco y un alfiler cayó de las toallas. Cuando estuvo otra vez en su lugar, un tam-tam comenzó a sonar en las líneas culis, con el latido firme de una arteria congestionada dentro de un cerebro febril. Spurstow se volvió y soltó un juramento suave. No hubo movimiento por parte de Hummil. El hombre se había acomodado con tanta rigidez como un cadáver, con los puños cerrados junto al cuerpo. Su respiración era demasiado rápida como para sospechar que dormía. Spurstow observó la cara rígida. Tenía las mandíbulas apretadas y una arruga en torno a los párpados temblorosos.

«Está lo más rígido que puede», pensó Spurstow. «¿Qué diablos le ocurre?».

—¡Hummil!

—Sí —con la voz pastosa y forzada.

—¿Puedes dormir?

—No.

—¿Frente ardorosa? ¿La garganta hinchada o qué?

—Nada de eso, gracias. No duermo mucho, sabes.

—¿Te encuentras mal?

—Bastante mal, gracias. Se oye un tam-tam fuera, ¿verdad? Al principio pensé que era mi cabeza… ¡Oh, Spurstow, por piedad, dame algo que me haga dormir…, dormir profundamente, siquiera durante seis horas! —se enderezó de un salto, temblando de la cabeza a los pies—. No logro dormir

desde hace días y no lo puedo soportar… ¡no lo puedo soportar!

—¡Pobre amigo!

—Eso no sirve. Dame algo que me haga dormir. Te aseguro que me estoy volviendo loco. No sé lo que digo durante la mayor parte del día. Hace tres semanas que tengo que pensar y deletrear cada palabra que me viene a los labios antes de atreverme a decirla. ¿No basta eso para enloquecer a un hombre? Ahora no veo con claridad y he perdido el sentido del tacto. Me duele la piel… ¡Me duele la piel! Haz que duerma. ¡Oh, Spurstow, por el amor de Dios, hazme dormir profundamente! No basta con adormilarme. ¡Haz que duerma!

—De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Tranquilo, que no estás tan mal como piensas.

Rotos los diques de la reserva, Hummil se agarró a él como un niño aterrado.

—Me estás partiendo el brazo a pellizcos.

—Te partiré el cuello si no haces algo por mí. No, no he querido decir eso. No te enfades, amigo —se enjugó el sudor a la vez que luchaba por recobrar la compostura—. Estoy nervioso y desganado, tal vez tú puedas recetarme alguna mezcla soporífera…, bromuro de potasio.

—¡Bromuro de bobadas! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Suéltame el brazo y veré si tengo algo en la cigarrera para aliviar tus males —Spurstow buscó entre sus ropas de calle, subió la luz de la mariposa, abrió una pequeña cigarrera y se acercó al expectante Hummil con la más pequeña y frágil de las jeringas.

—El último atractivo de la civilización —dijo— y algo que detesto usar. Extiende el brazo. Bien, tus insomnios no te han estropeado la musculatura. ¡Qué piel tan dura! Es como si le estuviera poniendo una inyección subcutánea a un búfalo. Ahora, en unos pocos minutos empezará a obrar la morfina. Echate y espera.

Una sonrisa de gusto puro y estúpido comenzó a invadir la cara de Hummil.

—Creo —susurró—, creo que me estoy yendo. ¡Dios! ¡Es realmente celestial! Spurstow, tienes que darme esa cigarrera para que te la guarde. Tú… —la voz calló mientras la cabeza caía hacia atrás.

—Ni por todo el oro del mundo —dijo Spurstow a la forma inconsciente—. Pues bien, amigo mío, los insomnios de esta clase son muy adecuados para debilitar la fibra moral en los pequeños asuntos de la vida y la muerte, de modo que me tomaré la libertad de inutilizar tus armas.

Descalzo, fue hasta el cuarto en que Hummil guardaba los arneses; sacó de su caja un rifle del calibre doce, un fusil automático y un revólver. Al primero le quitó el disparador y lo escondió en el fondo de un baúl de arreos; al segundo le sacó el alza y de un puntapié la mandó bajo un gran armario. Abrió el tercero y le partió la mira de la empuñadura con el tacón de una bota de montar.

—Ya está —dijo mientras se sacudía el sudor de las manos—. Estas pequeñas precauciones al menos te darán tiempo para arrepentirte. Sientes demasiada simpatía por los accidentes con armas de fuego.

Cuando se levantaba del suelo, la voz pastosa y ronca de Hummil exclamó desde la puerta:

—¡Idiota!

Era el tono de quienes hablan a sus amigos, en los intervalos de lucidez, poco antes de morir.

Spurstow se sobresaltó y dejó caer la pistola. Hummil estaba en el vano de la puerta, meciéndose entre carcajadas sin control.

—Has estado muy bien, sin duda —dijo con lentitud, eligiendo cada palabra—. Por ahora, no me propongo darme la muerte con mis propias manos. Mira, Spurstow, eso no funciona. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —y un terror pánico le anegaba los ojos.

—Echate y aguarda un poco. Echate ahora mismo.

—No me atrevo. Sólo me dormiré a medias otra vez y ya no podré ir más allá. ¿Sabes? He tenido que hacer un esfuerzo

para volver ahora. En general soy veloz como el rayo, pero tú me habías trabado los pies. Estuve a punto de quedarme.

—Oh, sí, comprendo. Ve y acuéstate.

—No, no es delirio, pero ha sido un truco despreciable para usarlo contra mí. ¿No sabes que podría haber muerto?

Tal como una esponja deja limpia una pizarra, así algún poder desconocido para Spurstow había borrado todo lo que definía como la cara de un hombre el rostro de Hummil, que, desde el vano, mostraba una expresión de inocencia perdida. Había vuelto en el sueño a una infancia amedrentada.

«¿Irá a morirse ahora mismo?», pensó Spurstow, para agregar en voz alta:

—Bien, hijo. Vuelve a la cama y cuéntamelo todo. No podías dormir. ¿Pero qué era todo el resto de disparates?

—Un lugar… un lugar allá abajo —dijo Hummil con simple sinceridad. La droga obraba sobre él en oleadas, llevándole del temor de un hombre fuerte al miedo de un niño, según recuperara el sentido o se embotase.

—¡Dios mío! He temido esto durante meses, Spurstow. Me ha convertido las noches en un infierno y sin embargo no soy consciente de haber hecho nada malo.

—Tranquilo; te daré otra dosis. Les pondremos fin a tus pesadillas, ¡tonto consumado!

—Sí, pero has de darme lo suficiente como para que no pueda alejarme. Hazme dormir profundamente, no dormitar. Porque entonces es difícil correr.

—Lo sé, lo sé. Yo mismo he pasado por eso. Los síntomas son tal como los describes.

—¡Oh, no te burles de mí, maldito seas! Antes de tener este insomnio horrible, trataba de dormir sobre mi codo, y ponía una espuela en la cama para que me pinchara si caía sobre ella. ¡Mira!

—¡Por Júpiter! ¡El hombre está espoleado como un caballo! ¡El jinete ha sido la pesadilla con una venganza! Y todos le

creíamos bastante sensato. ¡Que el cielo nos permita comprender! Quieres hablar, ¿verdad?

—Sí, a veces. No cuando tengo miedo. *Entonces* quiero correr. ¿A ti no te pasa eso?

—Siempre. Antes que te dé la segunda dosis dime exactamente qué te sucede.

Hummil habló con susurros entrecortados casi diez minutos, durante los cuales Spurstow le miró las pupilas y pasó su mano ante ellas una o dos veces.

Al final del relato, reapareció la cigarrera de plata y las últimas palabras que dijo Hummil, mientras se echaba por segunda vez, fueron:

—Hazme dormir profundamente, porque si me pillan, ¡me muero…! ¡Me muero!

—Sí, sí, a todos nos pasa, tarde o temprano…, demos gracias al Cielo que ha establecido un límite para nuestras miserias —dijo Spurstow, a la vez que acomodaba las almohadas bajo la cabeza—. Se me ocurre que a menos que beba algo me iré yo antes de tiempo. He dejado de sudar, aunque el cuello de la camisa es un diecisiete.

Se preparó un té bien caliente, que es un buen remedio para los golpes de calor, si se toman tres o cuatro tazas en el momento oportuno. Después observó al dormido.

—Una cara ciega que llora y que no puede secarse los ojos, una cara ciega que le persigue por los corredores. ¡Hum! Está claro que Hummil tendría que obtener un permiso lo antes posible y, cuerdo o no, es evidente que se ha clavado esa espuela con crueldad. En fin, ¡que el cielo nos permita comprender!

A mediodía Hummil se levantó; tenía mal sabor de boca pero los ojos límpidos y el corazón alegre.

—Anoche estaba bastante mal, ¿verdad?

—He visto hombres en mejores condiciones. Habrás cogido un principio de insolación. Oye: si te escribo un certificado médico estupendo, ¿pedirás un permiso de inmediato?

—No.

—¿Por qué no? Si lo quieres.

—Sí, pero puedo aguantar hasta que el tiempo refresque.

—¿Pero por qué, si te pueden reemplazar ahora mismo?

—Burkett es el único al que pueden enviar y es tonto de nacimiento.

—Oh, no te preocupes por el ferrocarril. Tú no eres imprescindible. Telegrafía para pedir un reemplazo, si es necesario.

Hummil se mostraba muy incómodo.

—Puedo esperar hasta las lluvias —dijo Hummil, evasivo.

—No puedes. Telegrafía a la central para que envíen a Burkett.

—No lo haré. Si quieres saber de verdad por qué, Burkett está casado y su mujer acaba de tener un niño y está arriba, en Simia, por el fresco, y Burkett está en un buen puesto, que le permite ir a Simia de sábado a lunes. Esa pobrecita mujer no se encuentra del todo bien. Si Burkett fuese trasladado, ella procuraría seguirle. Si deja al niño, se morirá de preocupación. Si viene —y Burkett es uno de esos animalitos egoístas que siempre están hablando de que el lugar de la mujer está junto a su marido—, se morirá. Es cometer un asesinato traer a una mujer hasta aquí ahora. Burkett no tiene la resistencia de una rata. Si viniese aquí, le perderíamos, y sé que ella no tiene dinero; además, estoy seguro de que también ella moriría. En cierto sentido, yo estoy vacunado y no tengo mujer. Espera hasta que lleguen las lluvias y entonces Burkett podrá adelgazar aquí, le vendrá muy bien.

—¿Quieres decir que te propones enfrentarte con… lo que te has enfrentado hasta que lleguen las lluvias?

—No será tan terrible, ahora que me has indicado el camino para salir de eso. Te puedo telegrafiar. Además, ahora que ya sé cómo meterme en el sueño, todo se arreglará. De todas formas, no puedo pedir un permiso. Esto es todo.

—¡Mi excelente escocés! Pensaba que toda esa clase de cosas estaba muerta y enterrada.

—¡Bobadas! Tú harías lo mismo. Me siento como nuevo, gracias a esa cigarrera. Te vas al campamento ahora, ¿verdad?

—Sí, pero trataré de venir cada dos días, si puedo.

—No estoy tan mal como para eso. No quiero que te molestes. Dales a los culis ginebra y *ketchup*.

—¿O sea que te encuentras bien?

—Preparado para luchar por mi vida, pero no para quedarme al sol hablando contigo. En marcha, amigo, ¡y que Dios te bendiga!

Hummil giró sobre sus talones para enfrentarse con la desolación y los ecos de su bungalow, y lo primero que vio, de pie en la galería, fue su propia figura. Una vez, antes, había visto una aparición similar, en momentos en que estaba agobiado por el trabajo y agotado por el calor.

—Esto está muy mal —dijo, frotándose los ojos—. Si eso se aleja de mí de pronto, como un fantasma, sabré que lo único que ocurre es que mis ojos y mi estómago no van bien. Si camina…, he perdido la cabeza.

Se acercó a la figura que, naturalmente, se mantenía a una distancia invariable de él, como ocurre con todos los espectros que nacen del exceso de trabajo. El fantasma se deslizó a través de la casa para disolverse en manchas que nadaban en sus ojos, tan pronto como llegó a la luz llameante del jardín. Hummil se ocupó de su trabajo hasta la noche. Cuando entró a cenar se encontró consigo mismo sentado ante la mesa. La visión se puso de pie y salió a toda prisa. Excepto en que no proyectaba sombra, era real en todos los demás rasgos.

No hay persona viviente que sepa lo que esa semana reservó a Hummil. Un recrudecimiento de la epidemia mantuvo a Spurstow en el campamento, entre los culis, y todo lo que pudo hacer fue telegrafiar a Mottram, para pedirle que fuese al bungalow y durmiera allí. Pero Mottram estaba a cuarenta millas de distancia del telégrafo más cercano, y no supo nada de nada que no fuesen las necesidades de su tarea de topógrafo hasta que, a primera hora de la mañana del domingo, se

encontró con Lowndes y Spurstow, para dirigirse hacia el bungalow de Hummil y la reunión semanal.

—Espero que el pobre muchacho esté en mejores condiciones —dijo Mottram, desmontando en la puerta—. Supongo que no se ha levantado aún.

—Le echaré una mirada —dijo el médico—. Si está dormido no hay necesidad de despertarle.

Y un instante más tarde, por el tono de la voz de Spurstow al pedirles que entrasen, los hombres supieron lo que había sucedido. No había necesidad de despertarle.

El *punkah* todavía se agitaba sobre la cama, pero Hummil había dejado esta vida al menos tres horas antes.

El cuerpo yacía de espaldas, con los puños a los lados, tal como Spurstow lo había visto siete noches antes. En los ojos abiertos y fijos estaba escrito un terror que supera la capacidad de expresión de cualquier pluma.

Mottram, que había entrado por detrás de Lowndes, se inclinó sobre el muerto y le rozó la frente con los labios.

—¡Oh, hombre de suerte, hombre de suerte! —susurró.

Pero Lowndes había observado los ojos, y se apartó temblando hasta el extremo opuesto del cuarto.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! Y la última vez que nos vimos me enfadé. Spurstow, tendríamos que haberle controlado. ¿Se ha…?

Con habilidad, Spurstow seguía investigando, para terminar con una búsqueda en toda la habitación.

—No, no lo ha hecho —estalló—. No hay huellas de nada. Llamad a los sirvientes.

Llegaron, eran ocho o diez, murmurando y mirando uno por encima del hombro del otro.

—¿A qué hora fue a la cama vuestro sahib? —dijo Spurstow.

—A las once o a las diez, creemos —dijo el sirviente personal de Hummil.

—¿Se encontraba bien a esa hora? Pero tú no puedes saberlo.

—No se le veía enfermo, tal como se entiende la palabra. Pero había dormido muy poco durante tres noches. Lo sé porque le vi caminando largo rato, sobre todo en medio de la noche.

Mientras Spurstow extendía la sábana, una gran espuela de caza, recta, cayó al suelo. El doctor gimió. El sirviente de Hummil observó el cuerpo.

—¿Qué piensas, Chuma? —dijo Spurstow al ver una expresión de la cara oscura.

—Hijo del cielo, en mi humilde opinión, el que era mi amo ha bajado a los Lugares Oscuros y allí quedó atrapado porque no pudo escapar tan rápido como es necesario. Tenemos la espuela como prueba de que luchaba contra el Terror. También he visto a hombres de mi raza hacer esto mismo con espinas, cuando les habían hechizado de modo que algo podía sorprenderles durante las horas de sueño, y no se atrevían a dormir.

—Chuma, eres un tonto. Ve y prepara los sellos para ponerlos en las cosas del sahib.

—Dios ha hecho al hijo del cielo. Dios me ha hecho a mí. ¿Quiénes somos nosotros para preguntar por los designios de Dios? Ordenaré a los otros sirvientes que se mantengan apartados mientras tú preparas la lista de los bienes del sahib. Son todos ladrones y querrán robar.

—Por lo que puedo deducir, ha muerto de…, oh, de cualquier cosa; paro cardíaco, golpe de calor o por alguna otra disposición divina —dijo Spurstow a sus compañeros—. Debemos hacer un inventario de sus efectos y demás cosas.

—Estaba muerto de terror —insistió Lowndes—. ¡Mirad esos ojos! ¡Por piedad, no dejes que le entierren con los ojos abiertos!

—Fuera lo que fuese, ahora se ha librado de todos los problemas —dijo Mottram con suavidad.

Spurstow observaba los ojos abiertos.

—Venid —dijo—. ¿No véis algo allí?

—¡No puedo mirar! —sollozó Lowndes—. ¡Tápale la cara! ¿Cuál es el miedo que puede haber en el mundo capaz de convertir a un hombre en algo así? Es horrible. ¡Oh, Spurstow, tápalo!

—Ningún miedo… en la tierra —dijo Spurstow. Mottram se inclinó por encima del hombro de su amigo y miró con atención.

—Lo único que veo es una mancha gris en las pupilas. Ya sabes que no puede haber nada allí.

—Así es. Bien, pensemos. Llevará medio día preparar cualquier clase de ataúd y debe de haber muerto hacia medianoche. Lowndes, amigo, ve fuera y diles a los culis que caven la tierra junto a la tumba de Jevins. Mottram, recorre la casa con Chuma y comprueba que se pongan los sellos en todas las cosas. Mándame un par de hombres aquí y yo me ocuparé del resto.

Cuando los sirvientes de brazos fornidos regresaron junto a los suyos, narraron una extraña historia acerca del sáhib doctor que en vano había tratado de devolver la vida al amo mediante artes mágicas; por ejemplo, el sahib doctor, sosteniendo una cajita verde que hacía un ruido delante de cada uno de los ojos del muerto, susurraba algo, desconcertado, antes de llevarse consigo la cajita verde.

El martillar resonante sobre la tapa de un ataúd no es algo agradable de oír, pero los que han pasado por la experiencia aseguran que es mucho más terrible el crujido suave de las sábanas, el roce repetido de las tiras de tela con que el que ha caído en el camino es preparado para su entierro, y se hunde poco a poco, mientras se deslizan las cuerdas, hasta que la forma amortajada toca el suelo, y no protestas por la indignidad de una ceremonia apresurada.

A último momento, Lowndes se vio asaltado por escrúpulos de conciencia.

—¿Tienes que leer tú el servicio, del principio al fin? —dijo a Spurstow.

—Pensaba hacerlo. Tú eres mi superior como funcionario. Hazlo tú, si quieres.

—No se me había pasado por la cabeza. Sólo he pensado que tal vez podría venir un capellán de alguna parte… Me ofrezco a ir a buscarle adonde sea, para ofrecerle algo mejor al pobre Hummil. Eso es todo.

—¡Bobadas! —dijo Spurstow, mientras preparaba sus labios para decir las palabras tremendas que dan comienzo al oficio de difuntos.

Después del desayuno, fumaron una pipa en silencio, en memoria del muerto. Entonces Spurstow dijo, ausente:

—No está en la ciencia médica.

—¿Qué?

—Lo de cosas en los ojos de un muerto.

—¡Por el amor de Dios, no hables de ese horror! —dijo Lowndes—. He visto morir de puro pánico a un nativo perseguido por un tigre. Yo sé qué es lo que ha matado a Hummil.

—¡Qué sabes tú! Yo trataré de verlo —y el doctor se encerró en el cuarto de baño con una cámara Kodak. Después de unos minutos se oyó el ruido de algo que era destrozado a golpes y Spurstow reapareció, extremadamente pálido.

—¿Tienes la foto? —dijo Mottram—. ¿Qué se ve?

—Era imposible, claro. No tienes por qué mirar, Mottram. He destruido los negativos. No había nada. Era imposible.

—Eso —dijo Lowndes, subrayando las palabras, mientras observaba la mano temblorosa que luchaba por encender la pipa— es una condenada mentira.

Mottram rió, incómodo.

—Spurstow lleva razón —dijo—. Los tres nos encontramos en tal estado que creeríamos cualquier cosa. Por piedad, procuremos ser racionales.

No se habló durante largo rato. El viento caliente silbaba afuera y los árboles resecos sollozaban. Por fin, el tren diario,

bronce reluciente, acero pulido y vapor a chorros, subió jadeante en medio del resplandor intenso.

—Será mejor que nos marchemos en el tren —dijo Spurstow —. De vuelta al trabajo. He extendido el certificado. No podemos hacer nada más aquí, y el trabajo nos dará calma. Vamos.

Ninguno se movió. No es agradable viajar en tren en un mediodía de junio. Spurstow cogió su sombrero y su fusta y, desde la puerta, dijo:

Es posible que haya cielo,

y sin duda hay un infierno,

aunque aquí está nuestra vida,

por ventura, ¿no es así?

Ni Mottram ni Lowndes tenían respuesta para esa pregunta.

EL MOTÍN DE LOS REBELDES

Sección 7 (1)	Causar Conspirar con otras personas para causar	un motín	en fuerzas pertenecientes a Su Majestad	Regulares Reserva Auxiliares Marina

CUANDO tres oscuros caballeros se ponían a discutir en San Francisco, sin datos suficientes, condenaban a una criatura hermana a una muerte de lo más desagradable en un país lejano, sin la más mínima conexión con los Estados Unidos. Se reunían en el último piso de una casa de vecindad en la calle Tehama, un barrio dudoso de la ciudad, y allí, tras pedir bebidas, conspiraban porque eran conspiradores de oficio, oficialmente conocidos como la Triple Tercera de la I. A. A, una institución para la propagación de la luz verdadera, que no debe ser confundida con ningún otro organismo, aunque está afiliada a muchos. La Triple Segunda tenía su sede en Montreal, y trabajaba allí con los pobres; la Triple Tercera, con sede en Nueva York, no lejos de Castle Garden, escribe regularmente, una vez a la semana, a una casita pequeña, cerca de uno de los grandes hoteles de Boulogne. Los sucesos posteriores son demasiado conocidos por una sección concreta de Scotland Yard, que se ríe de ellos. Un conspirador detesta el ridículo. Hay más hombres apuñalados a lo Lucrecia Borgia, y arrojados al Támesis por tomarse a broma los Centros de Inteligencia y los Triángulos, que por traicionar secretos: así es la naturaleza humana.

La Triple Tercera conspiraba, entre cócteles de whisky y hojas de papel en blanco, contra el Imperio Británico y todo lo que hay en él. Este tipo de trabajo es muy semejante a los que los hombres de poco juicio llaman política, antes de unas elecciones generales. En compañía de los amigos apropiados, eliges y discutes todos los puntos débiles en la organización del adversario, e inconscientemente te detienes a examinar y exagerar todas y cada una de sus desgracias, hasta que parece

un verdadero milagro que el odiado partido pueda mantenerse unido una hora más.

—Nuestro principio no radica tanto en las manifestaciones activas (eso se lo dejamos a otros) como en sembrar la confusión pasiva, para debilitar e inquietar —dijo el primer hombre—. Siempre que consigamos paralizar una organización, o sembrar la confusión en cualquier sección de cualquier departamento, habremos preparado el terreno para aquellos que van a continuar nuestro trabajo. Nosotros no somos sino los precursores.

Era un alemán lleno de entusiasmo, editor de un periódico, de cuyos editoriales hacía citas constantes.

—Ese Imperio maldito comete tantos errores por sí mismo que, a no ser que dobláramos la media de un año, no creo que se les ocurriera que había sucedido algo especial —dijo el segundo hombre—. ¿Acaso no estáis dispuestos a confirmar que todos nuestros recursos equivalen a hacer explotar la boca de un arma de cien toneladas o a encallar un barco de diez mil en un escollo visible y a plena luz del día? Ya veis que nos pueden ganar en su propio juego. Será mejor que nos unamos con las secciones prácticas y activas. Ahora tenemos reservas de dinero. Intentemos darles un buen susto directamente, en una calle abarrotada de gente. Tienen un gran aprecio por sus pieles grasicntas.

El segundo interlocutor era el freno en la rueda, un irlandés americanizado de segunda generación, que despreciaba a su raza y odiaba a la otra. Había aprendido a ser precavido.

El tercer hombre se bebió su cóctel sin decir palabra. Era el estratega, pero desafortunadamente, su conocimiento de la vida era limitado. Se sacó una carta del bolsillo superior de la chaqueta y la arrojó encima de la mesa. Aquella epístola a los infieles contenía unas directrices muy precisas de la Triple Primera de Nueva York.

Decía:

«La subida del hierro negro ha afectado ya a los mercados orientales, donde nuestros agentes han forzado a la baja las acciones de los ingleses, entre los pequeños compradores que

observan la marcha de los valores. Cualquier operación inmediata, como bajistas occidentales, aumentará su disposición a vender. Esto, sin embargo, no puede esperarse hasta que vean con claridad que los dueños extranjeros del hierro están dispuestos a colaborar. Se debería enviar a Mulcahy a observar el pulso del mercado para actuar en consecuencia. Los Mavericks son, por el momento, los mejores para nuestros propósitos. P. D. Q.»

Como mensaje referido a una crisis del hierro en Pennsylvania, era interesante, aunque no lúcido. Como nueva orientación en el ataque organizado a la dependencia inglesa en tierras remotas, era más que interesante.

El segundo hombre lo leyó de principio a fin y murmuró:

—¿Ya? Eso es que tienen mucha prisa. Todo lo que ese Dhulip Singh ha podido hacer en India ya ha sido hecho, hasta la distribución de sus fotografías entre los campesinos. ¡Ja! ¡Ja! La compañía de París arregló todo eso, y no tiene dinero suficiente que le apoye de la Otra Potencia. Hasta nuestros agentes de India saben que no lo tiene. ¿Para qué va a gastar nuestra organización a sus hombres en un trabajo que ya está hecho? Desde luego que los regimientos irlandeses de India están ya medio amotinados en el momento presente.

Esto muestra qué cerca puede estar una mentira de la verdad. Un regimiento irlandés, mientras está estacionado, es en general muy difícil de controlar, por su temeridad y rudeza. Sin embargo, cuando se le mueve en la dirección del fuego de artillería, se vuelve extraña y antipatrióticamente satisfecho con su suerte. Incluso se les ha oído lanzar vivas a la Reina con entusiasmo, en esas ocasiones.

Pero la idea de intrigar en el ejército era, desde el punto de vista de Tehama Street, una idea de total acierto. No hay sombra de estabilidad en la política de un Gobierno inglés y los juramentos más sagrados de Inglaterra encontrarían, aun cuando estuvieran en pergamino, muy pocos compradores entre las colonias y posesiones que han sufrido de creencias vanas. Pero siempre le queda a Inglaterra su ejército. Eso no puede cambiar excepto en cuestiones de uniforme y equipo. Los oficiales pueden escribir a los periódicos pidiendo las

cabezas del Ministerio de Defensa, a falta de desagravios totales para sus ofensas; los hombres pueden desmelenarse en una ciudad de provincias y asustar seriamente a los dueños de bares y tabernas; pero ni los oficiales ni los hombres llevan en su naturaleza amotinarse a la manera continental. Los ingleses, cuando se molestan en pensar en el ejército, si es que lo hacen, están, y con justicia, seguros por completo de que merece toda su confianza. Imaginad sus emociones al darse cuenta de que tal o cual regimiento estaba en rebelión abierta por causas directamente imputables a la administración inglesa de Irlanda. Es probable que mandasen al regimiento a votar en el acto y examinaran sus conciencias en cuanto a su deber con Erin; pero ya nunca estarían tranquilos. Y esta desconfianza vaga y desgraciada era la que la I. A. A. se esforzaba en conseguir.

—Una absoluta pérdida de energía —dijo el segundo hombre después de una pausa en el consejo—. No veo la utilidad de intrigar en ese ejército estúpido, pero se ha intentado con anterioridad y debemos intentarlo de nuevo. Se le ve bien en los informes. Si enviamos un hombre desde aquí, podéis estar seguros de que van también otros hombres. Manda llamar a Mulcahy.

Y le mandaron llamar… un joven delgado, esbelto, de pelo negro, devorado por ese odio contra Inglaterra, ciego y rencoroso, que sólo alcanza su completa plenitud al otro lado del Atlántico. Lo había mamado del pecho de su madre en una diminuta casucha situada detrás de las avenidas del norte de Nueva York; le habían enseñado lo que es bueno y lo que es malo, en alemán y en irlandés, en los paseos de los canales de Chicago; y San Francisco albergaba hombres que le contaron cosas extrañas y horribles del gran poder ciego al otro lado de los mares. En una ocasión en que el trabajo le llevó a cruzar el Atlántico, había servido en un regimiento inglés, y siendo de natural insubordinado, había sufrido enormemente. Todas sus ideas acerca de Inglaterra no alimentadas por los grabados patrióticos más baratos procedían de su contacto con un coronel de puños de hierro y un alférez inflexible. Iría hasta las minas, de ser necesario, para predicar su evangelio. Y allí se fue como decían sus instrucciones *p. d. q.* —que significa

«a toda velocidad»—, para introducir la confusión en un regimiento irlandés «que ya estaba amotinado a medias y acuartelado entre campesinos sijs, que llevaban retratos de Su Alteza Dhulip Singh, marajá del Punjab junto a su corazón, y que esperaban con ansiedad su llegada». Sus amos le hicieron partícipe de otras informaciones, igualmente válidas. Tenía que ser cauto, pero jamás debía escatimar gastos para ganarse el corazón de los hombres del regimiento. Su madre, desde Nueva York, le suministraría dinero, y tenía que escribirle una vez al mes. Es agradable la vida para un hombre con una madre en Nueva York que le manda doscientas libras al año, que se suman al salario del regimiento.

A su debido tiempo, gracias a su profundo conocimiento de la instrucción y de la artillería, el excelente Mulcahy, con los galones de cabo, marchó en un navio de guerra y se unió a los Leales Mosqueteros Reales, de Su Majestad, comúnmente llamados «Rebeldes», porque no reconocían amo ni señor, y eran un ganado sin marcar: hijos de pequeños granjeros del condado de Clare, vagabundos descalzos de Kerry, pastores de Ballyvegan, *moonlighters*[4] muy buscados de los yermos promontorios barridos por la lluvia en la costa sur, mandados por oficiales con nombres como O'More, Brady, Hill, Kilrea y semejantes. Nunca hubo, según las apariencias, mejor material con el que trabajar. Los de la Triple Primera habían escogido bien su regimiento. No temía a nada que se moviera o que hablara, excepto al coronel y al capellán católico del regimiento, el grueso padre Dennis, que guardaba las llaves del cielo y del infierno, y que vociferaba como un toro airado cuando quería ser convincente. También le querían porque en ocasiones de peligro solía levantarse la sotana y cargar con el resto del regimiento, en lo mejor de la pelea, donde siempre descubría, el bueno del capellán, que los santos le mandaban un revólver para proteger a un soldado caído, o bien —aunque esto le llegaba como un pensamiento posterior— para cuidar de su propia cabeza gris.

Con cautela, como le habían instruido, con ternura y con mucha cerveza, Mulcahy participó sus proyectos a aquellos que le parecieron más receptivos. Y eran, todos ellos, de aquella raza, original, retorcida, dulce, profundamente

irresponsable y profundamente simpática, que lucha como una fiera, discute como un niño, razona como una mujer, obedece como un hombre, y hace chanzas como sus propios duendes, a través de la rebelión, la lealtad, la necesidad, la adversidad o la guerra. El trabajo clandestino de una conspiración es siempre aburrido y muy semejante en todo el mundo. Al cabo de seis meses —dado que la semilla había caído siempre en tierra propicia— Muleahy hablaba casi explícitamente, haciendo alusiones oscuras, dentro de la forma apropiada, a poderes temibles tras de sí, y aconsejándoles nada menos que el motín. «¿Es que no les trataban como perros? ¿No tenían sus propias venganzas personales y nacionales que satisfacer? ¿Quién, en estos tiempos, iba a hacer nada contra novecientos hombres en rebelión? ¿Quién, de nuevo, podía detenerles si se lanzaban hacia el mar, llevándose en su camino a otros regimientos que no tenían otro deseo que unirse a ellos? Y luego…», y aquí seguían promesas vacías de oro y ascensos, puestos y honores, siempre muy apreciados por un cierto tipo de irlandés.

Al acabar su discurso, en el crepúsculo de un atardecer, ante sus conspiradores escogidos, se oyó el chasquido de un cinturón disparado con rapidez a sus espaldas. El brazo de un tal Dan Grady salió volando en la penumbra y detuvo algo. Y entonces dijo Dan:

—Mulcahy, eres un gran hombre y honras a quienquiera que sea que te haya enviado. Date un paseo mientras lo pensamos.

Mulcahy se fue loco de alegría. Sabía que sus palabras calarían hondo.

—¿Y por qué d… no me dejaste darle un golpe con el cinturón? —gruñó una voz.

—Porque no soy un idiota de cabeza de chorlito. Chicos, eso es lo que lleva buscando en estos últimos seis meses… nuestro cabo superior, con su educación y con sus ejemplares de los periódicos irlandeses y su cerveza interminable. Le han enviado a propósito, y de ahí es de donde le viene todo su dinero. ¿Es que no lo veis? Ese hombre es una mina de oro, a la que Horse Egan habría destruido con la hebilla de un cinturón. No entrar en su planes mezquinos sería derrochar los regalos de la Providencia. Desde luego, estaremos dispuestos a

amotinarnos hasta que se acabe el dinero. Pegarle un tiro al coronel en el campo de instrucción, masacrar a los oficiales de la compañía, saquear el arsenal y luego… Chicos, ¿os dijo lo que vendrá después? Me lo dijo *a mí* la otra noche cuando empezaba a hablar como un loco. ¡Luego nos vamos a unir a los negros y a pedir ayuda a Dhulip Singh y a los rusos!

—Y estropear la mejor campaña que ha habido nunca a este lado del infierno. Danny, hubiera perdido la cerveza por darle la paliza que se merecía.

—¡Oh, déjalo que siga así y se lo crea, hombre! No tiene ningún… carácter constructivo, pero debes entender que ese es el meollo de su plan y tienes que entender que yo estoy metido en él y vosotros también. Necesitaremos océanos de cerveza para convencernos… firmamentos llenos. Le daremos conversación a cambio de su dinero, y uno a uno todos los chicos se nos unirán y tendrá un nido de novecientos amotinados sobre el que sentarse y a los que dar de beber.

—Lo que me saca de quicio es que quiere que hagamos lo que hicieron los negros hace treinta años. Eso y su descaro al decir que se nos unirán otros regimientos —dijo un hombre de Kerry.

—Eso no está tan mal como sugerir que tenemos que disparar contra el coronel.

—¡Que le zurzan al coronel! Preferiría no tener que atravesarle el casco de un tiro y verle saltar agarrado a la cabeza de su caballo. Pero Mulcahy habla de tirarles accidentalmente a los oficiales de nuestra compañía.

—Eso dijo, ¿no? —dijo Horse Egan.

—Algo parecido, en cualquier caso. Imaginaos al viejo Barber Brady con una bala en los pulmones, tosiendo como un mono enfermo y diciendo: «Chicos, no me importa que os emborrachéi, pero debéi sabé bebé como hombres. El hombre que me ha disparao está borracho. Suspenderé las investigaciones durante seis horas, mientras me sacan la bala, y luego…».

—Y luego —continuó Horse Egan, porque las peculiaridades de habla y de comportamiento del áspero comandante eran tan conocidas como su cara bronceada— y entonces, vosotros, disolutos, hez medio asada y llena de viruelas de Connemara, si encuentro a un hombre que parezca confundido, por Dios que hago un juicio sumarísimo a toda la compañía. ¡Un hombre que no puede sobreponerse al alcohol después de seis horas no merece pertenecer a los Rebeldes!

Una risotada general testimonió la verdad del relato.

—Es bonito pensar en ello —dijo el hombre de Kerry, despacio—. Mulcahy quiere que hagamos todas las maldades, y salir él con bien, de algún modo. ¡No se tomaría tantas molestias para destrozar la reputación del regimiento…!

—¡La reputación del cerdo de tu abuela! —dijo Dan.

—Bueno, y también *él* tiene una buena reputación; así que está bien. Mulcahy debe tener el camino bien claro tras de sí, o no habría venido tan lejos, hablando de los poderes de la oscuridad.

—¿Habéis oído algo de un juicio sumarísimo del regimiento de los Black Boneens, en estos días? Media compañía cogió a uno de los recién reclutados y le colgaron de los brazos con la cuerda de una tienda, de una galería del tercer piso. No dieron explicaciones, pero el hombre estaba medio muerto. Empiezo a creer que los Boneens son cortos de vista. Era un amigo de Mulcahy o un hombre metido en el mismo asunto. Hubiera sido mucho mejor que hubieran bebido su cerveza —contestó Dan reflexivamente.

—Hubiera sido aún mejor que se lo entregaran al coronel —dijo Horse Egan— a menos que… pero con toda seguridad la noticia hubiera llegado a todo el país, y le hubiera dado mala fama al regimiento.

—Y no hubiera habido recompensa por ese hombre… no hacía sino seguir hablando —dijo el hombre de Kerry con ingenuidad.

—Hablas como lo que eres —dijo Dan riéndose—. No ha nacido todavía el hombre de Kerry que no venda a su hermano

por una pipa de tabaco o por una palmada en la espalda de un policía.

—Gracias a Dios que no soy un maldito hombre de Orange — fue la respuesta.

—No, nunca lo serás —dijo Dan—. En Ulster se crían *hombres*. ¿Te gustaría probar cómo sabe uno?

El hombre de Kerry pensaba en hacer algo y lo deseaba, pero se contuvo. Tenía demasiadas probabilidades de perder.

—Entonces no le darías a Mulcahy ni siquiera un… un golpe por su dinero —dijo la voz de Horse Egan, que consideraba lo que él llamaba «problemas» de cualquier tipo como el pináculo de la felicidad.

Dan no contestó nada, pero de puntillas y a grandes zancadas entró en el cuarto de la guardia seguido de los hombres. La habitación estaba vacía. En una esquina, encerrados como el paraguas de ceremonias del rey de Dahomey, estaban los colores del regimiento. Dan los cogió tiernamente y extendió a la luz de las velas la hoja de servicios de los Rebeldes, hecha jirones, gastada y destrozada. El satén blanco estaba oscurecido por todas partes con grandes manchas marrones, los hilos de oro del arpa coronada estaban raídos y descoloridos y el Toro Rojo, el tótem de los Rebeldes, tenía unos tonos color café. Los pliegues bordasdos y tiesos, cuyo precio es la vida humana, crujieron al abrirse con lentitud. Los Rebeldes guardan sus colores durante mucho tiempo y los custodian como algo sagrado.

—Vitoria, Salamanca, Toulouse, Waterloo, Moodkee, Ferozshah y Sobraon, ésta se libró muy cerca de aquí, contra los mismos pordioseros con los que quiere que nos unamos. ¡Inkermann, Alma, Sebastopol! ¿Qué son esas pequeñeces comparadas con las campañas del general Mulcahy? El motín, pensadlo bien; el motín y unos asuntillos sucios en Afganistán; y frente a esto, y eso y aquello —y Dan señalaba los nombres de las gloriosas batallas— ese yanqui de raya en medio viene y habla como quien dice: «echa un trago…». ¡Por Moisés, ahí viene el capitán!

Pero era el sargento quien llegaba justo cuando los hombres salían con estrépito, y encontró los colores fuera de su sitio.

Desde aquel día data el motín de los Rebeldes, para contento de Mulcahy y orgullo de su madre en Nueva York, la buena señora que enviaba el dinero para la cerveza. Nunca, si hemos de dar crédito a las malas lenguas, se vio semejante motín. Los conspiradores, dirigidos por Dan Grady y Horse Egan, llegaban a raudales diariamente. Eran hombres razonables, hombres en quienes confiar, y todos ellos querían sangre; pero antes tenían que tener cerveza. Maldecían de la Reina, lloraban por Irlanda, proponían saqueos espantosos del campo indio, y después, ¡ay!… algunos de los más jóvenes iban y se revolcaban en el suelo entre espasmos de risa maliciosa. El genio irlandés para la conspiración es extraordinario. Con todo y con ello, no hacían otros juramentos que los inventados por ellos, los cuales eran extraños y curiosos, y siempre trataban de impresionar a Mulcahy con los peligros que corrían. Naturalmente, la cerveza trajo consigo la desmoralización. Pero Mulcahy confundió las causas de los hechos, y cuando un Rebelde muy borracho golpeó con violencia a un sargento en la nariz, o cuando llamó a su oficial vejiga vieja, calva y grasienta, y cosas todavía peores, se imaginó que era la rebelión y no el licor lo que estaba debajo de esos estallidos. Otros caballeros que se han visto envueltos en conspiraciones de más largo alcance han cometido el mismo error.

La estación del calor, en la que, afirmaban, no hay hombre que pueda rebelarse, llegó a su fin, y Mulcahy sugirió un retorno visible a sus enseñanzas. En cuanto al resultado real del motín, no le importaba en absoluto. Sería suficiente que los ingleses, encaprichados en fiarse de la integridad de su ejército, se vieran sorprendidos con la noticia de un regimiento irlandés rebelándose por consideraciones políticas. Sus persistentes exigencias habrían terminado, a instigación de Dan, con una paliza dada por el regimiento, que, con toda probabilidad, le habría matado y habría terminado con el suministro de cerveza, si no hubiera sido enviado en misión especial a unas cincuenta millas del acuartelamiento, para hacer antesala en un fuerte de adobe y para desmontar unas piezas de artillería anticuadas. En ese momento, el coronel de los Rebeldes,

leyendo su periódico con diligencia y oliendo desde lejos problemas en la frontera, mandó un correo al cuartel general del ejército, pidiendo al comandante en jefe ciertos privilegios que serían concedidos bajo ciertas circunstancias, las cuales circunstancias se produjeron sólo una semana más tarde, cuando comenzó la pequeña batalla anual en la frontera, y el coronel volvió a dar la buena noticia a los Rebeldes. Tenía la promesa de su jefe de servicio activo y los hombres debían prepararse.

La noche de ese mismo día, Mulcahy, un cabo no muy estimado —y sin embargo, muy bueno para la conspiración— volvió al acuartelamiento y oyó desde lejos ruidos de peleas y aullidos. El motín había comenzado y los barracones de los Rebeldes eran un encalado pandemonio. Un soldado que atravesaba a toda prisa el patio del cuartel le susurró al oído: «¡Servicio!, ¡servicio activo!, es una lástima». ¡Qué alegría, los Rebeldes se habían alzado en vísperas de un combate! No servirían —nobles y leales hijos de Irlanda—, ya no servirían más a la Reina. La noticia se extendería como el rayo por todo el país y llegaría hasta Inglaterra, y él, Mulcahy, en quien había confiado la Triple, había provocado el estallido. El soldado estaba en medio del patio y maldecía, por sus dioses, al coronel, al regimiento, a los oficiales y al médico, particularmente al médico. Un ordenanza del regimiento de caballería indígena montaba con estrépito entre la multitud de soldados. Lo levantaron a medias y a medias lo arrancaron del caballo y le pegaron en la espalda unos buenos manotazos, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas y le aplicaron todo tipo de nombres cariñosos. Sí, los Rebeldes habían fraternizado con las tropas indígenas. ¿Quién era entonces el agente que, entre los nativos, a ciegas, había trabajado con Mulcahy y tan bien?

Un oficial se escabulló, casi corrió, desde el cuarto de oficiales hasta el barracón. Fue acosado por la enfurecida soldadesca que se cerró en torno a su persona pero sin matarle, porque luchó por encontrar refugio, volando para salvar su vida. Mulcahy casi se pone a llorar de pura alegría y agradecimiento. Incluso los prisioneros en sus calabozos

aullaban como bestias salvajes y de cada dormitorio de tropa salían truenos como los de un gran tambor de guerra.

Mulcahy se apresuró a alcanzar su barracón. Apenas oía su voz al hablar. Ochenta hombres golpeaban con puños y talones las mesas y caballetes, ochenta hombres, arrebatados de motín, en mangas de camisa, con sus mochilas medio preparadas para la marcha hacia el mar, atronaban las placas de madera de dos pulgadas mientras cantaban al son de una canción que Mulcahy conocía muy bien, la Canción de Guerra Sagrada de los Rebeldes:

Oíd, mis muchachos,

en el norte ruge el viento,

delante resuenan

los cascos de los cosacos,

detrás, capas grises.

¡Ruge la frontera hirviendo,

rugen las aguas del Oxo!

Y a continuación, rota una mesa por el acompañamiento furioso:

¡Hurra! Al norte por el oeste vamos.

¡Hurra! Es la ocasión que esperamos tanto.

De Umballa hasta Moscú que oigan nuestro coro,

mientras en pos del Kremlin avanzamos.

—Madre de todos los santos del cielo y de todos los demonios del infierno, ¿dónde están mis calcetines nuevos, los que no tienen talón? —aullaba Horse Egan, registrando a fondo todos los equipajes menos el suyo.

Estaba ocupado en subsanar las deficiencias de su equipo previas a una campaña, y en ese trabajo roba mejor el que roba el último.

—Ah, Mulcahy, llegas a tiempo —gritó—. Ya tenemos la orden de marcha y nos vamos el martes de merienda con los lanceros de al lado.

Un enfermero apareció con un enorme cesto lleno de rollos de vendas, suministrados gracias a la previsión de la Reina para aquellos que pudieran necesitarlos más adelante. Horse Egan desenrolló sus vendas y las estiró bajo la nariz de Mulcahy, canturreando:

La piel de carnero,

la cera de abejas,

resina y truenos,

además del yeso,

si quieres quitarlos,

mucho más se pegan.

Yendo a Nueva Orleans…

—Ya conoces el resto, mi querido judío irlandés americano. Por Dios que vas a tener que luchar por la Reina antes de quince días, mi pequeño.

Una risotada les interrumpió. Mulcahy observó con mirada perdida la habitación. Pide a un niño que desafíe a su padre cuando el carro de la farsa está a la puerta; o a una joven que exprese gusto propio cuando su madre está dando los últimos retoques al traje de su primer baile; pero no pidas a un regimiento irlandés que se embarque en un motín la víspera de una campaña; cuando ya ha fraternizado con el regimiento nativo que le va a acompañar, y cuando ha hecho que sus oficiales se vean obligados a retirarse ante las diez mil preguntas vociferantes, y cuando los prisioneros bailan de alegría y los enfermos salen al aire libre, conjurando todas las enfermedades conocidas sobre la cabeza del doctor que ha certificado que son «inútiles para el servicio activo». Por la noche los Rebeldes podían ser confundidos con amotinados por alguien tan poco conocedor de su manera de ser como Mulcahy. Al amanecer, una escuela de señoritas hubiera podido aprender buenos modales de ellos. Sabían que su coronel había cerrado la mano, y que quien rompiera aquella disciplina de hierro no iría al frente: nada en el mundo persuadirá a uno de nuestros soldados, cuando se le ha enviado al norte para el más nimio de los asuntos, de que no va

inmediatamente a matar cosacos con toda gloría y a poner a hervir sus marmitas en el palacio del Zar. Unos cuantos hombres, de los más jóvenes, lloraban la cerveza de Mulcahy, porque se iba a conducir la campaña bajo estrictos principios de sobriedad, pero como decían Dan y Horse Egan con austeridad:

—Tenemos al hombre de la cerveza con nosotros. Ahora beberá por iniciativa propia.

Mulcahy no había tomado en cuenta la posibilidad de que le enviaran al servicio activo. Había decidido que no iría bajo ninguna circunstancia, pero el destino estaba en su contra.

—¿Enfermo? ¿Tú? —dijo el doctor, que había hecho el aprendizaje profano de su oficio en los asilos de pobres de Tralee—. Lo único que tienes es añoranza, y lo que tú llamas venas varicosas es el resultado de comer demasiado. Un poco de ejercicio suave las curará.

Y después:

—Mulcahy, hombre, todo el mundo tiene derecho a solicitar *un* certificado de enfermedad. Si lo intenta dos veces le ponemos un nombre muy feo. Vuelve a tu deber, y no hablemos más de tus enfermedades.

Me avergüenza confesar que Horse Egan disfrutó con el estudio del alma de Mulcahy en aquellos días, y que Dan demostró idéntico interés. Juntos le comunicaban a su cabo todo el oscuro saber tradicional acerca de la muerte: la parcela de aquellos que han visto morir a los hombres. Egan tenía una experiencia más amplia, pero Dan, una imaginación más brillante. Mulcahy temblaba cuando el primero hablaba del cuchillo como de un amigo íntimo, o cuando el segundo se detenía con encantadora minuciosidad en el destino de aquellos que, heridos y desvalidos, habían pasado desapercibidos a las ambulancias y habían caído en las manos del mujerío afgano.

Mulcahy sabía que, de momento al menos, el motín era algo muerto; hacía tiempo que un cambio se había operado en la actitud normalmente respetuosa de Dan hacia él, y sabía que la risa de Horse Egan así como la frecuente mención de

conspiraciones abortadas acentuaban todo aquello que el conspirador había adivinado. Sin embargo, la horrible fascinación de las historias de muerte le hacía buscar la sociedad de esos hombres. Aprendió mucho más de lo que hubiera podido desear; y de esa forma. Era la última noche antes que el regimiento tomara el tren para el frente. Los cuarteles habían sido desprovistos de todo bien móvil, y los hombres estaban demasiado excitados para dormir. Las paredes desnudas despedían un fuerte olor hospitalario de cloruro de cal.

—Y —dijo Mulcahy en un susurro aterrado, después de hablar un rato sobre el tema eterno—, ¿qué es lo que vais a hacer conmigo, Dan?

Podía haber sido el lenguaje de un conspirador capaz tratando de captar a un espíritu más débil.

—Ya lo verás —dijo Dan, sombrío, dándose la vuelta en su camastro—; o mejor debería decir que no lo verás.

Este no era, precisamente, el lenguaje de un espíritu débil. Mulcahy tembló bajo las sábanas.

—Sé amable con él —interrumpió Egan desde el camastro de al lado—. Tiene la oportunidad de lavar su honor. Escucha Mulcahy, todo lo que pedimos es que por el honor del regimiento aceptes morir de pie, como un hombre. Habrá montones y montones de enemigos, miles de montones. Carga contra ellos, haz lo que puedas y muere con decencia. *Allí* morirás con un buen nombre. No es tan difícil, si te lo piensas.

Y Mulcahy volvió a temblar.

—¿Y qué mejor puede desear un hombre que morir luchando? —añadió Dan para consolarle.

—¿Y si no quiero? —dijo el cabo en un susurro seco.

—Habrá mucho humo —replicó Dan, incorporándose y contado las posibilidades con los dedos— con toda seguridad, y el ruido de los disparos será tremendo, y correremos de aquí para allá todos nosotros, el regimiento entero. Pero *nosotros*, quiero decir Horse y yo, nos quedaremos contigo, Mulcahy, y no te dejaremos marchar. Tal vez haya un accidenté.

—Eso es jugarme una mala pasada. Dejad que me marche. Por piedad, dejadme en paz. Nunca os hice ningún daño y… y os pagué toda la cerveza que pude. ¡No seáis demasiado duros conmigo, Dan! Tú también estás… estabas en esto. ¿No me matarás allá arriba, eh?

—No estoy pensando en la traición ahora, aunque deberías alegrarte de haber bebido con unos chicos honrados. Es por el regimiento. No podemos permitir que tu deshonor nos deshonre a nosotros. Fuiste a ver al doctor a escondidas como un gato enfermo para poder quedarte atrás viviendo con las mujeres en retaguardia, …¡y mientras, pretendías que corriéramos hasta el mar, como una jauría de lobos, como los rebeldes que ninguno de los de tu sangre negra se atreve a ser! Pero *nosotros* sabíamos de tu visita al doctor, porque él mismo lo contó a la hora del rancho y lo sabe todo el regimiento. Siendo, como somos, tus mejores amigos, no hemos dejado que nadie se metiera contigo *todavía*. Nosotros nos ocuparemos de ti. Lucha contra quien quieras, contra nosotros o contra el enemigo, pero nunca volverás a dormir en ese camastro, y te advierto que hay más gloria y quizá menos golpes en la lucha contra el enemigo. ¡Esa es la verdad!

—Y nos dijo específicamente que fuéramos a unirnos a los negros… te has olvidado de eso, Dan —dijo Horse Egan para justificar la sentencia.

—¿Qué sentido tiene atormentar al hombre? Con una vez ya es suficiente. Que duermas bien, Mulcahy. Pero lo has entendido, ¿no?

Durante algunas semanas Mulcahy entendió bastante poco de todo lo que ocurría, salvo que, a su lado, en el campamento, o durante la revista, había dos hombres robustos que con voces suaves le instaban a cometer *hari-kari* no fuera a ser que ocurriese algo peor: morir por el honor del regimiento, decentemente, entre los cuchillos más próximos. Pero a Mulcahy le aterraba la muerte. Recordaba algunas cosas, que los curas habían dicho en su niñez, y a su madre —no a la de Nueva York—, que se despertaba sobresaltada gritando plegarias por el alma atormentada de un marido. Está bien poseer una inteligencia cultivada, pero en tiempos difíciles la

débil mente humana recurre de nuevo al credo que mamó en el pecho materno y, si ese credo no es agradable, hay problemas. Asimismo, la muerte a la que tendría que enfrentarse sería físicamente dolorosa. Muchos conspiradores tienen gran imaginación. Mulcahy se veía, mientras intentaba dormir sobre el suelo durante la noche, muriendo por distintas causas. Todas eran ho

rribles; la madre de Nueva York estaba muy lejos y el regimiento, la maquinaria que, una vez que caes en su engranaje, te lleva adelante quieras que no, ¡se acercaba día a día al enemigo!

Los llevaron al campo de Marzun-Katai y, con la ayuda de los Black Boneen, libraron un combate del que nunca informaron los periódicos. Como respuesta —creían muchos— a las fervientes plegarias del padre Dennis, el enemigo no sólo decidió luchar a campo abierto sino que presentó un combate hermoso, como supieron más tarde muchas madres irlandesas llorosas. Reunieron sus fuerzas tras parapetos o bien se movieron como el relámpago a campo abierto en masas vociferantes, y fueron valientes como el que más con la artillería. Era conveniente mantener una gran reserva de hombres y esperar el momento psicológico que estaba preparando la metralla. Por lo tanto, los Rebeldes esperaban tumbados en orden abierto en la cornisa de una montaña para observar el juego hasta que llegara su turno. El padre Dennis, cuyo deber estaba en la retaguardia para aliviar los problemas de los heridos, con toda naturalidad había conseguido abrirse camino hasta sus muchachos más adelantados, y yacía como una marsopa negra tumbado cuan largo era en la hierba. Hasta él reptó Mulcahy, ceniciento de miedo, pidiendo la absolución.

—Espera hasta que te alcance un tiro —dijo el padre Dennis con dulzura—. Cada cosa a su tiempo.

Dan Grady se rió entre dientes mientras soplaba por quincuagésima vez la recámara de su rifle impoluto. Mulcahy gimió y escondió la cabeza entre los brazos hasta que una bala perdida habló como una agachadiza rozándole la cabeza y un movimiento y temblor generalizado rizó la línea. Se sucedieron otros disparos y unos pocos surtieron efecto, como

testimoniaban algún gemido o gruñido. Los oficiales que habían estado tumbados junto a sus hombres se levantaron y empezaron a caminar firmemente arriba y abajo, delante de sus respectivas compañías.

Esta maniobra, que se ejecuta no para su publicación sino como garantía de buena fe, a fin de tranquilizar a los hombres, exige valor. No debes apresurarte, no debes parecer nervioso, aunque sepas que eres un blanco perfecto para cualquier rifle dentro de un gran radio, y sobre todo, si te alcanzan, debes hacer el menor ruido posible y dejarte caer rodando hasta el interior de tus líneas. A esta hora, cuando la brisa trae el primer soplo salado de la pólvora hasta unas narices de puntas bastante frías, y cuando la vista puede darse perfecta cuenta de la aparición de cada una de las bajas rojas, la tensión nerviosa es más intensa. Los regimientos escoceses pueden aguantar medio día sin que disminuya ni un ápice de su entusiasmo al final; los regimientos ingleses a veces se enfurruñan bajo el castigo, mientras que los irlandeses, como los franceses, tienen tendencia a avanzar hacia delante en grupos de a dos, lo cual es tan malo como retirarse corriendo. El comandante en jefe verdaderamente sabio, de tropas que están bajo una gran presión nerviosa, les permite, en los lapsos de espera, que escuchen el sonido de sus propias voces, elevadas en una canción. Hay una leyenda de un regimiento inglés que permaneció junto a sus armas bajo el fuego enemigo cantando *Sam Hall* ante el horror de su nuevo y piadoso coronel. Los Black Boneens, que estaban sufriendo más que los Rebeldes, en una colina a media milla de distancia, empezaron a explicar a todos los que quisieran escucharles que:

Cantaremos jubileo

desde el centro hasta el mar,

y libre Irlanda será,

nos dice el Shan-van Vogh.

—Cantad, chicos —dijo el padre Dennis dulcemente—. Parece como si nos preocuparan esos guisantes afganos.

Dan Grady se puso de rodillas y abrió la boca en una canción que le había enseñado, así como a sus camaradas, y en estricto

secreto, Mulcahy, aquel Mulcahy que ahora yacía sin fuerzas y casi desmayado en la hierba, con el temor gélido de la muerte sobre él.

Compañía tras compañía se fueron uniendo a las palabras que, según dice el I. A. A. iban a constituir el heraldo del levantamiento general de Erin, y cuya mera repetición en un susurro significa, excepto para aquellos destinados a oírla, la muerte. Debido a lo cual consignamos aquí sus palabras:

En los cielos el sajón sube a la balanza justa,

igual que el de Baltasar, su destino será muerte,

y la mano vengadora nunca ha de vacilar

hasta que sombras se hagan su fe, su raza y su lengua.

Eran versos que llenaban el corazón y corrían como un torbellino; la I. A. A. está mejor servida por sus plumas que por sus petardos. Dan le daba palmadas en la espalda a Mulcahy con regocijo y le pedía que se uniera al coro. Los oficiales volvieron a tumbarse. Ya no hacía falta que caminasen. Los hombres se estaban tranquilizando estruendosamente, así:

Santa María en el cielo escribió este juramento:

¡No habrá paz en la tierra hasta que la herética sangre,

la del niño de pecho y la que conduce el arado,

al océano llegue, cual una riada del Shannon!

—Ya hablaré contigo cuando pase todo esto —dijo el padre Dennis, autoritario a la oreja de Dan—. ¿Qué sentido tiene que te confieses conmigo cuando haces esta locura? Dan, ¡has estado jugando con fuego! Te pondré más penitencia en una semana que…

—Véngase al purgatorio con nosotros, querido padre. Los Boneens se han puesto en movimiento; ¡ya nos dejan marchar!

El regimiento se alzó al sonido de la corneta como un solo hombre; pero hubo un hombre que se levantó más rápido que los otros porque tenía media pulgada de bayoneta clavada en la parte carnosa de su pantorrilla.

—Tienes que hacerlo —dijo Dan, inflexible—, hazlo decentemente en cualquier caso —y el rugido del avance ahogó sus palabras, porque las compañías de atrás empujaban a las primeras, cantando todavía mientras se apresuraban colina abajo:

¡La del niño de pecho y la que conduce el arado,

al océano llegue, cual una riada del Shannon!

Deberían habérselo cantado a Inglaterra a la eara, y no a los afganos, a los que les impresionaba tanto como el grito salvaje de los irlandeses.

—Bajaron cantando —decía el informe extraoficial, que corrió de pueblo en pueblo al día siguiente—. Siguieron cantando y estaba escrito que nuestros hombres no podrían aguantar su avance. Se cree que había magia en la citada canción.

Dan y Horse Egan se mantuvieron cerca de Mulcahy. Por dos veces el hombre quiso escapar en medio de la confusión. Y por dos veces lo arrastraron, patearon y llevaron a hombros de nuevo al infierno indescriptible de una carga fieramente repelida.

Al final, el pánico excesivo de su miedo le condujo a una locura que estaba más allá de todo valor humano. Sus ojos miraban a la nada, llevaba la boca abierta y babeando espuma, respiraba como si estuviera dándose un baño frío y seguía andando demente, mientras Dan avanzaba con esfuerzo tras él. La carga se detuvo ante una gran pared de adobe. Fue Mulcahy quien trepó con uñas y dientes y arrojó a las bayonetas al estupefacto afgano que le impedía el paso. Fue Mulcahy quien corrió en línea recta como un perro rabioso, se puso a la cabeza de un grupo de almas ardientes en una batería recién descubierta y se arrojó a la boca de un cañón mientras sus camaradas bailaban entre los artilleros. Fue Mulcahy quien se precipitó sin freno desde aquella batería hasta campo abierto, donde el enemigo se retiraba en grupos tétricos. Llevaba las manos vacías, había perdido el casco y el cinturón y sangraba por una herida en el cuello. Dan y Horse Egan, jadeando y afligidos, se habían tirado al suelo junto a los cañones capturados cuando se dieron cuenta de la carga de Mulcahy.

—¡Está loco! Loco de miedo —dijo Horse Egan críticamente —: va directo a la muerte, y no sirve de nada gritar.

—Que se vaya. ¡Mira ahora! Si le tiramos a lo mejor le damos.

El más rezagado de un tropel de afganos se volvió al oír el ruido de pies calzados tras de sí, y preparó el puñal. Aquella, advirtió, no era ocasión para hacer prisioneros. Mulcahy siguió avanzando, entre sollozos; la hoja del cuchillo entró directamente en la vaina del pecho indefenso y el cuerpo se inclinó hacia delante casi antes que un tiro de fusil de Dan hiciera caer al asesino y acelerara todavía más la retirada afgana. Los dos hombres se fueron a recuperar sus muertos.

—Aprendió la lección y tuvo una muerte fácil —dijo Horse Egan, examinando el cadáver—. Pero ¿le hubieras pegado un tiro, Danny, si hubiera vivido?

—No vivió, así que no se sabe. Pero lo dudo, por lo bien que nos lo hizo pasar; por no hablar de la cerveza. Cógelo por las piernas y lo transportaremos. Quizá sea mejor así.

Llevaron el pobre cuerpo sin vida al regimiento, tendido sobre sus rifles, con la boca abierta, y hubo una disimulada risa general cuando uno de los alféreces jóvenes dijo: «¡Era un buen hombre!».

—Vaya —dijo Horse Egan cuando los enterradores se llevaron la carga—. Estoy tremendamente seco, y esto me recuerda que ya no habrá cerveza nunca más.

—¿Y por qué no? —dijo Dan con brillo en los ojos mientras se estiraba para descansar—. ¿No estamos conspirando todo lo que podemos?; y, mientras conspiramos, ¿no tenemos derecho a bebida gratis? Seguro que su anciana madre en Nueva York no va a dejar que los camaradas de su hijo perezcan de sed… si es que podemos llegar hasta ella con una carta.

—Eres un genio —dijo Horse Egan—. Desde luego que no lo permitirá. Me gustaría que esta guerra cruel hubiera terminado para poder volver a la cantina. A fe mía que el comandante en jefe debería ser colgado con su propio talabarte por hacernos trabajar con agua.

Los Rebeldes compartían en general la opinión de Horse Egan. Por tanto, se apresuraron a hacer su trabajo cuanto antes y su laboriosidad tuvo el premio de una paz inesperada.

—Podemos luchar con los hijos de Adán —decían los miembros de las tribus—, pero no podemos luchar contra los hijos de Eblis, y este regimiento nunca se queda quieto en el mismo lugar. Volvamos a casa, por lo tanto.

Y así lo hicieron, y el regimiento en cuestión se retiró a conspirar bajo la dirección de Dan Grady.

Excelente como subordinado, Dan sin embargo tenía sus fallos como comandante en jefe, posiblemente porque se dejaba influir demasiado por los consejos del único hombre del regimiento que podía producir más de dos tipos de letra. El mismo correo que llevó a la madre de Mulcahy en Nueva York una carta del coronel, diciéndole lo valientemente que había peleado su hijo por la Reina, y cómo hubiera sido, con toda seguridad, propuesto para la Cruz de Victoria si hubiera sobrevivido, llevaba una comunicación firmada, lamento decirlo, por el mismo coronel y todos los oficiales del regimiento, explicando su voluntad de llevar a cabo «cualquier cosa contraria al reglamento y cualquier tipo de revolución» si se les pudiera mandar un poco de dinero para cubrir gastos imprevistos. Daniel Grady, caballero, recibiría los fondos en representación de Mulcahy, que «se encontraba enfermo a la hora de escribir esto».

Ambas cartas fueron enviadas desde Nueva York a la calle Tehama de San Francisco, con comentarios al margen tan breves como amargos. La Triple Tercera las leyó y se miraron unos a otros. Entonces el segundo conspirador —el que creía en «unirse con las secciones prácticas»— empezó a reírse y cuando recuperó su compostura dijo:

—Caballeros, considero que esto puede ser una lección para nosotros. Nos han abandonado una vez más. Esos malditos irlandeses nos han traicionado. Yo sabía que lo harían pero… —y al llegar aquí volvió a reírse— no sé lo que daría por saber qué es lo que había detrás de todo eso.

Su curiosidad se hubiera visto satisfecha si hubiese visto a Dan Grady, desacreditado conspirador del regimiento, tratando de explicar a sus sedientos camaradas de India por qué no llegaban los fondos de Nueva York.

LA MARCA DE LA BESTIA

Tus dioses y mis dioses, ¿sabes tú, sé yo cuáles son más fuertes?

Proverbio indígena

AL este de Suez, afirman algunos, cesa el control directo de la Providencia: allí el Hombre es entregado al poder de los dioses y demonios de Asia y la Providencia de la Iglesia de Inglaterra sólo ejerce una supervisión ocasional, y modificada, en el caso de los ingleses.

Esta teoría da razón de algunos de los horrores más innecesarios de la vida en la India: se puede ampliar hasta aplicarla a mi relato.

Mi amigo Strickland, de la Policía, que sabe tanto de los nativos de la India como es posible saber sin daño para el hombre, puede ser testigo de los hechos de este caso. Dumoise, nuestro médico, también vio lo que Strickland y yo vimos. Las deducciones que sacó de las pruebas eran completamente erróneas. Ahora está muerto; murió de una forma bastante curiosa, que ha sido descrita en otro lugar.

Cuando Fleete llegó a la India tenía un poco de dinero y algunas tierras en el Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharmsala. Ambas propiedades las había heredado de un tío y vino a la India a explotarlas. Era un hombre grande, pesado, genial e inofensivo. Su conocimiento de los nativos, por supuesto, era limitado, y se quejaba de las dificultades de la lengua.

Fleete bajó de su estancia en las montañas a pasar la noche de fin de año en la guarnición y se quedó en casa de Strickland. En la velada de fin de año había un gran banquete en el club y el alcohol corría profusamente. Cuando hombres procedentes de los confines más lejanos del Imperio se reúnen tienen derecho a la juerga. La Frontera había enviado un contingente de soldados de un cuerpo especial que no habían visto más de veinte rostros blancos en un año, y que estaban acostumbrados a cabalgar quince millas para cenar en el fuerte más próximo arriesgándose a encontrarse con una bala Khybere en donde

tendrían que hallar sus tragos. Se aprovecharon de su novedosa seguridad, porque trataron de jugar al billar con un erizo que encontraron en el jardín, y uñó de ellos llevó el marcador por la habitación entre los dientes. Media docena de colonos habían venido del sur y hablaban de «caballo» con el mayor mentiroso de Asia, que trataba de contar sus mejores historias. Todo el mundo estaba allí, y se produjo un cerrar filas general y un balance de las bajas en muertos o incapacitados producidas durante el año anterior. Fue una noche muy remojada y recuerdo que cantamos *Auld Lang Syne* con los pies en la copa del campeonato de polo y la cabeza entre las estrellas y juramos que éramos todos amigos queridos. Luego, algunos de nosotros nos fuimos a anexionar Birmania, y otros a tratar de abrir el Sudán, para ser abiertos por los sudaneses entre aquellos matorrales crueles en las afueras de Suakim, y otros encontraron estrellas y medallas; algunos se casaron, lo cual estaba mal, y otros hicieron otras cosas que eran peores, y el resto de nosotros permanecimos con nuestras cadenas y luchamos por hacer dinero con insuficiente experiencia.

Fleete empezó la noche con jerez y bíter, bebió champán sin interrupción hasta el postre, y después del crudo y raspón vino de Capri tan fuerte como el whisky, tomó Benedictine con el café, cuatro o cinco whiskys con soda para mejorar sus golpes en el billar y siguió con cerveza y dados a las dos y media, coronándolo todo con coñac añejo. En consecuencia, cuando a las tres y media de la madrugada salió a una helada de diez grados bajo cero, se enfadó sobremanera porque su caballo tosía e intentó hacer el salto de la rana sobre la silla. El caballo se escapó y se fue a su establo; así que Strickland y yo formamos la Guardia del Deshonor para llevar a Fleete a casa.

Nuestro camino atravesaba el bazar, junto a un templo pequeño de Hanuman, el dios-mono, que es una divinidad importante digna de respeto. Todos los dioses tienen sus cosas buenas, como las tienen todos los sacerdotes. Personalmente, le concedo mucha importancia a Hanuman y soy amable con su gente…, los grandes monos grises de las montañas. Uno nunca sabe cuándo va a necesitar un amigo.

Había una luz en el templo, y al pasar oímos voces de hombres salmodiando unos himnos. En un templo nativo los sacerdotes se levantan a cualquier hora de la noche para honrar a su dios. Antes de que pudiéramos hacer nada para impedirlo, Fleete subió corriendo las escalinatas, les dio unas palmaditas en la espalda a dos sacerdotes y con toda gravedad pulverizó la colilla en la frente de la imagen de piedra roja de Hanuman. Strickland trató de llevárselo a rastras de allí, pero él se sentó y dijo con toda solemnidad:

—¿Veis eso? La marca de la b… bessstia. *Yo* la he hecho. ¿No esss bonita?

Medio minuto después el templo estaba lleno de vida y de ruidos, y Strickland, que conocía las consecuencias de contaminar a los dioses, dijo que podría ocurrir una serie de cosas. Él, en virtud de su posición oficial, su larga residencia en el país y su debilidad por mezclarse con los indígenas, era conocido de los sacerdotes y se sintió infeliz. Fleete seguía sentado en el suelo y se negaba a moverse. Decía que el bueno de Hanurnan era una almohada muy suave.

Entonces, sin previo aviso, un Hombre de Plata salió de un recoveco de detrás de la imagen del dios. Estaba absolutamente desnudo en aquel amargo, amargo frío, y su cuerpo brillaba como plata cubierta de escarcha porque era lo que la Biblia llama «un leproso tan blanco como la nieve». Además no tenía rostro, porque hacía años que era leproso y la enfermedad había hecho mella en él. Nosotros dos nos inclinamos para levantar a Fleete, y el templo se llenaba y llenaba con gente que parecía surgir de la propia tierra, cuando el Hombre de Plata se precipitó por debajo de nuestros brazos, haciendo un ruido exactamente igual al chillido de una nutria, abrazó el cuerpo de Fleete sobre cuyo pecho dejó caer la cabeza antes que tuviéramos tiempo para arrancarle de allí. Luego se retiró a un rincón, donde se sentó chillando mientras la multitud bloqueaba todas las puertas.

Los sacerdotes parecían muy airados hasta que el Hombre de Plata tocó a Fleete. Aquel abrazo, al parecer, les calmó.

Después de unos minutos de silencio uno de los sacerdotes se acercó a Strickland y le dijo en perfecto inglés:

—Llévate de aquí a tu amigo. Él ya ha terminado con Hanuman pero Hanuman no ha terminado con él.

La multitud nos abrió paso y llevamos a Fleete hasta la carretera.

Strickland estaba muy enfadado. Decía que podían habernos acuchillado a los tres, y que Fleete debería dar gracias a su buena estrella por haber escapado sano y salvo.

Fleete no dio las gracias a nadie. Dijo que se quería ir a la cama. Estaba maravillosamente borracho.

Seguimos andando, Strickland en silencio y airado, hasta que a Fleete le entraron unos espasmos violentos de temblores y de sudor. Decía que los olores del bazar eran insoportables, y se preguntaba cómo permitían que hubiera mataderos tan cerca de las residencias de los ingleses.

—¿No oléis la sangre? —dijo Fleete.

Por fin le metimos en la cama, justo cuando empezaba a amanecer, y Strickland me invitó a tomar otro whisky con soda. Mientras bebíamos habló del problema del templo y admitió que le dejaba completamente desconcertado. Strickland odia que le engañen los nativos, porque su dedicación a esta vida consiste en superarles con sus propias armas. Todavía no lo ha logrado, pero dentro de quince o veinte años habrá hecho algunos pequeños progresos.

—Deberían habernos apaleado —dijo— en lugar de chillar entre nosotros. Me pregunto qué es lo que quieren. No me gusta lo más mínimo.

Yo dije que el comité del templo pondría sin duda una querella criminal contra nosotros por insultar su religión. Había una sección del código penal de la India que se adecuaba exactamente a la ofensa de Fleete. Strickland dijo que no esperaba otra cosa y que rezaba para que lo hicieran. Antes de marcharme eché un vistazo a la habitación de Fleete y lo vi tendido sobre su lado derecho, rascándose el izquierdo. Luego, me fui a la cama, frío, deprimido y sintiéndome desgraciado, a las siete de la mañana.

A la una fui hasta casa de Strickland para interesarme por la cabeza de Fleete. Me imaginaba que estaría bastante dolorida. Fleete estaba desayunando y no se encontraba bien. Estaba de pésimo humor, porque no hacía sino insultar al cocinero por no haberle puesto unas chuletas casi crudas. Un hombre que puede comer carne cruda después de una noche de alcohol es una curiosidad. Se lo dije a Fleete y se rió.

—Se crían unos mosquitos muy raros por estas tierras —dijo —. Me han acribillado, pero sólo en un lugar.

—Déjame ver la picadura —dijo Strickland—. Quizá se haya aliviado desde esta mañana.

Mientras le preparaban las chuletas, Fleete se abrió la camisa y nos mostró, justo debajo de su tetilla izquierda, una marca que era reproducción exacta de las máculas —los cinco o seis puntos dispuestos en círculo— de la piel del leopardo. Strickland la miró y dijo:

—Por la mañana estaba rosa, ahora se ha vuelto negra.

Fleete corrió en busca de un espejo.

—¡Por Júpiter! —dijo—, es asqueroso, ¿qué es?

No pudimos responderle. En ese momento llegaron las chuletas, todas rojas y jugosas, y Fleete se tragó tres de la forma más repugnante. Comía sólo con las muelas de la derecha e inclinaba la cabeza sobre su hombro derecho mientras masticaba la carne con ruido. Cuando hubo acabado, se imaginó que se había comportado de forma extraña, porque dijo en tono de excusa:

—No creo que nunca me haya sentido tan hambriento. He engullido como un avestruz.

Después del desayuno, Strickland me dijo:

—No te vayas. Quédate aquí, quédate a pasar la noche.

Dado que mi casa no estaba ni a tres millas de la de Strickland, esta petición era absurda. Pero Strickland insistió, e iba a decir algo cuando Fleete interrumpió declarando con vergüenza que volvía a tener hambre.

Strickland mandó un hombre a mi casa en busca de mi ropa de cama y un caballo, y los tres fuimos a las caballerizas de Strickland a pasar el rato hasta que fuese hora de ir a dar un paseo a caballo. El hombre que tiene debilidad por los caballos nunca se cansa de inspeccionarlos, y cuando dos hombres matan el tiempo de esta manera obtienen conocimiento y mentiras el uno del otro.

Había cinco caballos en las caballerizas, y nunca olvidaré la escena cuando tratamos de examinarlos. Parecían haberse vuelto locos. Se encabritaron, relincharon y casi destrozan sus estacas; sudaban, tenían escalofríos, echaban espuma por la boca y estaban locos de miedo. Los caballos de Strickland le conocían tan bien como sus perros, lo que hacía el asunto más curioso todavía. Abandonamos las caballerizas por miedo a que los brutos nos derribaran en su ataque de pánico. Entonces Strickland se volvió y me llamó. Los caballos seguían asustados pero nos dejaron que les dijésemos «tranquilo», que los acariciáramos y apoyaron sus cabezas en nuestros pechos.

—No nos tienen miedo a *nosotros* —dijo Strickland—. ¿Sabes una cosa?, daría tres meses de paga por que Ultraje hablara.

Pero Ultraje era mudo y lo único que podía hacer era arrebujarse contra su amo y resoplar, según la costumbre de los caballos cuando desean explicar cosas y no pueden. Fleete se acercó cuando estábamos en los establos, y tan pronto como los caballos le vieron les volvió a dar un ataque de pánico. A duras penas pudimos escapar del lugar sin que nos dieran una coz. Strickland dijo:

—No parecen quererte, Fleete.

—Tonterías —dijo Fleete—: mi yegua me seguirá como un perro.

Fue hasta ella. Estaba suelta en una caballeriza, pero en cuanto corrió la tranca la yegua corcoveó, le tiró al suelo y se escapó al jardín. Yo me reí, pero a Strickland no le divertía nada. Se llevó ambas manos al bigote y tiró de él hasta casi arrancárselo. Fleete, en lugar de ir a perseguir a su yegua, bostezó diciendo que tenía sueño. Fue a la casa a acostarse, que es una forma muy tonta de pasar el día de Año Nuevo.

Strickland se sentó conmigo en las caballerizas y me preguntó si había notado algo raro en los modales de Fleete. Le dije que comía como una bestia, pero que esto podía ser el resultado de vivir solo en las montañas fuera del ámbito de una sociedad tan refinada y elevada como la nuestra, por ejemplo. A Strickland no le hizo gracia. No creo que me escuchara, porque su frase siguiente se refirió á la marca del pecho de Fleete, y yo le dije que podía haber sido causada por las picaduras de las moscas, o que posiblemente se tratara de una mancha de nacimiento recién aparecida y que era visible ahora por vez primera, y Strickland encontró propicia la ocasión para decirme que yo era un idiota.

—Ahora no te puedo explicar lo que pienso —dijo— porque me llamarías loco, pero tienes que quedarte conmigo los próximos días, si puedes. Quiero que observes a Fleete, pero no me digas lo que piensas hasta que yo haya llegado a una conclusión.

—Pero es que tengo que cenar fuera esta noche —dije.

—Yo también —dijo Strickland—, y también Fleete. Por lo menos si no cambia de parecer.

Paseamos por el jardín fumando, sin decir palabra —porque éramos amigos y la conversación estropea el buen tabaco— hasta que se nos apagaron las pipas. Luego fuimos a despertar a Fleete. Estaba completamente despierto y no paraba de moverse por su cuarto.

—Oye, quiero más chuletas —dijo—. ¿Me las pueden servir?

Nos reímos y le dijimos:

—Ve a cambiarte. Los ponis estarán aquí dentro de un minuto.

—Está bien —dijo Fleete—, iré cuando me haya comido las chuletas, casi crudas, recuerda.

Parecía hablar muy en serio. Eran las cuatro y habíamos desayunado a la una; y sin embargo, durante un buen rato, siguió pidiendo las chuletas casi crudas. Luego se puso la ropa de montar y salió a la galería. Su poni —la yegua no había sido capturada— no le dejaba acercarse. Los tres caballos estaban imposibles de manejar, locos de miedo, y finalmente

Fleete dijo que se quedaría en casa para comer algo. Strickland y yo nos fuimos a dar una vuelta a caballo, pensativos. Al pasar por el templo de Hanuman, el Hombre de Plata salió y chilló a nuestro paso.

—No es uno de los sacerdotes habituales del templo —dijo Strickland—. Creo que me gustaría especialmente ponerle la mano encima.

Galopamos sin ningún entusiasmo por el hipódromo aquella tarde. Los caballos parecían decaídos y se movían como si los hubiesen agotado.

—El pánico de después del desayuno ha sido demasiado para ellos —dijo Strickland.

Ése fue el único comentario que hizo en el resto del paseo. Una o dos veces, creo, soltó un juramento en voz baja, pero eso no contaba.

Volvimos a las siete, cuando ya estaba oscuro, y vimos que no había luz en el bungalow.

—Vaya rufianes descuidados que están hechos mis sirvientes —dijo Strickland.

Mi caballo se encabritó ante algo que había en el camino de coches y Fleete se levantó ante su belfo.

—¿Qué estás haciendo ahí, arrastrándote por el jardín? —dijo Strickland.

Pero los dos caballos se encabritaron y casi nos tiran al suelo. Desmontamos cerca de las caballerizas y volvimos junto a Fleete, que andaba a cuatro patas bajo los macizos de naranjos.

—¿Qué demonios te pasa? —dijo Strickland.

—Nada, nada en absoluto —dijo Fleete, hablando muy deprisa y con voz poco clara—. He estado trabajando en el jardín…, herborizando, ya sabes. El olor de la tierra es delicioso. Creo que voy a dar un paseo…, un largo paseo…, que dure toda la noche.

Y entonces vi que había algo excesivamente fuera de lugar en alguna parte, y le dije a Strickland:

—No voy a salir a cenar.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo Strickland—. Vamos, Fleete, levántate. Vas a coger fiebre ahí. Ven a cenar y encendamos las lámparas. Cenaremos todos en casa.

Fleete se levantó a regañadientes y dijo:

—Sin lámparas, sin lámparas. Se está mucho mejor aquí. Cenemos fuera y tomemos más chuletas…, muchas y además casi crudas…, llenas de sangre y cartílagos.

Hay que decir que una noche de diciembre en el norte de la India es tremendamente fría, y la proposición de Fleete era propia de un maníaco.

—Entra —dijo Strickland con firmeza—. Entra al momento.

Fleete vino y cuando trajeron las lámparas vimos que estaba literalmente cubierto de porquería de la cabeza a los pies. Debía de haberse arrastrado por el suelo del jardín. Se apartó de la luz y se fue a su cuarto. Era horrible mirarle a los ojos. Tenían por detrás, no por dentro —si me comprenden ustedes —, una luz verde y le colgaba el labio inferior.

Strickland dijo:

—Vamos a tener problemas…, grandes problemas…, esta noche. No te quites la ropa de montar.

Esperamos y esperamos hasta que volviera Fleete y entre tanto pedimos la cena. Le oíamos moverse en su habitación, pero no había luz en ella. Entonces surgió de la habitación el aullido prolongado de un lobo.

La gente habla y escribe con ligereza de que se le hiela la sangre en las venas y se le ponen los pelos de punta y cosas de ese tipo. Ambas sensaciones son demasiado horribles para tomarlas a la ligera. Se me paró el corazón como si lo hubieran atravesado con un cuchillo, y Strickland se puso tan blanco como el mantel.

El aullido se repitió y le contestó otro aullido desde los campos lejanos.

Esa fue la gota dorada que colmó el vaso del horror. Strickland corrió al cuarto de Fleete. Yo le seguí y le descubrimos

saliendo por la ventana. Del fondo de sü garganta salían ruidos bestiales. No pudo respondernos cuando le gritamos. Escupió.

No recuerdo del todo lo que siguió, pero creo que Strickland tuvo que dejarle inconsciente de un golpe con el largo sacabotas, porque si no nunca hubiera sido yo capaz de sentarme en su tórax. Fleete no podía hablar, sólo podía gruñir, y los gruñidos eran los de un lobo, no los de un hombre. El espíritu humano debía de haber estado cediendo terreno durante todo el día y había muerto con el crepúsculo. Estábamos tratando con una bestia que en tiempos había sido Fleete.

El asunto estaba más allá de cualquier experiencia humana y racional. Yo traté de decir «hidrofobia», pero la palabra no me salía, porque sabía que era una mentira.

Atamos a aquella bestia con las correas de cuero de la cuerda del *punkah*, y le amarramos de manos y pies y le amordazamos con un calzador de hueso, que es una mordaza muy eficaz si sabes cómo utilizarlo. Luego lo llevamos al comedor y enviamos a un hombre a buscar a Dumoise, el médico, para que le dijera que viniera al instante. Después de despachar al mensajero y de recuperar el aliento, Strickland dijo:

—No va a servir de nada. No es un asunto que pueda arreglar la medicina.

Yo también supe que decía la verdad.

La cabeza de la bestia estaba libre, y la movía de un lado a otro sin parar. Cualquiera que hubiera entrado en la habitación habría creído que estábamos curtiendo la piel de un lobo. Era el accesorio más repugnante de todos.

Strickland, con la barbilla apoyada en el puño, observaba a la bestia, que se movía como loca en el suelo, pero no decía nada. La camisa se le había desgarrado en el forcejeo y se le veía la roseta negra del costado izquierdo. Sobresalía como una ampolla.

En el silencio de la espera oímos algo en el exterior que chillaba como una nutria hembra. Ambos nos pusimos de pie,

y —yo respondo por mí, no por Strickland— enfermamos: real y físicamente enfermamos. Nos dijimos, como los hombres de *Pinafore*, que era el gato.

Dumoise llegó y nunca he visto a un hombre tan poco profesionalmente conmovido. Dijo que era un caso desgarrador de hidrofobia y que no se podía hacer nada. Al menos, las posibles medidas paliativas no harían sino prolongar la agonía. La bestia echaba espuma por la boca. Fleete, le dijimos a Dumoise, había sido mordido por perros en una o dos ocasiones. Cualquier hombre que tenga media docena de terriers debe esperar algún que otro mordisco. Dumoise no podía ayudar en nada. Sólo podía certificar que Fleete se estaba muriendo de hidrofobia. Para entonces la bestia aullaba, porque había conseguido escupir el calzador. Dumoise dijo que estaba presto a certificar la causa de la muerte y que el fin era seguro. Se trataba de un buen hombre y se ofreció a quedarse con nosotros, pero Strickland rehusó su amable ofrecimiento. No quería envenenarle el Año Nuevo. Tan sólo le rogaba que no hiciera pública la causa real de la muerte de Fleete.

Y Dumoise se marchó, con su profunda agitación; y tan pronto como se alejó el ruido de las ruedas del carro, Strickland me contó en un susurro sus sospechas. Eran tan demencialmente improbables que no se atrevía a decirlas en voz alta; y yo, que participaba de todas las creencias de Strickland, estaba tan avergonzado de ellas que fingí incredulidad.

—Incluso si el Hombre de Plata hubiera embrujado a Fleete por contaminar la imagen de Hanuman, el castigo no se hubiera podido producir tan pronto.

Mientras yo murmuraba estas palabras el grito volvió a oírse fuera y la bestia entró en tal paroxismo de forcejeos que tuvimos miedo de que las ligaduras que lo sujetaban cediesen.

—¡Mira! —dijo Strickland—. A la sexta vez que esto suceda, tomaré la ley en mis manos. Te ordeno que me ayudes.

Se fue a su cuarto y volvió al cabo de unos minutos coñ los cañones de una vieja escopeta, un trozo de sedal, una cuerda bastante gruesa y el bastidor de madera de su cama. Yo le

informé de que las convulsiones se habían producido dos segundos después de cada grito, y de que la bestia estaba perceptiblemente cada vez más débil.

Strickland murmuró:

—¡Pero no puede quitarle la vida! ¡No puede quitarle la vida!

Yo dije, sabiendo que argüía conmigo mismo:

—Puede que sea un gato. Tiene que ser un gato. Si el Hombre de Plata es el responsable, ¿cómo es que se atreve a venir por aquí?

Strickland atizó los leños de la chimenea, puso los cañones de la escopeta entre las ascuas, extendió el bramante sobre la mesa y rompió un bastón en dos. Había una yarda de sedal, tripa cubierta de alambre de la que se usa para la pesca del *mahseer*, y ató los dos extremos en un lazo.

Y entonces dijo:

—¿Cómo podemos capturarle? Debemos cogerle vivo e ileso.

Yo dije que debíamos confiar en la Providencia y salir silenciosamente con los mazos de polo a apostarnos entre los arbustos, delante de la casa. Era evidente que el hombre o animal que producía el grito se movía alrededor de la casa con la regularidad de un centinela nocturno. Podíamos esperar en los matorrales hasta que pasara y darle el golpe entonces.

Strickland aceptó esta sugerencia y nos deslizamos al exterior por la ventana de un cuarto de baño hasta la galería delantera, y de allí atravesamos el camino de coches hasta los matorrales.

A la luz de la luna vimos al leproso, que se acercaba desde la esquina de la casa. Iba totalmente desnudo, y de cuando en cuando maullaba y se paraba a bailar con su sombra. Era un espectáculo poco atractivo, y al pensar en el pobre Fleete, llevado a tal degradación por una criatura tan espantosa, dejé de lado mis vacilaciones y decidí ayudar a Strickland, desde los cañones calentados de las escopetas hasta el lazo de bramante…, desde las entrañas a la cabeza y vuelta a empezar…, con todas las torturas que fueran necesarias.

El leproso se detuvo un momento en el porche delantero y saltamos sobre él con los mazos. Era extraordinariamente fuerte, y temimos que pudiera escapar o que acabara con una herida fatal antes de que lo cogiéramos. Teníamos la idea de que los leprosos eran criaturas frágiles, pero esto resultó ser incorrecto. Strickland le dio un golpe en las piernas para hacerlo caer y yo le puse el pie en el cuello. Maullaba espantosamente, e incluso a través de mis botas de montar sentí que su carne no era la carne de un hombre limpio.

Nos golpeó con los muñones de sus manos y sus pies. Le hicimos el lazo del perro, se lo pasamos por debajo de las axilas y lo arrastramos así al salón y de allí al comedor, donde yacía la bestia. Allí lo atamos con las correas de un baúl. No intentó escaparse pero no dejó de maullar.

Cuando le pusimos frente a la bestia la escena resultó indescriptible. La bestia se dobló de espaldas en un arco perfecto como si la hubieran envenenado con estricnina, y gemía de la forma más despiadada. También ocurrieron varias cosas más, pero no pueden ser consignadas aquí.

—Creo que yo tenía razón —dijo Strickland—. Ahora le rogaremos que cure este caso.

Pero el leproso se limitaba a maullar. Strickland se envolvió la mano con una toalla y sacó los cañones del fuego. Yo puse la mitad del bastón roto en el lazo del sedal y até al leproso cómodamente al bastidor de la cama de Strickland. Ahora entiendo cómo hombres y mujeres y también niños pueden soportar ver quemar viva a una bruja; porque la bestia gemía en el suelo y, aunque el Hombre de Plata no tenía rostro, se veían los sentimientos horribles que pasaban a través de la lápida que ocupaba el lugar de su cara, con la misma exactitud con la que olas de calor recorren un hierro candente…, con cañones de escopetas, por ejemplo. Strickland se tapó los ojos con la mano por un momento y empezamos a trabajar. Esta parte no se puede imprimir.

Comenzaba a apuntar el alba cuando el leproso habló. Sus maullidos no habían sido satisfactorios hasta ese momento. La bestia se había desmayado de agotamiento y la casa estaba muy silenciosa. Liberamos al leproso y le dijimos que se

llevara al espíritu maligno. Reptó hasta la bestia y le puso la mano en el costado izquierdo. Eso fue todo. Luego cayó de bruces y gimoteó, conteniendo la respiración mientras lo hacía.

Nosotros observábamos el rostro de la bestia y vimos el alma de Fleete volviendo a sus ojos. Entonces brotó el sudor en su frente, y los ojos —eran ojos humanos— se cerraron. Esperamos una hora y Fleete seguía durmiendo. Le llevamos a su habitación, pedimos al leproso que se fuera, y le regalamos el bastidor de la cama y la sábana para que cubriera su desnudez, los guantes y las toallas con las que le habíamos tocado y la fusta que había rodeado su cuerpo. Se echó la sábana por encima y salió a la mañana sin hablar ni maullar.

Strickland se secó la cara y se sentó. Un gong nocturno, lejos en la ciudad, dio las siete.

—¡Exactamente veinticuatro horas! —dijo Strickland—. Y he hecho lo suficiente para asegurarme de que me echen del servicio, además de una residencia permanente en un asilo para locos peligrosos. ¿Crees que estamos despiertos?

El cañón candente de la escopeta se había caído al suelo y estaba chamuscando la alfombra. El olor era totalmente real.

Aquella mañana, a las once, fuimos juntos a despertar a Fleete. Miramos, y vimos que la negra roseta de leopardo le había desaparecido del pecho. Estaba muy soñoliento y cansado, pero en cuanto nos vio dijo:

—¡Oh! Maldita sea, amigos. Feliz Año Nuevo. Nunca mezcléis las bebidas. Estoy medio muerto.

—Gracias por tu amabilidad, pero estás fuera del tiempo —dijo Strickland—. Hoy es día dos. Has dormido veinticuatro horas bien cumplidas.

La puerta se abrió y el pequeño Dumoise asomó la cabeza. Había venido a pie y se figuraba que estaban amortajando a Fleete.

—He traído a una enfermera conmigo —dijo Dumoise—. Supongo que puede entrar para… para… hacer lo necesario.

—No faltaba más —dijo Fleete jovialmente, incorporándose en la cama—. Haga entrar a sus enfermeras.

Dumoise se quedó de piedra. Strickland le sacó del cuarto y le explicó que debía de haber alguna equivocación en el diagnóstico. Dumoise siguió mudo y abandonó la casa a toda prisa. Consideraba que habían atentado contra su reputación y se inclinaba a considerar su restablecimiento como una cuestión personal. Strickland también salió. Al volver dijo que había ido al templo de Hanuman a reparar la contaminación del dios, y le habían asegurado solemnemente que ningún hombre blanco había tocado el ídolo y que él era la encarnación de todas las virtudes, bajo el encanto de una ilusión.

—¿Qué piensas? —dijo Strickland.

Y yo dije:

—«Hay más cosas…».

Pero Strickland odia esa cita. Dice que la he utilizado tanto que la he dejado sin sentido.

Ocurrió otra cosa curiosa que me asustó tanto como todos los trabajos de la noche. Cuando Fleete se hubo vestido, entró en el comedor y husmeó el aire. Tenía el extraño tic de mover la nariz cuando olfateaba.

—Qué horrible olor a perro hay aquí —dijo—: deberías tener más cuidado con esos terriers tuyos, Strickland. Prueba con azufre.

Pero Strickland no contestó. Cogió el respaldo de una silla y, sin previo aviso, le entró un ataque de histeria. Es terrible ver a un hombre fuerte presa de la histeria. Y entonces se me ocurrió pensar que habíamos luchado con el Hombre de Plata por el alma de Fleete, en aquella habitación, y que nos habíamos deshonrado para siempre como ingleses, y me reí y jadeé y gruñí tan desvergonzadamente como Strickland, y Fleete pensó que los dos nos habíamos vuelto locos. Nunca le dijimos lo que habíamos hecho.

Años más tarde, cuando Strickland ya se había casado y era un piadoso miembro de la sociedad, cumplidor de sus deberes

religiosos para contentar a su mujer, pasamos revista al incidente desapasionadamente y Strickland sugirió que lo hiciera público.

No comprendo muy bien cómo podría esta medida aclarar el misterio, porque, en primer lugar, nadie se va a creer una historia desagradable, y, en segundo lugar, es bien sabido por todo hombre que esté en sus cabales que los dioses de los paganos son de bronce y piedra, y que cualquier intento de considerarlos de otro modo está justamente condenado.

EL RETORNO DE I MRAY

Con las puertas abiertas, según el relato cuenta,
desde la noche llegó aquel espectro paciente,
quizá hablar no pudiera, ni tampoco alterase
ni aun un solo pelo del armiño del Barón…
Mudo, falto de fuerzas, sólo sombra ligera
erró por el castillo, iba en busca de su gente,
¡y resultó tremendo
ver que el fantasma mudo seguía a su enemigo!
El Barón

IMRAY consiguió lo imposible. Sin previo aviso, sin motivo imaginable, en su juventud, en el umbral de su carrera, eligió desaparecer del mundo, es decir, de la pequeña colonia india donde vivía.

Un día estaba vivo, bien, feliz, y su presencia era más que evidente en las mesas de billar de su club. A la mañana siguiente ya no estaba, y no hubo búsqueda alguna que descubriese dónde podía estar. Se había salido de su sitio; no había aparecido en su oficina a la hora apropiada, y su dog-cart no se veía en los caminos públicos. Por esas razones, y porque constituía un estorbo microscópico al desarrollo de la administración del Imperio de la India, aquel Imperio se detuvo durante un momento también microscópico para hacer las investigaciones oportunas acerca del destino de Imray. Se dragaron estanques, se sondaron los pozos, se enviaron telegramas a lo largo de las líneas del ferrocarril y hasta los puertos más cercanos, a doscientas millas; pero Imray no estaba al final de los cables de arrastre ni de los hilos del telégrafo. Se había ido, y su tierra no supo de él. Entonces, el trabajo del Gran Imperio de la India siguió adelante arrollador porque no podía ser pospuesto, e Imray pasó de ser un hombre a ser un misterio…, ese tipo de cosas de las que los hombres hablan en sus reuniones mensuales del club y que luego olvidan por completo. Sus armas, caballos y coches se

vendieron al mejor postor. Su oficial superior escribió una carta totalmente absurda a su madre, diciéndole que Imray había desaparecido de un modo inexplicable, y su bungalow permaneció vacío.

Después que hubieran transcurrido tres o cuatro meses de calor agobiante, mi amigo Strickland, de la policía, pensó que era adecuado alquilar el bungalow al propietario nativo. Eso ocurría antes que se hubiera comprometido con *Miss* Youghal —un asunto que ha sido descrito en otro lugar— y mientras llevaba una serie de investigaciones acerca de la vida de los indígenas. Su propia vida era ya de por sí bastante peculiar, y los hombres se quejaban de sus modales y sus costumbres. Siempre había comida en su casa, pero las comidas no se hacían a horas regulares. Comía, de pie y dando paseos, cualquier cosa que encontrase en el aparador, y eso no es bueno para los seres humanos. Sus enseres domésticos se limitaban a seis rifles, tres escopetas de caza, cinco sillas de montar y una colección de cañas rígidas para pescar el *mahseer*, más grandes y fuertes que las cañas de salmón más grandes. Estas cosas ocupaban la mitad de su bungalow y la otra mitad se reservaba para Strickland y Tietjens, su enorme perra de Rampur, que devoraba diariamente las raciones de dos hombres. Hablaba a Strickland en un lenguaje propio, y siempre que, en sus paseos, veía cosas calculadas para destruir la paz de Su Majestad la Reina-Emperatriz volvía junto a su amo para comunicárselas. Strickland tomaba al momento las medidas oportunas, y el término de sus trabajos era la multa y la prisión para otra gente. Los indígenas creían que Tietjens era un espíritu familiar, y la trataban con la gran reverencia que nace del temor y del miedo. Se había reservado una habitación del bungalow para su uso particular. Era dueña de una cama, una manta y un bebedero, y si alguien llegaba al cuarto de Strickland por la noche tenía la costumbre de derribar al invasor y no dejar de ladrar hasta que alguien llegaba con una luz. Strickland le debía la vida, de cuando estuvo en la Frontera persiguiendo a un asesino local que llegó en el amanecer gris para enviar a Strickland mucho más allá de las Islas de Andaman. Tietjens cogió al hombre cuando reptaba hacia la tienda de Strickland con un puñal entre los dientes, y, después que este récord de iniquidad fuese

establecido a los ojos de la ley, fue ahorcado. Desde aquella fecha Tietjens lleva un collar de plata de ley y tiene bordado un monograma en su manta; y la manta es de tejido de Cachemira doble porque ella es una perra delicada.

No consentía en separarse de Strickland bajo ninguna circunstancia; y en una ocasión, en la que él estuvo enfermo con fiebre, planteó muchos problemas a los médicos, porque no sabía cómo ayudar a su amo y no dejaba que ninguna criatura intentara ayudarle. Macarnaght, del Servicio Sanitario de la India, le pegó con la culata de su arma en la cabeza para que entendiera que tenía que dejar paso a los que podían darle quinina a su amo.

Poco tiempo después de que Strickland hubiera tomado el bungalow de Irnray, tuve que ir por motivos de trabajo a aquella estación, y como era natural, dado que el club estaba lleno, me alojé con Strickland. Era un bungalow atractivo, de ocho habitaciones y con un techo de paja firme contra toda posibilidad de goteras provocadas por la lluvia. Bajo la pendiente del techo había un lienzo a modo de cielo raso que tenía un aspecto tan limpio como si estuviera encalado. El casero lo había pintado cuando Strickland alquiló el bungalow. A no ser que supieras cómo estaban construidos los bungalows indios, nunca sospecharías que por encima de aquella tela estaba el hueco triangular del techo donde las vigas y la parte inferior de la paja albergaban todo tipo de ratas, murciélagos, hormigas e inmundicias.

Tietjens salió a mi encuentro en la galería con un ladrido como el retumbar de la campana de San Pedro, poniéndome las patas en el hombro y mostrando así que se alegraba de verme. Strickland había conseguido combinar una especie de comida que él llamaba almuerzo, e inmediatamente después de haberla acabado se marchó a sus asuntos. Me quedé solo con Tietjens y mis propios asuntos. El calor del verano había acabado de golpe y había dado paso a la cálida humedad de las lluvias. No había movimiento alguno en el aire recalentado, pero llovían chuzos sobre la tierra, y al salpicar el agua generaba una bruma azul. Los bambúes, las chirimoyas, las poinsetias y los mangos del jardín estaban inmóviles mientras el agua caliente los azotaba y las ranas empezaron a cantar entre los macizos

de áloe. Poco antes que se fuera la luz, y cuando la lluvia arreciaba más, me senté en la galería trasera a escuchar rugir el agua en los canalones y me rasqué porque estaba cubierto de esa cosa llamada sarpullido de calor. Tietjens salió conmigo, me puso la cabeza en las rodillas y estaba muy triste, así que le di unas galletas cuando estuvo listo el té, lo tomé en la galería trasera porque allí hacía un poco de frescor. Las habitaciones de la casa estaban oscuras tras de mí. Olía la guarnicionería de Strickland y el aceite de sus armas, y no tenía deseo alguno de acomodarme entre esos objetos. Mi sirviente se me acercó en el crepúsculo, con la muselina de sus ropajes pegada a su cuerpo empapado, a decirme que había llegado un caballero que quería ver a alguien. Muy en contra de mi voluntad, y sólo debido a la oscuridad de las habitaciones, fui desnudo al cuarto de estar y le dije a mi hombre que trajera las lámparas. Quizá hubiera habido un visitante esperando —me pareció ver una figura junto a una de las ventanas—, pero cuando llegaron las luces no había nada más que las púas de la lluvia en el exterior, y en mis narices el olor de la tierra sedienta. Le expliqué a mi sirviente que aún le quedaba mucho por aprender y volví a la galería a hablar con Tietjens. Había salido en busca de la humedad, y no conseguí hacerla volver por ningún procedimiento afectuoso, ni siquiera con galletas o terrones de azúcar. Strickland volvió a casa, chorreando, justo antes de cenar, y lo primero que dijo fue:

—¿Ha venido alguien?

Le expliqué, con mil excusas, que mi sirviente me había llamado al cuarto de estar con una falsa alarma; o que algún ocioso había intentado hacerle una visita a Strickland, pero que, pensándoselo mejor, había decidido marcharse después de dar su nombre. Strickland ordenó que nos sirvieran la cena, sin comentario, y como era una cena de verdad, con mantel blanco incluido, nos sentamos.

A las nueve, Strickland quería irse a la cama, y yo también estaba cansado. Tietjens, que había permanecido tumbada debajo de la mesa, se levantó y se fue a la galería menos expuesta a las inclemencias del tiempo en cuanto su amo se fue a su cuarto, que estaba al lado de la cámara majestuosa dispuesta para Tietjens. Si una mera esposa hubiera deseado

dormir a la intemperie cuando estaba lloviendo a cántaros, no hubiera tenido importancia, pero Tietjens era una perra, y por consiguiente, un animal mejor. Miré a Strickland, esperando ver cómo la azotaba. Sonrió extrañamente, como sonreiría un hombre que acabara de contar una desagradable tragedia doméstica.

—Lleva haciendo esto desde que me mudé a este lugar —dijo —. Déjala.

La perra era la perra de Strickland, así que no dije nada, pero sentí todo lo que sintió Strickland al verse ignorado de esa manera. Tietjens acampó bajo la ventana de mi dormitorio, y los estallidos de la tormenta se sucedieron, uno tras otro, atronando, hasta morir finalmente. Los relámpagos salpicaban y manchaban el cielo como lo hace un huevo roto contra la puerta de un granero, pero la luz era de color azul pálido, no amarillo; y, mirando a través de la rendija de mis persianas de bambú, vi a la gran perra de pie, sin dormir, en la galería, el pelo erizado en el lomo y las patas ancladas en el suelo con la tensión del cable de acero de un puente colgante. En las cortísimas pausas entre los truenos traté de dormir, pero parecía que alguien quería verme con mucha urgencia. Él, quienquiera que fuese, trataba de llamarme por mi nombre, pero su voz no era sino un susurro ronco. El trueno cesó y Tietjens salió al jardín y aulló a la luna baja. Alguien trató de abrir mi puerta, paseó por toda la casa y se quedó jadeando en la galería, y justo cuando me iba a dormir creí oír un martilleo inmenso y un clamor sobre mi cabeza o en la puerta.

Fui corriendo al cuarto de Strickland y le pregunté si se encontraba mal y si me había llamado. Estaba tumbado en su cama a medio vestir y con una pipa en la boca.

—Pensé que vendrías —dijo—. ¿Has estado paseando por la casa hace poco?

Le expliqué que había recorrido el comedor y el cuarto de estar y dos o tres habitaciones más, y él se rió y me dijo que me volviera a la cama. Me volví a la cama y dormí de un tirón hasta el día siguiente, pero a través de mis sueños heterogéneos estaba seguro de que era injusto con alguien al no atender a sus deseos. Cuáles fueran esos deseos, no sabría

decirlo, pero un alguien agitado, susurrante, hurgador de cerrojos, oculto, me reprochaba mi negligencia, y, medio dormido, oí el aullido de Tietjens en el jardín y el batir de la lluvia.

Viví en esa casa durante dos días. Strickland se iba a su oficina diariamente, dejándome solo durante ocho o diez horas, con Tietjens como única compañía. Mientras hubiera luz yo estaba cómodo, y también Tietjens, pero con el crepúsculo ella y yo salíamos a la galería trasera y nos animábamos el uno al otro para acompañarnos. Estábamos solos en la casa, pero, aun así, estaba demasiado ocupada con un inquilino con quien no tenía deseo alguno de mezclarme. Nunca le vi, pero vi cómo temblaban, a su paso, las cortinas que separaban los cuartos; oía el crujido de las sillas cuando los bambúes se libraban de un peso, y sentía, cuando iba a coger un libro al comedor, que alguien esperaba en la sombra de la galería delantera hasta que yo me hubiese ido. Tietjens hacía más interesante el crepúsculo con su mirada brillante en los cuartos oscuros, con todo su pelo erizado y siguiendo los movimientos de algo que yo no veía. Nunca entraba en los cuartos, pero sus ojos se movían con interés: eso era ya suficiente. Sólo cuando mi sirviente vino a encender las lámparas para iluminar y hacer todo habitable, venía conmigo y se pasaba el tiempo sentada sobre sus cuartos traseros observando a un hombre invisible que deambulaba a mi espalda. Los perros son buenos compañeros.

Le expliqué a Strickland, con toda la delicadeza que pude, que iría al club a buscar alojamiento. Apreciaba su hospitalidad, me encantaban sus armas y cañas de pescar, pero no me gustaba demasiado su casa y el ambiente que había en ella. Me escuchó hasta el final, y luego sonrió con gesto muy cansado, pero sin desprecio, porque es un hombre que comprende las cosas.

—Quédate —dijo— a ver qué es lo que significa todo esto. Todo lo que me cuentas viene sucediendo desde que alquilé el bungalow. Quédate y espera. Tietjens me ha dejado. ¿Tú también te vas a ir?

Yo ya le había ayudado a resolver un pequeño asunto, relacionado con un ídolo pagano, que me había llevado a las puertas del manicomio, y no tenía deseo alguno de ayudarle en más experiencias de ese tipo. Era un hombre al que las cosas desagradables le llegaban como la cena a la gente normal.

Por lo tanto, le expliqué más claro que nunca que le tenía un inmenso aprecio y que estaría encantado de verle durante el día, pero que no me gustaba dormir bajo su techo. Esto ocurría después de cenar, cuando Tietjens había salido a dormir a la galería.

—Por mi alma que no me extraña —dijo Strickland mirando al lienzo del techo—: ¡mira eso!

Entre el lienzo y la pared colgaban dos serpientes marrones. Producían dos sombras alargadas a la luz de la lámpara.

—Desde luego, si tienes miedo de las serpientes… —dijo Strickland.

Odio las serpientes y me aterrorizan, porque si miras a los ojos de cualquier serpiente verás que conoce todo y más del misterio de la caída del hombre y que siente el desprecio que sintió el Demonio cuando Adán fue expulsado del Edén. Además de su mordedura, que generalmente es mortal, y de que se enrosca en las perneras de los pantalones.

—Deberías hacer revisar el techo de paja —le dije—. Dame una caña de *mahseer* y las atizaremos con ellas para que caigan.

—Se esconderán entre las vigas del techo —dijo Strickland—. No aguanto tener serpientes sobre mi cabeza. Voy a subir al techo. Haré que caigan. Coge la caña y párteles el lomo.

No es que yo estuviera ansioso por ayudar a Strickland en su tarea, pero empuñé la caña y esperé en el comedor, mientras que Strickland cogió de la galería la escalera del jardinero y la apoyó contra una de las paredes de la habitación. Las colas de las serpientes se enderezaron y desaparecieron de la vista. Oíamos el seco correr precipitado de los largos cuerpos sobre las bolsas del cielo raso de lienzo. Strickland tomó una lámpara mientras yo trataba de presentarle con claridad los

peligros de cazar serpientes en un techo entre el cielo raso y la paja, aparte del deterioro de la propiedad causado por las rasgaduras en el lienzo.

—¡Tonterías! —dijo Strickland—. Seguro que se esconden junto a las paredes y en el lienzo. Los ladrillos están demasiado fríos para ellas y lo que les gusta es el calor de la habitación.

Puso la mano en la esquina de la tela y la arrancó de la cornisa. Se abrió con un gran desgarro y Strickland metió la cabeza por la abertura en la oscuridad de las vigas del techo. Yo apreté los dientes y levanté la caña, porque no tenía la menor idea de lo que iba a caer.

—¡Hmmm! —dijo Strickland, y su voz tronaba y retumbaba en el techo—. Hay sitio para dos cuartos más aquí arriba, y por Júpiter, que hay alguien que los está ocupando.

—¿Serpientes? —dije yo desde abajo.

—No. Es un búfalo. Pásame los dos últimos trozos de la caña de pescar y lo empujaré. Está sobre la viga principal.

Le lancé la caña.

—No. Es un…, ¡vaya nido de lechuzas y serpientes! No me extraña que las serpientes vivan aquí —dijo Strickland, subiendo más arriba.

Yo veía asomarse el codo con la caña.

—Sal de ahí, quienquiera que seas. ¡Cuidado ahí abajo, que cae!

Vi cómo el lienzo del centro de la habitación se abombaba en una bolsa con una forma que bajaba más y más con su peso sobre las lámparas encendidas de la mesa. Quité de un manotazo la lámpara y retrocedí. Y entonces el lienzo se desprendió de las paredes, se desgarró, se agitó, y cayó como un trueno sobre la mesa algo que no me atreví a mirar hasta que Strickland no hubo bajado la escalera y estuvo de pie a mi lado.

No dijo gran cosa, ya que era hombre de pocas palabras, pero cogió el borde del mantel y lo arrojó sobre los restos de la

mesa.

—Me parece —dijo, apoyando la lámpara— que ha vuelto nuestro amigo Imray. ¡Oh! Lo has hecho, ¿verdad?

Hubo un movimiento bajo el lienzo, y una serpiente pequeña se deslizó fuera para ser destrozada por la punta de la caña de pescar. Yo me encontraba lo suficientemente mal como para no hacer observación alguna digna de consignarse.

Strickland meditaba y se sirvió un trago. El objeto le debajo del mantel no daba señales de vida.

—¿Es Imray? —dije.

Strickland levantó el mantel un momento y miró.

—Es Imray —dijo— y tiene la garganta abierta de oreja a oreja.

Y entonces nos dijimos el uno al otro y cada uno a sí mismo: «Por eso susurraba por toda la casa».

En el jardín, Tietjens empezó a ladrar con furia. Un poco más tarde, su gran hocico apareció en la puerta del comedor.

Husmeó y se quedó quieta. El lienzo del techo hecho harapos colgaba casi hasta el nivel de la mesa, y apenas había espacio para moverse y apartarse del descubrimiento.

Tietjens entró y se sentó, enseñando los dientes y adelantando las manos. Miraba a Strickland.

—Es un asunto muy feo, guapa —dijo—: los hombres no trepan al techo de su bungalow para morir, y no sujetan después el lienzo del cielo raso. Estudiemos el asunto.

—Estudiémoslo en otro lugar —dije yo.

—¡Muy buena idea! Apaga las lámparas. Iremos a mi cuarto.

No apagué las lámparas. Fui primero al cuarto de Strickland y dejé que él hiciera la oscuridad. Luego me siguió, encendimos nuestras pipas y pensamos. Strickland pensaba. Yo fumaba con furia, porque tenía miedo.

—Imray ha vuelto —dijo Strickland—, la cuestión es… ¿quién mató a Imray? No digas nada, tengo mi propia idea.

Cuando alquilé este bungalow me quedé con la mayoría de los sirvientes de Imray. Imray era un hombre sin engaños e inofensivo, ¿no crees?

Le dije que sí, aunque el bulto bajo el mantel no parecía ni una cosa ni otra.

—Si llamo a todos los sirvientes y les interrogo se cerrarán como una piña y mentirán como arios. ¿Qué sugieres tú?

—Que los llames de uno en uno —dije.

—Se irán y darán la noticia a todos sus compañeros —dijo Strickland—. Debemos segregarlos. ¿Tú crees que tu sirviente sabe algo de esto?

—Quizá, pero no tengo ni idea, aunque no creo que sea probable. Sólo lleva aquí dos o tres días —contesté—. ¿Qué es lo que piensas?

—No estoy muy seguro. ¿Cómo demonios pudo llegar al otro lado del lienzo?

Se oyó una tos profunda detrás de la puerta del dormitorio de Strickland. Eso demostraba que Bahadur Khan, su sirviente personal, se había despertado y quería que Strickland se durmiera.

—Entra —dijo Strickland—; es una noche muy cálida, ¿no te parece?

Bahadur Khan, un mahometano de seis pies de alto, grande, con un turbante verde, dijo que era una noche muy cálida, pero que iba a llover todavía más, lo cual, gracias a Su Honor, traería alivio al país.

—Así será si Dios lo quiere —dijo Strickland, sacándose las botas—. He pensado, Bahadur Khan, que te he hecho trabajar muy duro durante mucho tiempo… desde que entraste a mi servicio. ¿Cuándo fue eso?

—¿Acaso lo ha olvidado el nacido de los cielos? Fue cuando el sahib Imray se fue secretamente a Europa sin prevenir a nadie; y yo…, yo…, entré al honroso servicio del protector de los pobres.

—¿El sahib Imray se fue a Europa?

—Eso dicen los que fueron sus sirvientes.

—¿Y tú volverás a servirle cuando vuelva?

—Con toda seguridad, sahib. Fue un buen amo, muy querido por los que dependían de él.

—Eso es cierto. Estoy muy cansado pero voy a ir a cazar mañana. Dame el rifle pequeño que utilizo para los venados negros; está en el armario de allá.

El hombre se inclinó sobre el armario y le pasó los cañones, culata y demás a Strickland, que los ensambló, bostezando quejumbrosamente. A continuación alcanzó la funda, sacó un cartucho bien sólido y lo deslizó en la recámara del Express 360.

—¡Y el sahib Imray sé ha ido a Europa en secreto! Eso es muy raro, ¿no te parece, Bahadur Khan?

—¿Y cómo voy a saber yo las costumbres de los hombres blancos, nacido del cielo?

—Tienes razón, en verdad. Pero en seguida vas a saber más. Me he enterado de que el sahib Imray ha vuelto de sus larguísimos viajes, y que incluso ahora está en el cuarto de al lado, esperando a su sirviente.

—¡Sahib!

La luz de la lámpara se deslizó a lo largo de los cañones del rifle mientras apuntaban al gran pecho de Bahadur Khan.

—¡Vete a ver! —dijo Strickland—. Coge una lámpara. Tu amo está cansado y te espera. ¡Ve!

El hombre cogió una lámpara y se fue al comedor. Strickland le seguía, empujándole casi con la boca del rifle. Miró un momento las profundidades negras de detrás del lienzo del techo, la serpiente moribunda a sus pies y, finalmente, con una mirada gris y vidriosa en el rostro, aquella cosa bajo el mantel.

—¿Lo has visto? —dijo, tras una pausa, Strickland.

—Lo he visto. Soy barro en manos del hombre blanco. ¿Qué es lo que la Presencia hace?

—Colgarte antes de un mes. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—¿Por haberle matado? No, sahib, considéralo. Caminando entre nosotros, sus sirvientes, miro a mi hijo, que tenía cuatro años. A él le embrujó y en diez días murió de fiebre…, ¡hijo mío!

—¿Qué es lo que dijo el sahib Imray?

—Dijo que era un niño muy guapo, y le pasó la mano por la cabeza, por lo que mi hijo murió. Y por lo cual yo maté al sahib Imray al anochecer, cuando acababa de volver de la oficina y dormía. Después lo arrastré a las vigas del techo y cerré todo tras él. El nacido del cielo conoce todas las cosas. Yo soy el sirviente del nacido del cielo.

Strickland me miró por encima del rifle y dijo en el idioma local:

—¿Tú eres testigo de lo que dice? Ha matado.

Bahadur Khan se quedó gris ceniza a la luz de la lámpara. La necesidad de justificarse se le ocurrió con toda celeridad.

—Estoy atrapado —dijo—, pero la ofensa fue la de aquel hombre. Echó mal de ojo a mi niño, y yo lo maté y lo escondí. Sólo aquellos que son servidos por los demonios —y lanzó una mirada a Tietjens, acostada sólidamente delante de él—, sólo aquellos saben lo que yo hice.

—Fue muy inteligente. Pero hubieras debido atarle a la viga con una cuerda. Ahora serás tú el que cuelgue de una cuerda. ¡Asistente!

Un policía soñoliento contestó a la llamada de Strickland. Iba seguido por otro y Tietjens seguía maravillosamente quieta.

—Llevadlo a la comisaría —dijo Strickland—. Tenemos un caso.

—¿Me van a colgar, entonces? —dijo Bahadur Khan, sin intentar escapar y con los ojos fijos en el suelo.

—Si luce el sol o si las aguas corren… ¡sí! —dijo Strickland.

Bahadur Khan retrocedió un gran paso, tembló y

se quedó quieto. Los dos policías aguardaban más órdenes.

—¡Vete! —dijo Strickland.

—Sí, pero me voy a ir muy rápidamente —dijo Bahadur Khan —. ¡Mira! Ya soy un hombre muerto.

Levantó el pie y allí, agarrada al dedo gordo, colgaba la cabeza de la serpiente medio muerta, fija firmemente en la agonía de la muerte.

—Procedo de una raza de terratenientes —dijo Bahadur Khan, meciéndose inmóvil en su lugar—. Sería un deshonor para mí ser colgado en público; por consiguiente, lo hago así. Quiero que se recuerde que las camisas del sahib están correctamente numeradas y en orden y que hay una pastilla de jabón extra en el lavabo. Embrujaron a mi niño y yo maté al brujo. ¿Por qué ha de hablarme de matarme con una cuerda? Mi honor está salvado y…, y…, yo muero.

En una hora murió, como mueren aquellos a quienes ha mordido la pequeña *karait* marrón, y los policías le llevaron a él y a la cosa de debajo del mantel a los lugares que les correspondían. Todo eso fue necesario para aclarar la desaparición de Imray.

—A esto —dijo Strickland, muy tranquilo, mientras se metía en la cama— le llaman el siglo diecinueve. ¿Oíste lo que dijo aquel hombre?

—Lo oí —contesté—. Imray cometió un error.

—Sencilla y exclusivamente por no conocer la naturaleza de los orientales, y por la Coincidencia de una pequeña fiebre estacional. Bahadur Khan llevaba con él cuatro años.

¡Me estremecí! Mi sirviente llevaba exactamente este tiempo conmigo. Cuando llegué a mi habitación me encontré a mi hombre esperándome, tan impasible como la efigie de cobre de una moneda de un penique, para quitarme las botas.

—¿Qué le ha sucedido a Bahadur Khan? —dije.

—Le mordió una serpiente y murió. El resto, el sahib lo conoce —fue la respuesta.

—¿Y qué es lo que conoces tú de este asunto?

—Lo que se puede deducir de alguien que viene en el crepúsculo a buscar satisfacción. Suavemente, sahib. Déjeme

que le saque las botas.

Acababa de coger el sueño del cansancio absoluto cuando oí que Strickland gritaba desde su lado de la casa:

—¡Tietjens ha vuelto a ocupar su sitio!

Así era. La corpulenta perra estaba acostada majestuosamente en su propia cama, en su propia manta, mientras, en el cuarto de al lado, el lienzo vacío y perezoso se agitaba rozando la mesa con su vaivén.

NAMGAY DOOLA

A la playa llegó un pobre exilado irlandés.

El rocío empapaba su viejo abrigo helado.

Aún su vapor de regreso no había zarpado:

¡ya era Mike concejal y proponía una ley!

Canción americana

HABÍA una vez un rey que vivía en la carretera del Tíbet, millas adentro del Himalaya. Su reino estaba a once mil pies del suelo y tenía exactamente cuatro millas cuadradas, pero la mayoría de estas millas eran verticales debido a la naturaleza del país. Sus rentas ascendían a algo menos de cuatrocientas libras al año y se gastaban en el mantenimiento de un elefante y de un ejército permanente de cinco hombres. Era tributario del Gobierno de la India, qué le permitía ciertas sumas a cambio de reparar una sección de la carretera entre el Tíbet y el Himalaya. Incrementaba aún más sus rentas con la venta de madera a las compañías del ferrocarril, porque talaba los grandes árboles *deodar* en su única selva, y estos caían atronando al río Sutlej y eran arrastrados hasta las llanuras, trescientas millas más abajo, y se convertían en traviesas de ferrocarril y coches-cama. De vez en cuando, este Rey, cuyo nombre no tiene importancia, montaba un caballo de pelaje anillado y cabalgaba decenas de millas hasta la ciudad de Simia para conferenciar con el Vicegobernador sobre asuntos de Estado, o para asegurar al virrey que su espada estaba al servicio de la Reina-Emperatriz. Entonces el Virrey hacía que tocaran un redoble de tambor y el caballo de pelaje anillado, junto con la caballería del Estado —dos hombres harapientos — y el heraldo que llevaba el bastón de plata que precedía al Rey, emprendían al trote el camino de vuelta a su Estado, que se encontraba entre el pie de un glaciar que subía hasta el cielo y un oscuro bosque de abedules.

Debo decir que de un rey así, capaz de recordar siempre que tenía un elefante verdadero y cuyos antepasados se remontaban a mil doscientos años atrás, yo esperaba, cuando

el destino me llevó a vagar por sus dominios, nada más que la simple licencia de vivir.

Había caído la noche entre la lluvia, y las nubes precipitadas borraban, las luces de los pueblos del valle. A cuarenta millas, sin merma de nube o tormenta, el hombro blanco del Donga Pa —la montaña del Consejo de los Dioses— sostenía la estrella vespertina. Los monos se arrullaban tristemente unos a otros mientras buscaban lugares secos donde dormir en los árboles enguirnaldados de heléchos, y la última bocanada de viento del día traía de los pueblos invisibles el olor del humo húmedo de la leña quemada y de pasteles calientes, de la maleza que goteaba y de las piñas que se pudrían. Ese es el verdadero olor del Himalaya y, si se adentra una vez en la sangre del hombre, ese hombre, al final, se olvidará de todo lo demás y volverá a las montañas a morir. Las nubes se cerraron y el olor desapareció, y no quedó nada en el mundo salvo la fría neblina blanca y el estruendo del río Sutlej que corría abajo, por el valle. Un cordero de gruesa cola, que no quería morir, balaba patéticamente a la puerta de mi tienda. El cordero forcejeaba con con el Primer Ministro y el Director General de Educación Pública y era un regalo real para mí y para mis sirvientes del campamento. Expresé mi reconocimiento como era debido y pregunté si podía tener una audiencia con el Rey. El Primer Ministro se reajustó el turbante, que se le había caído en la lucha, y me aseguró que el Rey estaría muy complacido en recibirme. Por lo tanto, envié dos botellas como aperitivo, y cuando el cordero hubo entrado en otra reencarnación me fui al palacio del Rey a través de la llovizna. Me había enviado su ejército de escolta, pero el ejército se quedó a hablar con mi cocinero. Los soldados son muy parecidos en todo el mundo.

El palacio era una casa de madera y adobe encalado de cuatro habitaciones, la mejor de las montañas en una jornada de viaje a la redonda. El Rey estaba vestido con una chaqueta de terciopelo morada, pantalones de muselina blanca y un rico turbante de color azafrán. Me concedió audiencia en una pequeña habitación alfombrada que se abría al patio del palacio, morada del Elefante del Estado. El gran animal estaba

cubierto y sujeto de la cabeza a los pies, y la curva de su trasero surgía grandiosa contra la niebla.

El Primer Ministro y el Director General de Educación Pública estaban allí para presentarme, pero habían despachado al resto de la Corte, no fuera a ser que las dos botellas anteriormente mencionadas pudieran corromper su moral. El Rey me puso una guirnalda de flores muy olorosas en el cuello mientras me inclinaba a saludarle, y me preguntó cómo mi honrada presencia tenía la felicidad de encontrarse. Yo dije que al ver su auspicioso semblante las nieblas de la noche se habían transformado en rayos de sol, y que, debido a la benéfica influencia de su cordero, sus buenas obras serían recordadas por los dioses. Él dijo que ya que yo había puesto mi magnífico pie en su reino, la cosecha daría probablemente un setenta por ciento más de lo habitual. Le dije que la fama del Rey había alcanzado los cuatro puntos cardinales y que las naciones rechinaban sus dientes cuando oían a diario las glorias de su reino y la sabiduría de su Primer Ministro* semejante a la luna, y la del Director General de Educación Pública, semejante al loto.

Y entonces nos sentamos en limpios cojines blancos; yo, a la derecha del Rey. Tres minutos después me estaba contando que el estado de la cosecha del maíz era desastroso y que las compañías de ferrocarril no le pagaban bastante por su madera. La conversación pasaba de una cosa a otra con las botellas, y el Rey me hizo confidencias acerca del Gobierno en general. Sobre todo insistía en los defectos de uno de sus súbditos, quien, por lo que yo pude colegir, estaba paralizando al ejecutivo.

—En los viejos tiempos —dijo el Rey— podía haber ordenado que ese elefante le pisoteara hasta matarlo. Ahora tengo que enviarlo a setenta millas al otro lado de las montañas para que lo juzguen, y su mantenimiento correrá a cargo del Estado. El elefante se lo come todo.

—¿Y cuáles son los crímenes de ese hombre, sahib Rajá? —dije.

—En primer lugar, es un extranjero y no uno de los míos. En segundo lugar, dado que, por gracia, le concedí tierras cuando

llegó aquí por primera vez, ahora se niega a pagar las rentas. ¿No soy yo el señor de la tierra, de su superficie y de sus entrañas, con derecho, por ley y costumbre, a un octavo de la cosecha? Y sin embargo, este demonio se establece, se niega a pagar un solo impuesto y engendra una camada venenosa de niños.

—Mételo en la cárcel —dije yo.

—Sahib —contestó el Rey, cambiando de postura entre los cojines—, una vez, una sola vez en estos cuarenta años me visitó la enfermedad y me vi imposibilitado de viajar y salir. En aquella hora hice un voto ante mi dios: que nunca más separaría a hombre o mujer de la luz del sol o del aire del dios; porque me di cuenta de la naturaleza del castigo. ¿Cómo voy a romper mi juramento? Si fuera tan sólo cosa de cortar una mano o un pie no demoraría mi decisión. Pero incluso eso es imposible, ahora que mandan los ingleses. Uno u otro de los míos —y lanzó una mirada oblicua al Director General de Educación Pública— escribiría inmediatamente una carta al Virrey y quizá me vería privado de mi redoble de tambor.

Desatornilló la boquilla de plata de su pipa de agua y le puso una de ámbar, tras lo cual me pasó la pipa.

—No contento con negarse a pagar las rentas de su cosecha —continuó— este extranjero se niega también al *begar* (esto es el trabajo forzado en las carreteras) e incita a mis hombres a que cometan traición semejante, y sin embargo, cuando quiere, es un experto leñador. No hay nadie mejor ni más osado entre mi gente a la hora de desbloquear el río cuando los maderos se han quedado agarrados y no hay forma de moverlos.

—Pero adora a dioses extraños —dijo el Primer Ministro con deferencia.

—Eso no me importa —dijo el Rey, que era tan tolerante como Akbar en materias de fe—. A cada hombre su dios, y el fuego de la Madre Tierra para todos nosotros, al fin. Es su rebeldía lo que me ofende.

—El Rey tiene un ejército —sugerí—. ¿No le ha quemado la casa el Rey y le ha dejado desnudo y expuesto a los rocíos de la noche?

—No, una cabaña es una cabaña, y sostiene la vida de un hombre. Pero en una ocasión le envié el ejército cuando sus excusas me estaban ya cansando: les rompió la cabeza a tres de ellos con un palo. Los otros dos hombres huyeron corriendo. Además las armas no funcionaron.

Yo había visto el equipo de la infantería. Un tercio del mismo consistía en un viejo cacharro para matar aves, que se cargaba por la boca, con un agujero oxidado donde debía haber estado la chimenea; otro tercio era un mosquete viejo unido con un alambre y provisto de una culata carcomida por los gusanos, y el último tercio, un rifle para cazar patos del calibre cuatro, sin pedernal.

—Pero hay que recordar —dijo el Rey, extendiendo la mano para alcanzar la botella— que es un experto leñador y un hombre alegre. ¿Qué haremos con él, sahib?

Aquello era interesante. Para los tímidos paisanos de las montañas, negarse a pagar sus impuestos al Rey era como negarles las rentas a sus dioses.

—Si el Rey me concede el permiso —dije— no levantaré mis tiendas hasta dentro de tres días e iré a ver a ese hombre. La misericordia del Rey se asemeja a la misericordia divina, y la rebeldía es como el pecado de brujería. Además ambas botellas y otra más están vacías.

—Tienes mi permiso para ir —dijo el Rey.

A la mañana siguiente, un pregonero recorrió el Estado proclamando que había un embotellamiento de troncos en el río y que incumbía a todos los súbditos leales el solucionarlo. La gente acudió desde sus pueblos hasta el cálido y húmedo valle de campos de amapolas, y el Rey y yo fuimos con ellos. Cientos de troncos de *deodar* talados se arremolinaban en torno a un saliente de una roca, y el río arrastraba más troncos a cada minuto, con lo que el bloqueo se completaba. El agua gruñía, se retorcía y sacudía alrededor de la madera, y la población del Estado comenzó a empujar los troncos más cercanos con la esperanza de iniciar un movimiento que arrastrara a todos los demás. Y entonces se oyó un grito: «¡Namgay Doola! ¡Namgay Doola!», y un aldeano grande, de

pelo rojo, se acercó a toda prisa, quitándose la ropa mientras corría.

—Ese es. Ese es el rebelde —dijo el Rey—. Ahora despejará el embalse.

—Pero ¿por qué tiene el pelo rojo? —pregunté, ya que el pelo rojo es tan raro entre los montañeses como el azul o el verde.

—Es un extranjero —dijo el Rey—. ¡Bien hecho! ¡Oh, bien hecho!

Namgay Doola había trepado al centro del amontonamiento y con una especie de bichero muy rudimentario pinchó el extremo de un tronco. Se deslizó despacio hacia delante, con la lentitud de movimientos de un caimán, y le siguieron tres o cuatro troncos, y el agua verde empezó a salir a chorro por los vacíos que habían dejado. Y entonces los del pueblo aullaron y gritaron y treparon a los troncos, empujando y tirando de la obstinada madera, y la cabeza roja de Namgay Doola era la más visible de todas. Los troncos se movían y se golpeaban unos contra otros y crujían a medida que nuevos envíos de río arriba golpeaban el remanso que iba desapareciendo. Por fin todos cedieron en un vértigo de espuma, troncos que corrían, cabezas negras que subían y bajaban y una confusión indescriptible. El río se llevaba todo consigo. Vi la cabeza roja hundirse con los últimos restos del bloqueo y desaparecer entre los enormes, trituradores troncos de árbol. Apareció de nuevo junto a la orilla, soplando como una orea. Namgay Doola se quitó el agua de los ojos e hizo una reverencia al Rey. Tuve tiempo de observarle de cerca. El rojo virulento de su cabeza y de su barba eran de lo más sorprendente, y en el bosquecillo de pelo rizado sobre unos pómulos salientes brillaba un par de ojos azules bien alegres. Desde luego que era un extranjero, y, con todo, un tibetano en lenguaje, vestido y aspecto. Hablaba el dialecto lepeha con una indescriptible suavización de las guturales. No era tanto un deje como un acento.

—¿De dónde procedes? —le pregunté.

—Del Tíbet —y señaló al otro lado de las montañas, sonriendo.

Esa sonrisa me llegó al corazón. Mecánicamente, le di la mano y Namgay Doola me la estrechó. Ningún tibetano puro hubiera entendido el significado de aquel gesto. Fue a buscar su ropa, y cuando subía hasta su pueblo oí un grito de alegría que me pareció

inexplicablemente familiar. Era el grito de Namgay Doola.

—Ya ves ahora —dijo el Rey— por qué no lo mato. Es un hombre intrépido con mis troncos, pero —y sacudió la cabeza como un maestro de escuela— sé que dentro de nada habrá quejas contra él en la Corte. Volvamos a palacio a hacer justicia.

El Rey tenía la costumbre de juzgar a sus súbditos diariamente entre las once y las tres. Le vi decidir con ecuanimidad en asuntos importantes de apropiación indebida, difamación, y un adulterio de poca monta. Después frunció el ceño y me llamó.

—De nuevo se trata de Namgay Doola —dijo con desesperación—. No contento con negarse a pagar los impuestos que le corresponden, ha conseguido que medio pueblo se juramente para hacer la misma traición. ¡Nunca me había ocurrido una cosa así! Tampoco es que mis impuestos sean demasiado elevados.

Un campesino de cara de conejo, con un golpe gris rojizo detrás de la oreja, se adelantó temblando. Había tomado parte en la conspiración, pero lo había confesado todo y esperaba el favor real.

—Oh, Rey —dije yo—. Que la voluntad del Rey permita que este asunto quede así hasta mañana. Sólo los dioses pueden actuar correctamente con celeridad, y quizá el campesino haya mentido.

—No, porque yo conozco la naturaleza de Namgay Doola; pero, ya que un invitado lo pide, dejemos el asunto. Hablarás con dureza a este extranjero pelirrojo. Quizá te escuche a ti.

Hice un intento aquella misma noche, pero por mi vida que no pude mantenerme serio. Namgay Doola sonreía de forma muy persuasiva y empezó a contarme una historia de un gran oso pardo en un campo de amapolas junto al río. ¿Me gustaría ir a

cazarlo? Hablé con austeridad del pecado de conspiración y de la certidumbre del castigo. El rostro de Namgay Doola se ensombreció por un momento. Poco después se retiró de mi tienda y le oí cantar para sí mismo bajo los pinos. Las palabras me resultaban ininteligibles, pero la melodía, como su insinuante acento límpido, me parecieron el fantasma de algo extrañamente familiar:

Dir hané mard-y-yemen dir

To weeree ala gee.

Así cantaba Namgay Doola una y otra vez, y yo me devanaba los sesos en torno a la melodía olvidada. Sólo después de cenar descubrí que alguien había recortado un pie cuadrado de terciopelo del centro de mi mejor paño para tapar la cámara fotográfica. Esto me irritó tanto que deambulé por el valle a la espera de encontrarme con el gran oso pardo. Le oía gruñir como un cerdo insatisfecho en el campo de amapolas, y le esperé hundido hasta el hombro en el maíz indio chorreante de rocío para cogerle justo después que hubiera comido. La luna llena sacaba el máximo aroma del grano. Y entonces oí el mugido angustiado de una vaca del Himalaya, una de esas pequeñas vaquillas negras de cuernos rugosos, no más grande que un perro terranova. Dos sombras que parecían un oso y su cría pasaron corriendo por delante de mí. Estaba a punto de hacer fuego cuando vi que cada una de ellas tenía una cabeza rojo brillante. El animal más pequeño arrastraba un trozo de cuerda que dejaba una huella oscura en la senda. Pasaron a diez pies de mí y la sombra de la luna arrojaba terciopelo negro sobre sus rostros. Terciopelo negro era la palabra exacta porque, ¡por todos los poderes de la luna, iban enmascarados con el terciopelo del paño de mi cámara fotográfica! Me sentí maravillado y me fui a la cama.

A la mañana siguiente, el reino estaba alborotado. Namgay Doola, decían los hombres, había ido por la noche y con un cuchillo afilado le había cortado el rabo a una vaca que pertenecía al campesino de cara de conejo que le había traicionado. Era un sacrilegio incalificable contra la Vaca Sagrada. El Estado deseaba su sangre, pero él se había retirado

a su cabaña, había levantado una barricada de grandes piedras ante puertas y ventanas y desafiaba al mundo.

El Rey y yo y el populacho nos acercamos a la cabaña con cautela. No había esperanza alguna de capturar al hombre sin pérdida de vidas humanas, porque de un agujero de la pared sobresalía el cañón de una escopeta extremadamente bien cuidada, la única arma en todo el Estado que estaba en condiciones de disparar. Namgay Doola había errado por muy poco un tiro contra un campesino justo antes que llegáramos nosotros. El ejército permanente permanecía allí. No podía hacer más porque, en cuanto avanzaba, agudos trozos de esquisto volaban desde las ventanas. A ellos se añadían de cuando en cuando duchas de agua hirviente. Vimos unas cabezas rojas saltando dentro de la cabaña. La famila de Namgay Doola estaba ayudando a su señor, y unos gritos de desafío que nos cuajaban la sangre eran la única respuesta a nuestras oraciones.

—Nunca —dijo el Rey entre bufidos— había sucedido una cosa así en mi Estado. El año que viene voy a comprar, con toda seguridad, un cañón pequeño —me miraba implorante.

—¿Hay algún sacerdote en el reino a quien esté dispuesto a escuchar? —dije yo, porque en mí comenzaba a hacerse una luz.

—Adora a su propio dios —dijo el Primer Ministro—. Podemos hacerle morir de hambre.

—Dejad que el hombre blanco se acerque —dijo Namgay Doola desde dentro—. A todos los demás los mataré. Enviadme al hombre blanco.

Se abrió la puerta y entré en el interior ahumado de una cabaña tibetana repleta de niños. Y cada uno de los niños tenía un pelo rojo llameante. El rabo crudo de una vaca estaba en el suelo y, a su lado, dos trozos de terciopelo negro —mi terciopelo negro — toscamente cortados en forma de máscara.

—¿Qué es esta vergüenza, Namgay Doola? —dije.

Sonrió más convincente que nunca.

—No hay ninguna vergüenza —dijo—. No hice más que cortarle la cola a la vaca de aquel hombre. Él me traicionó. Tenía la intención de pegarle un tiro, sahib, pero no a matar. Sólo a las piernas.

—¿Y por qué, si es la costumbre pagar diezmos al Rey? ¿Por qué?

—Por el dios de mi padre que no sabría decirlo —dijo Namgay Doola.

—¿Y quién era tu padre?

—El dueño de este rifle —y me enseñó su arma, un mosquetón Torre que llevaba fecha de 1832 y el sello de la honorable Compañía de las Indias Orientales.

—¿Y cómo se llamaba tu padre? —dije yo.

—Timlay Doola —dijo—. Al principio, yo era sólo un niño pequeño, pero creo recordar que llevaba una casaca roja.

—De eso no tengo la más mínima duda. Pero repite el nombre de tu padre tres o cuatro veces.

Obedeció, y entendí de dónde procedía el extraño acento con el que hablaba.

—Thimla Dhula —decía excitado—; hasta este momento he adorado a su dios.

—¿Puedo ver a ese dios?

—Dentro de un rato, al anochecer.

—¿Recuerdas algo de la lengua de tu padre?

—Hace mucho tiempo. Pero hay una palabra que repetía con frecuencia: *Shun*. Y entonces mis hermanos y yo nos poníamos de pie con los brazos pegados al cuerpo, así.

—Ya. ¿Y quién era tu madre?

—Una mujer de las montañas. Nosotros somos lepchas de Darjeeling, pero a mí me llaman extranjero por este pelo que tú ves.

La mujer tibetana, su esposa, le tocó dulcemente en el brazo. El largo parlamento en el exterior del fuerte se había

prolongado mucho. Era ya cerca del anochecer…, la hora del Angelus. Con gran solemnidad, los chiquillos pelirrojos se levantaron del suelo y formaron un semicírculo. Namgay Doola apoyó su rifle contra la pared, encedió una lamparilla de aceite y la colocó delante de un hueco de la pared. Corriendo una cortina de paño sucio dejó al descubierto un gastado crucifijo de cobre apoyado sobre la insignia de un casco de un regimiento de la India Oriental, hace tiempo olvidado.

—Así hacía mi padre —dijo, haciendo torpemente la señal de la cruz.

La mujer y los hijos le imitaron. Y luego, todos a la vez, entonaron el cántico quejumbroso que yo había oído junto a la montaña:

Dir harté mard-y-yemen dir

To weeree ala gee.

Mi perplejidad desapareció. Una y otra vez canturrearon, como si en ello les fuera la vida, su versión del coro de «Wearing of the Green»:

Cuelgan a hombres y también a mujeres

Por ir vestidos de verde.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los chavales, un niño de unos ocho años, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia y la sostuve entre el pulgar y el índice, mirando, sólo mirando, el arma apoyada en la pared. Una sonrisa de entendimiento perfecto y brillante se apoderó del rostro del chiquillo. Sin dejar por un momento de cantar, extendió la mano para que le diera el dinero y a continuación me deslizó el arma en la mano. Hubiera podido matar a Namgay Doola mientras cantaba. Pero me consideré satisfecho. El instinto sangriento de la raza había respondido. Namgay Doola corrió la cortina delante del hueco. El Angelus había acabado.

—Así cantaba mi padre. Era mucho más largo, pero lo he olvidado, y no conozco el significado de esas palabras, pero quizá Dios las entienda. Yo no pertenezco a ese pueblo y no voy a pagar impuestos.

—¿Y por qué?

Y de nuevo aquella sonrisa que te llegaba al alma.

—¿En qué me iba a ocupar entre cosecha y cosecha? Es mejor que asustar a los osos. Pero esta gente no lo entiende.

Cogió las máscaras del suelo y me miró a la cara con la sencillez de un niño.

—¿Por qué medios adquiriste el conocimiento para hacer estas diabluras? —dije, señalándole las máscaras.

—No sabría decirlo. No soy sino un lepcha de Darjeeling y sin embargo, esa tela…

—Que has robado.

—Sí, cierto. ¿La robé? Me apetecía tanto. La tela…, la tela…, ¿qué otra cosa podía hacer con esa tela? —y retorcía el terciopelo entre las manos.

—Pero el pecado de mutilar la vaca, ¿has pensado en eso?

—Eso es verdad, pero, sahib, ese hombre me traicionó y yo no había pensado…, pero la cola de la vaca se movía a la luz de la luna y yo llevaba un cuchillo. ¿Qué otra cosa podía hacer? La cola se desprendió antes que me diese cuenta, sahib, tú sabes más que yo.

—En eso tienes razón —dije yo—. No salgas. Voy a hablar con el Rey.

Toda la población del Estado estaba desplegada por la ladera de la montaña. Yo fui directamente a hablar con el Rey.

—Oh, Rey —dije—, por lo que concierne a ese hombre hay dos caminos abiertos a tu sabiduría. Puedes colgarle de un árbol, a él y a su descendencia hasta que no quede ni un pelo rojo en esta tierra.

—No —dijo el Rey—. ¿Por qué iba a hacer daño a los niños?

Habían salido de la cabaña y hacían reverencias a todo el mundo. Namgay Doola esperaba, con su rifle cruzado en el pecho.

—O puedes, sin prestar atención a la impiedad cometida contra la vaca, concederle una posición de honor dentro de tu ejército. Proviene de una raza que no paga sus diezmos. Hay una llama roja en su sangre que surge en su cabeza en ese pelo brillante. Hazle jefe del ejército. Dale todos los honores que consideres oportunos, y autorización para que desempeñe todo tipo de trabajos, pero ten buen cuidado, oh Rey, de que ni él ni su prole se adueñen de un pie de tierra tuya de aquí en adelante. Aliméntale con palabras y favores, y también con alcohol de ciertas botellas que tú conoces, y será un bastión defensivo. Pero niégale hasta la mínima brizna de tu hierba. Esa es la naturaleza que Dios le ha dado. Además tiene hermanos…

El Estado gruñó al unísono.

—Pero si sus hermanos vienen, con toda seguridad lucharán entre sí hasta morir; o si no, siempre habrá uno que informe acerca de los otros. ¿Lo incorporarás a tu ejército, Rey? Elige.

El Rey asintió con la cabeza y yo dije:

—Adelántate, Namgay Doola, y toma el mando del ejército del Rey. Tu nombre ya no será Namgay en boca de los hombres sino Patsay Doola, porque, como tú bien dices, yo sé lo que hago.

Namgay Doola, ahora rebautizado Patsay Doola, hijo de Timlay Doola, que es Tim Doolan muy mal pronunciado, por cierto, abrazó los pies del Rey, abofeteó al ejército permanente y corrió de templo en templo en una agonía de contrición, haciendo ofrendas por su falta de mutilar ganado.

Y el Rey estaba tan contento con mi perspicacia que me ofreció venderme uno de sus pueblos por veinte libras esterlinas. Pero yo no compro pueblos en el Himalaya mientras haya una cabeza roja brillando entre las estribaciones del glaciar que sube al cielo y un oscuro bosque de abedules.

Conozco a esa raza.

L O S H O M B R E S A L
T O S
D E L A R U T

EL pijama del ingeniero jefe era amarillo con rayas azules y su habla era la de Aberdeen. Regaron la cubierta a sus pies y él brincó hasta el cabrestante ornamental con una pipa negra entre los dientes, aunque todavía no eran las siete de la mañana.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de los Hombres Altos de Larut? —preguntó cuando el hombre de Orizaba hubo terminado una historia acerca de un gigante aborigen descubierto en las tierras salvajes de Brasil. No existía ninguna historia que hubiera pasado por los labios de un narrador sin que el hombre de Orizaba lograse superarla.

—No, nunca —respondimos a una. El hombre de Orizaba miraba al jefe, fijamente, como a un posible rival.

—No cuento la historia por contarla —dijo el jefe— sino para preveniros contra las apuestas, a no ser que apostéis sobre seguro. Los Hombres Altos de Larut eran sencillamente algo seguro. Yo he hablado con ellos. Larut es una dependencia, ¿entendéis?, o quizá una remota posesión en la isla de Penang, y allí se explota estaño, manganeso, y quizá mica, y todo tipo de minerales. Larut es un gran lugar.

—¿Y la población? —dijo el hombre de Orizaba.

—La población —dijo el jefe con lentitud— era escasa pero de gran corpulencia. Debéis entender que, excepto en las minas de estaño, no hay alicientes especiales para que los europeos residan en Larut. El clima es cálido y tiene un notable parecido con el clima de Calcuta; y en cuanto a Calcuta, no habréis dejado de observar que…

—Calcuta no es Larut; y acabamos de volver de allí —protestó el hombre de Orizaba—. Hay un departamento de meteorología en Calcuta, además.

—Sí, pero no hay departamento de meteorología en Larut. Allí cada hombre es su propia ley. Unos beben whisky, otros beben *brandipanee* y otros cócteles…, muy malo para las paredes del estómago, el cóctel, y algunos beben *sangaree*, según me han informado de buena fuente, pero todos sin excepción sudan como la junta de una cabeza de pistón en un viaje de catorce

días con el inyector a media velocidad. Pero, como iba diciendo, la población de Larut era de cinco ingleses, o sea escoceses; yo soy escocés* como sabéis —dijo el jefe.

El hombre de Orizaba encendió otro cigarrillo y esperó pacientemente. Era inútil apremiar al ingeniero jefe.

—No pretendo decir que toda la población de Larut tuviera semejantes dimensiones fabulosas. De los cinco hombres que se ocupaban de la extracción del estaño y de otros asuntos mercantiles, tres parecían los hijos de Anak. Esperad que me acuerde. Lammitter les llevaba dos pulgadas a los demás…, un gigante en la tierra, y un hombre aterrador si se cruzaba en tu camino. De la cabeza a los pies medía seis pies y nueve pulgadas, y estaba proporcionado en el resto de su cuerpo; seis buenos pies y nueve pulgadas…, un hombre imponente. A continuación, y he olvidado a qué se dedicaba en concreto, venía Sandy Vowle, que medía seis pies y siete pulgadas, pero era delgado y esbelto, y su altura radicaba más en la elasticidad de su cuello que en la calidad de sus huesos y músculos. Cinco pies y unas cuantas pulgadas puede que fuese su altura real. El resto surgía cuando levantaba la cabeza, y delante de los dinteles de las puertas medía seis pies y siete pulgadas. Apunté sus medidas poniéndome de pie encima de una silla. Y después estaba, aunque bien proporcionado, rubicundo y de buena planta, Jock Coan…, al que llaman «la piña de abeto»: no medía más de seis pies y cinco pulgadas, un niño junto a Lammitter y Vowle. Cuando los tres iban juntos, provocaban un escalofrío en la colonia de Larut. Los malayos corrían en torno a ellos como si fueran los árboles gigantes del valle de Josafat…, esos tres Hombres Altos de Larut. Era absolutamente ridículo —un *lusus naturae*— que un lugar tan pequeño contuviera a los tres hombres probablemente más altos que había sobre la faz de la tierra.

»Observad ahora el orden de las cosas. Porque llevó a la mejor borrachera que se haya visto nunca en Larut y a seis jaquecas por la mañana que duraron una semana. Yo estoy contra el consumo inmoderado de alcohol, pero el suceso que os voy a contar a continuación lo justifica. Debéis entender que muchos barcos de cabotaje fondean en Larut con extranjeros que tienen una profesión mercantil. En primavera, cuando los cocos

jóvenes maduran y los árboles de los bosques echan sus primeras hojas, llegó a Larut un americano que medía seis pies y tres pulgadas, o quizá cuatro con los calcetines puestos. Venía por negocios de Sacramento, pero se quedó por placer con los tres Hombres Altos de Larut. Menos de la mitad de la población tenía una estatura o un porte ordinarios, debéis tenerlo en cuenta (Howson y Nailor, mercaderes, tenían cinco pies y nueve pulgadas o algo así). Él hacía negocios con esos dos y los miraba desde su altura de seis pies y tres pulgadas, hasta que decidieron irse a beber. En el curso de la conversación dijo, como suelen hacer los hombres altos, una serie de cosas acerca de su tamaño, y el problema que les suponía. Era el orgullo de su carne.

»—Como el hombre más alto de la isla… —dijo, pero al llegar ahí le interrumpieron para preguntarle si estaba bien seguro—. Digo que soy el hombre más alto de la isla —decía— y en eso me juego todo lo que tengo.

»Dispusieron una bancada de bebidas y la apartaron mientras llamaban a Jock Coan, que estaba en su casa junto al centelleo de las luciérnagas.

»—¿Qué tal? —dijo Jock, y se puso al lado del libertino de Sacramento, dos pulgadas, o quizá una, más alto que él.

»—Eres alto —dijo el hombre abriendo los ojos—. Pero yo soy más largo. Y soltaron un silbido en la noche para pescar a Sandy Vowle en su pequeño bungalow, y vino y se quedó junto a Jock, y aquella pareja llenaba el cuarto hasta el techo.

»El hombre de Sacramento era un jugador de *euchre* y un blasfemo de primer orden.

»—Tienes dos sotas pero yo tengo el comodín.

»—Más despacio —dijo Nailor—. Jock, ¿dónde está Lammitter el Alto?

»—Aquí —dijo el hombre, metiendo la pierna por la ventana y entrando como una anaconda del desierto, una vara tras otra, con un pie en Penang y el otro en Batavia, y quizá una mano en el norte de Borneo.

»—¿Estás satisfecho? —dijo Nailor, cuando por fin la última extremidad de Lammitter el Alto se hubo deslizado por el alféizar y su cabeza se hubo perdido en el humo de las alturas.

»El hombre americano sacó su tarjeta de visita y la puso encima de la mesa.

»—Esdras B. Longer[5] es mi nombre y América es mi país. Frisco es mi lugar de descanso, pero lo que hay aquí sobrepasa todo lo creado —dijo—. Muchachos, gigantes, gigantes de feria, pensaba desdecirme de mi apuesta si me hubierais aventajado, en razón del acertijo que contiene mi tarjeta. Lo hubiera hecho si me hubierais ganado por tres pulgadas, pero cuando se trata de pies, yardas, millas, no soy hombre que se eche atrás ante la bebida mayor que jamás haya hecho enrojecer de alegría la palma del viajero con indignación virginal, o que haya hecho aullar al orangután y al nativo de Borneo con envidia. Empecemos y llevémoslo hasta el fin.

»Muchachos, os digo que fue un espectáculo tremendo ver a esos cuatro gigantes moviéndose y destrozando la casa y la isla, derribando las columnas, lanzando palmeras por todas partes y rodeando con sus piernas las colinás de Larut. ¡Un espectáculo horrible! Yo estaba allí. No pensaba contároslo pero ya lo he hecho. No me di por vencido, porque incluso me senté bajo los fragmentos de la mesa a las cuatro de la mañana y medité acerca del carácter extraño de las cosas.

»¡Ya llaman a desayunar!».

BERTRAN Y BIMI

EL orangután de la gran jaula de hierro amarrada al corral empezó la discusión. La noche era agobiante de calor, y cuando Hans Breitmann (el corpulento alemán) y yo pasamos por allí delante, arrastrando nuestros jergones para dormir en la bodega de proa del vapor, se puso en pie y empezó a parlotear obscenamente. Lo habían capturado en algún lugar del archipiélago malayo, y lo transportaban a Inglaterra para exhibirlo a un chelín por cabeza. Durante cuatro días, había luchado, gritado y forcejeado contra los fuertes barrotes de su prisión sin cesar, y casi había herido a un lascar lo bastante imprudente como para ponerse al alcance de su gran garra peluda.

—Te sentaría bien, amigo mío, un poco de mareo —dijo Hans Breitmann, deteniéndose junto a la jaula—. Tienes un ego demasiado grande en tu cosmos.

El brazo del orangután se deslizó, negligente entre los barrotes. Nadie hubiera creído que fuera a lanzar un golpe contra el pecho del alemán con la celeridad de una serpiente. La seda ligera del pijama se desgarró; Hans dio un paso atrás con indiferencia para coger un plátano que colgaba de un racimo, junto a uno de los botes salvavidas.

—Demasiado ego —dijo, pelando la fruta y dándosela a aquel diablo enjaulado que estaba haciendo jirones la seda.

Luego dispusimos nuestros jergones en la proa, entre los lascares que dormían, para captar cualquier brisa que el propio movimiento del barco produjera. El mar era como aceite humeante, excepto cuando se volvía fuego bajo nuestro tajamar y se arremolinaba en la oscuridad, en una untuosidad de llamas opacas. Había una tormenta a unas millas de distancia: veíamos el resplandor de los relámpagos. La vaca del barco, agobiada por el calor y el olor del mono en la jaula, mugía desgraciada de cuando en cuando, con el mismísimo tono con que el centinela cantaba las horas desde el puente. Se oía muy nítido el ritmo de marcha de las máquinas, y el chirrido del mecanismo de elevación de las cenizas, cuando las vertía al mar, hería la continuidad del ruido sordo y apagado. Hans estaba tendido a mi lado y encendió el último puro del

día. Esto era, naturalmente, el comienzo de una conversación. Era dueño de una voz tan apaciguadora como el agua de mar, y de experiencias tan vastas como el propio mar; porque su ocupación consistía en deambular por todo el mundo coleccionando orquídeas, animales salvajes y especímenes etnográficos para clientes alemanes y americanos. Yo observé la lumbre de su puro, que aparecía y desaparecía en la oscuridad a medida que las frases iban y venían, hasta que casi me quedé dormido. El orangután, preocupado por algún sueño de los bosques de su libertad, empezó a aullar como un alma en el purgatorio, y a sacudir con violencia los barrotes de la jaula.

—Si estuviera libre no quedaría mucho de nosotros —dijo Hans perezosamente—. Da buenos gritos. Observa ahora cómo voy a domarlo cuando se calle.

Se hizo una pausa en aquel escándalo de gritos y de la boca de Hans salió la imitación del siseo de una serpiente, tan perfecto que casi me levantó de un salto. El sostenido sonido asesino se oyó por toda la cubierta y la sacudida de los barrotes cesó. El orangután temblaba en un éxtasis de puro terror.

—Eso le ha hecho parar —dijo Hans—. Aprendí ese truco en Mogoung Tanjong cuando coleccionaba pequeños monos para unas gentes de Berlín. Todo el mundo teme a los monos, excepto las serpientes. Por eso enfrento serpiente a mono, y se queda bastante quieto. Había mucho ego en su cosmos. Esa es la costumbre del alma de los monos. ¿Estás dormido o me vas a escuchar?, porque te voy a contar una historia que no te vas a creer.

—No hay cuento en el mundo que yo no me crea —dije.

—Si has aprendido a creer has aprendido algo. Ahora pondré tu fe a prueba. ¡Bien! Cuando estaba coleccionando esos pequeños monos (era en el 79 o en el 80 y yo estaba en las islas del archipiélago, hacia allí, en la oscuridad) —dijo, señalando hacia el sur, hacia la zona de Nueva Guinea—. *¡Mein Gott!*, preferiría coleccionar demonios rojos vivos antes que monos pequeños. Cuando no te muerden los dedos se mueren de nostalgia por su tierra, porque tienen un alma imperfecta detenida a mitad de su desarrollo, y demasiado ego.

Estuve por esa zona casi un año y allí me encontré con un hombre llamado Bertrán. Era francés, muy buen hombre, naturalista hasta la médula. Decían que era un prisionero escapado, pero era un naturalista, y eso era bastante para mí. Llamaba a todos los animales vivos de la selva y ellos acudían. Dije que era san Francisco de Asís en una nueva reencarnación, y él se reía y decía que nunca había predicado a los peces. Los vendía a cambio de babosas de mar, *béches de mer*.

»Y aquel hombre, que era el rey de los domadores, tenía en su casa un endemoniado animal como ese de la jaula, un gran orangután que se creía un hombre. Lo había encontrado cuando era un chiquillo —el orangután— y se convirtió en hijo, hermano y ópera cómica, todo en uno, para Bertrán. Tenía su habitación en la casa, y se iba a la cama, se levantaba por la mañana, se fumaba su cigarro, comía sus comidas con Bertrán y paseaba con él de la mano, lo cual era de lo más horrible. *¡Herr Gott!* Yo he visto a esa bestia echarse hacia atrás en la silla y reírse cuando Bertrán me tomaba el pelo. *No* era una bestia, era un hombre y le hablaba a Bertrán, y Bertrán le entendía, porque lo he visto yo. Y siempre fue cortés conmigo, excepto cuando yo le hablaba a Bertrán mucho rato sin dirigirle a él la palabra. Entonces, me sacaba de allí (aquel gran demonio oscuro, con sus enormes garras) como si yo fuera un chiquillo. No era un animal: era un hombre. Me di cuenta de esto antes que pasaran tres meses, y Bertrán lo mismo; y Bimi, el orangután, nos entendía a medias a los dos, con su cigarro entre sus enormes dientes de perro y sus encías azules.

»Estuve un año allí y en las islas de alrededor, a veces buscando monos; otras, mariposas y orquídeas. Un día Bertrán me dijo que se iba a casar porque había encontrado una buena chica, y me preguntó qué me parecía la idea de casarse. Yo no quise decir nada, porque no era yo el que se casaba. Y entonces empezó a cortejar a la chica: una medio francesa, muy guapa. ¿Tienes lumbre? ¡Uf!, muy guapa. Yo sólo le dije: «¿Has pensado en Bimi? Si a mí me aparta cuando hablo contigo, ¿qué le hará a tu mujer? La despedazará. Si yo fuera tú, Bertrán, le regalaría a mi mujer, como regalo de bodas, a

Bimi disecado». Para entonces yo ya había aprendido algunas cosas acerca de los monos. «¿Matarlo?», dijo Bertrán. «El animal es tuyo», dije yo; «¡si fuera mío ya le habría pegado un tiro!».

»Y en ese momento sentí en mi cuello los dedos de Bimi. *¡Mein Gott!* Te aseguro que hablaba con esos dedos. Era el alfabeto de los sordomudos entero. Deslizó su mano peluda en torno a mi cuello, me levantó la barbilla y me miró a la cara simplemente para ver si había entendido sus palabras como él había entendido las mías. «Mira lo que hace», dice Bertrán, «tú le matarías y él no te hace más que carantoñas. ¡Eres un teutón ingrato!».

»Pero yo sabía que había hecho de Bimi un enemigo mortal y de por vida, porque sus dedos cantaban asesinato a través de mi cuello. La siguiente vez que vi a Bimi yo llevaba una pistola al cinto, y él la tocó una vez, y yo abrí la recámara para que viera que estaba cargada. Él había visto matar los monos pequeños en los bosques. Comprendió.

»Y Bertrán se casó y se olvidó completamente de Bimi, que estaba saltando en la playa solo con media alma humana en su panza. Yo le vi saltar y cogió una gran rama y empezó a cavar en la arena hasta que hizo un gran agujero como una tumba. Así que le dije a Bertrán: «Por lo que más quieras, mata a Bimi. Está loco de celos».

»Y Bertrán dijo: «No está loco en absoluto. Obedece y quiere a mi mujer, y cuando se lo dice le trae las zapatillas», y miró a su mujer, al otro lado de la habitación. Era una chica muy guapa.

»Y entonces yo le dije: «Pretendes conocer a los monos y a esta bestia que se está azotando hasta volverse loco, ¿por qué no le hablas? Pégale un tiro cuando vuelva a casa, porque lleva en sus ojos una luz que significa muerte…, y más muerte». Bimi volvió a casa, pero no había luz en sus ojos. La había desterrado, con ingenio…, era tan ingenioso, y fue a buscar las zapatillas de su chica y Bertrán se volvió hacia mí y me dijo: «¿Lo vas a conocer mejor tú, en nueve meses, que yo en doce años? ¿Mata un hijo a su padre? Yo lo he alimentado y era mi

hijo. No le cuentes esas tonterías a mi mujer ni tampoco a mí, nunca más».

»Al día siguiente Bertrán vino a mi casa a ayudarme a construir unas jaulas de madera para los ejemplares que coleccionaba, y me dijo que había dejado a su mujer con Bimi en el jardín. Y yo terminé mis jaulas deprisa y le dije: «Vamos a tu casa a tomar una copa». Él se rió y me dijo: «Vamos, hombre seco».

»Su mujer no estaba en el jardín, y Bimi no acudió cuando Bertrán le llamó. Y su mujer tampoco acudió cuando la llamó, y llamó a la puerta del dormitorio y estaba cerrada con llave. Entonces me miró, lívido. Eché la puerta abajo, y la paja del tejado estaba desgarrada en un agujero enorme y entraba el sol hasta el suelo. ¿Has visto alguna vez trozos de papel en una papelera o cartas de *whist* dispersas por una mesa? No había mujer que ver en aquel cuarto. Te digo que no había nada en aquella habitación que correspondiese a lo que entendemos por una mujer. Había trozos por el suelo y eso era todo. Miré aquellos despojos y vomité; pero Bertrán se quedó mirando un rato más lo que había pegado en las paredes y en el suelo, bajo el agujero de la paja. Y entonces empezó a reír, suave y sordamente, y supe que se había vuelto loco y di gracias al cielo. No lloró, no rezó. Se quedó quieto en el vano de la puerta, riéndose para sí. Y entonces dijo: «Ella se encerró en su cuarto y él rompió el tejado de paja. *¡Fi done!* Así es. Arreglaremos el techo y esperaremos a Bimi. Seguro que vendrá».

»Te digo que esperamos diez días en aquella casa, después que la habitación recobrara de nuevo su aspecto de habitación, y una o dos veces vimos a Bimi que se acercaba desde los bosques. Tenía miedo, porque había actuado mal. Bertrán le llamó cuando vino a echar un vistazo a los diez días, y Bimi vino saltando por la playa y haciendo ruidos, con un gran trozo de pelo negro en la mano. Entonces Bertrán se rió y dijo: «*¡Fi done!*», como si se acabara de romper un vaso bajo la mesa; y Bimi se acercó más, y Bertrán le habló con voz de miel y se reía para sí. Durante tres días estuvo cortejando a Bimi, porque Bimi no se dejaba tocar. Y luego Bimi vino a cenar con nosotros a la mesa, y el pelo de sus manos estaba todo negro y

pegajoso con… con… aquello que se le había quedado seco en las manos. Bertrán le dio *sangaree* hasta emborracharlo y embrutecerlo y entonces…

Hans se detuvo para dar una calada a su puro.

—¿Y entonces? —dije yo.

—Y entonces Bertrán le mató con sus propias manos, y yo me fui a dar un paseo a la playa. Era asunto

de Bertrán. Cuando volví, el mono estaba muerto y Bertrán agonizaba tendido sobre él; pero se seguía riendo, bajito y suavemente, y estaba muy contento. Ya conoces cómo se calcula fuerza del orangután: más de siete a uno en relación con el hombre. Pero Bertrán había matado a Bimi con lo que Dios le había dado. Eso fue un milagro.

El clamor infernal de la jaula comenzó de nuevo.

—¡Ah! Ese amigo nuestro tiene todavía demasiado ego en su cosmos. ¡Tranquilo!

Hans dejó oír un siseo largo y venenoso. Oíamos a la gran bestia temblorosa en su jaula.

—Pero ¿cómo es que no ayudaste a Bertrán en lugar de dejar que lo matara? —dije.

—Amigo mío —dijo Hans, estirándose con tranquilidad para dormir—, ni siquiera a mí me resultaba agradable vivir después de haber visto aquella habitación con el agujero en el techo. Y Bertrán, él, era su marido. Buenas noches y que duermas bien.

REINGELDER Y LA BANDERA ALEMANA

HANS Breitmann paseaba por la cubierta vestido con su pijama rosa, una taza de té en una mano y un puro en la otra, mientras el vapor se sofocaba bajando por la costa hacia Singapur. Breitmann bebía cerveza durante todo el día y toda la noche, y jugaba un juego llamado *scairt* con tres compatriotas.

—Me he lafado[6] —dijo con voz de trueno— pero no sirfe de nada lafarse en estos marres infernales. Mirratme, sigo todo mojado y sudando. Es *der* té lo que me pone así. Muchacho, tráeme *Pilsener* con jielo.

—Te morirás si bebes cerveza antes del desayuno —dijo un hombre—. La cerveza es lo peor del mundo para el…

—*Ja*, ya lo sé, para el jígado. No tengo hígado *und* no me foy a morrir. Al menos no morriré en uno de estos fapores de tres al cuarto que no tienen cerfeza para beber. Si tufiese que morrir, lo habría hecho ya cien feces, en Alemania, en Nuefa York, en Japón, en Assam *und* en todos los rincones de Amérrica del Sur. También podría haber muerto en Jamaica, o en Siam, pero aquí estoy; *Und* allí están mis orquídias, detrás de las que he fiajado por todo el mundo parra encontrarlas.

Señaló el timón, junto al cual, en dos cajas de madera rugosa, había una masa de vegetación marchita que, todo el barco lo suponía, representaba unas orquídeas de Assam de valor fabuloso.

Pues bien, las orquídeas no crecen en las calles principales de las ciudades, y Hans Breitmann había ido muy lejos para conseguir las suyas. No existía nada que no hubiese coleccionado ese año, desde cangrejos de las Molucas hasta canguros blancos.

—Ahorra escuchat —dijo, tras haber hablado durante casi diez minutos sin una pausa—, escuchat *und* os contaré una jistoria que demuestra las problemas que fienen de ir por allí coleccionando cosas *und* lo que sucede por creer lo que te dice un idiota. Esto fue en Uraguay, que está en Amérrica (si es del Norte o del Sur no os importa saberlo), *und* yo estaba buscando orquídias y todo cuanto podía meterr en mis cestos:

todo lo que podía fiajar. Iba conmigo otro jombre, que Reingelder se llamaba, *und* él también buscaba algo, pero erran serpientes de corral, las serpientes de corral que hay en el Uraguay, de todas las clases que os podáis imaginar. Os digo que una serpiente de corral es una belleza: toda roja *und* blanca, como corral enfilado alrededor del cuello de una chica. Sin embargo, hay una serpiente que los coleccionistos conocemos como *die* Bandera alemana, porque es roja *und* negra *und* blanca, como un salchicha *mit* trufas. Reingelder erra un naturalisto, buen hombre, buen bebedor, ¡mejor que yo! «Por Dios», dijo Reingelder, «io cogeré una serpiente Bandera alemana o morrirré». *Und* pusimos cabeza abajo el Uraguay enterro y todo por culpa de la maldita Bandera alemana.

»Un día, cuando estábamos en…, no se sabe dónde, tumbados, meciéndonos en nuestros jamacas, entre los árboles, de pronto aparreció una mujer natifa *mit* una Bandera alemana en un bote de encurrtidos, mi bote de encurrtidos; *und* los tos nos caímos de nuestros jamacas sobre nuestros *pot*, que es lo que llamáis barriga, por la alegría de fer eso. Yo también coleccionaba orquídias entonces, *und* sabía que para Reingelder esta Bandera alemana erra la idea de su fida. Así que me puse de pie *und* le dije: «Reingelder, es *tuya*». «Hans, erres un ferdadero amigo, de ferdad que erres un buen jombre», dijo Reingelder *und mit* esas palabras abrió el bote *und* al ferio, la mujer natifa se puso a chillar: «¡Cuidado, le fa a morderr!». *Und* yo dije, porque en Uraguay el jombre tiene que tener cuidado con las insectos: «Reingelder, ajógala en *der* álcojol, que estará bien». «*Nein*», dijo Reingelder, «yo quierro egsaminar la serpiente fifa. No hay que tener miedo. *Die* serpiente de corral no es *mit* aparrato de feneno». Pero yo le miré cabeza *und* era la cabeza de serpiente fenenosa, auténtico cránio de fíbora, estrecho *und* plano. «No es buena, te puede morderr *und*… estamos a trescientas millas de cualquier lugar. Quita el álcojol *und* ponía fifa en escabeche». Reingelder la tenía en la mano *und* serpiente se retorcía, se retorcía, tan lenta como gusano *und* doble de silenciosa. «Tonterrías», dijo Reingelder, «Yates dice que ninguna serpiente de corral posee bolsa de feneno». Yates era la gran autorritat en serpientes de

Suramérrica. Había escrito un libro: fosotros no lo sabéis, por supuesto, pero erra una gran autoritat.

»Me quedé mirando a la Bandera alemana, que se retorcía, se retorcía en el puño de Reingelder, *and* su cabeza no erra la cabeza de un ser inocente. «*¡Mein Gott!*», dije. «Tú serrás el que no tenga la bolsa…, la bolsa en lugar de la fida aquí». «Entonces, tú tendrás el serpiente», dijo Reingelder, acarriciándola. «¡Mirra! Te enseñaré lo que Yates ha escrito».

»Mit esas palabras se metió en su tienda *and* trajo su gran libro de Yates; *die* Bandera alemana no dejaba de retorcerse en su puño. «Yates ha dicho», dijo Reingelder, apoiando el libro sobre puño *and* leyó el pasaje que probaba sin lugarr a dudas que jamás el mordedura de las serpientes de corral es fenenosa. Después cerró el libro de un golpe, eso molestó a serpiente *and* ella morrdió una fez *and* otra fez.

»—*Die* tontita me ha morrdido —dice Reingelder.

»Este pasaba antes de conocer la inyección de permanganato de potasio. Yo estaba desagradado.

»—¡Arriba brazo, Reingelder! —dije yo—. *Und* bebe whisky hasta que no puedes más beber.

»—¡Al diablo *die* bebida! Irré a comer —dijo Reingelder *und* la dejó por allí; estaba rojo de emociones.

»Fifíamos de sopa, carne de caballo *und* judías en la comida, pero antes de terminar la sopa, Reingelder cogió brazo suyo *und* empezó a gritar: «¡Brazo es dormido hasta el clafícula! ¡No lo siento! Soy hombre muerto, ¡*und* Yates ha mentido en letra impresa!».

»Os digo que fue tristísimo, porque los símptomas que llegaron erran como los de estricnina. Se hacía nudos grandes, *und* los deshacía, *und* después hacía otra fez, mucho peor que antes, *und* echaba espuma. Yo estaba *mit* él, diciéndole: «Reingelder, ¿me reconoces?». Pero él mismo, su parte consciente de su interrior, estaba fuera de conocimiento: así supe que no sufría. Entonces se hizo un nudo tremendo *und* murrio… solo, conmigo, en Uraguay. Lo sentí, porque quería a Reingelder *und* le enterré *und* cogí a esa serpiente de corral,

esa Bandera alemana…, tan mala, traicionera, ¡*und* la puse en escabeche fifa!

»Así conseguí serpiente, así perdí Reingelder».

EL JUDÍO ERRANT
E

—SI das una vuelta al mundo en dirección al Oriente, ganas un día —le dijeron los hombres de ciencia a John Hay. Y durante años, John Hay viajó al este, al oeste, al norte y al sur, hizo negocios, hizo el amor y procreó una familia como han hecho muchos hombres, y la información científica consignada arriba permaneció olvidada en el fondo de su mente, junto con otros mil asuntos de igual importancia.

Cuando murió un pariente rico, se vio de pronto en posesión de una fortuna mucho mayor de lo que su carrera previa hubiera podido hacer suponer razonablemente, dado que había estado plagada de contrariedades y desgracias. Es más, mucho antes que le llegara la herencia, ya existía en el cerebro de John Hay una pequeña nube, un oscurecimiento momentáneo del pensamiento que iba y venía antes que llegara a darse cuenta de que existía alguna solución de continuidad. Lo mismo que los murciélagos que aletean en torno al alero de una casa para mostrar que están cayendo las sombras. Entró en posesión de grandes bienes, dinero, tierra, propiedades; pero tras su alegría se irguió un fantasma que le gritaba que su disfrute de aquellos bienes no iba a ser de larga duración. Era el fantasma del pariente rico, al que se le había permitido retornar a la tierra para torturar a su sobrino hasta la tumba. Por lo que, bajó el aguijón de este recuerdo constante, John Hay, manteniendo siempre la profunda imperturbabilidad del hombre de negocios que ocultaba las sombras de su mente, transformó sus inversiones, casas y tierras en soberanos, sólidos, redondos, rojos soberanos ingleses, cada uno equivalente a veinte chelines. Las tierras pueden perder su valor, y las casas volar al cielo en alas de llamas escarlata, pero hasta el Día del Juicio un soberano será siempre un soberano, es decir, un rey de los placeres.

Poseedor de sus soberanos, John Hay hubiera querido gastarlos uno a uno en aquellos toscos placeres que su alma amaba, pero le obsesionaba el miedo a una muerte cercana; el fantasma de su pariente se erguía en el recibidor de su casa, junto al perchero, gritándole escaleras arriba que la vida era corta, que no había esperanza alguna de que los días pudieran prolongarse, y que los sepultureros habían comenzado ya a

cepillar el ataúd del sobrino. Por regla general, John Hay estaba solo en casa, pero incluso cuando tenía compañía sus amigos no oían al tío vocinglero. Dentro de su cerebro, la sombra se hizo más amplia y más negra. El temor a la muerte estaba enloqueciendo a John Hay.

Y entonces, desde las profundidades de su mente, donde había almacenado toda la información no utilizada para fines inmediatos, surgió la idea del dato científico del viaje hacia Oriente. Cuando de nuevo su tío le gritó escaleras arriba que se apresurara a vivir, una voz más aguda le respondió en un grito: «Aquél que da la vuelta al mundo en dirección al este gana un día».

Su timidez y desconfianza crecientes respecto de la Humanidad le impidieron comunicar su preciado mensaje de esperanza a sus amigos. Podían apropiarse de él y analizarlo. Estaba seguro de que era verdad, pero le hubiera dolido intensamente que manos rudas lo sometiesen á un examen demasiado minucioso. Sólo a él, entre todas las generaciones sufrientes de la Humanidad, se le había revelado el secreto. Sería impío —contra los designios del Creador— poner en marcha a toda la Humanidad hacia el este. Además, ello supondría abarrotar los barcos de vapor, de forma inconveniente, y John Hay deseaba estar solo, por encima de todo. Si pudiera dar la vuelta al mundo en dos meses —había leído que alguien, cuyo nombre no recordaba, lo había hecho en ochenta días— ganaría un día entero, y si seguía haciéndolo sin parar durante treinta años, ganaría ciento ochenta días, o casi la mitad de un año. No sería mucho, pero en el transcurso del tiempo, a medida que avanzara la civilización y se abriera el ferrocarril del valle del Eufrates, podría incrementar su ritmo.

Provisto de muchos soberanos* John Hay, en el trigésimo quinto año de su vida, emprendió sus viajes, con dos voces que le acompañaron desde Dover, mientras navegaba hacia Calais. La fortuna le favoreció. El ferrocarril del valle del Eufrates acababa de ser inaugurado y fue el primer hombre que tomó un billete directo de París a Calcuta: trece días en tren. Trece días en tren no son buenos para los nervios, pero siguió recorriendo el mundo y volvió a Calais desde América en doce

días menos de los dos meses que se había propuesto, y volvió a empezar, con veinticuatro horas de tiempo precioso en su haber. Pasaron tres años y John Hay siguió dando religiosamente la vuelta al mundo, buscando más tiempo en el que gozar del resto de sus soberanos. Llegó a ser conocido en muchas líneas transatlánticas como el hombre que siempre quería seguir adelante; cuando la gente le preguntaba qué hacía, contestaba:

—Soy la persona que tiene el firme propósito de vivir para siempre y estoy tratando de llevarlo a la práctica.

Sus días se dividían entre la observación de la blanca estela de la hélice tras la popa de los más veloces vapores y la contemplación de la tierra parda que, como un relámpago, resplandecía por las ventanas de los trenes más veloces; y en un cuaderno anotaba cada minuto que había arrancado o sustraído a la implacable eternidad.

—Esto es mejor que rezar por una larga vida —decía John Hay, mientras volvía su rostro hacia Oriente en su vigésimo viaje.

El paso de los años le había ayudado más de lo que había imaginado; mediante la extensión de la línea del valle del Brahmaputra hasta entroncar con la recientemente creada de la China central, el billete de ferrocarril de Calais le llevaba hasta Calcuta y Hong Kong, vía Karachi. El viaje completó se podía hacer en poco más de cuarenta y siete días y, presa de una exaltación fatal, John Hay le contó el secreto de su longevidad a su única amiga, su ama de llaves, que se ocupaba de su residencia en Londres. Él habló y desapareció; pero ella era una mujer de recursos y de inmediato fue a pedir consejo a los abogados que informaran a John Hay acerca de su herencia de oro. Todavía quedaban muchos soberanos, y había otro Hay que deseaba gastarlos en cosas más razonables que billetes de tren o pasajes de barco.

El caso fue largo, porque cuando un hombre está literalmente en camino, tras su preciada vida, no se detiene en la ruta. John Hay volvió de nuevo a recorrer el mundo, y en su periplo alcanzó en Madrás al cansado doctor que había sido enviado en su busca. Y fue allí donde encontró la recompensa a sus

trabajos y la certidumbre de una bendita inmortalidad. En media hora, el doctor, sin dejar de observar los labios resecos, las manos temblorosas y aquella mirada que se volvía eternamente hacia el este, convenció a John Hay de que descansara en una casita cercana a la playa de Madrás. Todo lo que tenía que hacer era colgarse del techo de la habitación mediante unas cuerdas y dejar que la tierra redonda diera vueltas en libertad, bajo su persona. Esto era mejor que el barco o el tren, porque ganaba un día al día, y se hacía así semejante al sol inmortal. El otro Hay pagaría sus gastos a lo largo de toda la eternidad.

Es cierto que todavía no podemos disponer de billetes Calais-Hong Kong, aunque podamos hacerlo dentro de quince años, pero hay hombres que dicen que si uno se pasea por la costa sur de la India, se encuentra, en un pequeño bungalow encalado y limpio, sentado en una silla colgada del techo, sobre una lámina de delgado acero que, como él sabe muy bien, destruye la atracción de la tierra, a un hombre viejo y consumido, con el rostro vuelto siempre al sol naciente, y un cronómetro en la mano, corriendo contra la eternidad. No puede beber, no fuma, y sus gastos ascienden, quizá, a unas veinticinco rupias al mes, pero es John Hay, el Inmortal. En el exterior, oye el estruendo del mundo, que gira, con el que, explica con cuidado, no tiene relación alguna; pero si le dices que sólo se trata del ruido de las olas, llorará con amargura, porque la sombra de su cerebro va muriendo a medida que su mente deja de funcionar, y, a veces, duda de que el doctor dijera la verdad.

—¿Por qué el sol no está siempre sobre mi cabeza? —pregunta John Hay.

A TRAVÉS DEL FU EGO

EL Policía cabalgaba por la selva del Himalaya, bajo los robles cubiertos de musgo, y su ordenanza trotaba tras él.

—Un feo asunto, Bhere Singh —dijo el Policía—. ¿Dónde están?

—Muy feo —dijo Bhere Singh— y, en cuanto a *ellos*, seguro que se están asando en un fuego más vivo que el que nunca hayan producido las ramas de abeto.

—Esperemos que no —dijo el Policía—, porque, teniendo en cuenta la diferencia entre las dos razas, es la misma historia que la de Francesca da Rimini, Bhere Singh.

Bhere Singh no sabía nada de Francesca da Rimini, así que siguió su marcha al mismo ritmo, hasta que llegaron al claro del bosque donde los carboneros quemaban su carbón vegetal y donde las llamas moribundas decían *cñsp, arisp, crisp* mientras revoloteaban y susurraban sobre las cenizas blancas. Tuvo que ser un buen fuego, en su momento de mayor esplendor. Unos hombres lo habían visto en Donga Pa desde el otro lado del valle, vacilando y resplandeciendo a través de la noche, y se dijeron que los carboneros de Kodru se estaban emborrachando. Pero se trataba tan sólo de Suket Singh, cipayo del 102.° Regimiento de Infantería Indígena del Punjab, y de Athira, una mujer, ardiendo… ardiendo… ardiendo.

Así es como sucedieron las cosas; y el diario del Policía confirmará mis palabras.

Athira era la mujer de Madu, un carbonero tuerto y de mal carácter. Una semana después del matrimonio, él pegó a Athira con un palo muy pesado. Un mes más tarde, Suket Singh, cipayo, llegó a aquel lugar, buscando la frescura de las montañas, de permiso de su regimiento, y electrizó a los campesinos de Kodru con sus relatos de gloria y de servicio al Gobierno, y del honor en que le tenía a él, Suket Singh, el sahib coronel Bahadur. Y Desdémona escuchaba a Otelo como lo han hecho todas las Desdémonas del mundo. Y, al escuchar, amaba.

—Yo ya tengo una esposa —dijo Suket Singh—, aunque eso no es problema si lo piensas bien. También tengo que volver a mi regimiento dentro de poco, y no puedo ser desertor, yo que pretendo llegar a ser *havildar*.

No hay versión himalaya del poema «No podría amarte tanto, mi amor, si al honor no amara más», pero Suket Singh casi consiguió inventar una con sus palabras.

—No importa —le decía Athira—: quédate conmigo y, si Madu trata de pegarme, le pegas a él.

—Muy bien —dijo Suket Singh; y pegó a Madu severamente, para regocijo de todos los carboneros dé Kodru.

—Ya es suficiente —dijo Suket Singh, haciendo rodar a Madu por la pendiente—. Ahora tendremos paz.

Pero Madu reptaba de nuevo por la montaña cubierta de hierba y rondaba en torno a su cabaña con ojos airados.

—No parará hasta matarme —le decía Athira a Suket Singh—. Tienes que sacarme de aquí.

—Habrá problemas en el campamento. Mi mujer me arrancará las barbas, pero no importa —dijo Suket Singh—: te llevaré.

Hubo un problema considerable en el campamento, y a Suket Singh le arrancaron la barba, y la mujer de Suket Singh se fue a vivir con su madre y se llevó a los niños con ella.

—No importa —dijo Athira.

Y Suket Singh dijo:

—Sí; no importa.

Y así Madu se quedó solo en la cabaña que domina el valle frente al Donga Pa; y desde el comienzo de los tiempos nadie ha tenido simpatía por los maridos tan poco afortunados como Madu.

Así que fue a ver a Juseen Dazé, el brujo que guarda la Cabeza del Mono Hablador.

—Devuélveme a mi mujer —dijo Madu.

—No puedo —dijo Juseen Dazé— hasta que consigas que el río Sutlej deje el valle y suba hasta el Donga Pa.

—Déjate de enigmas —dijo Madu, y sacudió el hacha por encima de la cabeza blanca de Juseen Dazé.

—Dales todo tu dinero a los ancianos del pueblo —dijo Juseen Dazé— y ellos convocarán un Concejo comunal y el Concejo enviará un mensaje a tu mujer conminándola a volver.

Y Madu, consiguientemente, entregó todos sus bienes terrenales, que ascendían a veintisiete rupias, ocho annas, tres paisás y una cadena de plata, al Concejo

de Kodru. Y ocurrió tal y como Juseen Dazé había dicho.

Enviaron al hermano de Athira al regimiento de Suket Singh para que hiciera volver a Athira. Suket Singh, para empezar, le pegó y arrastró a lo largo de todo el cuartel, y luego lo entregó al *havildar*, que le pegó con un cinturón.

—Vuelve —gritaba el hermano de Athira.

—¿Adonde? —dijo Athira.

—Con Madu —decía él.

—Nunca —decía ella.

—Entonces Juseen Dazé te enviará una maldición y te marchitarás como un árbol descortezado en la primavera —dijo el hermano de Athira.

Athira lo consultó con la almohada.

A la mañana siguiente tenía reumatismo.

—Empiezo a marchitarme como un árbol descortezado en la primavera —dijo—. Es la maldición de Juseen Dazé.

Y realmente empezó a marchitarse, porque el miedo le secó el corazón, y los que creen en las maldiciones mueren de maldiciones. También Suket Singh tenía miedo, porque amaba a Athira más que a su propia vida. Pasaron dos meses, y el hermano de Athira volvió al cuartel y se desgañitaba gritando:

—¡Ajá! Te estás marchitando. Vuelve.

—Volveré —dijo Athira.

—Di más bien que *volveremos* —dijo Suket Singh.

—Sí, pero ¿cuándo? —dijo el hermano de Athira.

—Un día cualquiera muy temprano por la mañana —dijo Suket Singh; y a paso lento fue en busca del sahib coronel Bahadur para solicitar una semana de permiso.

—Me estoy marchitando como un árbol descortezado en la primavera —se quejaba Athira.

—Pronto estarás mejor —decía Suket Singh; y le contó lo que guardaba en su corazón y los dos rieron dulcemente, porque se amaban.

Pero Athira empezó a encontrarse mejor desde aquel momento.

Se fueron juntos, en tren y en tercera clase, como mandaban las normas, y luego en un carro hasta las colinas, y a pie hasta las grandes montañas. Athira olía el aroma de los pinos de sus montañas, las montañas húmedas del Himalaya.

—Qué bueno es estar vivo —decía Athira.

—¡Ja! —dijo Suket Singh—, ¿dónde está la carretera de Kodru y dónde está la casa del guardabosques…?

—Me costó cuarenta rupias hace doce años —le dijo el guardabosques, enseñándole la escopeta.

—Aquí tienes veinte —dijo Suket Singh—, y me tienes que dar las mejores balas.

—Es *muy* bueno estar vivo —dijo Athira melancólica, husmeando el aroma de la tierra húmeda bajo los pinos; y esperaron hasta que hubo caído la noche en la carretera de Kodru y en el Donga Pa.

Madu había apilado la leña seca para la hoguera de carbón del día siguiente, en un claro junto a su cabaña.

—Qué cortés por parte de Madu el ahorrarnos este cuidado —dijo Suket Singh al tropezar con la pila de leña, que tenía doce pies cuadrados y una altura de cuatro—. Debemos esperar hasta que salga la luna.

Cuando salió la luna, Athira se arrodilló en la pira.

—Si fuera un Snider de los que utiliza el Gobierno… —dijo Suket Singh, pesaroso, mirando de reojo el cañón amarrado con alambre del rifle del guardabosques.

—Sé rápido —dijo Athira; y Suket Singh fue rápido, pero Athira ya no lo fue más. Entonces él encendió la pira en las cuatro esquinas y subió a ella, a la vez que volvía a cargar el arma.

Las pequeñas llamas empezaron a asomarse entre los grandes leños, por encima de las hojas secas.

—El Gobierno debería enseñarnos a darle al gatillo con los dedos de los pies —dijo Suket Singh, lúgubre, a la luna.

Aquélla fue la última observación pública del cipayo Suket Singh.

Un día, por la mañana temprano, Madu llegó a la pira, gritó amargamente y corrió a buscar al policía que estaba de servicio en el distrito.

—Ese hombre de baja casta ha destruido cuatro rupias de leña de quemar carbón —jadeaba Madu—. También ha matado a mi mujer, y ha dejado una carta que no sé leer, atada a la rama de un pino.

Con la grafía rígida y formal que enseñaban en la escuela del regimiento, el cipayo Suket Singh había escrito:

«Que nos quemen juntos, si es que algo queda de nosotros, porque hemos realizado las plegarias necesarias. También hemos maldecido a Madu y a Malak, el hermano de Athira, ambos hombres malvados. Comunicad mi devoción al sahib coronel Bahadur».

El Policía se quedó mirando largo rato y con curiosidad la cama nupcial de cenizas blancas y rojas en la que reposaba, negro opaco, el cañón de la escopeta del guardabosques. Hincó su talón calzado con espuela distraídamente en un leño medio chamuscado, y unas chispas castañetearon volando hacia arriba.

—Una gente muy extraordinaria —dijo el Policía.

—*Jin, jinn, uyu* —decían las llamas.

El Policía consignó los hechos escuetos de aquel Caso, porque el Gobierno del Punjab no aprueba el romanticismo, en su diario.

—Pero ¿quién me va a pagar a mí esas cuatro rupias? —dijo Madu.

LAS FINANZAS
DE LOS DIOSES

EN el Chubára de Dhunni Bhagat la comida vespertina había finalizado y los viejos sacerdotes fumaban o pasaban las cuentas de sus rosarios. Un niño pequeño desnudo entró correteando, con la boca abierta de par en par, un ramo de caléndulas en una mano y un trozo de tabaco en la otra. Trató de arrodillarse y hacer una reverencia de respeto a Gobinda, pero estaba tan gordo que se cayó hacia adelante, sobre su cabeza afeitada, pataleando y jadeando, mientras las caléndulas se le caían por un lado y el tabaco por el otro. Gobinda se rió, lo puso de pie y bendijo las caléndulas mientras recibía el tabaco.

—De parte de mi padre —dijo el niño—. Tiene la fiebre y no puede venir. ¿Rezarás por él, Padre?

—Seguro, pequeño; pero hay niebla en la tierra y el rocío de la noche está en el aire: no es bueno salir desnudo en otoño.

—No tengo ropa —dijo el niño— y he estado llevando todo el día tortas de estiércol de vaca al bazar. Hacía mucho calor, y estoy muy cansado —temblaba un poco porque el crepúsculo era fresco.

Gobinda levantó un brazo desde debajo de su amplia y gastada colcha de muchos colores e hizo un nido tentador a su lado. El niño se acurrucó en él y Gobinda llenó de tabaco fresco su pipa de agua, hecha de piel con incrustaciones de bronce. Cuando llegué al Chubára, su cabeza afeitada, con un único mechón central, y sus brillantes ojos negros surgían de los pliegues de la colcha como una ardilla que escruta el exterior desde su nido, y Gobinda sonreía mientras el niño jugaba con su barba.

Hubiera dicho algo amable, pero me acordé a tiempo de que si el niño enfermaba más tarde me atribuirían el mal de ojo, y eso es una maldición horrible.

—Quédate sentado, sin moverte, Thumbling —le dije al ver que se disponía a levantarse y echarse a correr—. ¿Dónde está tu pizarra?, ¿cómo es que el maestro ha dejado en libertad a un personaje tan travieso, hoy que no hay policía en la calle para protegernos a nosotros los apocados?, ¿en qué pabellón tratas

de romperte el pescuezo remontando cometas desde los techos de las casas?

—No, sahib, no —dijo el niño, escondiendo la cara en la barba de Gobinda, y moviéndose incómodo—. Hoy había vacación en la escuela, y no me paso el día remontando cometas. Yo juego al crí-i-iquet como todos los demás.

El criquet es el deporte nacional entre los escolares del Punjab, desde los niños desnudos de las escuelas: más pobres que utilizan una vieja lata de petróleo como portería, hasta los estudiantes universitarios que compiten por la Copa de la Liga.

—¡Tú jugando al criquet! Si no llegas ni a la mitad del bate —le dije.

El niño asintió con la cabeza, decidido.

—Sí, yo *sí* que juego. *¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!* Lo sé todo.

—Pero esto no debe hacerte olvidar rezar a los dioses según la costumbre —dijo Gobinda, que no acababa de aprobar el criquet y las innovaciones occidentales.

—Yo no olvido —dijo el niño con voz apagada.

—Y también respetar a tu maestro, y… —la voz de Gobinda se suavizó— abstenerte de tirarles de la barba a los hombres santos, ¿eh, pillín?

La cara del niño estaba ya completamente oculta bajo la gran barba blanca y empezó a lloriquear hasta que Gobinda le calmó como se calma a los niños en todas las partes del mundo, con la promesa de un cuento.

—No quería asustarte, pequeño tonto. ¡Mírame! ¿Estoy enfadado? ¡Vamos, vamos, vamos! ¿Tendré que llorar yo también, y hacer con nuestras lágrimas un gran estanque en el que ambos nos ahoguemos, y entonces tu padre nunca se ponga bien, ya que no te tendrá a ti para que le tires de la barba? Paz, paz, y te hablaré de los dioses. ¿Conoces muchos cuentos?

—Muchos, Padre.

—Pues éste es uno nuevo que no has oído nunca. Hace mucho, mucho tiempo, cuando los dioses caminaban con los hombres,

como lo hacen hoy, aunque nosotros no tenemos la fe necesaria para verlo, Shiva, el más grande de los dioses, y Parvati, su mujer, paseaban por el jardín de un templo.

—¿Qué templo? ¿El del pabellón de Nangdaon? —dijo el niño.

—No, muy, muy lejos. Quizá en Trimbak o en Hurdwar, adonde tendrás que peregrinar cuando seas un hombre. Ocurrió que en ese jardín, sentado bajo los azufaifos, había un mendicante, el cual había adorado a Shiva durante cuarenta años y vivía de las ofrendas de las personas piadosas, y meditaba acerca de la santidad, día y noche.

—Oh, Padre, ¿eras tú? —dijo el niño, mirándole con ojos llenos de admiración.

—No, te he dicho que ocurrió hace tiempo, y además, este mendicante estaba casado.

—¿Le pusieron en un caballo con flores en la cabeza y le prohibieron dormir en toda la noche? Eso me hicieron a mí cuando celebraron mi boda —dijo el niño, que se había casado hacía unos meses.

—¿Y qué hiciste? —dije yo.

—Lloré, y me insultaron, y entonces *la* pegué, y lloramos juntos.

—El mendicante rio se comportó así —dijo Gobinda—, porque era un hombre santo, y muy pobre. Parvati lo vio sentado desnudo junto a las escalinatas del templo por donde todos subían y bajaban y le dijo a Shiva: «¿Qué pensarán los hombres de los dioses, cuando los dioses desprecian de esta manera a los creyentes? Durante cuarenta años ese hombre de allá ha rezado ante nosotros, y sin embargo sólo tiene ante sí unos cuantos granos de arroz y unas cuantas cauris rotas. Los corazones de los hombres se endurecerán ante esto». Y Shiva dijo: «Me ocuparé de ello», y así llamó al templo, que era el templo de su hijo, Ganesh, el de la cabeza de elefante, y dijo: «Hijo, hay un mendicante que es muy pobre. ¿Qué vas a hacer por él?». Entonces el gran Ser de cabeza de elefante despertó en la oscuridad y contestó: «En tres días, si está conforme a tu

voluntad, tendrá cien mil rupias». Y Shiva y Parvati marcharon.

»Pero había un prestamista en el jardín, escondido entre las caléndulas —el niño miró la bola de flores aplastadas que tenía en sus manos—, sí, entre las caléndulas amarillas, y oyó hablar a los dioses. Era un hombre avaricioso y de corazón negro, y deseaba las cien mil rupias para sí. Así que fue hasta el mendicante y le dijo: «Oh, hermano, ¿cuánto te dan las personas piadosas diariamente?». Y el mendicante dijo: «No lo sabría decir. A veces un poco de arroz, a veces unas pocas legumbres y unas cuantas cauris, mangos en conserva y pescado seco».

—Eso es bueno —dijo el niño, chupándose los labios.

—Entonces dijo el prestamista: «Porque te he estado observando durante mucho tiempo he aprendido a amar tu paciencia; te daré cinco rupias por todo lo que ganes en los tres próximos días. Sólo hay que firmar una fianza sobre el asunto». Pero el mendicante le dijo: «Tú estás loco. Ni en dos meses recibo el equivalente de cinco rupias», y se lo contó a su mujer aquella noche. Ella, siendo una mujer, dijo: «¿Cuándo se ha sabido que un prestamista haga un mal negocio? El lobo corre a través del grano para cazar al venado gordo. Nuestro destino está en las manos de los dioses. No lo comprometas ni siquiera por tres días».

»Y el mendicante volvió al prestamista y le dijo que no estaba dispuesto a vender. Y entonces aquel hombre malvado se sentó durante todo el día frente a él, ofreciéndole más y más por sus ganancias de aquellos tres días. Primero, diez, cincuenta y cien libras; y

después, como no sabía cuándo iban a conceder los dioses sus dádivas, miles de rupias, basta llegar a la mitad de cien mil. Al llegar a esta suma, la mujer del mendicante cambió de opinión, él firmó el documento y le pagaron el dinero en plata, con grandes bueyes blancos que la llevaron a carradas. Pero aparte de aquel dinero el mendicante no recibió nada más de los dioses, y el corazón del prestamista sufría debido a su expectación. Por lo tanto, al mediodía de la tercera jornada, el prestamista se fue al templo a espiar los consejos de los dioses

y a aprender de qué forma iba a llegar el dinero. Al tiempo que él decía sus plegarias, una grieta entre las piedras bostezó y al cerrarse le pilló el talón. Entonces oyó a los dioses paseando por el templo en la oscuridad de las columnas, y Shiva llamó a su hijo Ganesh, diciendo: «Hijo, ¿qué has hecho respecto a las cien mil rupias del mendicante?», y Ganesh se despertó, porque el prestamista oyó el roce seco de su trompa mientras se estiraba, y contestó: «Padre, la mitad del dinero ya ha sido pagada, y al deudor de la otra mitad lo tengo yo aquí bien cogido por el talón».

El niño se partía de risa.

—¿Y le pagó el prestamista al mendicante? —dijo.

—Ciertamente, porque aquel a quien los dioses retienen por el talón, debe pagar hasta el máximo. El dinero se pagó al llegar la noche, todo en plata, en grandes carros, y así Ganesh cumplió su cometido. —¡Niño! ¡Niño! ¡Niño!

Una mujer llamaba en la oscuridad del atardecer junto a la puerta del patio.

El niño empezó agitarse.

—Es mi madre —dijo.

—Vete entonces, pequeño —dijo Gobinda—, pero aguarda un momento.

Desgarró una generosa yarda de su colcha de remiendos, se la puso al niño sobre los hombros y el chiquillo se fue corriendo.

LA HOMILÍA DEL EMIR

SU Alteza Real Abdur Rahman, Emir de Afganistán, G.C.S.I. y aliado de confianza de Su Majestad Imperial la Reina de Inglaterra y Emperatriz de la India, es un caballero para quien todo hombre bien pensante merece una profunda consideración. Como muchos otros soberanos, gobierna no como quisiera, sino como puede, y el manto de su autoridad cubre a la raza más turbulenta que existe bajo las estrellas. Para el afgano, ni la vida, ni la propiedad, ni la ley ni la monarquía son sagradas cuando sus propios deseos primarios le incitan a la rebelión. Es un ladrón por instinto, un asesino por herencia y educación, y franca y bestialmente inmoral por los tres factores juntos. A pesar de todo, tiene sus propias retorcidas nociones del honor, y su personalidad es fascinante para estudiar. Llegada la ocasión, luchará sin un motivo dado hasta que le hagan pedazos; en otras ocasiones se negará a luchar hasta verse arrastrado a un rincón. Sobre este punto es tan imprevisible como el lobo gris, que es su hermano de sangre.

Y Su Alteza manda sobre estos hombres con la única arma que comprenden: el miedo a la muerte, que entre algunos orientales constituye el comienzo de la sabiduría. Algunos dicen que la autoridad del Emir no llega más allá del alcance de la bala de un fusil, pero como nadie sabe con total seguridad cuándo puede hallarse entre ellos el soberano, y sólo él sujeta cada uno de los hilos del Gobierno, su respeto se ha visto incrementado entre sus hombres. Gholam Hyder, el comandante en jefe del ejército afgano, es temido razonablemente, porque tiene el poder de empalar; toda la ciudad de Kabul teme al gobernador de Kabul, que tiene poder de vida o muerte sobre todas las guarniciones; pero al Emir de Afganistán, aunque las tribus lejanas pretendan lo contrario en cuanto vuelve la espalda, se le teme más que al comandante en jefe y al gobernador juntos. Su palabra es ley sangrienta: según soplen los vientos de su pasión cae la hoja de la vida de un hombre, y su favor es terrible. Ha sufrido muchas cosas, y ha sido un fugitivo perseguido antes de acceder al trono, y comprende a todas las castas de su pueblo. Según la costumbre del Oriente, todo hombre o mujer con una queja o con un

enemigo contra el que pide venganza tiene el derecho de hablar cara a cara con el Rey en la audiencia pública diaria. Esto es gobierno personal, como era en los días de Harun al Raschid, de feliz memoria, cuyos tiempos todavía existen y existirán mucho después que hayan desaparecido los ingleses.

El privilegio de hablar abiertamente se ejerce, por supuesto, a expensas de cierto riesgo personal. El Rey puede quedar complacido y dispensar honores al orador precisamente por esa misma franqueza de lenguaje que, tres minutos más tarde, lleva a un solicitante demasiado imitativo hasta el filo de la cuchilla siempre dispuesta. Y a la gente le encanta que sea así, porque ésa es su ley.

Sucedió un día en Kabul que el Rey decidió realizar su trabajo diario en los jardines de Baber, que están a corta distancia de la ciudad. Tenía ante sí una mesa de líneas graciosas, y en torno a ella, al aire libre, se agrupaban generales y ministros de hacienda según su rango. La Corte y el amplio séquito de jefes feudales —hombres de sangre, alimentados e intimidados por la sangre— se alineaban en un semicírculo irregular alrededor de la mesa, y soplaba entre ellos el viento de los huertos de Kabul. Durante todo el día, mensajeros sudorosos se precipitaban con cartas de los distritos más alejados con rumores de rebelión, intriga, hambre, pagos fallidos o anuncios de tesoros en camino; y durante todo el día, el Emir leía los sumarios y pasaba aquellos menos privados a los funcionarios a quienes más directamente concernían o llamaba a uno de los jefes que esperaban, para que le diera una explicación. Está bien hablarle claro al soberano de Afganistán. Y entonces la cabeza solemne, bajo el gorro de astracán negro con la estrella de diamantes en la parte delantera, asentía con gravedad, y aquel jefe volvía junto a sus pares. Por la tarde, una mujer llegó clamando por divorciarse de su marido, que era calvo, y el Emir, tras escuchar a ambas partes, ordenó a la mujer que cubriese de cuajada la calva y que la lamiera, para que el pelo volviese a crecer y ella se sintiese complacida. Al llegar aquí, la Corte se echo a reír y la mujer se retiró, maldiciendo a su Rey entre dientes.

Pero cuando cayó la tarde y el orden de la Corte se había relajado un tanto, llegó ante el Rey, bajo custodia, un

desgraciado macilento y tembloroso, dolorido de tanto golpe, pero bastante robusto, el cual había robado tres rupias: asuntos tan pequeños son de la incumbencia de Su Alteza.

—¿Y por qué robaste? —le dijo; y cuando el Rey habla es mejor contestar directamente.

—Era pobre y no había ayuda. Hambriento, y no había comida.

—¿Por qué no trabajaste?

—No encontré trabajo, protector de los pobres, y me moría de hambre.

—Mientes. Robaste para beber, por lujuria, por pereza, por cualquier cosa menos por hambre, ya que todo hombre que lo quiera puede encontrar trabajo y su pan cotidiano.

El prisionero bajó los ojos. Había asistido a la Corte en otras ocasiones y conocía el timbre del tono de la muerte.

—Cualquier hombre puede encontrar trabajo. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Yo también he sufrido hambre…, no como tú, escoria bastarda, sino como un hombre honesto, por los azares del destino y la voluntad de Dios.

Entonado ya por el trabajo del día, el Emir se volvió hacia los nobles alineados a su alrededor, y apartó con el codo la empuñadura de su sable.

—¿Habéis oído a este hijo de la mentira? Escuchadme a mí contar una historia real. Yo también tuve hambre alguna vez y me apreté el cinturón sobre un estómago vacío. Y no estaba solo, porque conmigo había alguien que no me falló en los días malos, cuando yo era perseguido antes de subir a este trono. Y vagando como un perro callejero por Kandahar, mi dinero se esfumaba, se esfumaba, se esfumaba hasta que…

Y extendió la palma de su mano desnuda frente a su audiencia.

—Y día tras día, débil y enfermo, volvía junto a aquel que esperaba, y sólo Dios sabe cómo vivíamos, hasta que un día cogí nuestro mejor *lihaf*, era de seda, un trabajo muy fino de Irán, como ya no lo hace aguja alguna, bien caliente, una cubierta para dos y todo lo que teníamos. Se lo llevé a un

prestamista en una callejuela y le pedí tres rupias por ello. Él me dijo, a mí, que soy ahora el Rey: «Eres un ladrón. Esto vale trescientas». «No soy un ladrón —le contesté— sino un príncipe de sangre y tengo hambre». «Príncipe de vagabundos errantes —dijo el prestamista—, no tengo dinero aquí, pero vete a mi casa con mi ayudante y él te dará dos rupias y ocho annas, porque eso es todo lo que te voy a dar». Y fui con su ayudante hasta la casa, hablando todo el camino, y me dio el dinero. Vivimos de él hasta que se acabó, y lo pasamos mal. Y entonces, el ayudante, que era un joven de buen corazón, dijo: «Seguro que el prestamista te presta más dinero sobre ese *lihaf*», y él me ofreció dos rupias. Y yo las rechacé diciendo: «No, pero dame trabajo». Y me proporcionó trabajo, y yo, sí, yo, Abdur Rahman, Emir de Afganistán, trabajé día a día de culi, arrastrando pesadas cargas y trabajando con las manos, recibiendo cuatro annas diarias como jornal por mi sudor y mi dolor de espalda. Pero él, este bastardo hijo de la nada, ¡tiene que robar! Trabajé durante un año y cuatro meses, y que nadie se atreva a decir que miento, porque tengo un testigo: ese mismo ayudante que ahora es mi amigo.

Y entonces se levantó de su lugar entre los *sirdars* y los nobles un hombre vestido de seda, que cruzó las manos y dijo: «Ésta es la verdad de Dios, porque yo, que por el favor de Dios y del Emir soy quien soy ahora, fui en tiempos ayudante de aquel prestamista».

Se hizo una pausa, y el Emir gritó brutalmente al prisionero, abrumándole con su desprecio hasta finalizar con las temidas palabras, «*Dar Arid*», que dictan sentencia.

Y así se llevaron al ladrón, y ya nunca más se le vio entero; y la Corte salió de su silencio, murmurando: «¡Ante Dios y el Profeta, éste es un hombre!».

LOS JUDÍOS DE SH
USHAN

MIS recién adquiridos muebles eran, cuando menos, inestables; a la menor provocación las patas se separaban de las sillas, y los tableros, de las mesas. Pero fuera como fuere, a pesar de su estado, había que pagarlos, y Efraín, agente y cobrador del subastador local, esperaba en la galería con la factura. El criado musulmán lo anunció como «Efraín, Yahudí», es decir, «Efraín, el Judío». Si hay alguien que todavía crea en la hermandad de los hombres, debería haber oído cómo mi Elahi Bukhsh trituraba la segunda palabra a través del tamiz de sus dientes blancos, con todo el desprecio que se atrevía a mostrar ante su amo. Efraín era, personalmente, dulce de aspecto, tan dulce, por cierto, que costaba trabajo entender cómo podía dedicarse a la profesión de cobrador. Parecía una oveja sobrealimentada, y su voz se adecuaba a su figura. En su rostro había una máscara fija e inmutable de asombro infantil. Si le pagabas era como si se asombrase de tu riqueza; si lo despachabas sin pagarle, parecía que se quedaba perplejo ante tu dureza de corazón. Nunca hubo un judío más distinto de los de su temida raza.

Efraín llevaba babuchas a rayas y chaqueta de franela, con unos dibujos tan extravagantes que el más audaz de los alféreces británicos los hubiera esquivado con miedo. Su modo de hablar era lento, ponderativo, y muy cauteloso, para no ofender a nadie. Después de muchas semanas, Efraín se sintió propenso a hablarme de sus amigos.

—Somos ocho los judíos de Shushan y estamos esperando a que haya diez. Entonces solicitaremos una sinagoga propia y nos independizaremos de Calcuta. Hoy no tenemos sinagoga; y yo, sólo yo, soy el sacerdote y sacrificador de nuestro pueblo. Yo pertenezco a la tribu de Judá, creo, pero no estoy seguro. Mi padre era de la tribu de Judá, y estamos deseosos de tener nuestra propia sinagoga. Yo seré el sacerdote de esa sinagoga.

Shushan es una gran ciudad del norte de la India y sus habitantes ascienden a unos diez mil; y estos ocho seres del pueblo escogido estaban inmersos en aquella masa humana,

aguardando a que el tiempo o el azar tuvieran a bien completar su congregación.

Miriam, la mujer de Efraín, dos niños pequeños, un huérfano de su pueblo, el tío de Efraín, Jackrael Israel, un anciano de pelo cano, su esposa Hester, un judío de Cutch, un tal Hyem Benjamín y Efraín, sacerdote y sacrificador, constituían toda la lista de los judíos de Shushan. Vivían en una sola casa, en las afueras de la gran ciudad, entre montones de salitre, escombros, rebaños de vacas, y un montón inamovible de polvo, originado por el paso incesante de los animales que iban a beber en el río. Al atardecer los niños de la ciudad llegaban a ese yermo para hacer volar sus cometas, y los hijos de Efraín se mantenían apartados, observando los juegos desde el tejado, pero sin bajar nunca a tomar parte en ellos. En la parte posterior de la casa había un pequeño recinto de ladrillo donde Efraín preparaba a diario la carne para su gente, según la costumbre de los judíos. En una ocasión, la tosca puerta del recinto se abrió de golpe, debido a una lucha que se desarrollaba dentro, y dejó ver al manso cobrador entregado a su trabajo, con las fosas nasales dilatadas, los labios levantados sobre sus dientes y las manos sobre un cordero semienfurecido. Iba ataviado con una vestimenta extraña que nada tenía que ver con las babuchas a rayas o con sus chaquetas de franela habituales, y llevaba un cuchillo en la boca. Mientras luchaba con el animal entre esas paredes, el hombre exhalaba el aire con hondos jadeos, y su naturaleza parecía cambiada. Cuando finalizó el sacrificio según lo prescrito, vio que la puerta estaba abierta y la cerró deprisa, dejando con su mano una marca roja en la madera, mientras sus niños, desde la azotea de la casa de al lado, miraban de hito en hito, aterrorizados. Una visión de Efraín, ocupado en una de sus tareas religiosas, no era una cosa muy deseable.

El verano llegó a Shushan y transformó en hierro el solar yermo y pisoteado, y trajo dolencias a la ciudad.

—A nosotros no nos tocará —dijo Efraín, con confianza—. Antes que llegue el invierno tendremos nuestra sinagoga. Va a venir de Calcuta mi hermano, con su mujer y sus hijos, y *entonces* seré el sacerdote de la sinagoga.

Jackrael Israel, el anciano, se arrastraba afuera en las noches agobiantes de calor y se sentaba en los montones de basura a contemplar cómo llevaban los cadáveres hasta el río.

—No se acercará a nosotros —decía Jackrael Israel, débilmente—, porque nosotros somos el pueblo de Dios, y mi sobrino será el sacerdote de nuestra sinagoga. Que mueran ellos.

Y se volvía medio a rastras a casa, y atrancaba la puerta para aislarse por completo del mundo de los gentiles.

Pero Miriam, la mujer de Efraín, miraba por la ventana a los muertos, al paso de las andas funerarias y decía que tenía miedo. Efraín la consolaba con la esperanza de la sinagoga por venir, y seguía cobrando sus cuentas, como era su costumbre.

En una noche murieron sus dos hijos y Efraín los enterró a primera hora de la mañana. Sus muertos no aparecieron jamás en las listas de bajas de la ciudad. «El dolor es mi dolor», decía Efraín, y ello le parecía razón suficiente para hacer caso omiso de las normas sanitarias de un Imperio grande, floreciente y extraordinariamente bien gobernado.

El niño huérfano, que dependía de la caridad de Efraín y de su mujer, no sentía gratitud alguna; debía ser un rufián. Pidió todo el dinero que sus protectores quisieron darle y con eso huyó al sur para salvar su vida. Una semana después de la muerte de los niños, Miriam se levantó de su cama por la noche y vagó por todo el lugar tratando de encontrarlos. Les oía llorar detrás de cada matorral, o ahogándose en cada charco de los campos, e imploró a los carreros de la gran carretera central que no le robaran a sus pequeños. Por la mañana, el sol salió y golpeó su cabeza descubierta y ella se volvió a los sembrados frescos de humedad para tumbarse en ellos y ya no volvió nunca más, aunque Hyem Benjamín y Efraín la buscaron durante dos noches.

La mirada de asombro paciente del rostro de Efraín se intensificó, pero por fin encontró una explicación.

—Somos tan pocos aquí, y esta gente es tanta —dijo— que quizá nuestro Dios se haya olvidado de nosotros.

En la casa de las afueras de la ciudad el viejo Jackrael Israel y Hester gruñían y se quejaban de que no hubiera nadie para atenderles y de que Miriam hubiera sido infiel a su raza. Efraín salía a cobrar sus cuentas y, por las noches, fumaba con Hyem Benjamín hasta que, un amanecer, Hyem Benjamín murió, después de haber pagado todas sus cuentas a Efraín. Jackrael Israel y Hester permanecían solos en la casa solitaria durante toda la jornada y cuando Efraín volvía, lloraban las fáciles lágrimas de la vejez hasta dormirse.

Una semana más tarde, Efraín, tambaleándose bajo un inmenso bulto de ropas y cacerolas, condujo al anciano y a su mujer a la estación del ferrocarril donde el ajetreo y la confusión les hicieron gimotear.

—Volvemos a Calcuta —dijo Efraín, a cuya manga se agarraba Hester—, allí está nuestra gente, y aquí, mi casa está vacía.

Ayudó a Hester a subir al vagón y, volviéndose, me dijo:

—Hubiera sido sacerdote de la sinagoga si hubiésemos llegado a ser diez. Seguramente hemos sido olvidados por nuestro Dios.

El resto de la diezmada colonia abandonó la estación en su ruta hacia el sur; mientras que un alférez, hojeando las páginas de unos libros en el quiosco, silbaba para sí *Diez negritos*.

Pero la canción sonaba tan solemne como una marcha fúnebre.

Era el canto fúnebre de los judíos de Shushan.

LAS LIMITACIONES DEL SERANG PAMBÉ

SI se consideran las circunstancias del caso, era lo único que él podía hacer. Sin embargo el *serang* Pambé fue colgado del cuello hasta su muerte, y Nurkeed también está muerto.

Hace tres años, cuando el *Saarbruck*, un vapor de la Elsass-Lothringen, estaba cargando carbón en Adén y el tiempo era realmente tórrido, Nurkeed, el alto y gordo fogonero de Zanzíbar que alimentaba la segunda caldera de la derecha, a treinta pies abajo en la bodega, pidió permiso para ir a tierra. Salió hecho un «criado de un *sidi*», que así les llaman a los fogoneros, y volvió hecho un Sultán de Zanzíbar de cuerpo entero: Su Alteza Sayid Burgash, con una botella en cada mano. Entonces se sentó en la escotilla de proa a comer pescado salado y unas cebollas, cantando las canciones de un país lejano. La comida pertenecía a Pambé, el *serang* o capataz de los lascares. Acababa de cocinarla para sí, había ido a pedir un poco de sal, y cuando volvió se encontró con que los sucios dedos negros de Nurkeed estaban removiendo el arroz.

Un *serang* es una persona de importancia, muy por encima de un fogonero, aunque éste gana más dinero. Es él quien comienza el coro de «¡Vamos allá, *Hi, Ha, Hi!*» cuando el bote del capitán es izado hasta el pescante, es él quien pesa el plomo también, y a veces, cuando todo el barco holgazanea, se pone la muselina más blanca y un gran fajín rojo y juega con los niños de los pasajeros en el alcázar. Entonces los pasajeros le dan dinero y él se lo guarda para una orgía en Bombay, Calcuta o Pulu Penang.

—¡Eh tú, tonel negro y gordo, que te estás comiendo mi comida! —dijo Pambé en la otra *lingua franca* que comienza donde termina la lengua de Levante y que se extiende desde Port Said hacia el este, donde el este es oeste y los bergantines de las Islas Kuriles cotillean con los juncos perdidos de Hakodate.

—Hijo de Eblis, cara de mono, hígado seco de tiburón, pigmeo, yo soy el sultán Sayid Burgash y el comandante de este barco. Llévate tu basura —y Nurkeed tiró su plato de estaño vacío a la mano a Pambé.

Pambé sacudió un barreño por encima de la cabeza lanuda de Nurkeed. Nurkeed sacó su navaja e hirió a Pambé en la pierna. Pambé sacó *su* navaja, pero Nurkeed se derrumbó en la oscuridad de la bodega y escupió a Pambé a través de las rejas, porque estaba ensuciando el castillo de proa con su sangre.

Sólo la luna blanca vio estos acontecimientos; porque los oficiales estaban supervisando la carga de carbón y los pasajeros se revolvían en sus cerrados camarotes.

—Está bien —dijo Pambé, y se fue a vendarse la pierna—, arreglaremos cuentas más tarde.

Era un malayo nacido en India, casado una vez en Birmania, donde su mujer tenía una tienda de puros en la carretera de Shwe-Dagon, otra vez en Singapur, con una chica china, y otra vez en Madrás, con una mujer musulmana que vendía aves. El marinero inglés no puede casarse tan profusamente como solía, debido a las oficinas postales y telegráficas, pero los marineros nativos sí que pueden, al no sentir la influencia de las invenciones bárbaras del salvaje occidental. Pambé era un buen marido cuando coincidía que recordaba la existencia de una esposa, pero también era un buen malayo, y no es prudente ofender a un malayo, porque no olvida nada. Además, en el caso de Pambé, se había vertido su sangre y se había echado a perder su comida.

A la mañana siguiente Nurkeed se levantó con la mente en blanco. Ya no era el sultán de Zanzíbar, sino un fogonero con mucho calor. Así que se fue a cubierta y se abrió la chaqueta para respirar el aire de la mañana, hasta que una navaja surgió como un pez volador y se clavó en la madera del fogón de la cocina a media pulgada de su axila. Bajó corriendo antes que fuera su hora, tratando de recordar lo que podía haberle dicho al dueño del arma. A mediodía, cuando todos los lascares del barco estaban comiendo, Nurkeed se metió entre ellos y, como era un hombre plácido que apreciaba en mucho su piel, abrió las negociaciones diciendo: «Hombres del barco, ayer por la noche estaba borracho y hoy por la mañana sé que me comporté mal con alguno de vosotros. ¿Quién fue ese hombre, para que me pueda enfrentar a él cara a cara y confesarle que estaba borracho?».

Pambé midió la distancia al pecho desnudo de Nurkeed. Si saltaba podía tropezar, y un golpe ciego en el pecho a veces se queda tan sólo en un corte en el esternón. Es difícil penetrar entre las costillas a no ser que el sujeto en cuestión esté dormido. Así que no dijo nada, ni tampoco los otros lascares. Sus rostros perdieron inmediatamente toda expresión, como es costumbre entre los orientales cuando huelen a muerte o se presenta cualquier posibilidad de problemas. Nurkeed se quedó mirando largo rato aquellos ojos en blanco. No era más que un africano y no sabía leer la personalidad. Un gran suspiro —casi un gemido— se le escapó, y yolvió a las calderas. Los lascares retomaron la conversación donde la habían interrumpido. Hablaban de la mejor manera de cocer el arroz.

Nurkeed sufrió mucho debido a la falta de aire fresco en el trayecto a Bombay. Sólo subía a cubierta a respirar cuando estaba llena de gente; e incluso así, un día cayó un bloque pesado de una grúa a escasos pies de su cabeza y una rejilla al parecer bien sujeta que pisó empezó a girar con la intención de dejarlo caer en una bodega de carga completamente cerrada, quince pies más abajo; y una noche insoportable, la navaja cayó del castillo de proa, y esta vez produjo sangre. Y Nurkeed se quejó; y, cuando el *Saarbruck* llegó a Bombay, huyó y se encerró entre ochocientas mil personas y no se enroló hasta que el barco llevaba ya un mes en alta mar. Pambé también esperó, pero su esposa de Bombay empezaba a chillar demasiado y se vio obligado a enrolarse en el *Spicheren* hasta Hong Kong, porque se dio cuenta de que no se puede estar toda la vida sin trabajar. En los brumosos mares de China pensó mucho en Nurkeed, y cuando los vapores de la Elsass-Lothringen tocaban el mismo puerto que el *Spicheren* preguntaba por él, y así se enteró de que había ido a Inglaterra, vía El Cabo, a bordo del *Gravelotte*. Pambé llegó a Inglaterra en el *Worth*. El *Spicberen* le alcanzó en el faro Nore. Nurkeed salía rumbo a la costa de Calicut en el *Spicberen*.

—¿Quieres encontrar a un amigo, mi querido cubo de carbón bocazas? —dijo un caballero en el servicio mercantil—. No hay nada más fácil. Espera en los muelles de Nyanza hasta que

llegue. Todo el mundo acaba pasando por los muelles de Nyanza. Espera, pobre pagano.

El caballero decía la verdad. Hay tres grandes puertas en el mundo donde, si esperas el tiempo suficiente, te encuentras con quien quieras. Una de ellas es la cabeza del Canal de Suez, pero también la muerte pasa por ella; la estación de Charing Cross es la segunda…, en lo que se refiere al tráfico terrestre; y los muelles de Nyanza es la tercera. En cada uno de estos lugares encuentras hombres y mujeres esperando eternamente a los que con seguridad van a aparecer por allí. Así que Pambé esperó en los muelles. El tiempo no constituía obstáculo alguno para él, y sus mujeres podían esperar, como lo hacía él, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, junto a las chimeneas de los *Blue Diamond*, a los conductos de humos de los *Red Dot*, a los *Yellow Streaks*, y los sórdidos gitanos anónimos del mar, que cargaban y descargaban, se abrían paso a empujones, silbaban y rugían en la niebla perenne. Cuando se le acabó el dinero, un caballero le dijo que se hiciera cristiano, y Pambé se hizo cristiano a toda velocidad, adquiriendo su instrucción religiosa entre la llegada de un barco y la de otro, y también seis o siete chelines a la semana por distribuir panfletos religiosos a los marineros. Qué era la fe no le importaba a Pambé lo más mínimo; pero sabía que si decía «Qui-ris-tia-no nativo, señor» a hombres con largas levitas negras, podía conseguir unos cuantos peniques; y los panfletos se podían mercar en una pequeña taberna que vendía la picadura de tabaco por tomín, que es un peso menor que el adarme, que es menos de media onza, y representa un comercio al por menor de lo más provechoso.

Pero pasados ocho meses Pambé cayó enfermo de neumonía, contraída por permanecer mucho tiempo inmóvil en el lodo, y muy en contra de su voluntad se vio obligado a meterse en la cama en su habitación de dos chelines y seis peniques bramando contra el destino.

El amable caballero se sentó a su lado, y se apenó al ver que Pambé hablaba lenguas extrañas, en lugar de escuchar los buenos libros y que casi parecía convertirse en un ignorante pagano de nuevo, hasta que un día le despertó de su estupor una voz en la calle, junto a la cabeza del muelle.

—Mi amigo…, él… —susurró Pambé—. Llámele ahora, llame a Nurkeed. ¡Rápido! ¡Dios le ha enviado!

—Necesitaba a alguien de su raza —dijo el amable caballero.

Y, saliendo, gritó «¡Nurkeed!» con toda la fuerza de sus pulmones. Un hombre demasiado moreno, con una chirriante camisa blanca y pantalones completamente nuevos, un alfiler de corbata y un sombrero reluciente, se volvió. Sus muchos viajes habían enseñado a Nurkeed a gastarse el dinero y habían hecho de él un ciudadano del mundo.

—¡Hola! ¡Sí! —dijo, cuando le explicaron la situación—. Sí, le conozco, un negro muy negro, de cuando estaba en el *Saarbruck*. El viejo Pambé, el buen viejo Pambé. Un lascar. Llévame hasta él, señor.

Y le siguió a la habitación. Una simple mirada informó al fogonero de lo que el amable caballero había pasado por alto. Pambé era desesperadamente pobre. Nurkeed se metió las manos en los bolsillos y luego se adelantó con los puños cerrados hacia el enfermo, gritando: «¡Ay, Pambé, hola, hola, *takilo takilo*! ¡Vamos, Pambé, me conoces, mírame, gordo y viejo!».

Pambé le llamó con la mano izquierda. La derecha la tenía bajo la almohada. Nurkeed se quitó su espléndido sombrero y se inclinó sobre Pambé para alcanzar a oír un débil susurro.

—¡Qué bello! —dijo el amable caballero—. ¡Estos orientales se quieren como chiquillos!

—Dilo de una vez —dijo Nurkeed, inclinándose sobre Pambé todavía más.

—Por aquel pescado y aquellas cebollas —dijo Pambé y metió el cuchillo en su lugar, entre las costillas, hacia arriba y bien adentro.

Se oyó una tos densa y malsana, y el cuerpo del africano se resbaló despacio desde la cama y sus manos cerradas dejaron caer una lluvia de monedas de plata que se esparcieron por la habitación.

—¡Ahora ya puedo morir! —dijo Pambé.

Pero no murió. Lo cuidaron y le devolvieron a la vida con toda la habilidad que proporciona el dinero, porque la Ley lo perseguía; y al final se puso lo suficientemente sano y en forma como para ser colgado en forma debida y conveniente.

A Pambé no le importó demasiado, pero fue un golpe muy triste para el amable caballero.

E L P E Q U E Ñ O T O B R
A H

«LA cabeza del prisionero no alcanzaba a verse en el banquillo de los acusados», como suelen decir los diarios ingleses. Sin embargo, este caso no lo recogieron los periódicos, porque a nadie le importaba lo más mínimo la vida o la muerte del Pequeño Tobrah. Los asesores lo estuvieron examinando, durante toda la larga y cálida tarde, en el juzgado rojo, y cada vez que le preguntaban algo él lloriqueaba y hacía zalemas. La sentencia dictaminó que no había pruebas concluyentes, y el juez no puso objeciones. Bien es verdad que el cuerpo sin vida de la hermana del Pequeño Tobrah había sido encontrado en el fondo del pozo, y que el Pequeño Tobrah era el único ser humano que se encontraba entonces en los alrededores, en media milla a la redonda, pero la niña podía haber caído por accidente. Por consiguiente, el Pequeño Tobrah fue absuelto y le dijeron que se podía ir libremente. Este permiso no era tan generoso como parece, porque no tenía adonde ir, ni tampoco nada que comer, y nada en absoluto con lo que vestirse.

Entró corriendo en el patio y se sentó en el brocal del pozo, preguntándose si una zambullida desgraciada en las negras aguas del fondo terminaría en un viaje forzado a través de la otra Agua Negra. Un mozo de muías dejó un morral vacío encima del brocal, y el Pequeño Tobrah, hambriento, se dispuso a escarbar los pocos granos húmedos que el caballo había despreciado.

—¡Ladrón! ¡Y ahora mismo te has librado del peso de la Ley! ¡Ven conmigo! —dijo el mozo, y agarrándole de la oreja llevó al Pequeño Tobrah hasta un inglés enorme y gordo, que escuchó la historia del robo.

—¡Ajá! —dijo el inglés por tres veces (la verdad es que dijo otra palabra bastante más altisonante)—. Ponedlo en la red y llevadlo a casa.

Y arrojaron al Pequeño Tobrah a la red del carro, y, sin que dudara ni por un momento de que le iban a matar como si fuera un cerdo, fue conducido a la casa del inglés.

—¡Ajá! —repitió el inglés—. Grano mojado, ¡por Júpiter! ¡Que alguien se ocupe de alimentar al pordiosero y haremos de

él un jinete! ¿Lo veis? ¡Grano mojado, Dios santo!

—Cuéntanos tu historia —dijo el jefe de los establos cuando hubo acabado la comida y los criados descansaban en sus alojamientos, detrás de la casa—. Tú no eres de la casta de los palafreneros, excepto por lo que respecta a tu estómago. ¿Cómo llegaste a los juzgados, y por qué? ¡Contesta, hijo del diablo!

—No tenía qué comer —dijo el Pequeño Tobrah con calma—. Este es un buen lugar.

—Habla claro —dijo el jefe— o haré que limpies el establo de aquel semental alazán que muerde como un camello.

—Somos *telis*, fabricantes de aceite —dijo el Pequeño Tobrah, rascando el polvo con los dedos de los pies—. Eramos *telis*…, mi padre, mi madre, mi hermano, que me llevaba cuatro años, yo y mi hermana.

—¿La que encontraron muerta en el pozo? —dijo alguien que había oído hablar del juicio.

—Eso mismo —dijo el Pequeño Tobrah muy serio—. La que encontraron muerta en el pozo. Hace mucho tiempo, tanto que no me acuerdo, una enfermedad devastó el pueblo donde estaba nuestro molino, y primero fue mi hermana la que se vio atacada en los ojos y se quedó ciega, porque era la *mata*, la viruela. A continuación, mi padre y mi madre murieron de la misma enfermedad, así que nos quedamos solos…, mi hermano, que tenía doce años, yo, que tenía ocho y la hermana que no veía. Con todo, nos quedaban el molino y el buey, y empezamos a trabajar como antes. Pero Surjun Dass, el vendedor de granos, nos estafó en sus tratos, y además, el buey era muy obstinado y muy difícil de arrear. Pusimos sobre el cuello del buey flores de caléndula como ofrenda a los dioses, y también sobre la gran viga de moler que atraviesa el techo, pero no ganamos nada con eso, y Surjun Dass era un hombre muy duro.

—*Babri-pap* —murmuraron las mujeres de los mozos—, ¡engañar así a unos chiquillos! Pero ya sabemos nosotras lo que son los mercaderes, hermanas.

—El molino era viejo y no éramos hombres fuertes…, mi hermano y yo; tampoco podíamos fijar bien la viga en sus grilletes.

—Claro que no —dijo la mujer del jefe de las caballerizas, ataviada magníficamente, uniéndose al grupo—. Eso es trabajo para hombres fuertes. Cuando yo era soltera, en casa de mi padre…

—Calla, mujer —dijo el jefe de las caballerizas—. Sigue hablando, chico.

—No es nada —dijo el Pequeño Tobrah—. La gran viga se desprendió del techo un día del que ya no me acuerdo, y con el techo se cayó gran parte de la pared de atrás y ambos cayeron a su vez sobre el buey, rompiéndole el espinazo. Así que nos quedamos sin casa, sin molino y sin buey…, mi hermano, yo y mi hermana la que estaba ciega. Nos marchamos llorando de aquel lugar, de la mano, a través de los campos, y sólo teníamos siete annas y *seispais*. Había hambre en el país. No me acuerdo del nombre de aquel país. Y una noche, mientras dormíamos, mi hermano cogió las cinco annas que nos quedaban y se largó. No sé adonde fue. Que la maldición de mi padre caiga sobre él. Pero yo y mi hermana fuimos mendigando comida por los pueblos, y no tenían nada para darnos. Todos los hombres nos decían lo mismo: «Id con los ingleses y ellos os darán». Yo no sabía quiénes eran los ingleses, pero ellos nos dijeron que eran blancos y que vivían en tiendas. Yo seguí caminando, pero no puedo decir adonde fui, y no había comida para mí ni para mi hermana. Y una noche de mucho calor, ella lloraba y pedía comida, llegamos a un pozo, y yo le pedí que se sentara en el brocal, y la empujé, porque, en verdad, no veía, y es mejor morir de una vez que morirse de hambre.

—¡Ay! ¡Ay! —se lamentaban a coro las esposas de los mozos de cuadra—, la empujó, ¡porque es mejor morir de una vez que morirse de hambre!

—Yo me hubiera arrojado también al pozo, pero ella no murió y me llamaba desde el fondo, y yo tuve miedo y eché a correr. Y vino un hombre desde los sembrados y me dijo que yo la había matado y que había envenenado el pozo, y me llevaron

ante el inglés, blanco y terrible, que vivía en una tienda, y él me envió aquí. Pero no había testigos, y es mejor morir de una vez que morir de hambre. Además, ella no veía con sus ojos, y no era más que una niña muy pequeña.

—No era más que una niña muy pequeña —repetía como un eco la esposa del jefe de cuadras—. ¿Pero quién eres tú, débil como un pájaro y pequeño como un potro de un día, quien eres *tú*?

—Yo estaba vacío y ahora estoy lleno —dijo el Pequeño Tobrah, estirándose sobre el polvo—. Y voy a dormir.

La esposa del mozo extendió un lienzo sobre él, mientras el Pequeño Tobrah dormía el sueño de los justos.

MOTI GUJ, AMOTI NADO

HABÍA una vez en la India un plantador de café que quería limpiar una zona del bosque para plantar café. Cuando hubo cortado los árboles y quemado la maleza, quedaban todavía los tocones de los troncos. La dinamita es cara y la quema lenta. El medio ideal para arrancar los tocones es el señor de las bestias, el elefante. O bien empuja el tocón hasta sacarlo de la tierra con sus colmillos, si es que los tiene, o lo arrastra con unas cuerdas. El plantador, por lo tanto, alquiló elefantes solos, por parejas y por tríos, y empezó a trabajar. El mejor de los elefantes pertenecía al peor de todos los conductores o cornacas, y el nombre del animal era Moti Guj. Era propiedad absoluta de su cornaca, lo cual no hubiera podido ocurrir caso de que hubieran imperado las leyes nativas, porque Moti Guj era una criatura que los reyes deseaban, y su nombre traducido quería decir «la perla de los elefantes». Como el Gobierno británico imperaba en la tierra, Deesa, el cornaca, gozaba de su propiedad tranquilamente. Llevaba una vida disoluta. Cuando había hecho mucho dinero gracias a la fuerza de su elefante se emborrachaba muchísimo y le pegaba a Moti Guj, con la estaca de la tienda, en las tiernas uñas de sus patas. Moti Guj nunca pisoteaba hasta matar a Deesa en estas ocasiones, porque sabía que, cuando se acabara la paliza, Deesa le abrazaría la trompa, y lloraría y le llamaría su amor, y su vida, y el hígado de su alma, y le daría un poco de alcohol. A Moti Guj le gustaba mucho el alcohol, fundamentalmente el *arrack*, aunque bebía licor de coco si no le ofrecían nada mejor. Entonces Deesa se iba a dormir entre las patas de Moti Guj, y como Deesa elegía normalmente la mitad de una carretera y Moti Guj montaba guardia sobre él y le velaba y no permitía que caballo, pie o carro pasara por allí, se producía una congestión de tráfico hasta que Deesa tenía a bien despertarse.

En el claro de la plantación no había descanso en todo el día: el salario era demasiado alto para hacerlo peligrar. Deesa se sentaba en el cuello de Moti Guj y le daba órdenes, mientras Moti Guj arrancaba las raíces de los tocones, porque poseía un par de magníficos colmillos; o tiraba del extremo de una cuerda, porque tenía un magnífico par de hombros mientras Deesa lo espoleaba detrás de las orejas y le decía que era el rey

de los elefantes. Al llegar la noche Moti Guj mojaba sus trescientas libras de alimento verde con un cuarto de galón de *arrack*, y Deesa lo compartía y cantaba canciones entre las patas de Moti Guj hasta que llegaba la hora de irse a la cama. Una vez a la semana, Deesa llevaba a Moti Guj al río, y Moti Guj se tumbaba de costado, voluptuosamente, en los bajíos mientras Deesa le pasaba por encima un cepillo fuerte de fibra de coco y un ladrillo. Moti Guj nunca confundía los golpes fuertes del segundo con la palmada del primero, que le indicaba que se tenía que dar la vuelta del otro lado. Entonces Deesa le examinaba los pies y los ojos, y volvía los bordes de sus poderosas orejas para ver si tenía llagas o una oftalmía incipiente. Después de la inspección, los dos volvían «de la mar con una canción en los labios», Moti Guj completamente negro y brillante, haciendo oscilar en su trompa una rama de árbol cortada de doce pies, y Deesa trenzándose su largo pelo mojado.

Era una vida apacible y bien pagada hasta que Deesa sintió retornar en él el deseo de beber profundamente. Deseaba una orgía. Los tragos pequeños que no llevaban a ningún lugar estaban drenando su hombría.

Se fue a ver al dueño de la plantación y…

—Mi madre ha muerto —dijo llorando.

—Ya murió en la última plantación hace dos meses, y murió en otra ocasión anterior, cuando trabajabas para mí, el año pasado —dijo el dueño, que sabía algo de las costumbres de los nativos.

—En ese caso, se trata de mi tía, y es como una madre para mí —dijo Deesa, llorando más que nunca—. Ha dejado dieciocho niños pequeños, sin nada que comer, y soy yo quien tiene que llenar esos estómagos infantiles —dijo Deesa golpeándose la cabeza contra el suelo.

—¿Quién te ha traído la noticia? —dijo el plantador de café.

—El correo —dijo Deesa.

—No ha habido correo en la última semana. ¡Vuelve a tu puesto!

—Una enfermedad devastadora ha caído sobre mi aldea, y todas mis mujeres se están muriendo —gritó Deesa, llorando de verdad esta vez.

—Llama a Chihun, que es de la aldea de Deesa —dijo el plantador—. Chihun, ¿tiene mujer este hombre?

—¡Ése! —dijo Chihun—. No. Ninguna mujer de nuestro pueblo se dignaría mirarle. Preferirían casarse con el elefante.

Chihun bufaba. Deesa lloraba y bramaba.

—Si sigues así vas a tener problemas —le dijo el dueño—. ¡Vuelve a tu trabajo!

—Ahora voy a decir la verdad del cielo —se atragantó Deesa, con una inspiración repentina—. No me he emborrachado en dos meses. Deseo partir para emborracharme como Dios manda, bien lejos y a distancia de esta plantación celestial. Así no ocasionaré ningún problema.

Una sonrisa vacilante cruzó el rostro del dueño.

—Deesa —dijo—: has dicho la verdad y te daría permiso ahora mismo si pudiéramos hacer algo con Moti Guj mientras tú estés fuera. Sabes que sólo obedece tus órdenes.

—Que la luz de los cielos viva cuarenta años. Yo estaré ausente sólo unos diez días. Después de eso, por mi fe y mi honor prometo que volveré. En cuanto al considerable intervalo, ¿tengo permiso de su graciosa autoridad nacida del cielo para llamar a Moti Guj?

Se concedió el permiso y, en respuesta al grito estridente de Deesa, el señorial elefante salió de la sombra de un grupo de árboles donde se había estado cubriendo de polvo y esperando el retomo de su amo.

—Luz de mi corazón, protector de los borrachos, montaña de poder, acerca tu oreja —dijo Deesa, frente a él.

Moti Guj acercó la oreja y le saludó con la trompa.

—Me voy a marchar —dijo Deesa.

Los ojos de Moti Guj parpadearon. Le gustaban las juergas ambulantes tanto como a su amo. Se cogían todo tipo de cosas

bonitas en la carretera, en esas ocasiones.

—Pero tú, mi viejo cerdo, tienes que quedarte aquí a trabajar.

La luz de los ojos de Moti Guj desapareció mientras trataba de aparentar que estaba encantado. Odiaba sacar los tocones en la plantación. Eso le hacía daño a los dientes.

—Estaré fuera diez días, delicioso animal. Levanta tu mano para que te deje bien impreso el hecho —y Deesa cogió la estaca de una tienda y asestó a Moti Guj diez golpes en las uñas.

Moti Guj gruñó y se balanceó de un pie a otro.

—Durante diez días —dijo Deesa— trabajarás, desenraizarás y arrancarás tocones según te mande Chihun. Coge a Chihun y acomódatelo en el cuello.

Moti Guj rizó la punta de su trompa, Chihun puso el pie en ella y saltó al cuello desde allí. Deesa le entregó a Chihun el pesado *ankus*, la aguijada de hierro para los elefantes.

Chihun golpeó con fuerza la cabeza calva de Moti Guj, con la misma fuerza con la que los peones camineros golpean el pavimento.

Moti Guj barritó.

—Estáte quieto, cerdo de las selvas remotas. Chihun será tu cornaca en los próximos diez días. Y ahora dime adiós, bestia de mi corazón. ¡Oh, mi señor, mi rey! Joya de todos los elefantes creados, lirio de la manada, conserva tu honrosa salud, sé virtuoso. ¡Adiós!

Moti Guj enrolló con su trompa a Deesa y lo lanzó al aire dos veces. Esa era su forma de decirle adiós.

—Ahora trabajará —le dijo Deesa al dueño—. ¿Tengo permiso para irme?

El dueño asintió y Deesa se zambulló en los bosques. Moti Guj volvió a arrancar tocones.

Chihun fue muy amable con él, pero se sentía muy desgraciado y meláncolico a pesar de todo. Chihun le daba bolas de especias, y le hacía cosquillas en la barbilla, y el niño

pequeño de Chihun le hacía mimos cuando acababa el trabajo, y la mujer de Chihun le llamaba cariño; pero Moti Guj era un soltero por instinto, como lo era Deesa. No entendía las emociones domésticas. Quería que volviera de nuevo la luz del universo, la borrachera y el sueño de embriaguez, las palizas salvajes y las caricias salvajes.

Sin embargo trabajaba bien, y el dueño estaba maravillado. Deesa había vagabundeado por los caminos hasta encontrar una procesión matrimonial de su propia casta y, bebiendo, bailando y empinando el codo, se había apartado de toda conciencia del transcurso del tiempo.

Amaneció la mañana del undécimo día y Deesa brillaba por su ausencia. Liberaron a Moti Guj de sus cuerdas para que emprendiera su tarea diaria. Él se las sacudió de encima, miró a su alrededor, se encogió de hombros y se puso a caminar hacia otro lado, como si tuviera sus propias ocupaciones en otro lugar.

—*¡Ho!* Vuelve —gritaba Chihun—. Vuelve y déjame que me suba encima, montaña malnacida. Vuelve, esplendor de las montañas, ornato de la India, a trabajar, o si no te golpearé en cada uno de los dedos de tu gruesa pata.

Moti Guj dejó oír un sonido dulce pero no obedeció. Chihun corrió tras él con una cuerda y lo capturó. Moti Guj echó las orejas hacia adelante y Chihun entendió lo que significaba, aunque trató de ganárselo con buenas palabras.

—Conmigo no te valen tus tretas —dijo—. A tu trabajo, hijo del demonio.

—Ruuuuump —dijo Moti Guj, y eso fue todo, eso y sus orejas echadas hacia adelante.

Moti Guj se metió las manos en los bolsillos, cogió una rama de un árbol y la utilizó como mondadientes, y se dedicó a pasear por el claro, mofándose de los otros elefantes que acababan de empezar a trabajar.

Chihun comunicó el estado de las cosas al dueño, que salió con un látigo y lo hizo restallar furiosamente. Moti Guj tuvo la gentileza de cargar contra él casi durante un cuarto de milla,

para acabar arrinconándolo en la galería. A continuación se quedó en el exterior de la casa riéndose para sí y estremeciéndose de arriba abajo con lo bien que lo estaba pasando con todo aquello, como suelen hacer los elefantes.

—Le azotaremos —dijo el dueño—: tendrá la paliza más sonada que haya recibido elefante alguno. Dales a Kala Nag y a Nazim una cadena de doce pies a cada uno y diles que le den veinte golpes.

Kala Nag —que quiere decir «serpiente negra»— y Nazim eran dos de los elefantes más grandes de los que trabajaban allí, y uno de sus deberes era administrar los castigos más severos, porque no hay hombre que pueda pegar adecuadamente a un elefante.

Cogieron las cadenas y las hicieron sonar en sus trompas mientras se acercaban a Moti Guj con la intención de sacudirle entre los dos.

Moti Guj no había sido nunca —en su larga vida de treinta y nueve años— azotado, y no tenía intención de abrirse a experiencias nuevas. Así que esperó, balanceando la cabeza de derecha a izquierda, y midiendo el lugar preciso en el gordo flanco de Kala Nag donde un colmillo contundente pudiera hundirse más hondo. Kala Nag no tenía colmillos; la cadena era todo su símbolo de poder, pero tuvo el buen juicio de apartarse de Moti Guj en el último minuto y aparentar que había traído la cadena para divertirse. Nazim había vuelto a casa antes. No se sentía preparado para luchar aquella mañana, así que Moti Guj se quedó solo con las orejas bien altas.

Aquello decidió al dueño a no discutir más y Moti Guj volvió a su inspección del claro. Un elefante que no quiere trabajar y que no está atado no es tan manejable como una ametralladora de ochenta toneladas que se suelta durante una galerna. Palmeaba las espaldas de los viejos amigos y les preguntaba si los tocones salían fácilmente; les decía tonterías relativas al trabajo y al derecho inalienable de los elefantes a un largo descanso al mediodía, y, yendo de aquí para allá, desmoralizó completamente al zoo hasta la puesta de sol, en que volvió a su cercado para comer.

—Si no trabajas, no comes —dijo Chihun airadamente—. Eres un elefante salvaje y no un animal educado, en absoluto. Vuelve a tu selva.

El niño moreno de Chihun, que jugaba en el suelo de la cabaña, estiró sus brazos regordetes a la inmensa sombra de la puerta. Moti Guj sabía bien que era la cosa más querida en la tierra para Chihun. Adelantó su trompa con un lazo fascinante en su extremo y el niño moreno se arrojó gritando en ella. Moti Guj se dio prisa y la levantó todo lo que pudo, hasta que el chiquillo se encontró cantando con entusiasmo en el aire, a unos doce pies por encima de su padre.

—¡Gran jefe! —dijo Chihun—. Pasteles de harina de los mejores, en número de doce y de dos pies de ancho, empapados de ron, serán tuyos al instante, y doscientas libras de caña de azúcar recién cortada, además. Dígnate bajar sano y salvo a ese crío insignificante que es mi corazón y mi vida.

Moti Guj depositó al niño cómodamente entre sus patas delanteras, que hubieran podido convertir en palillos la cabaña entera de Chihun, y esperó su comida. La comió, y el niño pudo irse gateando. Moti Guj dormitaba y pensaba en Deesa. Uno de los muchos misterios relacionados con los elefantes es que su inmenso cuerpo necesita menos sueño que el de cualquier otro ser viviente. Son suficientes cuatro o cinco horas por la noche: dos justo antes de la medianoche, recostado de un lado, y dos justo después de la una, recostado del otro. El resto de las horas silenciosas se llena con comida, con impaciencia y con largos y retumbantes soliloquios.

A media noche, por lo tanto, Moti Guj salió de su cercado, porque se le había ocurrido que Deesa podía estar borracho en algún lugar de la oscura selva sin que nadie se ocupase de él. Así que pasó toda la noche buscándole por la maleza, resoplando, barritando y moviendo sus orejas. Bajó al río y berreó por los bajíos donde Deesa solía lavarle, pero no hubo respuesta. No encontró a Deesa, pero alteró a todos los elefantes del recinto y casi mata de susto a algunos gitanos de la selva.

Al amanecer Deesa volvió a la plantación. Había estado realmente muy borracho y esperaba tener problemas por haber

sobrepasado su permiso. Respiró hondo cuando vio que el bungalow y la plantación estaban todavía indemnes, porque algo sabía del temperamento de Moti Guj, y se presentó con muchas reverencias y mentiras. Moti Guj había ido a su cercado a desayunar. El ejercicio que había hecho durante la noche le había despertado el hambre.

—Llama a tu animal —dijo el dueño.

Y Deesa gritó en el misterioso lenguaje de los elefantes, que algunos cornacas creen que procede de China, de la época del nacimiento del mundo, cuando los elefantes y no los hombres eran los amos. Moti Guj oyó y acudió. Los elefantes no galopan. Cambian de posición a diferentes velocidades. Si un elefante quisiera coger un tren expreso, no podría galopar, pero cogería el tren. Así, Moti Guj estaba a la puerta del dueño de la plantación antes que Chihun se diera cuenta de que había salido de su cercado. Cayó en brazos de Deesa barritando de alegría, y el hombre y la bestia lloraron y babearon uno en brazos del otro, y se manosearon de pies a cabeza para comprobar qué no les había sucedido ningún daño.

—Y ahora vamos a trabajar —dijo Deesa—. Levántame, mi hijo y mi alegría.

Y Moti Guj lo levantó, y los dos se fueron al claro de la plantación de café a buscar tocones rebeldes.

El dueño estaba demasiado atónito para enfadarse.

EL CAMINO DEL P
OZO
DE LA RISA

OBSERVEN en un mapa a gran escala el lugar donde el río Chenab desemboca en el Indo, quince millas más o menos al norte de la aldea de Chachuran. Cinco millas al oeste de Chachuran está el Camino del Pozo de la Risa y la casa del *gosain* o sacerdote de Arti-goth. Fue el sacerdote quien me enseñó el camino, pero no es gracias a él que puedo contar esta historia.

A cinco millas al oeste de Chachuran hay una espesura donde crecen hierbas selváticas de largos penachos, que se vuelven plata cuando sopla el viento; tienen entre diez y veinte pies de altura y cubren unas tres o cuatro millas cuadradas. En el corazón de esta espesura se oculta el *gosain* del Camino del Pozo de la Risa. Los habitantes de la aldea lo apedrean cuando aparece a la luz del día, aunque es un sacerdote, y él se vuelve corriendo como un lobo perdido cuando se mete en los sembrados altos y crecidos. Es tuerto, y lleva grabada a fuego entre las cejas la impronta de dos monedas de cobre. Algunos dicen que sufrió torturas a manos de un príncipe nativo en los viejos tiempos, porque es tan viejo que debió ser capaz de cometer tropelías en los tiempos de Runjit Singh. Sus necesidades más acuciantes en el momento presente son un cabestro y la protección del Gobierno británico.

Estos acontecimientos sucedieron cuando la hierba de la selva estaba alta, y los habitantes dé Chachuran me dijeron que una piara de jabalíes se había metido en la espesura de Arti-goth. Penetrar en las hierbas altas de la selva es siempre un proceder imprudente, pero yo fui, en parte porque no sabía nada acerca de la caza del jabalí y en parte porque los aldeanos me habían dicho que el gran macho de la piara era poseedor de unos enormes colmillos de un pie de longitud. Por consiguiente, deseaba matarlo, para sacar los colmillos en los años venideros y decir que los había obtenido tras una larga y leal cacería. Cogí una escopeta y me metí en la espesura caliente y cerrada, creyendo que sería cosa fácil levantar un jabalí en diez millas cuadradas de selva. Mr. Wardle, el terrier, vino conmigo porque creía que yo era incapaz de existir ni siquiera una hora privado de su consejo y de su presencia. Él se las arreglaba para deslizarse por entre las matas de hierba, pero yo tenía que

forzar mi camino, y a los veinte minutos estaba completamente perdido, como si estuviera en el corazón del Africa Central. No me di cuenta de ello hasta que me cansé de tropezarme y de empujar las hierbas, mientras que Mr. Wardle comenzaba a sentarse demasiado a menudo y a sacar la lengua con demasiada frecuencia y demasiado lejos. No había sino hierba por todas partes, y era imposible ver ni dos yardas en cualquier dirección. Los tallos de las hierbas mantenían el calor exactamente igual que los tubos de las calderas.

En media hora, cuando yo ya estaba deseando devotamente haber mandado a paseo al gran jabalí, llegué a un camino estrecho que parecía un término medio entre un sendero indígena y una vereda de jabalíes. Apenas tenía seis pulgadas de ancho, pero yo podía avanzar por él furtivamente, con comodidad. La hierba era en extremo espesa en esta zona, y cuando el sendero estaba mal definido era necesario apartar las matas de hierba con las dos manos delante de la cara o arrastrarse de espaldas, dejando las manos libres para manejar la escopeta. A pesar de todo era un sendero y, por lo tanto, valioso, porque podía conducir a algún lugar.

Después de casi cincuenta yardas de camino sin problemas, justo cuando me disponía a atacar de espaldas un macizo de excepcional rigidez, eché en falta a Mr. Wardle, quien para su tamaño es un perro extraordinariamente frívolo y nunca me sigue de cerca. Le llamé tres veces y dije en voz alta: «¿Dónde se habrá metido este animalejo?». Entonces retrocedí varios pasos, porque casi bajo mis pies una voz profunda repitió: «¿Dónde se habrá metido este animalejo?». Para apreciar completamente una voz invisible hay que oírla cuando se está perdido entre las sofocantes hierbas altas de la selva. Llamé de nuevo a Mr. Wardle y el eco subterráneo me ayudó. Ante esto dejé de llamar y escuché con mucha atención, porque creí oír la risa especialmente ofensiva de un hombre. El calor me hacía sudar, pero la risa me hacía temblar. No existe necesidad alguna en la tierra de reírse en medio de las hierbas altas. Es indecente, tanto como descortés. La risita cesó, y yo me armé de valor y seguí llamando, hasta que pensé que había localizado el eco en algún lugar situado detrás y debajo del matorral que me disponía a atacar de espaldas justo antes de

perder a Mr. Wardle. Metí el rifle hasta el gatillo entre los tallos de hierba, apuntando hacia adelante y al suelo. Luego lo meneé a un lado y a otro, pero no parecía tocar el suelo al otro lado del matorral como tendría que haber sucedido. Cada vez que yo gruñía por el esfuerzo de introducir un rifle pesado a través de la espesa hierba, se repetía fielmente el gruñido desde abajo, y cuando me detenía para limpiarme el sudor de la cara, el sonido de la risa ahogada resultaba nítido, más allá de toda duda.

Me metí en el matorral, la cara adelante, de pulgada en pulgada, con la boca abierta y los ojos alerta, llenos, prominentes. Cuando hube vencido la resistencia de la hierba me encontré mirando de frente un agujero negro que había en la tierra. Estaba tendido, con el pecho inclinado sobre la boca de un pozo tan profundo que apenas podía ver el agua que contenía.

Había cosas en el agua —cosas negras— y el agua estaba tan negra como la pez, con espuma azul por encima. El sonido de la risa procedía del rumor de un pequeño manantial, que surgía a media altura de una de las paredes del pozo. Algunas veces, cuando aquellas cosas negras se disponían en círculos y el chorrillo del manantial caía sobre sus pieles estiradas al máximo, la risa se transformaba en chisporroteo de alegría. Una de esas cosas se dio la vuelta mientras yo observaba, y empezó a recorrer una y otra vez el círculo de las paredes de ladrillo cubiertas de musgo, con una mano y medio brazo sobresaliendo del agua en un ademán rígido y horrible, como si fuera un cansado guía al que hubieran pagado para exhibir las bellezas del lugar.

No tardé más de media hora en reptar en torno al pozo y volver a encontrar el sendero al otro lado. El resto del trayecto lo recorrí asegurándome de cada pie de terreno delante de mí y arrastrándome como un caracol a través de cada matorral. Llevaba a Mr. Wardle en brazos y él me lamía la nariz. No estaba en absoluto asustado, tampoco yo, pero queríamos llegar a una zona abierta para gozar de la vista. Me temblaban las rodillas, y mi nuez se negaba a subir o bajar en mi garganta. Al otro lado del pozo, el sendero era muy bueno, aunque encajonado por ambas partes entre la hierba y a su

debido tiempo me condujo a la cabaña de un sacerdote, en el centro de un pequeño claro. Cuando aquel sacerdote vio mi rostro, extremadamente blanco, que se acercaba a través de la hierba, aulló de terror y abrazó mis botas; pero cuando llegué al jergón instalado junto a la puerta de la casa me senté de inmediato y Mr. Wardle montó guardia a mi lado. Yo no estaba en condiciones de ocuparme de mí.

Cuando me desperté le dije al sacerdote que me llevara a campo abierto, fuera del campo de Arti-goth, y que caminara despacio delante de mí. Mr. Mjjjfardle odia a los nativos, y el sacerdote tenía más miedo de Mr. Wardle que de mí, aunque ambos estábamos enfadados. Caminaba muy despacio por un sendero muy estrecho que partía de su cabaña. Aquel sendero se cruzaba con otros tres, como el que yo había encontrado antes, y cada uno de ellos llevaba a su vez al pozo de las risas. En una ocasión en que me detuve a coger aliento, oí al pozo riendo para sí, solitario en medio de la espesa hierba, y sólo la necesidad que tenía de sus servicios me impidió que descargara los dos cañones en la espalda del sacerdote.

Cuando llegamos a campo abierto el sacerdote corrió a refugiarse, y yo me fui al pueblo de Arti-goth a beber algo. Era agradable ver el horizonte por todos los lados, así como el terreno que pisaba.

Los del pueblo me dijeron que aquella espesura estaba llena de demonios y de fantasmas, todos al servicio del sacerdote, y que hombres, mujeres y niños habían entrado allí para nunca más volver. Decían que el sacerdote utilizaba sus hígados para sus prácticas de brujería. Cuando les pregunté por qué no me lo habían dicho desde el principio, me contestaron que tenían miedo de perder la recompensa por haberme informado de la presencia del jabalí.

Antes de marcharme, hice lo posible por prender fuego a esos matorrales, pero la hierba estaba demasiado verde. Alguna buena tarde de verano, si el viento es favorable, un archivo de periódicos viejos y una caja de cerillas aclararán el misterio del Camino del Pozo de la Risa.

«LA CIUDAD DE LA NOCHE PAVOROSA»

EL denso calor húmedo que se cernía, como una manta, sobre la faz de la tierra frustraba toda esperanza de sueño desde un primer momento. Las cigarras contribuían al calor, y los chacales, aullando, ayudaban a las cigarras. Era imposible sentarse tranquilo en la casa oscura, vacía, poblada de ecos, a contemplar el *punkah* mientras batía el aire. De modo que a las diez de la noche planté mi bastón en el centro del jardín y esperé a ver hacia dónde caía. Señaló directamente a la carretera, iluminada por la luna, que conduce a la Ciudad de la Noche Pavorosa. El ruido que hizo al caer sobresaltó a una liebre. El animal saltó de su madriguera y corrió a través de un cementerio musulmán abandonado, donde calaveras sin mandíbulas y tibias rotas expuestas sin piedad por las lluvias de julio brillaban como madreperla sobre el suelo, donde la lluvia había hendido sus canales. El aire recalentado y la tierra agobiada habían hecho subir a los muertos a la superficie en busca de un poco de frescor. La liebre seguía saltando: husmeó con curiosidad un fragmento de un tubo de lámpara ahumado y desapareció en la sombra de un grupo de tarayes.

La cabaña del tejedor de alfombras, al cobijo del templo hindú, estaba repleta de hombres dormidos, que yacían allí como cadáveres en sus sudarios. Por encima de ellos resplandecía el ojo fijo de la luna. La oscuridad da, al menos, una falsa impresión de frescor. Era difícil no creer que la corriente de luz que venía de arriba fuera cálida. No tan caliente como el sol, pero sí de una calidez enfermiza que calentaba el aire pesado más de lo conveniente. El camino hasta la Ciudad de la Noche Pavorosa se extendía recto como una barra de acero pulido; a cada lado del camino, dispuestos sobre jergones en actitudes fantásticas, yacían unos cadáveres: ciento setenta cuerpos de hombres. Algunos, todos de blanco, con las bocas atadas; otros, desnudos y negros, como el ébano bajo la potente luz; y uno —que yacía cara arriba con la boca abierta, lejos de los otros— blanco plateado y gris ceniciento.

«Un leproso dormido; y el resto, culis cansados, sirvientes, tenderos y chóferes de la parada cercana; la escena, una de las entradas principales de la ciudad de Lahore, y la noche era una de las calurosas de agosto». Eso era todo lo que había que ver,

pero en ningún caso era todo lo que uno podía ver. El embrujo de la luz de la luna se volcaba por todas partes, y el mundo estaba horriblemente cambiado. La larga hilera de muertos desnudos, flanqueada por la rígida estatua de plata, no era un espectáculo agradable. Estaba constituida sólo de hombres. ¿Acaso las mujeres sé veían forzadas a dormir al abrigo de sus sofocantes cabañas de adobe, como mejor pudieran? El lamento quejumbroso de un niño desde un bajo techo de adobe respondió a mi pregunta. Donde están los niños, ahí están las madres, que deben cuidarlos. Necesitaban cuidados en aquellas noches sofocantes. Una cabecita negra del tamaño de una bala espió por la albardilla, y una pierna delgada y morena, dolorosamente delgada, se deslizó hasta el canalón. Se oyó el tintineo agudo de unas pulseras de cristal, el brazo de una mujer asomó por un instante sobre el parapeto, se enroscó en el delgado cuello infantil y el niño fue arrastrado, protestando, al abrigo de su camastro. Su grito agudo y delgado murió en el aire denso casi en el momento de nacer, porque incluso los niños de esta tierra la encuentran demasiado caliente para llorar.

Más cadáveres, más trechos de carretera blanca, iluminada por la luna; una hilera de camellos dormidos a un lado del camino; una visión de chacales que corren, ponis que tiran de carros, dormidos, con el arnés todavía en el lomo, y carretas con incrustaciones de latón, haciendo guiños a la luz de la luna…, y de nuevo más cadáveres. Dondequiera que hubiera un carro para cereales entoldado, un tronco de árbol, un par de bambúes y unos cuantos manojos de paja que proyectaran cierta sombra, el suelo estaba cubierto con ellos. Yacen…, algunos boca abajo, con los brazos plegados, en el polvo; otros, con las manos cruzadas sobre la cabeza; otros, acurrucados como perros; los hay que se han arrojado como sacos de yute junto a los carros y hay quienes están inclinados, la cabeza contra las rodillas, bajo el resplandor directo de la luna. Sería un alivio si al menos fuesen propensos a roncar; pero no lo hacen, y no hay nada que rompa su semejanza con los cadáveres excepto un detalle: los perros macilentos los olfatean y se marchan. Aquí y allá un niño chiquitín duerme en el camastro de su padre, y en esos casos siempre hay un brazo protector que lo cubre. Pero, en su mayor parte, los niños duermen con sus

madres en las azoteas. No hay que fiarse de los parias de piel amarilla y dientes blancos cuando tienen al alcance cuerpos oscuros.

Una sofocante ráfaga de aire caliente, que salía de la boca de la Puerta de Delhi, casi acaba con mi decisión de penetrar en la Ciudad de la Noche Pavorosa a estas horas. Es una combinación de todos los sabores malsanos, animales y vegetales, que una ciudad amurallada puede elaborar en un día con su correspondiente noche. La temperatura que hay entre las arboledas inmóviles de naranjos y plátanos, en el exterior de las murallas de la ciudad, parece fresca en comparación con ésta. ¡Que el cielo ayude a todas las personas enfermas y a los niños que se encuentren dentro de la ciudad esta noche! Los altos muros de las casas siguen irradiando calor salvajemente, y desde oscuros callejones salen olores fétidos que bien podrían envenenar a un búfalo. Pero los búfalos no les prestan atención: una manada desfila por la desierta calle mayor; de vez en cuando se detienen y acercan sus hocicos poderosos a las persianas cerradas de la tienda de un vendedor de grano, para resoplar como oreas a continuación.

Y luego llega el silencio…, un silencio que está lleno de los ruidos nocturnos de una gran ciudad. Un instrumento de cuerda de alguna clase es apenas, sólo apenas, audible. Muy por encima de mi cabeza alguien abre una ventana, y el chasquido de la madera reverbera como un eco en la calle vacía. En uno de los tejados hay una *hookah* funcionando a toda máquina y los hombres hablan suavemente mientras fluye el agua en la pipa. Un poco más allá, los sonidos de la conversación son más nítidos. Una rendija de luz aparece entre las persianas corredizas de una tienda. Dentro, un comerciante de barba incipiente y ojos cansados hace el balance de sus libros de cuentas, entre balas de telas de algodón que lo rodean por completo. Le acompañan tres figuras cubiertas de blanco que hacen algún comentario de cuando en cuando. Primero, el hombre hace una anotación, y luego, un comentario; a continuación se pasa el dorso de la mano por la frente sudorosa. El calor en la calle encajonada es digno de temerse. Dentro de las tiendas tiene que ser casi insoportable. Pero el trabajo continúa regularmente: anotación, gruñido gutural y

gesto de la mano que se alza, sucediéndose uno a otro con la precisión de un mecanismo de relojería.

Un policía —sin turbante y completamente dormido— está tumbado de través en el acceso a la mezquita de Wazir Khan. Un rayo de luz de luna cae vertical sobre la frente y los ojos del dormido, pero él no se mueve. Es cerca de medianoche, y parece que el calor aumenta. La plaza que se abre delante de la mezquita está abarrotada de cadáveres y hay que andar con mucho cuidado para no pisarlos. La luz lunar pinta sus rayas sobre la alta fachada de la mezquita, decorada con esmaltes coloridos en anchas fajas diagonales; y cada uno de los palomos solitarios que sueña en los nichos y esquinas de la manipostería proyecta la sombra de un polluelo. Fantasmas con sudario se levantan cansados de sus camastros, revolotean y se mudan a las oscuras profundidades del edificio. ¿Se puede subir a lo más alto de los grandes minaretes para contemplar desde allí la ciudad? El intento merece la pena en todos los sentidos, y con toda probabilidad la puerta de la escalera no estará cerrada. No lo está, pero un portero profundamente dormido está cruzado en el umbral, con la cara vuelta hacia la luna. Una rata sale corriendo del turbante al oír los pasos que se acercan. El hombre gruñe, abre los ojos durante un minuto, se da la vuelta y vuelve a dormir. Todo el calor de un decenio de feroces veranos indios está almacenado en las pulidas paredes, negras como la pez, de la escalera de caracol. A mitad de camino, hay algo vivo, caliente y cubierto de plumas; y ronca. Al verse obligado a alejarse, escalón a escalón, conforme capta el sonido de mi avance, vuela hasta arriba, donde revela ser un milano airado de ojos amarillos. Hay docenas de milanos dormidos en éste y otros minaretes, y también en las cúpulas, abajo. A esta altura se percibe la sombra de una brisa fresca o, siquiera, menos bochornosa y, refrescado con ella, me vuelvo a mirar la Ciudad de la Noche Pavorosa.

¡Hubiera podido dibujarla Doré! Zola hubiera podido describirla…, este espectáculo de miles de durmientes bajo la luz lunar y la sombra de la luna. Las azoteas están atestadas de hombres, mujeres y niños; y el aire está lleno de ruidos indiferenciables. Están inquietos en la Ciudad de la Noche

Pavorosa, y no me extraña. Lo milagroso es que puedan siquiera respirar. Si miras con atención a la multitud, verás que están casi tan inquietos como una muchedumbre diurna, pero es un tumulto contenido. Por todas partes verás, a la luz, a los durmientes que no paran de moverse, que remueven sus camastros y los vuelven a arreglar. En los patios como pozos de las casas se observa el mismo movimiento.

La despiadada luna lo muestra todo. Muestra también las llanuras de fuera de la ciudad, y aquí y allá una extensión mínima del Ravee sin sus murallas. Muestra, por último, una salpicadura de plata rutilante en la azotea de una casa, casi inmediatamente debajo del minarete de la mezquita. Una pobre alma se ha levantado a echarse un poco de agua sobre el cuerpo enfebrecido; el tintineo del agua que cae llega, débil, al oído. Dos o tres hombres, en rincones lejanos de la Ciudad de la Noche Pavorosa, siguen su ejemplo, y el agua relampaguea como señales heliográficas. Una pequeña nube pasa por delante de la cara de la luna, y la ciudad con sus habitantes —claramente delineados en blanco y negro un momento antes— se desvanecen en masas de negro, y negro más profundo. Y sin embargo, el ruido inquieto continúa, el suspiro de una gran ciudad abrumada por el calor y de una gente que busca en vano su descanso. Sólo las mujeres de las clases bajas duermen en las azoteas. ¿Cuál no será el tormento en los harenes guardados por celosías, en los que todavía hacen guiños unas cuantas lámparas? Se oyen pisadas en el patio de abajo. Es el muecín, fiel ministro, que debía haber estado aquí hace una hora, para decir a los fieles que la oración es mejor que el sueño…, el sueño que no quiere llegar a la ciudad.

El muecín hurga por un momento en la puerta de uno de los minaretes, desaparece, y un rugido como de bueyes —un trueno magnífico— dice que ha alcanzado la parte más alta del minarete. ¡Ha de oírse la llamada hasta en las márgenes retiradas del mismo Ravee! Incluso al otro lado del patio es casi estremecedor. La nube se mueve y lo muestra, perfilado en negro contra el cielo, con las manos sobre los oídos y el amplio tórax dilatado por el trabajo de sus pulmones: «*Allab ho Akbar*»; y a continuación una pausa, mientras otro muecín, desde algún lugar en dirección al Templo Dorado, contesta a la

llamada «*Allab ho Akbar*». Una y otra vez; cuatro veces en total; y ya hay una docena de hombres que se han levantado de sus camastros. «Soy testigo de que no hay más Dios que Alá». Qué grito más espléndido: ¡la proclamación del credo que saca a los hombres de sus camas a centenares en plena medianoche! Una vez más, atruena la misma frase, temblando con la vehemencia de su propia voz; y entonces, lejos y cerca, el aire de la noche resuena con «Mahoma es el Profeta de Dios». Es como si estuviera lanzando su desafío al horizonte lejano, donde el relámpago del verano juega y salta semejante a una espada desenvainada. Todos y cada uno de los muecines de la ciudad están gritando a pleno pulmón, y algunos hombres, en las azoteas, comienzan a arrodillarse. Una larga pausa precede al último grito: «*La Haba Illallah*» y el silencio se cierra sobre él, como el martinete cae sobre una bala de algodón.

El muecín baja a tumbos la escalera gruñendo para sí. Atraviesa el arco de la entrada y desaparece. Entonces el silencio sofocante se asienta sobre la Ciudad de la Noche Pavorosa. Los milanos del minarete se vuelven a dormir, roncando con más fuerza, el aire caliente llega en oleadas y en remolinos perezosos y la luna se desliza hacia el horizonte. Sentado, con ambos codos sobre el parapeto de la torre, uno puede asombrarse observando aquella colmena torturada de calor, hasta el amanecer. «¿Cómo viven ahí abajo? ¿Qué piensan? ¿Cuándo se despertarán?». Más tintineo de regaderas que se vacían; débil entrechocar de camastros de madera que entran y salen de las sombras; música extraña de instrumentos de cuerda, dulcificada por la distancia en lamento quejumbroso, y el gruñido sordo de un trueno lejano. En el patio de la mezquita, el portero, que estaba tumbado de través en el umbral del minarete cuando llegué, se sobresalta de repente, se lleva las manos a la cabeza, murmura algo y vuelve a dormir. Acunado por los ronquidos de los milanos —roncan como humanos de gargantas desproporcionadas—, yo también caigo en una especie de somnolencia inquieta, consciente de que ya han dado las tres y de que hay un ligero —pero muy ligero— frescor en el ambiente. La ciudad está absolutamente tranquila ahora, excepto por el canto de amor de algún perro vagabundo. Nada, salvo un hondo sueño de muerte.

Después de esto, se suceden varias semanas de oscuridad. Porque la luna ha desaparecido. Los perros están quietos, y yo espero la primera luz de la aurora para iniciar mi camino de vuelta a casa. De nuevo el ruido de pisadas sordas. La oración de la mañana está a punto de empezar, y mi guardia nocturna ha terminado. «*¡Allah ho Akbar! ¡Allah ho Akbar!*». El este se vuelve gris, y ahora azafrán; el viento del alba llega como si el muecín mismo lo hubiera llamado, y, como un solo hombre, la Ciudad de la Noche Pavorosa se levanta de la cama y vuelve su rostro hacia el día que amanece. Con la vuelta a la vida, vuelve el ruido. Primero, en un susurro sordo; luego, en un murmullo grave; porque es preciso recordar que la ciudad entera está en las azoteas. Mis párpados se caen bajo el peso de un sueño largamente pospuesto, y yo me escapo del minarete a través del patio, hacia la plaza, donde los durmientes se han levantado, apartan sus jergones y discuten con la *hookah* de la mañana. El frescor momentáneo del aire ha desaparecido y hace tanto calor como al comienzo.

—¿Tendría el sahib la amabilidad de abrirnos paso?

¿Qué ocurre? Aparece una cosa que los hombres llevan a hombros a media luz y me aparto. El cadáver de una mujer en su camino a la pira funeraria, y un mirón dice:

—Murió a medianoche a causa del calor.

Después de todo, así como de la Noche, la ciudad era la de la Muerte.

GEORGIE PORGIE

Georgie Porgie, pastel y manjar,

besó a las chicas, las hizo llorar,

cuando las chicas fueron a jugar,

Georgie Porgie sólo quiso escapar.

SI están dispuestos a admitir que un hombre no tiene ningún derecho a entrar en su cuarto de trabajo por la mañana temprano, cuando la doncella está ordenando las cosas y limpiando el polvo, también concederán que la gente civilizada que come en vajillas de porcelana y posee tarjeteros no tiene tampoco el derecho de aplicar sus normas acerca de lo que está bien o mal en una tierra todavía sin colonizar. Cuando él lugar está ya finalmente dispuesto para su recepción, gracias al esfuerzo de aquellos hombres a los que se ha enviado por delante a hacer el trabajó sucio, entonces ellos están autorizados a aparecer, trayendo en sus baúles su propia sociedad y su propio decálogo, y todo el resto del aparato. Donde no llega la ley de la Reina es irracional esperar el cumplimiento de otras reglas más débiles. Los hombres que corren delante de los coches de la Decencia y de la Propiedad, y que enderezan los caminos de la selva, no pueden ser juzgados de la misma forma que los integrantes del cuerpo regular *Tchin* que se quedan en sus cuarteles.

No hace muchos meses, la ley de la Reina se detuvo unas millas al norte de Thayetmyo sobre el Iranadi. No es que hubiera en aquella zona limítrofe una opinión pública excesivamente consolidada, pero era suficiente para mantener a los hombres en orden. Cuando el Gobierno dijo que la ley de la Reina debía avanzar hacia el norte, hasta Bhamo y la frontera chiná, se dio la orden y algunos hombres, cuyo deseo era estar siempre un poco por delante del avance de la Respetabilidad, se unieron a las tropas. Estos eran los hombres que nunca habrían podido aprobar un examen y que habrían sido de ideas demasiado avanzadas y personales para la administración de las provincias con mucho aparato burocrático. El Gobierno Supremo se inmiscuyó tan pronto como pudo, con códigos y normas, y casi redujo a la Nueva Birmania al nivel muerto de la India; pero hubo un corto

intervalo en el que fueron necesarios hombres fuertes y éstos labraron un campo para sí.

Entre los precursores de la civilización estaba Georgie Porgie, estimado por todos los que le conocían como un hombre fuerte. Tenía un puesto en la Baja Birmania cuando llegó la orden de romper la frontera, y sus amigos le llamaban Georgie Porgie por la forma tan singularmente birmana que tenía de cantar una canción cuyo primer verso es similar a las palabras de «Georgie Porgie». La mayoría de los hombres que han estado en Birmania conocerán la canción. Dice algo así: «¡Puff, puff, puf, puf, gran barco de vapor!». Georgie la cantaba acompañándose al banjo y sus amigos gritaban de alegría, tanto que se les oía desde lejos en el bosque de teca.

Cuando llegó a Alta Birmania, no tenía consideración especial por Dios o por el hombre, pero sabía cómo hacerse respetar y cómo llevar a cabo los deberes militares y civiles que fueron el lote de la mayoría de los hombres en aquellos meses. Hacía su trabajo burocrático y hospedaba, de vez en cuando, a los destacamentos de soldados aquejados de fiebre que se perdían por aquella parte del mundo en busca de una banda de *dacoits* en fuga. A veces salía y se ocupaba personalmente de castigar a los *dacoits*; porque el país estaba todavía en ascuas y podía arder en el momento más inesperado. Le gustaban aquellos alborotos, pero a los *dacoits* no les divertían tanto. Todos los oficiales que entraban en contacto con él se iban con la idea de que Georgie Porgie era una persona valiosa, capaz de cuidar de sí mismo, y por lo tanto le dejaban entregado a sus propios ardides.

Después de unos cuantos meses se cansó de su soledad y se puso a buscar compañía y una vida más refinada. Apenas se comenzaba a sentir en el país la ley de la Reina, y la opinión pública, que es más poderosa que la ley de la Reina, todavía no había nacido. Además, había una costumbre en el país que permitía que un hombre blanco tomara mujer entre las Hijas de Heth, previo pago. El matrimonio no era tan vinculante como la ceremonia del *nikkah* entre los musulmanes, pero la esposa era muy agradable.

Cuando todas nuestras tropas vuelvan de Birmania habrá un proverbio en sus bocas: «Tan económico como una esposa birmana» y las bonitas damas inglesas se preguntarán qué es lo que quieren decir con eso.

El jefe del pueblo más cercano al puesto de Georgie Porgie tenía una bella hija que había visto a Georgie Porgie y lo había amado de lejos. Cuando se difundió la noticia de que el inglés de la mano dura que vivía en el fuerte estaba buscando un ama de llaves, el jefe le visitó y le explicó que, por quinientas rupias, le entregaría a su Hija para que Georgie Porgie la mantuviera en todo honor, respeto y bienestar, con vestidos bonitos, según la costumbre del país. Se cerró el trato y Georgie Porgie nunca se arrepintió.

Vio cómo ponían en orden el desastre de su casa y cómo la volvían confortable, comprobó cómo sus gastos, hasta entonces incontrolados, se reducían a la mitad, y se vio a sí mismo mimado y adorado por su nueva adquisición, la cual se sentaba a la cabecera de la mesa y le cantaba canciones, y daba órdenes a sus sirvientes de Madrás, y era de todo punto la mujercita más dulce, alegre, honesta y cautivadora que el más exigente de los solteros hubiera podido desear. No hay raza* dicen los hombres que saben, que produzca mujeres tan buenas, y tan buenas amas de casa, como la birmana. Cuando el nuevo destacamento recorrió pesadamente el camino de la guerra, el sargento al mando se encontró en la mesa de Georgie Porgie con una anfitriona con la que había que tener sus atenciones, una mujer que debía ser tratada en todo sentido como quien ocupa una posición segura y estable. Cuando reunió a sus hombres al día siguiente, al amanecer, y volvió a meterse en la selva pensó con nostalgia en la cena, tan agradable, y en aquella cara bonita, y envidió a Georgie Porgie desde el fondo de su corazón. Y sin embargo, *él* estaba prometido a una joven en Inglaterra, y así es como están hechos algunos hombres.

El nombre de la joven birmana no era bonito, pero, como Georgie Porgie la bautizó muy pronto con el de Georgina, aquella tacha dejó de tener importancia. Georgie Porgie estaba encantado con los mimos y con el bienestar generalizado y

juró que nunca había gastado quinientas rupias para un fin mejor.

Después de tres meses de vida doméstica se le ocurrió una gran idea. El matrimonio —matrimonio inglés— no podía ser una cosa tan mala, después de todo. Si se encontraba tan rotundamente cómodo en aquel Más Allá con aquella chica birmana que fumaba puros cortados, ¿cuánto más cómodo estaría con una dulce doncella inglesa que no fumara puros, y que tocara el piano en lugar del banjo? También experimentaba el deseo de volver a su gente, de oír otra vez más a una banda, y de experimentar la sensación de vestir de nuevo un terno. Decididamente, el matrimonio sería una buena cosa. Lo pensó con detenimiento por las noches, mientras Georgina le cantaba o le preguntaba por qué estaba tan callado y si había hecho algo que le hubiera disgustado. Mientras pensaba, fumaba, y mientras fumaba, miraba a Georgina, y en su fantasía la transformó en una chica inglesa, rubia, ahorrativa, divertida, alegre, con flequillo, y quizá con un cigarrillo entre los labios. Por cierto que no un puro birmano, del tipo que Georgina fumaba. Se casaría con una chica que tuviera los ojos de Georgina y la mayoría de sus costumbres. Pero no todas. Podía ser mejorada. Y entonces echó el humo de su cigarro por la nariz y se estiró. Probaría el matrimonio. Georgina le había ayudado a ahorrar dinero, y le correspondían seis meses de permiso.

—Mira, pequeña —dijo—, debemos ahorrar más dinero en los próximos tres meses. Lo necesito.

Aquello era un insulto directo a la economía doméstica de Georgina, porque ella se enorgullecía de su capacidad de ahorro; pero ya que su dios necesitaba dinero, ella haría lo que estuviera en su mano.

—¿Necesitas dinero? —dijo, riéndose—. Yo *tengo* dinero. ¡Mira!

Y se fue corriendo a su cuarto y trajo una pequeña bolsa de rupias.

—De todo lo que me das, yo me quedo con algo. ¡Mira! Ciento siete rupias. ¿No querrás más dinero que esto? Cógelo.

Para mí es un placer que tú lo utilices.

Y extendió el dinero sobre la mesa y lo empujó hacia él con sus pequeños y rápidos dedos amarillos.

Georgie Porgie nunca volvió a hacer la más mínima referencia económica en la casa.

Tres meses más tarde, después de despachar y recibir varias cartas misteriosas que Georgina no entendía y por lo tanto odiaba, Georgie Porgie dijo que se marchaba y que ella debía volver a casa de su padre y quedarse allí.

Georgina lloró. Iría con su dios desde un extremo del mundo hasta el otro. ¿Por qué tenía que abandonarle? Ella le quería.

—No voy más que a Rangún —dijo Georgie Porgie—. Estaré de vuelta dentro de un mes, pero es más prudente que te quedes con tu padre. Te dejaré doscientas rupias.

—Si sólo te vas por un mes, ¿para qué necesito doscientas rupias? Con cincuenta tengo más que suficiente, hay algo malo aquí. No te vayas, o por lo menos, déjame ir contigo.

A Georgie Porgie no le gusta recordar aquella escena, ni siquiera hoy. Por fin se desembarazó de Georgina con el compromiso de setenta y cinco rupias. No quiso aceptar más. Entonces cogió un barco y luego un tren hasta Rangún.

Las cartas misteriosas le habían concedido un permiso de seis meses. La huida, y también la idea de que tal vez se hubiese comportado como un traidor, le dolían mucho en aquella época, pero en cuanto el gran barco de vapor estuvo en alta mar, las cosas se volvieron más fáciles, y el rostro de Georgina, y la extraña casa fortificada, y los recuerdos de los *dacoits* vociferantes en la noche, los gritos y las luchas de aquel primer hombre que mató con sus propias manos y cientos de otras cosas más íntimas se desvanecieron; y se desvanecieron también del corazón de Georgie Porgie, y la visión de la Inglaterra cercana ocupó su lugar. El barco estaba lleno de hombres de permiso, todos ellos almas agresivamente joviales que se habían quitado el polvo y el sudor de la Alta Birmania y estaban tan contentos como escolares en vacaciones. Ayudaron a Georgie Porgie a olvidar.

Y a continuación llegó Inglaterra, con sus lujos y sus buenos modales y sus comodidades, y Georgie Porgie se paseaba en un sueño agradable sobre calles de las que casi había olvidado el bullicio, preguntándose por qué hombres con sentido común abandonaban la ciudad. Aceptaba su profundo disfrute del permiso como una recompensa por los servicios prestados. La Providencia dispuso además para él un nuevo placer aún mayor: todos los deleites de un tranquilo noviazgo inglés, muy distinto de la falta de empacho oriental, donde media comunidad se aparta a observar y a apostar sobre el resultado, y la otra mitad se pregunta lo que la Señora de Tal dirá del asunto.

Era una joven agradable, y un verano perfecto, y una gran casa solariega en Petworth donde había acres y acres de brezo morado y pastos de alta hierba por los que pasear. Georgie Porgie sentía que por fin había encontrado algo por lo que merecía la pena vivir, y naturalmente dio por sentado que lo que tenía que hacer a continuación era pedirle a la chica que compartiera su vida en la India. Ella, en su ignorancia, estaba dispuesta a ir. En esta ocasión no hubo trueque con el jefe del pueblo. Hubo una buena boda burguesa en el campo, con un Papá fuerte y una Mamá llorosa, y un padrino vestido de morado y con lencería fina y seis señoritas de nariz respingona, de la escuela dominical, que lanzaron rosas sobre el camino que discurría entre las lápidas hasta la puerta de la iglesia. El periódico local describió la ceremonia con todo tipo de particularidades, pormenorizando incluso en lo relativo a los himnos que se habían cantado. Pero eso era porque la Dirección se moría de hambre por falta de noticias.

Y luego vino una luna de miel en Arundel, y Mamá lloró a mares antes de permitir que su única hija se embarcara camino de la India bajo la protección de Georgie Porgie, el Desposado. Estaba fuera de toda duda que Georgie Porgie quería inmensamente a su mujer, y ella estaba entregada a él como al mejor y más grande hombre del mundo. Cuando se presentó en Bombay, se sintió justificado, por su esposa, para pedir un buen puesto y, como había dejado su huella en Birmania y comenzaba a ser apreciado, le concedieron casi todo lo que pidió, y le enviaron a una estación que llamaremos Sutrain.

Estaba en unas colinas, y era conocida oficialmente como un «Sanitario» por la sencilla razón de que el alcantarillado estaba desatendido por completo. Aquí se instaló Georgie Porgie, y encontró que la vida de casado le sentaba muy natural. No protestaba, como hacen muchos recién casados, de lo extraño y delicioso que era ver a su verdadero amor sentándose a desayunar con él todas las mañanas «como si fuera la cosa más normal del mundo». «Ya había vivido eso», como dicen los americanos, y, comparando los méritos de su actual Gracia con los de Georgina, estaba más y más inclinado a pensar que había hecho bien.

Pero no había paz ni tampoco tranquilidad al otro extremo de la bahía de Bengala, bajo los árboles de teca donde Georgina vivía con su padre, esperando el retorno de Georgie Porgie. El hombre era viejo, y se acordaba de la guerra del 51. Había estado en Rangún y conocía algo de las costumbres de los *kullahs*. Sentado a la puerta de su casa por las noches, enseñó a Georgina una filosofía aburrida que no la consolaba en absoluto.

El problema era que amaba a Georgie Porgie tanto como la doncella francesa de los libros de Historia amaba al sacerdote cuya cabeza fue cortada por los esbirros del Rey. Un día desapareció del pueblo, con todas las rupias que Georgie Porgie le había dado y un inglés chapurreado, también procedente de Georgie Porgie.

El padre se enfadó al principio, pero encendió un puro y dijo algo poco halagüeño acerca del sexo en general. Georgina había emprendido la búsqueda de Georgie Porgie, que, por lo que ella sabía, bien podía estar en Rangún o al otro lado del Agua Negra, o muerto. El azar estuvo de su parte. Un viejo policía sij le dijo que Georgie Porgie había cruzado el Agua Negra. Tomó un pasaje de tercera clase en Rangún y se embarcó hacia Calcuta, guardando el secreto de su búsqueda para sí.

En la India se perdió toda huella de su paso durante seis semanas, y nadie sabe las miserias que su corazón tuvo que experimentar.

Volvió a reaparecer, cuatrocientas millas al norte de Calcuta, dirigiéndose al norte sin descanso, muy fatigada y macilenta, pero muy tenaz en su decisión de encontrar a Georgie Porgie. No entendía lo que la gente hablaba, pero la India es infinitamente caritativa, y las mujeres que había a lo largo de la Gran Carretera le dieron comida. Algo le hacía creer que encontraría a Georgie Porgie al final de aquella ruta despiadada. Quizá se encontró con algún cipayo que le había conocido en Birmania, pero nadie puede confirmar con seguridad este detalle. Finalmente encontró un regimiento en marcha, y en él a uno de los muchos alféreces a los que Georgie Porgie había invitado a cenar en los viejos y lejanos días de la persecución de *dacoits*. Hubo cierto jolgorio en las tiendas cuando Georgina se arrojó a los pies del hombre y empezó a llorar. Pero el jolgorio se acabó cuando contó su historia; se hizo una colecta, lo cual resultó más efectivo. Uno de los alféreces conocía el paradero de Georgie Porgie, pero desconocía su matrimonio. Así que se lo dijo a Georgina, que siguió su caminó hacia el norte, llena de alegría, en un tren donde encontró alivio para sus pies cansados y sombra para su cabecita polvorienta. La caminata desde el tren a través de las montañas hasta llegar a Sutrain era muy dura, pero Georgina tenía dinero y unas familias que viajaban en carros de bueyes la ayudaron. Fue casi una jornada milagrosa, y Georgina estaba segura de que los buenos espíritus de Birmania se ocupaban de ella. El camino de montaña hasta Sutrain atraviesa una región helada, y Georgina cogió un catarro tremendo. Sin embargo, al final de todos sus trabajos estaba Georgie Porgie para tomarla en sus brazos y acariciarla, como solía hacer en los viejos tiempos cuando cerraban la empalizada por la noche y él aprobaba la comida nocturna que ella había cocinado. Georgina seguía su camino lo más rápido que podía, y sus espíritus protectores le hicieron un último favor.

Un inglés la detuvo, a la luz del atardecer, justo en la curva donde se tomaba el camino a Sutrain, y le dijo:

—¡Vive el Cielo! ¿Qué haces por aquí?

Era Gillis, el hombre que había sido el asistente de Georgie Porgie en Alta Birmania, y que ocupaba el puesto más cercano

al de Georgie Porgie en la selva. Georgie Porgie había solicitado que lo trasladaran con él a Sutrain porque le tenía aprecio.

—Aquí estoy —dijo Georgina con sencillez—. Ha sido un camino muy largo, y me ha costado meses llegar. ¿Dónde está su casa?

Gillis se quedó sin aliento. Conocía lo suficiente a Georgina, de los viejos tiempos, para saber que cualquier explicación sería inútil. No se pueden explicar ciertas cosas al oriental. Hay que mostrárselas.

—Te llevaré allí —dijo Gillis, y se llevó a Georgina fuera de la carretera, hasta una roca, y, por un pequeño camino, hasta la parte de atrás de una casa que se levantaba sobre una plataforma cortada en la pendiente de la montaña.

Acababan de encender las luces, pero no habían echado las cortinas.

—Ahora mira —dijo Gillis, deteniéndose ante la ventana del cuarto de estar.

Georgina miró y vio a Gerogie Porgie con la Desposada.

Se llevó las manos a sus cabellos, que se habían soltado del moño y se le enmarañaban sobre la cara. Trató de arreglarse su vestido hecho jirones, pero el vestido no tenía ya remedio, y tosió una tosecilla extraña, porque realmente había cogido un catarro muy serio. Gillis miraba, también, pero mientras Georgina sólo miró una vez a la Desposada, concentrando su mirada en Georgie Porgie, Gillis no dejaba de mirar a la Desposada.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Gillis, que tenía a Georgina agarrada de la muñeca, no fuera a ser que se le ocurriera lanzarse al interior—. ¿Vas a entrar y a decirle a esa mujer inglesa que tú vivías con su marido?

—No —dijo Georgina débilmente—. Déjame marchar. Me voy de aquí. Juro que me voy de aquí —sé liberó de Gillis y huyó hacía la oscuridad.

—¡Pobre animalillo! —dijo Gillis, volviendo a la carretera principal—. Le hubiera dado algo para que volviera a

Birmania. ¡Pero ha sido por los pelos! Y aquel ángel nunca lo hubiera perdonado.

Esto parece probar que la devoción de Gillis no se debía enteramente a su afecto por Georgie Porgie.

Los Desposados salieron a la galería después de cenar para que el humo de los puros de Georgie Porgie no se quedara adherido a las cortinas nuevas del cuarto de estar.

—¿Qué es ese ruido de ahí abajo? —dijo la Desposada.

Ambos se quedaron escuchando.

—Oh —dijo Georgie Porgie—. Supongo que se trata de algún bruto de las montañas que ha estado pegando a su mujer.

—¡Pegando… a… su mujer! ¡Qué horrible! —dijo la Desposada—. Imagínate, ¡*tú* pegándome a *mí*! —deslizó su brazo en torno a la cintura de su marido, y, apoyando la cabeza en su hombro, contempló el valle cubierto de nubes, llena de contento y seguridad.

Pero era Georgina, que lloraba, en soledad absoluta al pie de la montaña, entre las piedras del arroyo donde los lavanderas lavan la ropa.

NABOTH

ASÍ es como ocurrió; y la verdad es también una alegoría del Imperio.

Lo encontré en un rincón de mi jardín, con un cesto vacío en la cabeza y un trapo sucio alrededor de los riñones. Esa era toda la propiedad sobre la que Naboth tenía la sombra de un derecho cuando le vi por primera vez. Él abrió nuestra relación pidiendo. Era muy delgado y enseñaba casi tantas costillas como su cesto; y me contó una larga historia de una fiebre y de un proceso legal, y de un caldero de hierro que había sido embargado por el juez en ejecución de una sentencia. Me metí la mano en el bolsillo para ayudar a Naboth, de la misma forma que los reyes del este han ayudado a aventureros intrusos hasta perder sus reinos. Una rupia se había escondido en el forro de mi chaleco. No sabía que estuviera allí y entregué el hallazgo a Naboth como un regalo directo del cielo. Él contestó que yo era el único Protector Legítimo de los Pobres que había conocido.

A la mañana siguiente volvió a aparecer, un poco más gordo, y se acurrucó hecho un nudo en la galería principal. Dijo que yo era su padre y su madre y el descendiente directo de todos los dioses de su Panteón, además de controlar los destinos del Universo. Él no era sino un vendedor de dulces, y menos importante que la basura que hubiese bajo mis pies. Yo había oído este tipo de cosas antes, así que le pregunté qué quería. Mi rupia, dijo Naboth, le había elevado a los cielos eternos, y deseaba expresar una petición. Quería establecer un puesto de dulces junto a la casa de su benefactor, para contemplar mi semblante reverenciado mientras yo iba y venía iluminando el mundo. Yo le di permiso con mucho agrado, y él se fue con la cabeza entre sus rodillas.

En el extremo más apartado de mi jardín, el terreno desciende hacia la carretera pública, y la pendiente está coronada por matorrales espesos. Hay un corto camino de carruajes que va desde la casa hasta el bulevar, que pasa junto a los matorrales. La tarde siguiente vi que Naboth se había sentado al pie de la pendiente, en el polvo de la carretera pública, y a pleno sol, con un cesto escaso de dulces grasicntos delante de él. Había

vuelto al comercio una vez más, sobre la base de mi munífica donación, y la tierra era un paraíso gracias a mi honorable merced. Recuerden, sólo existían Naboth, su cesto, el sol, y el polvo gris* cuando se inició el menoscabo de mi Imperio.

Al día siguiente Naboth se había trasladado pendiente arriba, más cerca de mis matorrales, y agitaba una hoja de palmera para ahuyentar las moscas de los dulces. Juzgué, por lo tanto, que su comercio iba bien.

Cuatro días más tarde percibí que se había cobijado, junto con su cesto, bajo la sombra de los matorrales, y que había atado un trapo amarillo grisáceo entre dos ramas para hacer más sombrá. Había muchos dulces en su cesta. Pensé que, con toda seguridad, su negocio crecía.

Siete semanas más tarde, el Gobierno ocupó una parcela para construir un juzgado central, cerca del límite de mi propiedad, y empleó a casi cuatrocientos culis para las obras. Naboth compró una manta a rayas azules y blancas, una mesa de latón, y un niño, para responder a la exigencia de las ventas, que era tremenda.

Cinco días más tarde compró un enorme libro de cuentas, grueso y de lomo rojo, así como un tintero de cristal. Así comprobé que los culis se habían endeudado con él, y que el comercio se ampliaba con legítimas líneas de crédito. También vi que el cesto primitivo se había multiplicado por tres, y que Naboth se había acercado a los matorrales, y los había podado para hacerse un pequeño claro donde desplegar los cestos, la manta, los libros y el niño.

Una semana y cinco días más tarde ya había construido una especie de horno de barro en el claro, y el grueso libro de cuentas rebosaba. Dijo que Dios había creado pocos ingleses como yo, y que yo era la encarnación de todas las virtudes humanas. Me ofreció algunos dulces como tributo, y al aceptarlos le reconocí como mi feudatario y bajo mi protección.

Tres semanas más tarde me di cuenta de que el niño había tomado la costumbre de cocinar para Naboth la comida del mediodía y de que Naboth estaba empezando a echar barriga.

Había podado otra parte de mis matas, y ya era propietario de otro libro de cuentas aún más grueso.

Once semanas más tarde, Naboth ya se había abierto el paso a través de casi todas aquellas matas, y una cabaña de juncos, con un camastro en el exterior, se erguía en el pequeño claro que había erosionado. Dos perros y un niño pequeño dormían en el camastro. Me imaginé, pues, que Naboth había tomado mujer. Dijo que, gracias a mi favor, lo había hecho, y que yo era varias veces más sublime que Krishna.

Seis semanas y dos días más tarde, una pared de barro había crecido detrás de la cabaña. Delante había unas aves y olía un poco. El secretario municipal dijo que se estaba formando un pozo negro en la carretera pública con los vertidos de mi propiedad, y que yo debería adoptar medidas para limpiarlo. Hablé con Naboth. Dijo que yo era el amo y señor de sus empresas terrenales y que el jardín era todo de mi propiedad, y me envió más dulces en un trapo sucio.

Dos meses más tarde, un culi albañil murió en una pelea que tuvo lugar enfrente de la viña de Naboth. El inspector de la policía dijo que era un caso serio; fue a hablar con mis sirvientes, insultó a la mujer de mi mayordomo y quería arrestar a mi mayordomo. Lo curioso del asesinato era que la mayoría de los culis estaban borrachos cuando ocurrió. Naboth insistió en que mi nombre era un escudo poderoso entre él y sus enemigos y que esperaba el nacimiento de otro niño en breve.

Cuatro meses más tarde, la cabaña tenía *todas* sus paredes de adobe, sólidamente construidas, y Naboth utilizaba la mayor parte de mi matorral para sus cinco cabras. Sobre su redondeada tripa brillaban un reloj de plata y una cadena de aluminio. Mis sirvientes se emborrachaban con una frecuencia alarmante y solían perder el tiempo con Naboth en cuanto tenían la menor oportunidad. Hablé con Naboth. Dijo que, gracias a mi favor y a la gloria de mi semblante, iba a hacer damas a todas las mujeres de su familia, y que si alguien insinuaba que él hubiese instalado un alambique ilícito bajo la sombra de mis tarayes, entonces, yo, su Soberano, debía entablar juicio.

Una semana más tarde contrató a un hombre para que hiciera unas cuantas docenas de yardas cuadradas de enrejado para ponerlas en la parte de atrás de su casa, de forma que sus mujeres estuvieran al abrigo de las miradas públicas. El hombre se fue por la noche y dejó toda su obra pavimentando el camino que va desde la carretera a mi casa. Yo volvía a casa en mi coche, al atardecer, y tomé deprisa la curva de la viña de Naboth. Lo siguiente que supe fue que los caballos del faetón piafaban y se hundían en el más fuerte de los enrejados de bambú. Ambos animales se cayeron. Uno de ellos se levantó sin otra cosa más grave que unas rodillas magulladas. El otro estaba tan mal herido que me vi obligado a pegarle un tiro.

Naboth se ha marchado ya y su cabaña ha sido arada y devuelta a su barro original, con dulces en lugar de sal, como signo de que el lugar está maldito. He construido un cenador para controlar el extremo del jardín, y es como un fuerte en mi frontera desde el que guardo mi Imperio.

Sé exactamente lo que sentía Acab. Ha sido vergonzosamente desfigurado en las Escrituras.

EL SUEÑO DE DUN CAN

PARRENNESS

COMO Mr. Bunyan en los viejos tiempos, yo, Duncan Parrenness, escribiente de la muy honorable Compañía de las Indias Orientales, en esta ciudad de Calcuta, abandonada de los dioses, he tenido un sueño, y nunca, desde que mi yegua Kitty se quedara coja, me he sentido tan preocupado. Por lo tanto, no fuera a darse el caso de que olvidara mi sueño, me he apresurado a hacer un esfuerzo para consignarlo aquí. Aunque bien sabe el Cielo con cuánta dificultad tomo la pluma yo, que siempre estuve más presto con la espada que con el tintero cuando abandoné Londres hace ya dos largos años.

Cuando el gran baile del Gobernador General (que él ofrece cada año a fin de noviembre) hubo terminado, yo me había retirado a mi habitación, que da a ese río taciturno y nada inglés que conocemos como el Hoogly, tan poco sobrio como pudiese estarlo. Hay que decir que lo que en Occidente constituye una borrachera en toda regla, en Oriente no es más que estar achispado, y yo estaba nornororientalmente borracho, como hubiera podido decir el señor Shakespeare. Con todo, a pesar del alcohol, los frescos vientos de la noche (no obstante haber oído yo decir que alimentan catarros y flujos innumerables) me serenaron un tanto, y recordé que yo tan sólo había sufrido ligeras indisposiciones y una suerte de agotamiento físico debido a las diversas enfermedades de los últimos cuatro meses, mientras que aquellos jóvenes presumidos que habían venido al este en el mismo barco que yo llevaban ya un mes plantados en la eternidad y en el horrible suelo que se extiende al norte del Edificio de los Escribientes. Así que di vagas gracias a Dios (aunque debo decir para mi vergüenza que no me arrodillé para hacerlo) por haberme concedido licencia para vivir, al menos hasta que marzo volviera a estar de nuevo sobre nosotros. En verdad, nosotros, los vivos (y constituíamos un número mucho menor que aquellos que habían ido a rendir cuentas finales con los últimos calores) habíamos festejado la noche con gran alboroto, junto a las murallas del fuerte, celebrando la magnanimidad de la Providencia; aunque nuestras chanzas no habían sido ingeniosas ni tampoco de naturaleza tal que hubiese agradado a mi madre oírlas.

Cuando me hube acostado (o más bien arrojado sobre la cama) y los vapores del alcohol se hubieron disipado un tanto, descubrí que no podía dormir, pensando en un millar de cosas de las que debieran dejarse en el olvido. En primer lugar, y hacía ya tiempo que no pensaba en ella, apareció a los pies de mi cama el dulce rostro de Kitty Somerset, como dibujado en un cuadró, con tanta nitidez que casi llegó a pensar que estaba presente en carne y hueso. Entonces recordé que era ella quien me había enviado a este maldito país, con la pretensión de que me hiciera rico para poder así casarme con ella muy pronto, a lo cual consentían nuestros padres respectivos; y luego recordé cómo ella se lo había pensado mejor (o peor, tal vez) y había contraído matrimonio con Tom Sanderson apenas tres meses después que yo me hubiera embarcado. De Kitty pasé a divagar acerca de Mrs. Vansuythen, una mujer pálida y alta, de ojos violeta, que había venido a Calcuta desde la Fábrica Holandesa de Chinsura y había sembrado la enemistad entre todos nuestros jóvenes y no pocos comisionados. Algunas de nuestras damas, es verdad, decían que nunca tuvo marido, ni tampoco hubo matrimonio alguno en su haber; pero las mujeres, en especial aquellas que se han limitado a vivir vidas honestas e insulsas, son crueles y duras unas con otras. Además, Mrs. Vansuythen era mucho más guapa que todas ellas. Había sido de lo más amable conmigo en la recepción del Gobernador General, y en verdad se puede decir que yo era considerado por todos como su *preux chevalier*, que es la expresión francesa que encubre otra mucho peor. Pues bien, si la dicha Mrs. Vansuythen me importaba lo que un pinchazo de alfiler (a pesar de que le había jurado amor eterno tres días después de conocernos), no lo supe entonces ni después; pero mi orgullo y mi habilidad con la espada, que ningún hombre en Calcuta podía igualar, me mantenían dentro del campo de sus afectos. Así que yo creía que la adoraba.

Cuando logré apartar sus ojos violeta de mi pensamiento, la razón me reprochó el haberla seguido siquiera; y vi que el único año que había vivido en esta tierra había quemado y agostado mi mente hasta tal punto, con las llamas de miles de pasiones y deseos malsanos, que había envejecido diez meses por cada mes pasado en esa escuela de Satán. Con lo que me puse a pensar en mi madre durante un rato, y me sentí muy

arrepentido: en mi talante de pecador borracho hice mil votos de enmienda, rotos todos ellos desde entonces, me temo, una y otra vez. Mañana, me decía a mí mismo, viviré limpiamente para siempre. Y sonreía medio alelado (el alcohol todavía me dominaba) al pensar en los peligros de los que había escapado; y construí todo tipo de castillos en el aire, en los que una fantasmagórica Kitty Somerset, de ojos violeta y con el dulce hablar lento de Mrs. Vansuythen, era siempre Reina.

Por fin, se apoderó de mí un valor magnífico y espléndido (del que sin duda era responsable el madeira de Mr. Hastings), que iba creciendo hasta tal punto que parecía posible que yo me convirtiera en Gobernador General, Nabab, Príncipe, ay, el Gran Mogol mismo, simplemente con la fuerza del deseo. Por lo que di los primeros pasos, bastante azarosos e inestables, en pos de mi nuevo reino, y golpeé a mis sirvientes, que dormían en el exterior, hasta que se pusieron a aullar y me abandonaron corriendo, y conjuré al Cielo y a la Tierra para que diesen testimonio de que yo, Duncan Parrenness, era un escribiente al servicio de la Compañía y que no temía a hombre alguno. A continuación, viendo que ni la luna ni la Osa Mayor se dignaban aceptar mi reto, me volví a acostar y me debí de quedar dormido.

Me desperté en seguida al oír mis últimas palabras repetidas dos o tres veces y vi que había entrado en el cuarto un hombre borracho, pensé yo, de la recepción de Mr. Hastings. Se sentó a los pies de lo que a los ojos del mundo entero era mi cama como si fuese la suya, y yo tomé nota, lo mejor que pude, de que su cara era más o menos como la mía aunque más vieja, excepto en los momentos en que se transformaba en la cara del Gobernador *General o* de mi padre, muerto hacía seis meses. Pero todo esto me parecía natural, y el resultado obvio del mucho vino; y yo estaba tan irritado ante su aparición que le dije, sin demasiada educación, que se fuera. Pero no contestó a mis palabras, limitándose a repetir despacio, como si fuera un dulce bocado: «Escritor al servicio de la Compañía, sin miedo ante ningún hombre». Y entonces se detiene de repente y, volviéndose abruptamente hacia mí, me dice que alguien con mi brío no tiene por qué temer a hombre o demonio alguno; que yo era un joven gallardo y apto, si vivía lo suficiente, para

llegar a ser Gobernador General. Pero que por todo ello (y supongo que se refería a las variaciones y venturas de nuestra accidentada vida en estas tierras) tenía que pagar mi precio. A esa altura, ya me había serenado en parte y, hallándome bien despierto de mi primer sueño, estaba dispuesto a considerar el asunto como la chanza de un hombre algo borracho. Así que digo alegremente: «¿Y qué precio deberé pagar por este mi palacio, que no tiene sino doce pies cuadrados, y por mi pobre sueldo de cinco pagodas mensuales? Al diablo contigo y con tus chanzas: he pagado el precio por duplicado con mis enfermedades». Y en ese momento, mi hombre se vuelve hasta darme la cara por completo: de forma que a la luz de la luna veía cada una de las arrugas y surcos de su rostro. Y entonces mi gozo alcohólico se evaporó de la misma forma en que yo he visto agostadas las aguas de nuestros grandes ríos en una sola noche; y yo, Duncan Parrenness, que no temía a hombre alguno, me vi presa de un terror más devastador que el que nunca haya conocido mortal alguno. Porque vi que su rostro era mi propio rostro, pero marcado y arrugado y lleno de las cicatrices de los surcos de la enfermedad y de una larga vida disoluta, de la misma forma que yo, en una ocasión, cuando estaba en verdad muy borracho (¡y Dios me ampare!), vi mi propio rostro, completamente blanco, macilento y envejecido, en un espejo. Tengo para mí que cualquier hombre hubiera sido más temido incluso que yo, porque yo no carezco en absoluto de valor.

Cuando ya llevaba un rato acostado, sudando en agonía y esperando despertar de este sueño terrible —porque yo sabía que no era más que un sueño—, me vuelve a decir que tengo que pagar mi precio; y un poco después, como si éste se pagara en rupias y pagodas: «¿Cuánto vas a pagar?». Y yo digo, muy bajo: «Por el amor de Dios, déjame en paz, quienquiera que seas, y de ahora en adelante me corregiré». Y él sigue, riéndose un tanto de mis palabras, pero sin dar indicios, por otra parte, de haberlas oído: «No. Sólo quiero liberar a un joven fanfarrón como tú de muchas cosas que serían un lastre para ti, en tu camino por la vida en la India, porque, créeme —y al llegar aquí me vuelve a mirar fijamente a la cara una vez más—: no hay retorno». Ante este galimatías, que entonces no conseguí entender, me quedé bastante

desconcertado y esperé a ver qué sucedía a continuación. Y él dice con toda calma: «Entrégame tu confianza en los hombres». Al oír esto comprendí la magnitud del precio que se me exigía, porque no dudé ni por un momento que conseguiría de mí todo lo que quisiera, y tenía la mente —por el terror y el insomnio— toda despejada del vino que había bebido. Así que le interrumpí, llorando y exclamando que no era tan malo como él pensaba y que yo confiaba en mis compañeros al máximo, en la medida en que ellos se lo merecían. «No tuve yo la culpa —dije— si la mitad eran mentirosos y la otra mitad merecía que les quemara la mano», y de nuevo le pedí que acabara con sus preguntas. Y entonces me callé, un poco asustado, es verdad, por haberme dejado ir de la lengua, pero él no prestó atención a ese detalle, y se limitó a posar su mano con suavidad sobre el lado izquierdo de mi pecho, y lo sentí frío, por un tiempo. A continuación dice, riéndose más y más: «Dame tu fe en las mujeres». Al oír eso, di un salto en la cama, como si me hubieran dado un punzazo, porque pensé en mi dulce madre en Inglaterra, y por un momento me imaginé que riii fe en las mejores criaturas de Dios no me podía ser robada ni conturbada. Pero más tarde, los ojos duros de mí Yo cayeron sobre mí, y caí en pensar, por segunda vez aquella noche, en Kitty (la que me había dejado y se había casado con Tom Sanderson) y en Mrs. Vansuythen, a la que sólo mi orgullo infernal me había inducido a seguir, y en cómo era incluso peor que Kitty, y yo el peor de todos, viendo que con la obra de mi vida por realizar, debía necesariamente bailar a lo largo del camino pulido y hermoseado del Demonio, porque, en verdad, al extremo de él me esperaba la sonrisa ligera de una mujer. Y pensé que todas las mujeres del mundo eran como Kitty, o bien como Mrs. Vansuythen (como en realidad lo han sido desde entonces para mí), y esto me llevó a tales extremos de rabia y dolor que me alegré más allá de lo que las palabras pueden expresar cuando de nuevo la mano de mi Yo volvió a posarse sobre el lado izquierdo de mi pecho y ya no me perturbaron semejantes locuras.

Después de esto se quedó en silencio un rato, y yo tuve la certeza de que él debía marcharse o de que yo despertaría antes de mucho tiempo, pero de inmediato habla otra vez (y muy suavemente) y dice que yo soy un tonto al preocuparme

de naderías como las que ha obtenido de mí, y que antes de marcharse sólo me quiere pedir unas cuantas fruslerías que ningún hombre —y, llegado el caso, ningún joven— conservaría en este país. Y así sucedió que cogió de mi propio corazón, por así decir, sin dejar de mirarme a la cara con mis propios ojos mientras lo hacía, todo lo que quedaba de mi alma y conciencia de joven. Esto fue para mí una pérdida más terrible que las dos que había sufrido antes. Porque, Dios me ayude, a pesar de que yo me había alejado mucho de todos los caminos de la vida buena o decente, todavía quedaba en mí, aunque sea yo mismo quien lo escriba, cierta bondad de corazón que, cuando estaba sobrio (o enfermo) me llevaba a lamentarme de todo lo que había hecho antes que este ataque me sobreviniera. Y esto lo perdí por completo: en su lugar experimenté una frialdad mortal en el corazón. No tengo, como he dicho antes, facilidad con la pluma, por lo que temo que lo que acabo de escribir pueda no ser entendido con presteza. Sin embargo, hay épocas en la vida de un hombre joven en que, a través de un gran dolor o del pecado, todo cuanto hay de niño en él se quema y se agosta, de forma que pasa de un plumazo al más penoso estado de madurez, tal como nuestro llameante día indio se transforma en noche sin que exista apenas el gris del crepúsculo que atempere los dos extremos. Quizá esto clarifique mi estado, si se recuerda que mi tormento fue diez veces mayor que el que sufre cualquier hombre en el curso natural de la naturaleza. En aquel momento ni me atreví a pensar en el cambio que se había producido en mí, y en una sola noche, aunque a menudo he vuelto a pensar en él. «He pagado el precio», digo, y mis dientes castañeteaban, porque estaba muerto de frío. «¿Y qué he sacado a cambio?». Ya era casi de día, y mi Yo había comenzado a palidecer y a hacerse más delgado contra la luz blanca del este, como me decía mi madre que les ocurría a los fantasmas, los demonios y otros seres parecidos. Hizo ademán de marcharse, pero mis palabras le detuvieron, y se rió como yo recuerdo haber reído cuando atravesé con la espada a Angus Macalister el último agosto porque insultó a Mrs. Vansuythen. «¿Qué te doy a cambio? —dice, repitiendo mis últimas palabras—. ¡Vaya! Fortaleza para vivir tanto como Dios o el Demonio quieran, y mientras vivas, mi joven amo,

mi prenda». Y con estas palabras depositó algo en mi mano, aunque estaba demasiado oscuro para ver lo que era: cuando volví a alzar el rostro para mirarle, se había ido.

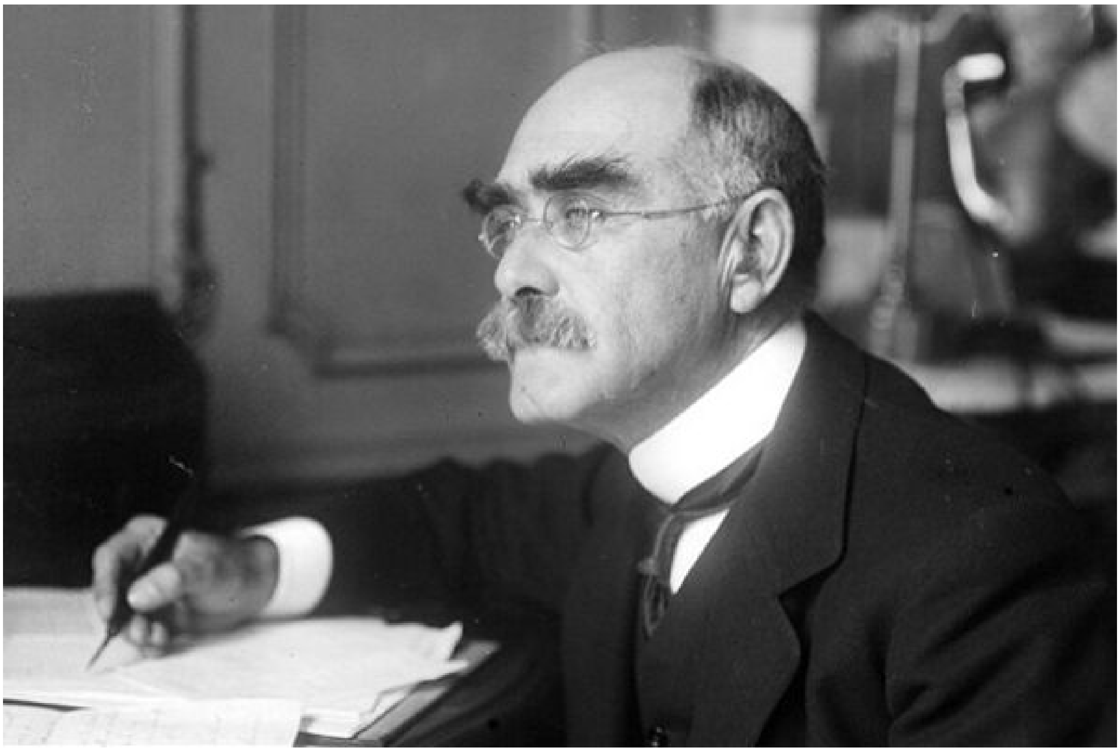
Cuando se hizo de día me apresuré a contemplar su prenda y vi que era un pequeño trozo de pan seco.

L'ENVOI

My new-cut ashlar takes the light
Where crimson-blank the windows flare;
By my own work, before the night,
Great Overseer I make my prayer.
If there be good in that I wrought,
Thy hand compelled it, Master, Thine;
Where I have failed to meet Thy thought
I know, through Thee, the blame is mine.
One instant's toil to Thee denied
Stands all Eternity's offence,
Of that I did with Thee to guide
To Thee, through Thee, be excellence.
Who, lest all thought of Eden fade,
Bring'st Eden to the craftsman's brain,
Godlike to muse o'er his own trade
And Manlike stand with God again.
The depth and dream of my desire,
The bitter paths wherein I stray,
Thou knowest Who hast made the Fire,
Thou knowest Who hast made the Clay.
One stone the more swings to her place
In that dread Temple of Thy Worth -
It is enough that through Thy grace.
I saw naught common on Thy earth.
Take not that vision from my ken;
Oh whatsoe'er may spoil or speed,
Help me to need no aid from men

That I may help such men as need!

[Mi sillar recién tallado luz recibe / que fulgura al rojo vivo en las ventanas; / por mi propia obra, cuando la noche llega, / Gran Veedor, yo Te elevo mi plegaria. // Si algo de bueno hay en lo que he escrito, y alienta, / Tu mano, Señor, la Tuya, lo decreta; / donde tu pensamiento expresar no pude / —por Ti lo sé—, siempre ha sido falta mía. // El afán de un instante que a Ti se niegue / como una ofensa ante la Eternidad se alza, / con tal esfuerzo, y Contigo como guía, / en Ti, y por Ti he buscado lo que excede. // Para que la idea del Edén no muera, / llevas el Edén al cerebro artesano, / deiforme cuando sobre su oficio piensa / y humano cuando otra vez con Dios se enfrenta. // De mi desvelo la hondura y el ensueño, / la senda amarga que lleva al extravío, / Tú sabes, Tú, que eres creador del fuego, / Tú sabes, Tú, que eres creador del barro. / Otra piedra nueva a su lugar aspira / en el Templo temible de Tu riqueza, / y es bastante que por Tu gracia haya sido: / nada vulgar en Tu tierra se habrá visto. // No arrebates este anhelo de mi mente, / oh, Tú, Señor del despojo y del socorro, / que no pida de los hombres las ayudas, / mas que pueda dar ayuda a quien la pida.]



JOSEPH RUDYARD KIPLING. A finales del siglo pasado el público lector inglés de la India, compuesto sobre todo de militares, funcionarios y hombres de negocios, comenzó a interesarse por los artículos y cuentos que un joven periodista llamado Joseph Rudyard Kipling (1865-1936) publicaba en la revista *The pioneer*. Profundo conocedor de la vida y costumbres de la prospera colonia británica —había nacido en Bombay—, en 1899 llegó a Londres precedido de una fama que pronto fue refrendada por el éxito y la popularidad (sus poesías eran recitadas de memoria en casas y cuarteles), hasta alcanzar el premio Nobel en 1907.

Poeta y novelista, su fuerte fue el relato breve, en el que mostró una habilidad especial para narrar la aventura —en el mar, en la selva o en los campos de batalla— a lo Stevenson, mediante un estilo rápido y sencillo, basado en un agudo sentido de la observación, un lenguaje directo y vigoroso que recuerda la jerga militar, una rara facilidad para dar vida a sus personajes con sólo unos cuantos trazos y un acusado énfasis en la acción. Conforme decrecía su popularidad, al compás del paulatino hundimiento del Imperio Británico, del que fue el más acérrimo defensor, su técnica narrativa evolucionó considerablemente, primando cada vez más la alusión, la complejidad argumental y una especie de simbolismo soterrado que a menudo dificulta la comprensión.

NOTAS

[1] En el habla de los tres soldados de este cuento, y en algunos otros, Kipling reproduce las peculiaridades fonológicas a través de su escritura. La traducción, dentro de lo posible, procura respetarlo. (*N. de la T.*) <<

[2] *Blast* significa explosión y *Bless* expresa la idea de exaltar, glorificar. (*N. de la T.*) <<

[3] Se refiere a la reina Victoria. (*N. de la T.*) <<

[4] Pandilleros que, en el siglo XIX, intimidaban a los propietarios de tierras irlandesas no integrados en la *Land League*. (*N. de la T.*) <<

[5] Juego de palabra *Be longer* — ser más alto. (*N. de la T.*) <<

[6] En el original, Kipling pone en boca de Hans Breitmann unas peculiaridades fonéticas y sintácticas de un hablante de alemán que no conoce mucho de inglés. Aquí se intenta reproducir eso mismo. (*N. de la T.*) <<